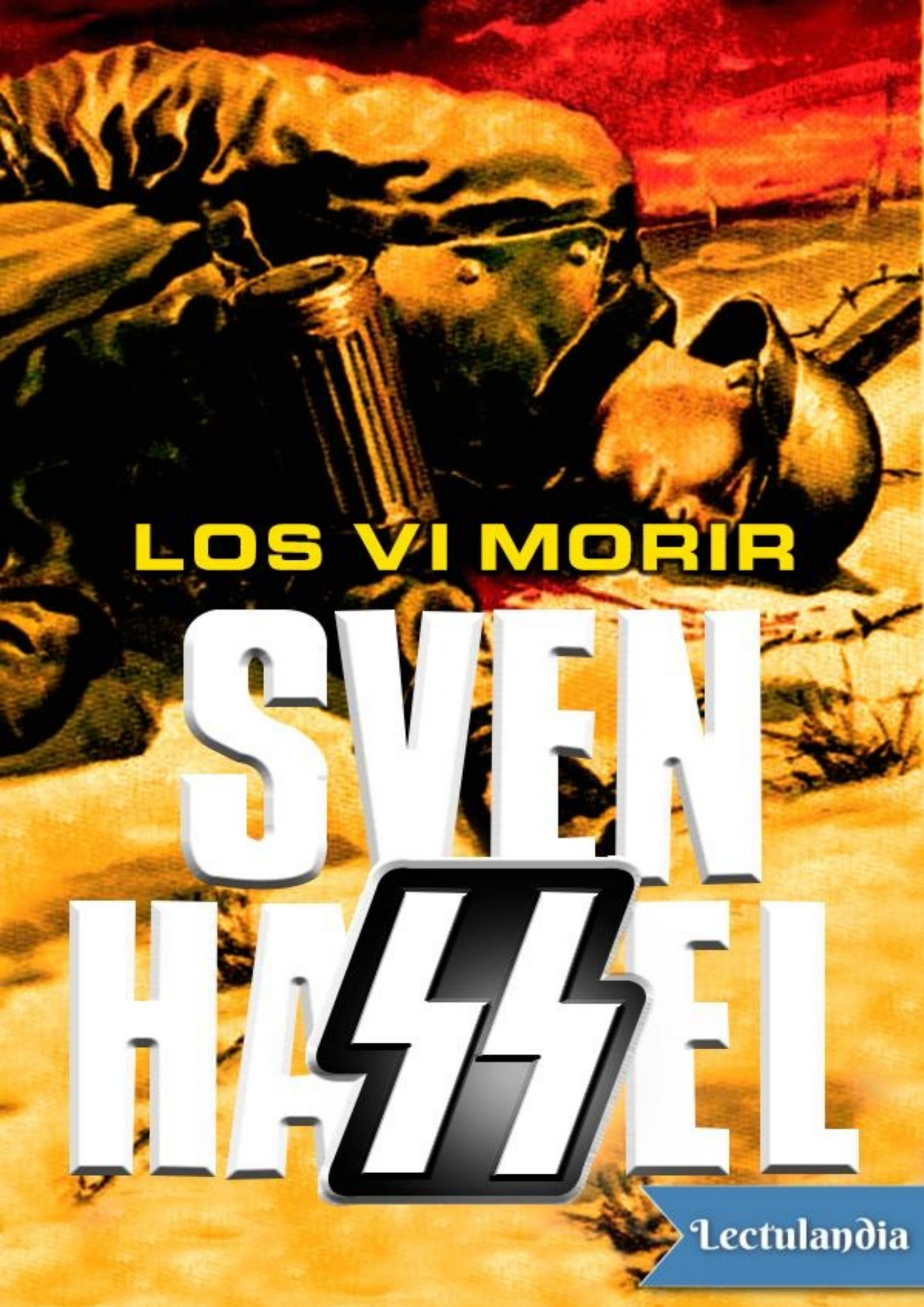


The background of the image is a painting of a desolate, war-torn landscape. In the foreground, a military tank is partially visible on the left. To its right, a military helmet and a human skull lie on the ground. In the background, a barbed wire fence stretches across the horizon under a sky with a red and orange glow, suggesting a sunset or sunrise. The overall color palette is dominated by warm, earthy tones of yellow, orange, and red.

LOS VI MORIR

**SVEN
HAFEL**

Lectulandia

En el curso de los años treinta, el ss Obergruppenführer Heydrich concibió un plan maquiavélico para romper la armazón del Ejército Rojo. Valiéndose de agentes de la Gestapo infiltrados en la GPU, advirtió a Stalin que muchos traidores ocupaban altos puestos en los Estados Mayores.

Sven Hassel

Los vi morir

Biblioteca Sven Hssel - 10

ePub r1.0

Titivillus 07.10.2019

Sven Hassel, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

LOS VI MORIR

SVEN HASSEL

ANNOTATION

III Ejército. Depósito de víveres

Prohibida la entrada a toda persona ajena al servicio.

1

Yo os conduzco hacia un futuro magnífico.

HITLER, Discurso del 3 de junio de 1937.

Un tactac metálico y sordo resonaba en el silencio helado.

El ruido de las botas parecía de disparos.

Un perro gemía, había gente que lloraba, niños que gritaban, mujeres que yacían bajo el último rayo del sol poniente.

La sangre se coagulaba en el «o fiumano». Pero ¿se olvidará jamás la sangre de los asesinados?

Era la guerra.

En cuanto adopten los alemanes la doctrina bolchevique, trasladaré mi cuartel general de Moscú a Berlín, pues, en vista de la inminente Revolución mundial, considero que los alemanes formarán cuadros mucho mejores que los rusos.

LENIN: Al embajador de Turquía

Alí Fuad Bajá.

14 de enero de 1921

En el curso de los años treinta, el ss Obergruppenführer Heydrich concibió un plan maquiavélico para romper la armazón del Ejército Rojo. Valiéndose de agentes de la Gestapo infiltrados en la GPU, advirtió a Stalin que muchos traidores ocupaban altos puestos en los Estados Mayores.

Contaba para ello con la desconfianza patológica de Stalin, y el resultado superó todas sus esperanzas. Una ola de terror se abatió sobre Rusia. Stalin y su ministro de Policía, Beria, hicieron ejecutar a eminencias militares, tales como el mariscal Tujachevski, Blucher, Yegórov, los jefes del Ejército

Oborewitch y Yakir, el comandante en jefe de la Armada Roja y los almirantes Orlov y Victorov.

Además de los comandantes de las regiones militares, el noventa por ciento de los jefes de Cuerpo y de Divisiones, y casi todos los comandantes de regimientos y de batallones, fueron destituidos y condenados a trabajos forzados, como enemigos del pueblo.

Heydrich podía frotarse las manos. Después de haber exterminado a los cerebros del Ejército Rojo, Stalin los sustituyó por hombres incapaces o aduladores, buenos, como máximo, para mandar una compañía de ametralladoras.

En una sola noche, varios millares de capitanes y comandantes mediocres fueron ascendidos a generales. Muchos de ellos no habían asistido nunca a una escuela militar, y ninguno había puesto ni siquiera los pies en la Academia Frunze. Dejaron de tenerse en cuenta las violaciones de frontera hasta el mes de junio de 1941. Los aviones alemanes realizaban descaradamente vuelos de reconocimiento adentrándose mucho en territorio ruso; pero Stalin prohibía disparar contra ellos. Incluso en la frontera, la menor provocación por parte de las tropas rusas era castigada con la muerte. Stalin negaba, pura y simplemente, a su Ejército, el derecho a defenderse.

—¿Por qué? —se preguntaba el comandante general Grigorenko—. Bueno, ¿por qué?

Los que habrían podido responderle habían perecido todos durante los dos primeros meses de la guerra, bajo las balas de los pelotones de ejecución. De esta manera, Beria y Stalin suprimían a los testigos del error más monumental de la Historia.

—¿O se trata de una traición? —murmuraba Piotr Grigorenko.

LA MUJER SARGENTO

—¿Por qué eres tan arisca? —preguntó el teniente.

—No puedo hacerlo —respondió la mujer sargento.

—¿No quieres?

—Te digo que no puedo.

—Entonces, confiesa que no quieres —insistió el teniente, acariciando los cabellos de la mujer y haciendo caer su gorro—. Esto puede hacerse, aunque uno esté gravemente herido. Yo lo hice una vez con las dos piernas escayoladas.

—¿Cuándo te hirieron?

—En el país de los lapones soviéticos. El día en que nos atacaron los finlandeses.

—¡Vaya! No sabía que hubieses estado de guarnición en Leningrado. Bueno, ¡basta, Oleg! ¡Te digo que no puedo!

—¿No te gusta esto? Piensa que tengo la Orden de la Bandera Roja.

—Una no se acuesta con un hombre por sus condecoraciones. Y además, ¿dónde te la concedieron?

—En Sumusalmi.

—¿Dónde está eso?

—En el Este, en Finlandia; fue cuando aplastamos a los fascistas finlandeses.

—¿Te refieres a la gran batalla de carros blindados?

—Sí; se ordenó la carga por todo el Cuerpo de Ejército, y el mando otorgó seis condecoraciones, una de ellas a mí —dijo él, tratando de introducir la mano por debajo de la falda de la joven.

Ella apretó las piernas, y ambos rodaron entre las altas hierbas...

—Bueno, ¡basta! —gruñó ella—. Soy un soldado como tú. Estas marranadas deben esperar hasta después de la victoria final.

—Habla cuanto quieras —masculló el oficial entre dientes—. ¡Si te figuras que es divertido pasar la noche solo en ese maldito tanque! *Yob Tvoyemady!*

—¡Siempre serás un basurero! —dijo ella, arreglándose el cinturón provisto del nagán.

—¡Claro que eres soldado! ¡Telegrafista de un carro blindado, Yelena Vladimironna!

La sujetó por la nuca, y, al defenderse ella a puntapiés, se le subió la falda, descubriendo unos hermosos muslos bajo las medias caqui de reglamento.

—¡Basta, o te denunciaré al Sampolit!

—¡Si crees que me da miedo ese cerdo...! Si no aplastamos a los nazis antes de que entren en Moscú, todos los Sampolit serán ahorcados. Están muertos de miedo, y no les falta motivo. No derrotaremos a los fascistas.

—¿Estás loco, Oleg? ¿Dudas ahora de la victoria? Si te denunciase, ¡te costaría la cabeza!

—Tú también dudas, Yelena. Desde el mes de junio, los monstruos de Hitler nos persiguen como a gallinas asustadas. Muchos miles de hombres han muerto ya. Otros millares están prisioneros en Alemania. En nuestra tierra, ¡defensas inexpugnables han caído en menos de dos meses! Antes de Navidad, Hitler estará en el Kremlin. ¿Qué ha sido del general Bagramya y de su invencible División de la Guardia? Sólo hace tres meses que empezó la guerra, y los carros blindados alemanes están a 360 kilómetros de Moscú. Si sigue el buen tiempo, el Kremlin caerá dentro de ocho días. ¿No oíste lo que dijo el otro día la Radio enemiga? «¡Aplastad al comunismo internacional!». Los alemanes son demonios; nadie puede vencerlos. ¿Viste sus carros amarillos? Por cada uno de ellos que arde, cien de los nuestros son destruidos; nuestra Brigada blindada ha sido formada, destruida y reconstruida cinco veces; ¿crees que esto puede continuar así? Esta mañana oí decir que, en el Kremlin, están haciendo las maletas; Stalin nos sacrificará a salvarse él, pues es tan feroz como Hitler. ¿Conoces la orden? Hay que fusilar al que retroceda, y, si alguien se rinde, ejecutar a su familia.

—Yo preferiría morir antes que rendirme —murmuró Yelena.

—¡No estés tan segura! Pero ¿quién es capaz de decir si podremos escoger? Todavía no hemos tropezado con los ss. Dicen que son mil veces peores que nuestros NKVD.

—No es posible —gimió la joven, aterrorizada—. Nadie puede ser más cruel que Beria.

—Espera a ver a los hombres de la calavera. Matan por gusto. Dicen que cada mañana reciben una ración de medio litro de sangre, de sangre soviética, Yelena.

—¿Es verdad que se comen a los niños judíos?

—No, si son judíos, los ss no los comerían por nada del mundo. En cuanto a la guerra, está perdida, Yelena. ¡Que Dios nos ampare!

—¿Es que crees en Dios, Oleg? ¿Tú, un oficial soviético?

—Sí; desde la batalla de Minsk, creo en Dios. Él es nuestra última esperanza. Pero a ti, Yelena, te amo; te amo desde el primer día que te vi. Vamos, sé mía; estamos en guerra, ¡quién sabe si mañana viviremos!

—¡No! ¡No puedo! ¡Estoy prometida!

—¡Tonterías! —gritó él, despectivamente—. La verdad es que hay algo entre tú y la capitana Anne Skaryabina. ¡Toda la Brigada está al corriente! Se comenta que de vuestra unión salda un «T 34» —rió—. Tú eres la gallinita de la capitana, esa bruja que corre detrás de las chicas y que las hace desaparecer cuando se harta de ellas. Pero esto terminará pronto; el coronel Botapof la odia.

—Nadie puede con Anne. Tiene buenos padrinos en las altas esferas.

—¿Estás enamorada de ella? ¡Eres una ramera! Me das asco, Yelena.

—Entonces, ¡déjame en paz! Si quieres, puedes denunciarme al coronel, pero te prevengo que, si me mandan al paredón, ¡tú vendrás conmigo!

—¡Oh, tú sabes arreglártelas bien! Sólo tienes que acostarte en la cama de Anne; de allí salen todas las denuncias.

—¡Cerdo! ¡Eres un verdadero cerdo!

—Perdóname, ¡pero es que me vuelves loco! Aunque sea lo último que haga en la vida, ¡quiero que seas mía! Antes de ponerse el sol, los Fritz estarán aquí y todo habrá terminado. —Le arrancó la guerrera—. Después, podrás ir a decirle a la puerca de tu capitana que es mucho mejor hacerlo con un hombre.

—Mirad eso —murmuró *Hermanito*, en la posición avanzada desde la que observábamos los tanques rusos—. ¡Es como para poner en celo a un cordero castrado! ¡Ese traidor soviético se refocila con ella, y no cree en la victoria de Stalin! Es para cortarle el cuello.

—Será a la chica a quien cortarán el cuello —rió *Porta*—. ¡Y pensar que habíamos de convertirnos en *voyeurs*! Decididamente, ¡la guerra depara muchas sorpresas!

—¡Cerrad el pico, monos lujuriosos! —gruñó *el Viejo*, sacando su «L. M. G. » nuevo modelo provisto de bayoneta, para utilizarla en el cuerpo a cuerpo.

Barcelona Blom se echó a reír y quitó el seguro a una granada de mano.

—Será su último golpe, antes de que nos presentemos nosotros.

La muchacha, con el pecho desnudo, respira con dificultad y abofetea a su agresor, el cual se excita todavía más. Se les oye luchar entre el maíz. La

falda arrancada descubre el gran revólver, cómico sobre las enaguas blancas.

Todos nosotros reímos, excepto *el Viejo y el Legionario*, *Porta* lanza un silbido prolongado.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Yelena, con inquietud.

—Un pájaro de los pantanos que llama a su compañera —responde Oleg—. Vamos; sólo una vez, para complacerme.

Un momento de silencio; después, un gemido en el campo de maíz, un grito ahogado, palabras incomprensibles. Nos hemos quedado mudos de asombro, jadeantes, con los ojos brillantes.

—¡Santa Madre de Kazan! —murmuró *Porta*—. ¡Vaya una situación! Estamos aquí para zumbarle al Ejército Rojo, pero hemos de reconocer que Iván tiene más sesos que nosotros. Él, al menos, se zampa gallinitas de uniforme. He aquí las ventajas de luchar por una causa santa: se puede mezclar a Dios y el diablo. ¡Cosa que no ocurre en el maldito ejército de Hitler!

—¿Les dejamos terminar antes de atacar? —preguntó Stege.

El Viejo, que se tiraba nerviosamente de una oreja, no respondió. Lo que ocurría delante de nosotros no le interesaba en absoluto. La chica se levantó y puso en orden sus ropas. Volvía a ser sargento.

—Me voy —dijo, sonriendo y mostrando los blancos dientes—, pero volveré después de pasar lista.

—Seguro que no —se mofó el teniente—. ¡No volverás conmigo!

—Volveré —replicó la chica, riendo, y desapareció entre los altos tallos, en dirección a los cuatro «TB» rusos, allá abajo, cerca de los girasoles.

Si los hubiesen pintado de amarillo, como nuestros carros, apenas los habríamos visto. En Rusia, todo es amarillo en esta época del año; incluso la gente amarillea un poco cuando el otoño toca a su fin. El color verde delata los tanques en este paisaje amarillento y pardo.

—Tendrían que repintar sus vehículos cuatro veces al año, como nosotros —dijo *Porta*—. Dos veces no bastan, cuando se está en guerra.

—En realidad, habría que hacerlo todos los meses —declaró Stege—. La nieve de enero es muy distinta de la de diciembre, y la nieve en polvo de noviembre no tiene nada que ver con la de febrero, mientras que, en marzo, al menos presenta cinco matices de blanco diferentes. Así pues, en invierno, cuando el blanco parece blanco, no sirve de mucho repintar una sola vez los carros. Y, en primavera, el verde cambia de matiz cada semana. ¿De qué sirve pasearse en un vehículo pintado con los colores de la primavera, en el verde oscuro del verano? De nada. Si supiesen camuflar mejor, alargarían la vida de

los corderos como nosotros. ¡Fijaos en nuestros uniformes! ¡Verde gris! Salvo en el polvo de las carreteras, ¿dónde encontráis este color? Y los chicos de Iván siguen pataleando en primavera con sus uniformes caqui de otoño. ¡Son esos burócratas imbéciles quienes inventaron el color de los uniformes!

—Antes eran rojos y azules —dijo *Hermanito*.

—Era para darle miedo al enemigo —se chanceó *Barcelona*—. Una tropa que avanzaba con la bayoneta calada, de uniforme rojo vivo, era para causarle almorranas al más pintado. Se habría dicho una ola de sangre.

El teniente ruso se había tumbado sobre la hierba, con un tallo de maíz entre los dientes, y reía satisfecho. Tenía desabrochada la camisa de verano y cerrados los ojos, mientras un insecto jugaba sobre la estrella de su condecoración. Sólo en el instante en que la sombra de *el Legionario* cayó sobre él, se dio cuenta del peligro. ¡Demasiado tarde! Quedó muerto, con la yugular seccionada. *El Legionario* enjugó con indiferencia su cuchillo moruno en la guerrera de verano, mientras llegaba hasta nosotros el aroma del café que preparaban los hombres de los tanques rusos.

—¡Dios mío! —murmuró *Porta*—. ¡Café! ¡Y verdadero! Esos comunistas no se privan de nada.

Porta adora el café; muchas veces ha arriesgado la vida para apoderarse de un poco de café, y *el Viejo* dice que no vacilaría en vender a la compañía por una libra de este artículo. *Hermanito*, que avanzaba el primero, con el bazuca bajo el brazo, se dejó caer de pronto entre el maíz, mostrando, no lejos de allí, a un soldado ruso sentado junto a una pequeña fogata sobre la que humeaba un recipiente negro. *Porta* aspiró entusiasmado el aroma embriagador.

—¡Mirad! —murmuró Julius Heide—. ¡Cuatro «B T5»!

—Cinco —le corrigió *Porta*—. Hay un «KW» detrás de los otros, el del comandante.

—Todo quedará destruido en un periquete —declaró *Hermanito*, acariciando su granada magnética—. Los testículos les subirán a la garganta y ya no tendrán ganas de fornicar con las chicas soldado. Si José nos viese, nos pondría una medalla.

—Prohibido llevar medallas soviéticas —declaró secamente Heide.

—Basta de tonterías —les atajó *el Viejo*—. Calma. Nadie debe disparar hasta que yo dé la orden.

Sonaban risas en el campo soviético. Una voz de mujer tronó sobre el bullicio, una fuerte voz de mando.

—El capitán sin verga —dijo *el Legionario*, sacando la navaja del bolsillo—. Ésa queda para mí, os lo advierto.

—¡Basta! —gruñó *el Viejo*—. Estamos demasiado lejos de los carros. Las cinco latas deben saltar al mismo tiempo. Tú, *Barcelona*, barrerás el terreno con tu «MG», y abatirás a todo el mundo. Ninguno de ellos debe llegar al puente. Si consiguen volarlo, será el consejo de guerra para nosotros. Todo depende del puente. Está minado, al menos con dos toneladas de explosivos.

—¡Menudo estampido! —sueña *Hermanito*—. ¡Una tonelada de pólvora! ¡Se oiría desde el país de los esquimales!

Los rusos se agrupan para tomar el café.

—Confíemos en que nos dejarán un poco —gime *Porta*—. ¡Me pregunto de dónde lo sacarán!

—Ésos son de la Guardia —explica *Heide*, que siempre lo sabe todo—. Raciones especiales.

—¿Cómo lo sabes?

—Guerrera de verano verde con trencillas de plata. Es obligatorio conocer los uniformes enemigos. Quien no lo sabe, ¡sabotea las órdenes!

—¡Silencio! —recomienda *el Viejo*—. ¡En marcha!

Los rusos, sentados en círculo, devoran gruesas rebanadas de pan mojadas en el café oloroso. Cae la tarde. El cielo es de un rojo de sangre al otro lado del río. Uno de los rusos coge su balalaika, y surge una canción.

Desde hace mucho tiempo, tu padre está enterrado,

Y desterrado tu hermano querido.

Él sufre en el frío siberiano.

Cadenas en los pies y en las manos

Bajo los golpes de la nagayka...

Esta melancólica canción se canta en Rusia desde hace decenios, desde que hay campos de concentración en Siberia.

—¡Horrible canción! —dice *Hermanito*.

A lo lejos, ruge la artillería. Nosotros, con nuestra experiencia del frente, sabemos que los que disparan son «Opslagsspringerer», cañones pesados alemanes, y que esto significa: «ataque». Vale más no encontrarse allí en este momento, y compadecemos a los tipos de la otra orilla, que se meten en el más pequeño agujero, único refugio contra la muerte. El fuego de los tanques rusos produce un resplandor fantástico. Nada más impresionante que un bosque oscuro de pinos en el fuego de un combate.

—Pásame el coñac de los pobres —dice *Porta* a *Barcelona*, el cual le tiende la gran cantimplora de campaña utilizada en el Ejército francés.

El fuego aumenta y el resplandor se hace fulgurante. Los rusos, como nosotros, miran hacia el Norte. Las granadas no distinguen entre amigos y enemigos.

—¡Adelante! ¿Por qué creéis que estamos aquí?

Rugen los motores y los tanques avanzan; los soldados de Infantería corren a su lado, enfermos de terror, lanzados al infierno por políticos irresponsables. Avanzan. Los carros tienen que cruzar el campo de minas. Nadie se ocupa de los granaderos, que corren y se agarran a los cabos. El granadero cae, se deja arrastrar, se incorpora, dispara hacia un casco que aparece encima del parapeto de la trinchera. ¡Es la guerra! Mata al hijo de otra madre, antes de que éste te mate a ti, y te habrás ganado un respiro en la lotería de la muerte. Si no te vuelves loco, regresarás como un héroe; pero no olvides que nada desaparece tan de prisa como los héroes. Dos meses después de una guerra, ya no se habla más de ellos.

Por encima de nuestras cabezas, los cohetes rayan el cielo con sus estelas de fuego y caen a lo lejos, detrás del río. Los maizales, resecaos por el sol de verano, empiezan a arder. Salvo los lanzallamas, los cohetes son lo que más odiamos. «Han sido fabricados con los pelos del culo del diablo», asegura *Porta*.

—Preparados para la partida —ordena una dura voz rusa.

—¿Qué dice? —pregunta *el Viejo*, que no consigue aprender el ruso.

—Dice que tienen que moverse para llegar a los carros —traduce *Porta* con desenvoltura.

Nos arrastramos para tener un mejor ángulo de tiro. Me echo el cañón de chimenea al hombro y apunto al tanque más próximo. *Hermanito* suspira impaciente; también Heide, cada uno de cuyos movimientos se adapta al reglamento. Ese nazi es un autómatas viviente, atiborrado de reglamentos. No mata hombres, sino cosas anónimas que le dejan completamente indiferente. Le cortaría el gaznate a cualquiera, si se lo ordenasen, pues las órdenes no se discuten jamás. Si le dijeran que fuese andando hasta la Luna prepararía su mochila con el mismo cuidado que un recluta, tomaría raciones para ocho días y daría media vuelta, entrechocando los tacones. Erguido como un palo de escoba, marcharía en dirección a la Luna, hasta caer reventado o recibir la contraorden. Desgraciadamente para nosotros, hay muchísimos suboficiales del tipo Heide; pero *Porta* afirma que estos fanáticos del reglamento son indispensables pues sin ellos el Ejército se derrumbaría. El látigo es necesario cuando hay quien tiene que obedecer.

El ruso grita:

—¡Listos!

Las guarniciones de los tanques se instalan rápidamente.

—¡En marcha los motores!

Los motores roncan. Una mujer alta y vigorosa, con verde uniforme, le grita algo al comandante del primer tanque.

—¡Atención! —murmura *el Viejo*.

Los cinco tubos apuntan.

—¡Ven, dulce muerte, ven! —canturrea *el Legionario*.

—*Davai, davai!* —grita el comandante del primer carro a los que se retrasan recogiendo los utensilios de cocina, pues a los soldados les cuesta siempre interrumpir un vivac en el cual se olvidan de la guerra.

—¿Dónde está Oleg? —pregunta de pronto la mujer sargento, mirando a su alrededor.

—Es verdad, ¿dónde está Oleg? —repite el oficial del tercer vehículo.

—¡Fuego! —grita *el Viejo*, bajando el brazo.

Cinco cometas incandescentes vuelan hacia los blancos, y una explosión monstruosa retumba en el bosque. Los cinco disparos han alcanzado su objetivo. A treinta metros son mortales para cualquier clase de tanque. Pedazos de acero al rojo caen entre los árboles. Los hombres de las torrecillas, lanzados al aire, parecen balancearse en la punta de una llama; después, rotos los miembros, son reducidos a polvo por la presión del aire. La mujer sargento gira sobre sí misma, transformada en antorcha; el joven soldado que hacía el café corre, sin cabeza, en dirección al bosque. Muchas veces nos hemos preguntado cuánto trecho podía correr un cuerpo sin cabeza, pero ahora ya no nos asombra nada. Cuando se lleva algún tiempo en la guerra, todo parece normal. El otro día, un nazi corría sin piernas, lanzando gritos atroces: un gordo comandante de la reserva, que resultaba cómico de ver, aunque parezca monstruoso decirlo. Heide, naturalmente, nos echó un discurso sobre los nervios particularmente sólidos de los alemanes, gracias a la dietética nazi. Un cerdo soviético, por no hablar de un judío, no habría podido nunca correr sin piernas como aquel comandante alemán. Pero nada tenía de extraño que un ruso corriese sin cabeza; también lo hacen las gallinas.

Cargamos sobre los girasoles encendidos, y he aquí que un perrito blanco empieza a ladrar con tales muestras de desesperación que *Barcelona* lo toma en brazos. ¡Maldición! El perrito, evidentemente ruso, muerde con tal fiereza a *Barcelona* que éste lo arroja a las llamas. Como era de esperar, Heide lleva en su mochila, de acuerdo con el reglamento de 1936, una cajita de metal con

unas pinzas y los seis metros de gasa reglamentarios. La nariz mordida de *Barcelona* queda en buenas manos, y podemos estar seguros de que, después del combate, Heide irá enseguida a reponer la gasa que ha gastado.

La capitana cae viva en nuestras manos. Se precipita sobre Stege como una loba, cae al suelo por una zancadilla de *Porta* y trata de apuñalar a *Hermanito* con su temible cuchillo caucasiano. Un golpe en la nuca de la arpía resulta insuficiente; se levanta de un salto, se arroja sobre *el Viejo*, y nuestras seis pistolas disparan a un mismo tiempo. La mujer vuelve a caer, aullando y vomitando sangre por la boca; tarda mucho en morir. Nadie se atreve a acercarse a ella. Puede llevar en la manga una pistola «Bowden», y si alguien cometiese la imprudencia de inclinarse sobre ella para limpiarle la sangre y darle de beber, le dispararía a la cara. Lo hemos visto muchas veces. La guerra del Este no se parece en nada a las otras guerras. Aquí, incluso los muertos matan. La mujer se retuerce presa de tales dolores que *Hermanito* saca su nagán.

—No hagas eso —dijo *el Viejo*—, si no quieres que te denuncie por asesinar a un prisionero.

—Ya ha recibido lo suyo, y no puedo ver sufrir a una mujer bonita. Deja que la remate, y larguémonos.

El Viejo salta:

—Al que dispare, lo mato.

—Habrías debido ser prior de un convento —replica *Hermanito*, guardándose el arma.

Pero la mujer se encarga de poner fin a sus sufrimientos; precisamente llevaba en la manga una pistola «Bowden».

—¡Y yo que estuve a punto de darle un trago de vodka! —exclama Stege, aterrorizado.

—No hagas nunca una cosa así —le aconseja *el Legionario*—. Si aprecias en algo tu perra vida, dispara sobre un cadáver antes de acercarte a él.

Nuestros camaradas están ya lejos, y echamos a correr para unirnos a ellos llevando *Porta* una bolsa grande de café sobre el hombro. Por encima de los árboles siguen pasando fulgurantes cometas; ahora empieza el infierno de los organillos de Stalin.

—Es mejor no encontrarse donde aterricen éstos —dice *Hermanito*—. Por lo demás, es curioso que se pueda hacer volar a esos enormes trastos y hacerlos estallar donde uno quiere.

—¡Han sido calculados para eso!

—Pero hay que tener algo formidable en el cerebro para hacer que un aparato así vaya a dar precisamente en la cabeza de un general, pongo por caso. ¡No me digáis que no es sensacional!

2

Un hombre curioso, ese Hitler, pero nunca será canciller o general en jefe. Como máximo, se le podría confiar el Ministerio de Correos.

*Palabras del presidente del Reich, Von Hindenburg al general Von Schleicher.
4 de octubre de 1931.*

Fue el mariscal Malinovski quien escribió en 1961, en el periódico *Wojenno-Istrischeski*, estas frases memorables:

»El colmo de la estupidez de Stalin fue dar a las tropas la orden de permanecer en sus guarniciones, lejos de la frontera, incluso cuando los rusos tenían pruebas absolutas del ataque preparado por Hitler.

»Durante los tres meses anteriores al Día D, un millón de soldados alemanes permanecieron acantonados junto a la frontera rusa de Polonia. El plan defensivo soviético, minuciosamente preparado por el Estado Mayor general, y bien conocido por Stalin, no fue nunca puesto en práctica, por orden expresa de éste; y los Cuerpos de Ejército habían sido distribuidos de un modo tan estúpido que los carros blindados alemanes los destruyeron como en un desfile. Pero el punto culminante de la aberración se alcanzó la noche del sábado que siguió al 21 de junio de 1941. Aquel día se privó a las Divisiones de Infantería de sus Divisiones, blindadas, para agrupar éstas en nuevas Brigadas de carros. Los antiguos carros fueron alineados en las plazas fuertes (“BT 5 y 7”), mientras que las tropas adiestradas eran enviadas a otras guarniciones. Cuando llegaron los alemanes, el lunes, estos soldados escogidos no tenían aún un solo carro a su disposición. Cayeron prisioneros a millares.

»En los tres primeros días, el noventa por ciento de la aviación rusa, a la cual se había prohibido volar, fue aplastada por los bombarderos enemigos.

Durante las seis primeras horas del 22 de junio. Stalin prohibió hacer el menor disparo a las Divisiones fronterizas del Ejército Rojo. Pero, como dice irónicamente Piotr Grigorenko, ¡alabado sea Dios! A pesar de todo, hubo soldados lo bastante indisciplinados para infringir las órdenes de los superiores.

»Stalin se negaba obstinadamente a creer que las tropas alemanas cruzaban la frontera por orden de Hitler. Hasta mediados de agosto, estuvo convencido de que todo era un error provocado por los “Junker” alemanes. No cesaba de repetir: “No es verdad. Adolfo Hitler no reniega de su palabra”. ¿Acaso no le había asegurado el ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, la fidelidad del Führer?

»Sin embargo, aunque muy lentamente, en Moscú empezaron a darse cuenta de la realidad. El ministro de la Guerra, Timoschenko, que se creía aún en 1917, en la época de la Revolución, ordenaba atacar con arma blanca. Los comandantes del frente suplicaban, en vano, que no se les obligase a aventurarse por las carreteras antes de cerrar la noche; pero Stalin ordenaba atacar, y marchaban directamente al encuentro de la muerte. ¡Fácil presa para las escuadrillas alemanas! De este modo, fue aniquilado lo que quedaba de los carros blindados rusos.

»En el horno de Kiev, el V Ejército Blindado luchaba desesperadamente para evitar su destrucción completa, y, efectivamente, habría podido evitarla de no ser por las órdenes insensatas del Kremlin. Millares y millares de excelentes soldados rusos fueron así aniquilados estúpidamente. Después, cuando unos hombres clarividentes hubieron enderezado la situación, hubo que encontrar cabezas de turco. Se empezó eligiendo oficiales de la región militar del Oeste. Uno de los jefes del Ejército ruso más jóvenes y mejor dotados fue fusilado. Su jefe de Estado Mayor, el bravo teniente general Tupikow, corrió la misma suerte. De Norte a Sur del inmenso imperio, tronaban los pelotones de ejecución».

El comandante general Grigorenko asegura que ochenta y ocho mil oficiales superiores fueron ejecutados en quince días. Desaparecidos los testigos de la locura del Kremlin, Stalin se hizo nombrar general en jefe.

EL CALVADO DE HERR NIEBELSPANG

Justamente antes de nuestra llegada, el castillo blanco había sido cuartel general de la GPU. En los sótanos yacían doscientos cadáveres, todos con una bala en la nuca; al día siguiente llegaron en masa los hombres de la propaganda, para tomar las fotografías de costumbre. Después de las fotografías, se enterró a las víctimas en lo macizos de flores, porque era una tierra fácil de cavar. El parque quedó lleno de cadáveres, y aún tenía que contener muchos más, porque, al marcharnos nosotros, llegó la Brigada especial del ss Heydrich, y todo el mundo sabe cuál es la tarea confiada a los SD.

La mayoría de nosotros éramos muy jóvenes y no habíamos conocido el alegre período de la adolescencia. Nos habían enviado a la guerra antes de haber empezado a vivir. Evidentemente, algo importante se preparaba en aquel momento: puesta en marcha cada dos horas, cosa que era absolutamente necesaria con los nuevos motores «Maybach». Si están parados demasiado tiempo, les cuesta arrancar, y el Cuerpo de tanques no sabe nunca cuándo va a sonar la Hora H. Uno vive descuidado, empieza a olvidar la guerra y, de pronto, truena la orden: «Adelante, ¡marchen!».

Entonces, de repente, todo es un infierno, y el granadero con el que estábamos charlando se ha convertido en una momia calcinada. Lo peor es la gasolina de los lanzallamas; los desgraciados que son alcanzados por estas armas diabólicas se cuecen lentamente como la carne en el puchero. A veces, viven aun cuando uno se acerca a ellos; pero, si los tocas, su carne se deshace entre tus dedos. De todas maneras, acaban muriendo, y sería mejor dejarles en el lugar donde cayeron del carro; pero el reglamento exige que sean transportados al hospital de campaña. Y el soldado avisado cumple el reglamento.

—En el Ejército, tiene que haber orden —dice *Porta*—; si no, ¡adiós guerra! Y un gran pueblo necesita una guerra de vez en cuando, para demostrar al vecino que está en plena forma. ¿Adónde iríamos a parar si cada cretino hiciese lo que le viniese en gana? Todo el mundo pondría pies en

polvorosa el primer día, y entonces, ¿qué harían los políticos? Pensad en todo el jaleo que han tenido que armar para preparar una buena guerra —termina *Porta*, cerrando de golpe la portezuela de la escotilla.

Arrancamos cuando ya es noche cerrada. Llueve a cántaros y el olor a quemado se pega a la garganta. Llega la infantería de los carros blindados, empapada hasta los huesos, helada, con las lonas de las tiendas sobre el hombro y los gorros calados hasta las orejas. Los viejos, más experimentados, han envuelto sus armas automáticas en papel embreado, sin que los jefes de sección tengan nada que reprocharles. Casi siempre, las alarmas son injustificadas, y entonces, ¿por qué ensuciar inútilmente las armas? Claro que está prohibido; pero ¡se hacen tantas cosas prohibidas! Por ejemplo, la violación está castigada con la horca, pero es muy raro que se cuelgue a alguien por una cosa así. En la aldea de Drogubosch, encontramos a una hermosa muchacha que las había pasado moradas; afirmaba que la habían violado veinticinco hombres. El médico declaró que era muy posible que fuese así, y esto fue todo. No se presentó un solo polizonte, cuando, sin embargo, aparecen enseguida si se produce cualquier detalle contrario a los intereses del Ejército.

—¡Enfermero! —grita una voz—. ¡Tengo una mano arrancada!

Seguro. Cada vez que hay una alarma, no falta un imbécil que, distraídamente, pone la mano en la boca del cañón de su arma. Un silbido..., olor a carne quemada, y sólo queda el hueso. Naturalmente, el hombre será castigado por su estupidez; pero seis semanas de calabozo... ¡qué vacaciones, en comparación con el frente! Un enfermero le increpa y le habla de consejo de guerra: mutilación voluntaria. Si el tipo tiene mala suerte, tal vez comparezca ante él. Así le ocurrió el anterior domingo a uno que tenía las dos piernas amputadas. Lo ataron a una tabla para que muriese de pie. En las ejecuciones, hay que observar el reglamento.

—A ése le van a dar también su merecido —pronostica *Hermanito*, mientras despacha sus «raciones de hierro», como Gargantúa.

—¿Cómo diablos te las arreglas para atracarte de este modo? —pregunta *el Viejo*, estupefacto.

—No lo sé. Cuando tenía ocho años, me zampaba ya un pollo entero, con huesos y menudillos. Es lo que se aprende a hacer cuando uno tiene que hincharse en secreto. ¿Te acuerdas de los patos de Navidad del sargento mayor Edels?

¡Cómo olvidar aquellos patos! Cuando se presentó la Policía secreta para investigar el hurto de ocho patos cebados del Ejército, se administraron

vomitivos a toda la compañía para descubrir a los culpables. Los patos fueron devueltos, como es de suponer; pero el jefe de los hombres del abrigo de cuero negro era amigo de *Porta*. Por esto, el interrogatorio terminó en una formidable partida de cartas, y los hombres de la Policía se marcharon... ¡sin sus abrigos de cuero!

—Carros blindados, ¡adelante! —vocifera la radio.

Roncan los motores «Maybach». *El Viejo* se cala las gafas de protección. En el bosque, ruido de una débil alarma; nuestros granaderos han tropezado con la infantería enemiga. La metralla destruye las posiciones, que se convierten en una masa amorfa.

—No hemos debido entrar jamás en Rusia —dice Stege, pesimista, pues todo lo ve negro cuando el ambiente empieza a calentarse.

Las «MG» maúllan como gatos rabiosos; los morteros del 80 escupen granadas en dirección a las «MG»; la tierra hierve como un geiser; la calzada alquitranada que conduce a Pocinok desaparece bajo una borra blanquecina. No hemos estado nunca en Pocinok, pero conocemos todos sus rincones. Sabemos dónde está su «PAK», aunque nadie nos lo haya revelado; si tienen tanques, están seguramente camuflados detrás de la escuela, pues es el sitio ideal. Por lo demás, ni siquiera hace falta camuflarlos; con nuestras armas de corto alcance, nada podemos contra sus pesados «KW 1» y «KW 2». En cuanto al «PAK», debe de estar cerca del edificio del Partido, pues la sede de éste es lo último que abandonan.

¡Señor! ¡Qué manera de llover! La lluvia se filtra por las rendijas de evacuación de gases, que ya no deben de ser muy eficaces. Inspecciono minuciosamente la máscara de gas y sus dos filtros; el primero ha sido utilizado para hacer alcohol. ¡Apesta a alcohol! Un ataque con gases no debería ser tan espanto: uno estaría borracho perdido antes de darse cuenta de que le sofoca el cloro.

En la orilla de la carretera, en la cuneta, un camión volcado: uno de los grandes de la artillería pesada. Los *haubitzer* han sido proyectados a lo lejos, hasta un huerto. Una de las ruedas de hierro debió volar, tronchando una hilera de árboles. Manzanas maduras desparramadas por todas partes. El otoño de 1941 fue una buena estación para la fruta, y las recolectoras estaban en plena faena. La escalera, partida por la mitad, parece cortada por una sierra circular, y una mujer está caída sobre los barrotes, con los vestidos arrancados, conservando el zapato en el pie izquierdo y un collar en el cuello. Un pedazo de escalera le atraviesa el estómago y la punta le sale por la espalda. Alrededor del camión, se ven varios artilleros muertos. Uno de ellos

empuña aún una botella de vino; murió mientras bebía. Cerca de la valla del huerto, un soldado de Infantería alemán, de apenas diecisiete años. Tiene ambos puños hundidos en las entrañas, como para contenerlas, y sus costillas parecen de marfil pulido. El agua fluye por el gran agujero negro abierto por la granada, arrastrando sangre y pedazos de carne.

—Es curioso —murmura *Porta*—. La guerra empieza siempre en otoño y termina en primavera. ¿Por qué será?

Es verdad. Cesan las escaramuzas de la infantería y después empieza lo bueno, cuando, noche tras noche, se oye el ronquido de los motores del vecino. Y de pronto, poco antes del alba, ¡se arma la gorda! El primer día es siempre el peor. Mueren muchos ¡muchos! Después, la cosa disminuye. No; no decrece, sino que uno se acostumbra a vivir con la muerte.

Precisamente, desde hacía tres semanas, llegaban tropas de refresco que, noche y día, desfilaban por delante del castillo blanco. Compañías, batallones, regimientos, Divisiones. Al principio, contemplábamos este desfile con curiosidad. ¡Aquellos soldados olían a Francia! ¡Y vaya riqueza! *Porta* y *Hermanito* hacían grandes negocios. Imaginaos que, de acuerdo con un *Obermaat* de Marina, ¡habían llegado a vender un contratorpedero a punto para entrar en servicio! *Hermanito* esperaba una hermosa condecoración inglesa para después de la guerra; así se lo prometieron los dos hombres morenos que compraban el contratorpedero...

Cruzamos la aldea sin encontrar resistencia, y nos amodorra el calor del tubo de escape. *Porta* sufre todas las fatigas del mundo para conducir el pesado vehículo entre las tropas en marcha. Un momento de distracción, y aplastaría una compañía... Detrás, la infantería de los carros está medio asfixiada por el óxido de carbono. Peligro de muerte para el imprudente que se acueste sobre el motor, entre los dos tubos de escape; pero ¿quién no lo hace? ¡Se siente un calorillo tan delicioso!

Hermanito duerme, tumbado sobre sus granadas, y sus ronquidos llegan a ahogar los del motor. Cuatro gordos piojos corren por su cara; son de una raza especial, con una cruz en la espalda. Deben de ser peligrosos, pues cobramos un marco por cada piojo que entregamos al sargento de Sanidad, el cual los guarda en un tubo y los envía a Alemania. *Porta* dice que los meten en un campo de concentración para piojos, donde crían una raza especial de piojos arios que levantan la pata derecha para hacer el saludo nazi. Heide, al oírlo, se marchó indignado. *El Viejo* despierta, pues, a *Hermanito* y le llama la atención sobre la fortuna que corre por su piel. El gigante consigue pescar tres, pero el cuarto huye al cuello de *Porta*, el cual se lo atribuye. Los clavan

con un alfiler en la funda de caucho del aparato de óptica, para tenerlos a mano si se presenta el sargento de Sanidad.

De pronto, una colosal bola de fuego cae entre los matorrales, delante del primer tanque. Los hombres saltan de los vehículos, locos de terror y con el corazón palpitante. Permanecen tumbados en el barro, esperando la muerte. Algo barre el terreno; rebotan proyectiles en los blindajes de acero; un muro de llamas se levanta delante de nosotros: una cortina de fuego que se enrolla al revés. Llega del bosque, se eleva en el cielo en un fúnebre arco iris, describe una curva y vuelve sobre nosotros.

—Los órganos de Stalin —murmura Heide, cayendo involuntariamente debajo del «Funker MG».

Todo queda arrasado, entre un estruendo apocalíptico.

—Carros blindados, ¡adelante! —chilla la radio.

Pero, incluso antes de poder meter la marcha, cae una segunda ráfaga.

Porta pone el vehículo a todo gas, se lanza sobre el agua y el barro; las orugas azotan el fango, que salta hacia el cielo. La aldea de Spas Demensk se derrumba entre una lluvia de chispas y proyecta sus gruesas vigas incandescentes sobre la columna de tanques. Una fábrica de azúcar arde con un reflejo blanco cegador y, justamente en el momento en que pasamos, estalla y lanza a lo lejos una masa hirviente. Explosiones y braseros, fuego de la artillería, lanzagranadas, ametralladoras, truenos de los tanques: todo forma un abismo de muerte y de destrucción. Nuestro carro avanza lentamente a través de muros y hierros retorcidos, envuelto en humo sofocante. Los tanques en cabeza nos guían por radio. Ningún ejército del mundo está tan perfectamente adiestrado para conservar el enlace como el Ejército alemán. Incluso podemos mantener contacto con la artillería pesada de la retaguardia. Cuando nos acercamos a los monstruosos «KW 2» rusos, a los que sólo podemos oponer nuestros ineficaces «7,5», tratamos de destruir sus orugas y de inmovilizarlos llamando a la artillería pesada contra estos colosos.

El primer batallón está ya en contacto con la infantería de trincheras y los «PAK» enemigos. Hordas de soldados bañados en sangre se cruzan con nosotros. Los nuestros han debido de sufrir pérdidas enormes.

Avanzamos al paso, guiándose *Porta* por la llama del escape del tanque que va en cabeza. Balas trazadoras vuelan ininterrumpidamente hacia las posiciones enemigas. De pronto, un gran «BT 6» sale de un camino lateral, oscila, entra pesadamente en la carretera, se arroja sobre un «P III», lo vuelca, gira como una peonza y se lanza sobre nosotros.

Yo disparo rápidamente, sin apuntar. La granada alcanza la torrecilla y brota un surtidor de chispas; pero los dos tanques chocan, y el golpe nos hace rodar por el suelo del carro. *El Viejo* arranca la escotilla al mismo tiempo que el comandante ruso abre la suya, pero *el Viejo* es más rápido y su fusil ametrallador escupe la muerte antes que el del enemigo. *Hermanito* salta al exterior empuñando una mina «S». Trepa como un loco sobre nuestro carro y arroja la mina a la torrecilla del ruso. A los pocos segundos, el «BT 6» no es más que un montón de chatarra carbonizada.

Sacamos nuestro carro de entre la chatarra, mientras el jefe de la compañía, *Oberleutnant Moser*, nos hostiga.

—Alza a las cuatro, «PAK» enemigo a 125 metros, granadas explosivas. ¡Fuego!

El cañón «PAK» empieza a disparar, pero es como si nos arrojase garbanzos. El ruido de nuestro disparo y el de la explosión llegan simultáneamente a nuestros oídos. Ya no queda nada del cañón «PAK».

De pronto, nuestro vehículo se precipita en un profundo cráter de granada y su morro se hunde en la tierra blanda. *Porta* da marcha atrás, pero las cadenas resbalan. Trata de salir del atasco oscilando a un lado y otro. Nada. *Hermanito* ha sido lanzado contra el armario de las municiones y se ha rajado una mejilla. Heide está aprisionado entre el «Funker MG» y la radio. Afirma, gimiendo, que tiene una mano arrancada; pero sólo se ha roto un dedo. ¡Tanto peor para él! Un dedo roto no basta para tomarse unos días de descanso. *El Viejo* ha resbalado sobre una caja de municiones y se ha hecho mucho daño en un brazo. En cuanto a mí, he caído sobre *Porta* y el embrague me ha dado un golpe en la ingle; el dolor me vuelve loco, pero el sanitario no se digna enviarme al hospital. Necesitan casi un cuarto de hora para sacarnos del agujero. Los juramentos de Moser retumban en la noche; parece convencido de que lo hemos hecho adrede.

—Si vuelve a ocurrir, ¡será el consejo de guerra!

Tomamos posiciones cerca del hospital incendiado. Nadie sabe exactamente lo que pasa. Los veintidós tanques de la compañía están alineados, con sus cañones a punto; cerca de la fábrica de azúcar, se halla preparado el resto del batallón.

Despunta el alba entre una densa niebla. Esto es lo más horrible de las proximidades de los ríos; no se ve ni se oye nada. Las armas pesadas han enmudecido. Sólo algunas ametralladoras tabletean al otro lado de la corriente. ¿Dónde está la infantería? ¿Ha roto el frente enemigo? Tenemos la horrible impresión de haber sido olvidados en la Rusia inmensa. Poco a poco,

se levanta la niebla y aparecen sombra de casas y de árboles. La infantería de tanques llega en columna de a uno junto a las casas y se agrupa cerca de los vehículos. Truenan los cañones y las ametralladoras; la tierra tiembla; salen llamas inmensas de las bocas de los cañones; una cortina de balas trazadoras se eleva sobre el campo de batalla. La infantería de línea avanza a saltos. Disparamos por encima de sus cabezas, con un fuego de cobertura bien calculado; pero no es divertido avanzar bajo el zumbido de las granadas. Si el tiro es demasiado corto, se recibe en el cogote, y esto ha ocurrido ya algunas veces. De poco sirve que, después, comparezca el culpable ante un consejo de guerra.

Muy lejos, en retaguardia, unas formas pardas saltan y desaparecen entre la niebla. Más de cien tanques corren hacia las líneas enemigas. Los rusos huyen, presas del pánico, hacia posiciones de retirada; nosotros mantenemos la formación como en un campo de maniobras; pero, aquí, los blancos son vivos. De pronto, ¡todo cambia! Una larga hilera de cazadores rusos aparece delante de nuestros carros inmóviles. ¡Vaya duelo! En la 8.^a compañía, el primer tanque estalla, y *Barcelona* anuncia que su torrecilla ha sido alcanzada e inutilizado el cañón; hay que repararlo. Un segundo más tarde, somos nosotros quienes recibimos de lleno una granada. El ruido es infernal y nos quedamos sordos durante unos minutos. Una conducción de gasolina empieza a perder; si no hubiésemos fijado pedazos de oruga en la parte delantera del carro, la granada habría atravesado el blindaje y nada quedaría de nosotros.

El Legionario anuncia, a su vez, que tiene un cañón averiado; también hay que repararlo. Tres tanques de la 4.^a sección están ardiendo, y los hombres se asan en su interior. Un nuevo impacto, que rompe la caja de cambios; ahora, no podemos maniobrar, y esto es mortal para un tanque. A pequeñas sacudidas, *Porta* consigue colocar el tanque detrás de una colina, y, con las pocas herramientas de que disponemos, cambiamos la caja de cambios sudando la gota gorda. También hay que reparar una oruga; es un trabajo de romanos, pero, afortunadamente, llega un coche-taller en nuestro auxilio, y partimos de nuevo, ¡para ver aniquilados a siete de los nuestros!

Allá abajo, en la orilla del bosque, surgen unos vehículos grises que tomamos, de momento, por cañones antitanque sobre cureñas motorizadas. Pero tres secciones giran para contraatacar. Es algo muy diferente... Cinco «T 34» y diez «T 60». A ochocientos metros, los primeros «T 60» estallan en surtidores de fuego y de humo. Nosotros giramos como locos para esquivar los «T 34» y sus granadas mortales. Es el tanque más peligroso de todos los que actúan en esta guerra, y la mejor arma del Ejército Rojo. Tres de nuestros

«P IV» están ardiendo, y otros dos, tan averiados que tienen que huir del campo de batalla; un «P III» se ha volatilizado sencillamente, al recibir dos granadas al mismo tiempo.

Una batería «Flak» de 8 cm acude en nuestro auxilio y destruye rápidamente los carros enemigos. Sus nuevas granadas son mortíferas. Por último, ataca a su vez a la 27 Brigada blindada y, en poco rato, la artillería rusa queda aniquilada.

Nuestro tanque necesita reparaciones urgentes: tiene la torrecilla averiada y hay que cambiar varias placas de las orugas. Y, sin embargo, la División no cesa de gritar: «¡Atacad! ¡Atacad! No deis tiempo al enemigo de reorganizarse. ¡Perseguidle!». Locos de fatiga, locos por falta de sueño, padecemos todos las neuralgias intolerables de un sistema nervioso quebrantado. Nadie sabe ya lo que se dice. Todas las aldeas que cruzamos son montones de escombros humeantes, y la carretera de hormigón aparece flanqueada de restos de tanques y de cadáveres. Perros esqueléticos devoran a los pobres muertos; unas gallinas se disputan las entrañas todavía calientes; al principio, sentimos deseos de dispararles, pero ahora ya nada importa.

Todos los postes del teléfono yacen en el suelo, cortados sus hilos por las orugas de los carros; las casas están medio derruidas en hileras enteras, y los rusos que salen de ellas son hechos papilla por nuestras cadenas. ¡Atrás, *mujiks*! ¡Llegan los libertadores! Tendréis la suerte de convertirlos en alemanes, clama la propaganda de Berlín.

Una breve pausa para repostar gasolina, limpiar los filtros de aire, reparar las cadenas. Pero ni un segundo para dormir y, cuando terminamos, truenan la orden: «¡Adelante!».

Unos cientos de metros más, y ahora, ¡he aquí a los «Jabos»! Descienden en picado, la metralla rebota en el suelo, la 1.^a compañía es barrida, arden unos tanques, los granaderos huyen aterrorizados, y, de pronto, una oleada de soldados rusos sale del campo de trébol.

—¡Viva Stalin! ¡Viva Stalin!

Son jóvenes de la GPU, con sus gorros con cruces verdes; políticos fanáticos que atacan los cañones con sus bayonetas. Trescientos metros antes de llegar junto a los tiradores enemigos, suena la voz de la radio: «Con granadas explosivas y todas las armas automáticas, ¡fuego!». Doscientos fusiles ametralladores y cien cañones disparan sobre la oleada rusa, que se hunde; pero otros parecen surgir del suelo, y otros, y otros. Todo desaparece en un huracán de acero y de fuego. Incluso el cielo arde; las orugas aplastan el menor rastro de vida, y este combate atroz no figurará siquiera en el

comunicado, porque es insignificante, aunque haya costado la vida a millares de hombres.

La cosa parece calmarse. Ahora marchamos ya en pleno Noroeste y alcanzamos la autopista Smolensko-Moscú, que serpentea a través de pantanos y de bosques, pasa por encima del río y rodea los pueblos con sus bellas curvas de cemento. Adelantamos a interminables columnas de Infantería y de Artillería, con cañones arrastrados por caballos; las unidades motorizadas marchan en vanguardia; esto se ve por los montones de chatarra que yacen en la orilla de la carretera. En un lugar determinado, cayó de golpe todo un regimiento.

—Bombas de aire comprimido —dice *el Viejo*.

Esos ingenios diabólicos, lanzados por grandes morteros, le arrancan a uno los pulmones. Todo el regimiento está allí, tumbado ordenadamente, como si la orden «¡en marcha hacia la muerte!» hubiese sido cumplida puntualmente. Un solo árbol, de ramas desnudas, ha quedado en pie, sirviendo de horca a un caballo muerto.

Una niebla baja, pegadiza, cubre como un sudario húmedo este paisaje que huele a muerte. La infantería marcha en fila india por la autopista, pero los hombres caminan durmiendo tal como saben hacer los soldados veteranos. Los pantanos han arrojado la niebla sobre la carretera, y nada se ve a un metro de distancia en esta papilla blanca. Las columnas parecen torsos en marcha, y cuando se hunden en una hondonada, desaparecen del todo, para reaparecer al otro lado. Los tanques ruedan con las escotillas abiertas, pero no se ve nada y tienen que guiarnos por radio. Nada peor que la niebla para un ejército que avanza. Con corazón palpitante, se teme continuamente darse de bruces con el enemigo, que puede atacarnos con arma blanca sin darnos tiempo a decir Jesús.

Tres tanques chocan delante de nosotros; uno de ellos vuelca, y, naturalmente, se oye gritar: «¡Sabotaje! ¡Consejo de guerra!». Toda la columna queda irremediablemente embotellada. Hay dos muertos en el tanque volcado. Un camión del Ejército del Aire llega en dirección contraria, frena, patina y arroja una compañía a la cuneta.

—¡Esto se castiga con la muerte! —grita el aviador, fuera de sí—. La Aviación está harta de estas cosas. El Ejército nos está fastidiando desde el principio. ¡Operador de radio! ¡Llame al jefe de Estado Mayor, en el cuartel del mariscal del Reich!

—Siento decirle, mi teniente, que la radio está averiada.

—¡Sabotaje! —grita el teniente entre la bruma—. Exijo que llame al mariscal del Reich. Si su radio ha sido sabotada, llámele a gritos o vaya a Berlín; ¡es una orden!

—Sí, mi teniente —dice el operador de radio, que da media vuelta y echa a andar hacia el Oeste.

Se detiene delante de nuestro tanque, donde *Porta*, tumbado sobre una de las orugas, se alimenta de escarcha temblorosa.

—¿Conoces el camino de Berlín, camarada?

—¡Tardarás bastante en llegar, si vas a pie! Es mejor que vengas con nosotros a Moscú, que está a 160 kilómetros de aquí. Desde allí, podrás telefonar.

—Sería lo mejor, pero mi teniente quiere que vaya a Berlín a decirle al mariscal del Reich que mi teniente desea hablar con él.

—Entonces, ve. Órdenes son órdenes: es lo que aprende todo buen alemán, desde la cuna. Sigue la autopista hasta Smolensko y, después, hasta Minsk. En Minsk, busca la fuente de «La Dama que mea»; todo el mundo la conoce. Puedes dormir en casa del comerciante de cereales Iván Domasliki, un checo exiliado, que vive en la calle de Ramasch. Pero, entiéndelo bien, procura que no te tomen por un vagabundo, pues te denunciarían sobre la marcha a los tunantes de la Policía, o a los partisanos. Te venderían a quien pagase más: el precio es de 50 a 150 marcos. A fuer de cabo experimentado, creo que serían los partisanos quienes darían más. Nosotros, los del Ejército sólo valemos 50 marcos, y no quieren saber nada de los ss, pues pueden traer malas consecuencias.

—¿Crees realmente que los aviadores valemos tanto?

—Desde luego; en la guerra, sois verdaderas rarezas. Sólo se os ve en las entregas de condecoraciones y de raciones de comida.

—Lo sé.

—Después de Minsk, pasa por Drohobitz, cerca de Lemberg. Desde allí, sigue la autopista de Berlín, por Munich y Pión. También puedes tomar la carretera del Norte, a lo largo del Báltico; pero tendrías que pasar por Reval, que está plagada de ss y de judíos. No te lo aconsejo en absoluto. Si, como aviador, caes en sus manos, estás listo. Ni los narigudos ni los ss simpatizan lo más mínimo con tu mariscal del Reich.

—En esta tierra, ¡siempre se está en peligro de muerte!

—Una verdad como un templo. ¡Mira! Voy a contarte la historia de un amigo mío, el señor Niebelspang, que traficaba en botellas vacías en Berlín

Moabitt. Un día, tuvo que ir a Bielefeldt porque había muerto una tía suya y él había recibido del notario una carta concebida en estos términos:

«Distinguido señor Niebelspang:

»Su tía, la señora Leopoldina Schluckebier, falleció al atarse fuertemente al cuello la cuerda de tender ropa de su vecino y saltar del taburete de su cocina. Como usted es su único heredero, debe comunicarme inmediatamente si acepta los bienes y las deudas de la difunta. A propósito, le advierto que el vecino exige una cuerda nueva.

«¡Hurra!”, exclamó el traficante de botellas de Berlín Moabitt, que sólo pensaba en la herencia, aunque su gozo decayó un poco cuando su amigo Puppermann, trapero de los barrios bajos, llamó su atención sobre la palabrita “Deudas”. Pero el señor Niebelspang, sin escuchar el prudente consejo, tomó inmediatamente el tren de Berlín hacia Bielefeldt. Ahora bien, cuando llegó a su destino, era noche cerrada y estaba nevando; era miércoles, y tenía que estar de regreso en Berlín el viernes, para hacerse cargo de una remesa de botellas procedente de Leipzig. Por consiguiente, se fue directamente a casa del notario, sin pensar en lo avanzado de la hora. “¿Quién es el idiota que llama a una casa a las tres de la mañana?”, gritó una voz furiosa, con estupenda descortesía germánica. El señor Niebelspang se retiró apresuradamente y se fue a dormir a un banco del jardín del convento. El día siguiente, medio muerto de frío, volvió a casa del notario, donde, con toda confianza, firmó los papeles que le presentaron. Después le explicaron que toda su herencia consistía en una enorme deuda, y el hombre quedó completamente arruinado.

»La última oportunidad de todos los desgraciados es el Ejército. Así, pues, se alistó en el 46.º de Infantería y entró en Francia como sargento. Pero, visiblemente, Dios le protegía. La artillería alemana calculó demasiado corta la distancia para el fuego de cortina y aniquiló al pobre regimiento de Infantería, quedando muy pocas personas a quienes otorgar la Cruz de Hierro. El señor Niebelspang recibió la enviada por el 10.º Cuerpo de Ejército. Después, le enviaron al 9.º Cuerpo, como correo motorizado; y entonces empezaron sus apuros.

»Motorista excelente, que volaba como el viento, llevaba despachos de mucha importancia. Algo delicioso en verano, pero mucho menos en invierno, con la nieve y todos sus inconvenientes. Un día, el correo fue enviado a Berlín en misión secreta, provisto de una hermosa cartera negra, con el águila

del Reich grabada en ella, a fin de demostrar que su misión era secreta. Unos buenos amigos le aconsejaron que pasara por Stuttgart, donde la gente sólo piensa en una cosa: tener hermosos “Mercedes”. Pero el muy imbécil prefirió pasar por Hamburgo. En Bremen, fue detenido por unos *schupos*, los cuales descubrieron, al cabo de cuatro días, que se necesitaba una autorización del Reich para husmear en la cartera de cuero. Les conminaron severamente a soltar al correo, siempre cargado con el águila del Reich. Mi pobre amigo continuó, pues, su calvario, montado en su estupenda moto con marcha atrás y cilindros verticales. Cerca de Hamburgo, se dio de bruces con una barrera de hombres negros del regimiento ss Der Führer. Consideraban Hamburgo como su feudo. Llevaron al motorista al cuartel de Langehorn, donde pasó tres días y recibió muchas patadas en el culo por parte de los ss.

«Después, siempre con su cartera y su motocicleta, siguió la autopista de Lübeck y recibió nuevas patadas en el culo, esta vez por parte de la Policía de Seguridad, con el pretexto de que no había levantado bastante el brazo para hacer el saludo hitleriano. Por fin, volvió a la autopista cerca de Halle, donde no tenía nada que hacer, y cometió la imprudencia de cargar con una ramera perseguida por la Policía de Moral. Justamente antes de llegar a Willmanstadt, donde se levanta el viejo patíbulo, los gendarmes esperaban su presa. “¡Alto, o disparo!”, gritó un *Unterwatchmeister*, un tipo raro a quien, en 1916, una bala francesa había extirpado, en el frente del Somme, lo que no voy a nombrar aquí. Le llamaban Muller II, porque había otro Muller en el servicio de ambulancias “¡Espía!” —gritó Muller II—. Te aconsejo que confieses enseguida, ¡pues nada puedes esperar de mí! Soy el *Unterwatchmeister* Muller II, Herver Cari, de la Policía de Halle, y he metido en chirona a bandidos peores que tú: dos asesinos, cuatro ladrones, tres estafadores y un traidor. Todos fueron decapitados —añadió, muy satisfecho—. Y tú eres amigo de los soviéticos y enemigo del Reich. ¡Camaradas, al ataque!».

»Su pelotón de brutos la emprendió a porrazos, y ya puedes suponer en qué estado se hallaba mi amigo cuando lo arrastraron hasta el furgón de Policía n.º 7. Después de una larga conversación telefónica con el Cuartel General in de Berlín, se armó una terrible bronca entre el capitán Sauerfleisch y Muller II.

—¿Por qué me explicas todas estas historias? —preguntó el aviador.

—Para prepararte para tu marcha hacia Berlín y para las terribles situaciones que se producen en nuestro Reich nacionalsocialista.

—¡Protesto! —gritó Heide—. ¡Esto es alta traición, propaganda enemiga!

—¿Quién es ese tipo? —preguntó el aviador, espantado.

—No te preocupes; todo circo tiene sus payasos. En la 5.a compañía, el payaso es el suboficial Julius Heide.

—¡Qué cosas hay que ver en estos días! Por lo demás...

—¿Qué hace usted aquí charlando? —gritó una voz estentórea detrás del aviador—. ¿No le he ordenado que vaya a ver al mariscal del Reich? ¡Veinte flexiones de rodilla, con la carabina sobre los brazos estirados, y pronto!

—No bajes demasiado los codos —murmuró *Porta*—. Hay que hacer demasiada fuerza para volver a levantarlos.

—Levántese, *Obergefreiter* —gruñó el teniente, dándose cuenta del ambiente irónico.

Durante un momento, el aviador simula que va a desmayarse, cosa que casi siempre produce efecto. Aquella clase de novatada está prohibida en el Ejército alemán, pues costó demasiadas rupturas vasculares, y una historia de este género conduce al consejo de guerra. Lo cual es muy desagradable.

—Tu teniente te ha ordenado que te pongas firmes —dice *Porta*, con la boca llena.

El teniente, furioso, se vuelve a *Porta*.

—¡Cierre el pico, cabo! ¿No se da cuenta de que está en presencia de un teniente de aviación?

—Tengo que decirle a mi teniente que no veo nada, porque estoy durmiendo. Según el reglamento, está prohibido molestar a los conductores de tanques o emplearlos en cualquier trabajo improductivo. En cuanto el tanque se detiene, su conductor debe descansar. Orden de mi jefe, el coronel Hinka.

El teniente, con ojos desorbitados, gira sobre sus talones y se aleja en dirección a su camión volcado.

—Siempre ocurre lo mismo —dice *Porta*, tranquilamente—. Llegan muy arrogantes y se van con el rabo entre las piernas. Si yo fuese oficial, no querría saber nada de los cabos. Haría la guerra sin ellos.

—Y la perderías —rió *Barcelona*.

—De todos modos, está perdida. Pero, suprimiendo a los cabos, la perdería sin que se burlasen de mí. Ya sería algo.

El sargento mayor Edel avanzó despacio, a la manera de los sargentos mayores, es decir, con ambos puños apoyados en las caderas. Se detuvo delante de nuestro tanque y lanzó a *Porta* una mirada asesina.

—*Porta* —gruñó Edel—, usted acabará sus días colgado de una cuerda militar, y mentiría si dijese que esto no me llenaría de satisfacción. Lo mejor que puede hacer es buscar la muerte del héroe, lo antes posible. Cabo *Porta*,

es usted la vergüenza del gran Ejército alemán. Si el Führer se enterase de su presencia en el frente, dimitiría inmediatamente.

—Me permito indicar a mi sargento que tal vez convendría hacérselo saber por medio de una tarjeta postal.

El sargento mayor Edel se marchó. Sabía por experiencia que era mejor no incordiar a *Porta*. Al cabo de un momento, aparecieron los gendarmes; pero, antes de que llegasen a los tanques, los morteros rusos empezaron a tronar, y se dio la orden de marcha.

Lanzando una enorme carcajada, *Porta* se introdujo en la torreta. Roncaron los motores «Maybach» y chirriaron las orugas. La guerra volvía a acordarse de nosotros.

3

Con frecuencia he sentido una profunda tristeza al pensar en el pueblo alemán, cuyos individuos son tan respetables y cuyo conjunto es tan lamentable.

GOETHE

El comisario de División Malanijin recorrió lentamente la sala del hospital. A pesar de las protestas de los médicos, arrancó los vendajes de los heridos y empujó a éstos hacia el gran vestíbulo, donde se veía un montón de uniformes y de material de equipo.

—¡No sois más que unos cobardes y unos cerdos! Mereceríais que os liquidase a todos; pero no soy cruel, y dejo estos procedimientos a los fascistas. Así pues, sólo haré algunos escarmientos entre el montón de inútiles que sois; éstos pagarán por todos. —Señaló al azar una decena de soldados jovencísimos, todos cubiertos de vendajes ensangrentados—. ¡Miserables! Estáis descansando en un lecho de hospital, mientras vuestros camaradas soviéticos luchan por la patria y por Stalin.

—Yo estoy herido, señor comandante —respondió el soldado Andrei Rutich, que cumplía precisamente su decimoctavo aniversario.

—¿No tienes la cabeza sobre los hombros, y dos piernas y dos brazos?

—Sí; pero estoy herido en un pulmón.

—Entonces, te bastará con uno —decidió el comisario, y se volvió al jefe de los médicos—. Esos diez bandidos son condenados a muerte.

Se ajustó el cinturón y se caló la gorra.

—¡Y de prisa! Liquidadlos en el cruce de las dos calles. Quiero el mayor número de testigos.

«¡Se acabó! —pensó el joven Andrei Rutich, cuyo padre era oficial superior en el ejército del frente—. Nadie encontrará mi tumba; me arrojarán en un hoyo como a un perro, y apisonarán la tierra para borrar su crimen».

Al amanecer, los diez condenados a muerte fueron llevados a la encrucijada. Habían alineado a lo largo de la pared a todos los heridos del hospital, muchos de los cuales eran sostenidos por las enfermeras. Agarraron al primer soldado y le echaron un trapo sobre la cara. Sonaron diez descargas, una después de otra; el último soldado era Andrei Rutich, pero, como se había desmayado, hubo que llevarle al paredón. Y, como todo debía hacerse según el reglamento, un médico hizo que recobrase el conocimiento antes de echarle el trapo sobre la cara.

Tres horas más tarde, el comandante del regimiento, coronel Kubischev, se enteró de que el comisario Malanijin había muerto.

—Un verdadero suicidio —dijo, asombrado, el ayudante—. Ese demonio se arrojó contra un tanque sin más arma que un «М PI», y, naturalmente, fue aplastado.

—¡Qué asco! —gruñó el coronel—. ¡Me alegro! Vamos a replegarnos. Permanecer aquí sería una locura. Gracias a ese cerdo, hemos perdido la mitad de nuestros efectivos. Orden de retirada, ¡y de prisa!

La columna le siguió; pero esta vez tropezó con las tropas de seguridad soviéticas, que, sin previo aviso y cumpliendo órdenes, aniquilaron a los fugitivos del 436.º regimiento de Cazadores de Omsk. Muy pocos se salvaron, pero sólo para recibir un balazo en la nuca pocos días después.

—Nitchevo! —dijo un viejo de la sección de milicianos—. Tenían que saberlo. Siempre pasa lo mismo cuando uno se bate en retirada. La próxima vez, levantaré cortésmente la pata y saludare a los Fritz. Es la mejor manera de salir del paso.

LOS CAZADORES BLINDADOS

Pongo de nuevo en posición mi micrófono cuellooccipucio, pues los cañones «PAK», llegados durante la noche, empiezan a disparar.

Un muro de fuego, rojo de sangre, se eleva hacia el cielo. Disparan granadas de nafta provistas de resortes. Arde el bosque, el incendio se propaga a los campos amarillentos de maíz, y los soldados que se han escondido en ellos corren en todas direcciones, transformados en antorchas vivientes.

¡Un trueno! Dos «P IV» vuelan por los aires; los restos carbonizados de los cazadores, enganchados en un alto abeto, se balancean como ahorcados, mientras una humareda de un negro sucio sube en forma de hongo cielo arriba.

—Tanques, ¡en marcha! —ordena el coronel Hinka, a través de la radio de su carro.

Los doscientos sesenta tanques se colocan en formación. En cabeza y en los flancos, los «P IV»; detrás los «P III» con sus cañones de 50 mm pasados de moda; siguen, como foxterriers ariscos, los «P II» con sus «Skoda». El aire se llena del zumbido de los motores. Son aplastadas unas posiciones rusas, y cientos de soldados enemigos quedan hechos papilla; humo azulado, fétido y venenoso, se arrastra detrás de los colosos de acero.

Una parada brutal. Los cañones retroceden, vomitan lenguas de fuego, y se confunden el disparo y el impacto. Una columna de llamas se alza al otro lado, donde estallan las granadas de fósforo; se disparan alternativamente granadas de fósforo y granadas explosivas; después, se aplasta todo, muertos y heridos incluidos. De pronto, nos detiene una cortina de fuego producida por la artillería rusa.

—Hacia atrás, en la carretera —dice *el Viejo*—. Detrás de los lanzallamas y de las ametralladoras. —Con precaución, mira por encima del borde de la escotilla y toca a *Porta* con el pie—. ¡A todo gas!

Los «P IV» roncan en la carretera, y, de pronto, percibo un «T 34» en un bosquecillo. Su torrecilla gira; el cañón ha tropezado con una rama de abeto y, por lo visto, el tirador trata de derribar el árbol. Yo hago girar la torrecilla, a toda velocidad, y los números y las líneas bailan en el objetivo. Si el «T 34» retrocede, podrá disparar y estaremos perdidos; nuestra salvación depende, pues, de la rapidez con que actuemos. Los rusos cometieron un error imperdonable: en el «T 34», sólo hay cuatro hombres; falta el observador, y esto hace perder un tiempo precioso al tirador de la torreta, que debe descubrir el blanco y accionar al mismo tiempo los mandos del carro.

—«T 34» a doscientos metros. Granadas —ordena *el Viejo*.

Una llama amarillenta se transforma en un hongo, y una explosión formidable hace saltar el «T 34». Un cuerpo humano, proyectado contra nuestro carro, revienta como una fruta demasiado madura; después, una granada de fósforo detrás del tanque destruido, para asegurarnos contra cualquier peligro; por último, aplastamos los restos. Ahora llegamos al talud de la carretera; el tanque trepa de costado y una granada «PAK» silba por encima de la torreta. *Porta* lanza un juramento, cambia de marcha y pisa a fondo el acelerador. Chirriando las orugas, subimos a la carretera, mientras truenan una y otra vez el gran cañón del 75. Una sección de Infantería es eliminada; los heridos tratan de escabullirse antes de quedar hechos papilla, todo a la luz de los faros.

—Cargad, quitad el seguro —murmura maquinalmente *Hermanito*.

Inmediatamente, lanza un grito de dolor; olvidó que no llevaba puesto el casco y ha empujado el seguro con la frente.

—¡Dios mío! —gime, enjugándose con la mano la sangre que mana de su frente—. ¡Cuánto duele!

—No te alabes —ríe *Porta*—. Tu cabezota es incapaz de sentir dolor. Sólo tienes en ella un gorrión, que anidó en tu cabeza tomándola por un tronco vacío.

—Distancia, 500 metros —ordena *el Viejo*—. Granadas explosivas. ¡Fuego!

Como un animal de presa, la culata se cierra sobre la granada.

—Cargad, quitad el seguro —repite maquinalmente *Hermanito*, dando una patada a Heide, el cual cae sobre la radio.

—¡Animal! ¡Lo has hecho a propósito!

—No fui yo, sino mi pie. En mi cuerpo, hay democracia; todo el mundo es libre de hacer lo que quiera.

Los carros avanzan en el fétido ambiente; el «PAK» enemigo es aplastado, y una rueda aterriza sobre la torreta de nuestro vehículo. Nada queda de sus servidores; pero el cañón vecino lanza una bola de fuego contra un «P IV». Este cañón ruso sólo tiene dos servidores: un soldado y el jefe de pieza; todos los demás han muerto. Es un cañón moderno, y Piotr Vaska está orgulloso de él. Su regimiento de milicianos, formado hace ocho días, ha sido aniquilado.

—¡Bravo, Alex! —exclama Piotr—. Con ése, has aplastado ya cuatro demonios fascistas. ¡Atízales a esos cerdos alemanes! —sigue gritando, resuelto a cumplir al pie de la letra las instrucciones del comisario: «No retroceder un paso».

Los dos artilleros rusos, cubiertos de barro, hacen blanco otras dos veces. Una cabeza alemana, todavía con su casco, aterriza cerca de ellos, y esto les llena de satisfacción. ¡Es un buen presagio!

—¡Aplástales el culo! —grita Piotr, que es un fanático.

Hay que confesar que los dos soldados se baten como diablos; ninguno de los dos piensa en la huida; por lo demás, cualquiera que lo intentase sería abatido.

En sus oídos, resuena aún el grito de los comisarios políticos: «Todo soldado ruso debe matar al menos cien fascistas antes de dejarse matar él. El que no alcance esta cifra será un traidor, y su familia pagará por él. ¡Viva Stalin! ¡Viva el Ejército Rojo!».

—Recto sobre el «PAK» enemigo —dice la voz tranquila de *el Viejo*, cuando descubre el cañón antitanque de Piotr.

—Visto —digo yo.

El cañón «PAK» aparece ante nosotros como en pleno día. Con la rapidez de un relámpago, el jefe de pieza es proyectado lejos; el servidor gira sobre sí mismo y cae destrozado. Nuestro carro le arrastra un trecho; un brazo sale por un lado; una pierna por el otro; el torso permanece enganchado al vehículo.

—Lo malo es que la sangre manche tanto —comenta *Porta*, quisquilloso—. No hay manera de limpiar este carro. Si Dios hubiese pensado en los tanques al crear el mundo, habría hecho que la sangre no se pegase y que se pudiera lavar con una manguera antes de emprender la marcha.

Avanzamos lentamente a través de la aldea. Dos compañías del 41.º de Infantería yacen en el suelo; todos sus componentes han sido muertos de un balazo en la nuca. La propaganda hitleriana declara que es obra de la NKVD, pero hay muchos casquillos alemanes alrededor de los cadáveres. Se murmura que la SD ha matado desertores; por consiguiente, no se pueden examinar los cadáveres. Una granada de mortero cae en medio de un grupo de SD, y un

brazo arrancado, que empuña aún su pistola, aterriza delante de *Porta*, que se apresura a recoger el objeto ensangrentado.

—¡Camaradas! ¡Ved cómo es el gran ejército del gran Adolfo! Incluso un brazo arrancado empuña una pistola. Esto me recuerda la época en que mi padre se fue a la guerra con el 67.º de Infantería de Potsdam, que, en su entusiasmo de morir por la patria, se había coronado de rosas. A los tres días, todo el mundo había comprendido y se largaba, pero no sin antes haber azotado a un montón de vieneses que gritaban traidoramente: ¡Mueran los prusianos! En el 67.º había un sargento alcohólico, llamado Mateka, y todo el mundo decía que jamás había visto un idiota como él.

—¿De dónde era? —pregunta *Hermanito*.

—De Praga. Su madre era polaca de Lemberg y se había acostado con un chalán judío de Libau. Éste compraba caballos de las estepas para Escandinavia, unos jamelgos tan viejos que había que teñirles las pestañas antes de embarcarlos. Durante el viaje, les daban heno muy salado para que tuviesen la panza redonda; a los más decrepitos, les metían pimienta en el culo, lo cual les daba un aspecto juvenil cuando los entregaban. En fin, si un animal estaba tan podrido que ni la pimienta le hacía efecto, un litro de alcohol con arsénico hacía milagros.

—Pero ¿y tú sargento Mateka? —pregunta *el Viejo*.

—Vaya, lo había olvidado. Se presentó al capitán de dragones, el cual le confió a Josef Malan, un gendarme tan cretino como él. Después de la primera botella, se acusaron recíprocamente de traición; a la tercera, empezaron a cantar canciones patrióticas, y después, cogidos del brazo, enfilaron la calle de Libjotka, tropezaron con la mujer del comandante y la emprendieron con ella. Naturalmente, ésta se quejó al coronel, el cual telefoneó al capitán de gendarmes y lanzó venablos contra la falta de orden del distrito. El capitán, que en aquel momento estaba muy achispado, se puso a renegar y, después de una nueva botella de «Tokay» reunió una escuadra de gendarmes y la dividió en tres grupos. Los primeros recibieron unos cuantos latigazos, como solían hacer los señores oficiales con sus hombres; los segundos, se llevaron unas patadas en el culo según el reglamento, y los terceros, un par de puñetazos en la jeta, porque venían en tercer lugar. Ese capitán era considerado por todos como un débil de espíritu, que vomitaba injurias cuando estaba borracho, que era su estado habitual. Después de un torrente de juramentos, empezó a hablar de disciplina.

»—Los sinvergüenzas que, en plena calle, tocan el culo a las mujeres de los oficiales, deben ser llevados al cuartelillo maniatados. También deben

serlo las damas, pero sin esposas, en calidad de testigos. ¡Circulad, bestias! Presentaos en el puesto. Tal vez se proceda a la reconstrucción de los hechos.

»Como ya he dicho, ese capitán de gendarmes del distrito de Zagreb era un honorable idiota, y todos los sábados se desnudaba en el curso de las celebraciones de fin de semana de los oficiales. El asunto estuvo a punto de tomar un mal cariz el día en que se tumbó desnudo delante de la estatua de Thihomil, en la plaza de Hierre, con una margarita en el culo, y empezó a decir a los transeúntes que era una sirena que iba de excursión a Montenegro. Esto no habría sido nada si el idiota no se hubiera ceñido el sable sobre las caderas desnudas y colgado su gorra del sitio que os podéis imaginar. Más tarde, se excusó diciendo que lo había hecho por pudor; pero, de todos modos, le metieron entre rejas. El día siguiente, el carcelero fue destituido de su cargo por haber faltado al respeto a un oficial. De nada le sirvió protestar, declarando que, como el capitán estaba en cueros, era igual que un paisano. Así pues...

—¡Porta! —gritó *el Viejo*, irritado—. Nos fastidias con tus historias. Cierra el pico de una vez; si no te callas, ¡te vuelo la tapa de los sesos!

—¡Cómo! ¿No queréis siquiera, hatajo de imbéciles, saber lo que le pasó al 7.º de ulanos, cuyo coronel despreciaba las nuevas armas? Los fusiles ametralladores no sirven para nada, explicó a su ayudante, y vamos a demostrarlo haciendo avanzar al regimiento desplegado. Cuando los franceses vean nuestros bellos uniformes de color azul oscuro, les dará tal diarrea que se olvidarán de sus fusiles ametralladores...

—Si dices una palabra más —rugió *el Viejo*, fuera de sí—, te meto una bala en la nuca. ¡No puedo aguantarte más!

A nuestro lado, hay un cañón «PAK» alemán enterrado en una zanja, detrás de una barricada de material agrícola. Su granada pasa justamente por encima del «T 34» en cabeza. Ligera corrección de la puntería; el disparo siguiente alcanza su objetivo y los servidores aclaman al tirador. Es un viejo tirador curtido, de nervios de acero, como corresponde a un artillero antitanque. El tiro dio en el blanco, sí; pero sólo produjo una lluvia de chispas cuando la granada se estrelló en la torre.

—¡Fuego! —vocifera el oficial.

El mismo resultado; el cañón retumba, pero es como si disparase garbanzos.

—¿Qué es ese monstruo? —grita el artillero. Es la primera vez en su vida que ve un «T 34». Hasta ahora, siempre se presentaban aislados; pero hoy están ahí, en formación completa—. ¡Y nos dicen que Iván está perdido!

Los servidores contemplan, espantados, el gigante, sus terribles cadenas, sus flancos inclinados y el enorme cañón que surge de la redonda torreta, en la que resplandece la estrella roja.

—¡Fuego a discreción, siempre contra el mismo sitio! —grita la voz desesperada.

Ningún resultado. Los proyectiles llueven sobre el monstruo, que gira y gruñe. Un camión parado es reducido a polvo. De pronto, se abre la escotilla y aparece una silueta vestida de cuero que amenaza con el puño cerrado a la batería antitanque. Los servidores del «PAK» esperan el golpe de gracia; el segundo virador, presa de pánico, huye en dirección al bosque; pero el «T 34» escupe una bala y lo derriba en el suelo. Los cuatro hombres del tanque se desternillan de risa; en este momento están vengando a sus «BT 5» aplastados como cáscaras de huevo al principio de la campaña.

—¿Por qué no avanzan y acabamos de una vez? —gime el comandante de la batería.

—Goza con su superioridad —responde el tirador, un cabo que lucha desde 1939.

El «T 34» gira lentamente y baja su cañón del 7,65. Un estampido, llamas, una pared de fuego en la linde del bosque, y un nido de ametralladoras alemanas queda volatilizado. Una batería de morteros corre la misma suerte. Zumban los motores «Diésel», salen lenguas de fuego de los tubos de escape, un hedor de aceite quemado, lanza su aliento envenenado contra la barricada antitanques. El tirador enciende un cigarrillo con una ramita ardiente, echa un vistazo a las nubes grises que pasan y, con torva sonrisa, señala con el pulgar el «T 34» a su comandante.

—Hans, has perdido la guerra. Dentro de poco, la nación de los Señores será barrida por esos esclavos. —Tiende la cantimplora a, su camarada—. Toma, bebe esto. Cuando uno está lo bastante borracho, deja de importarle la muerte, aunque venga de un tanque enemigo.

—¿Crees que se sufre al morir? —pregunta el oficial, observando con terror el «T 34», cuyo faro escruta el bosque.

—No lo he probado nunca —ríe el otro—. Si los colegas del ataúd de hierro nos cazan como es debido, ni siquiera nos daremos cuenta de que morimos; en otro caso, puede ser desagradable.

—Yo mismo me encargaré de mi final —dice el oficial, quitando el seguro a su «P 38».

—A Adolfo no le gustaría esto. Hace dos años, eras el héroe del regimiento y te nombraron en la orden del día; y ahora quieres saltarte la tapa

de los sesos en presencia de esos seres infrahumanos. Eres la vergüenza de la patria.

—¡Basta! Esos demonios soviéticos nos aplastarán dentro de un instante.

—¿Esperabas otra cosa? —se chancea el artillero—. ¿También tú creías que Iván capitularía ante el primer casco de acero alemán? ¿Y si echásemos la capa al toro y terminásemos la guerra en un campo de prisioneros de ahí enfrente?

—Los bolcheviques nos liquidarían.

—Tonterías. En el fondo, no son tan malos. Mi padre estuvo ocho años prisionero después de la última guerra; por consiguiente, sé lo que me digo. Por cierto, que se volvió comunista.

—¿Y qué dijeron los chicos de Adolfo?

—Enviaron al viejo a Fuhlsbuttel. Un día consiguió cruzar las alambradas, pero el *Oberscharrführer* Zack le lanzó su perro. No importa; ya encontraré la manera de caer sobre el lomo de Zack.

—No sabía que los perros pastor se comiesen a los hombres...

—A esos perros, les hacen hacer cualquier cosa. Son los únicos que aprendieron a correr con una mina antitanque sobre la espalda. Los perros ingleses no dieron resultado, pero nuestros perros pastor alemanes cargaron con las minas.

El «T 34» está ahora a pocos metros de la barricada y se detiene un momento. Como una montaña de acero, el monstruo se yergue sobre el cañón «PAK» y el olor a aceite quemado envuelve a los servidores de la pieza, paralizados de terror. Todo queda aplastado bajo las anchas orugas, pero el vehículo se tambalea hacia delante; las cadenas no se agarran bien, y, con tremendo estrépito el «T 34» se lanza hacia delante y el cañón se hunde también en una mezcla de agua, de sangre y de barro.

El tirador rueda hacia un lado. Con toda calma, sujeta tres granadas a una botella de gasolina y, loco de venganza y de rabia, se arrastra detrás del tanque ruso. Quita el seguro de las granadas con los dientes, lanza su explosivo y se pega al suelo. Saltan dos rodillos de las orugas. El tanque se detiene, ruge el motor, pero el «T 34» sólo puede girar sobre sí mismo, como una mosca a la que han arrancado las patas. Con el fusil ametrallador a punto, el tirador se oculta detrás de lo que fue un camión. Ve que se abre la escotilla y que tres hombres vestidos de cuero saltan a tierra para reparar el vehículo. Sólo el conductor ha permanecido a bordo.

El arma crepita. Los tres rusos han muerto. Entonces, el cazador coge una granada de mano, saca la horquilla y espera. No tiene que esperar mucho. Al

cabo de un momento, aparece el tercer ruso, buscando a sus camaradas. Vuela la granada y el «T 34» acaba envuelto en una columna de fuego.

Lentamente, el cazador se dirige al bosque próximo; pero no ve a un «P IV» alemán que se abre paso entre los matorrales y aplasta al hombre bajo sus orugas. Del héroe sólo queda un charco de sangre y un casco chafado.

Los nuestros caen en filas apretadas bajo el fuego de los rusos, que disparan a la altura del vientre. Las primeras posiciones son aplastadas; se lucha con cuchillos, con palas; el que da primero tiene una probabilidad de sobrevivir. Los cazadores lanzallamas acuden en nuestro auxilio y una sábana de fuego barre el suelo; el olor a carne quemada produce náuseas; una ametralladora ladra en el ventanuco de un sótano. Los granaderos atacan el edificio en llamas del Partido, y sale de él un grupo de hombres con los brazos en alto; pero son abatidos sin piedad. Ya no somos hombres; nos han convertido en monstruos sedientos de sangre y hambrientos de cadáveres. Los tanques roncan entre las ardientes ruinas. Vemos una hilera de soldados que se aprieta contra un muro, y dos fusiles ametralladores disparan al mismo tiempo; uno de ellos está en manos de Heide, que ríe como un loco furioso.

—¡Son de los nuestros, pedazo de atún! ¿No sabes distinguir el gris del caqui?

—¡Jesús! —gime Heide—. ¡Qué he hecho!

—A tú Führer no le gustaría oír que invocas a un judío.

—Jesús no era judío. Lo dijo Rosenberg. ¡Era un ario!

—¡Ésta sí que es buena! —grita *el Viejo* desde lo alto de la torreta, echándose a reír.

Una detonación les interrumpe: el tanque, levantado peligrosamente, se inclina sobre el camino; se ha roto un tubo de gasolina y ésta se derrama en el interior del carro.

—Avería en la oruga izquierda —anuncia *Porta*, siempre tranquilo—. Vehículo estropeado.

Para el motor y echa un buen trago de vodka. *El Viejo* abre la escotilla con precaución. A nuestro lado, arden dos «P IV» entre volutas de humo acre; la tripulación carbonizada pende de las escotillas. En la aldea, cerca del pozo, hay un grupo de granaderos muertos. Parecen dormir, con sólo un poco de sangre en las comisuras de los labios. Han muerto a causa de esas bombas de aire comprimido que acaban de hacer su aparición.

—Un verdadero día de suicidio —gruñe Stege.

Desde su torreta, el coronel Hinka observa con sus gemelos a los «T 34» que se disponen a atacar de nuevo. Es la primera vez que sufrimos un

verdadero ataque de esos tanques, que, hasta ahora, sólo habíamos visto como grupos de apoyo a la infantería. El coronel agarra el micrófono y llama a todos los tanques del regimiento.

—Escuchen —dice, con su voz tranquila—. Nuestra única esperanza de librarnos de ellos está en la movilidad. No pierdan la cabeza. ¡Adelante a toda marcha! Hay que acercarse a 400 metros de ellos; después, giren y lárguenles un cañonazo en el trasero. Los puntos vulnerables de los «T 34» son la torreta y las orugas. Pero muévanse; sobre todo, ¡muévanse! No se detengan para disparar. Disparen en marcha.

Justamente detrás de una barricada derribada, tropezamos con los primeros «T 34», que avanzan en cuña; maniobra, dicho sea de paso, que aprendieron de nosotros. En junio, atacábamos a unos aficionados asustados; ahora, en septiembre, tenemos que habérmolas con especialistas.

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa! —ordena el teniente coronel Moser.

Las tripulaciones rusas se regocijan al ver que los alemanes se ponen a tiro de cañón. El capitán Gorelik se considera ya vencedor en su «T 34» nuevecito, sin duda alguna el mejor tanque del mundo, gracias a su maravillosa concepción vanguardista. Los ingenieros que construyeron este emisario de la muerte habían pensado en la estación de las lluvias, y de aquí sus orugas tan anchas que parecían cómicas; pero esta idea fue pronto copiada por los constructores extranjeros. Además, su forma de tortuga sin arista dorsal y su cañón del 7,5, de longitud desmesurada, constituían un evidente hallazgo.

Mil cuatrocientos metros antes de llegar a los «T 34», ¡hay carros alemanes que se atascan! Sus ocupantes, desesperados, maniobran para salir del barro, pero sólo consiguen hundirse más. Acuden los zapadores con *bulldozers*. Los rusos disparan; pero, por cada zapador que cae, otro sale del bosque y ayuda a arrastrar árboles talados hasta colocarlos delante de los carros.

Tarsis, jefe de sección de la compañía del capitán Gorelik, patalea de gozo. Es un soldado veterano, condecorado con la Zolostaya Zvezda, que, tres días después de la declaración de guerra, abandonó voluntariamente un puesto de guarnición. Con visible satisfacción, contempla los tanques enemigos que chapotean en el barro, y se engalla. ¡Hay tiempo de sobra! Dejemos que esos cerdos fascistas se cansen; así la presa será más fácil. Llegó la hora de su venganza, pues fue capturado con su tanque en Kiev. ¡Qué humillación! ¡Qué vergüenza! Permaneció cuatro días en el campo de prisioneros alemán, donde abofeteó con sus manos a tres de sus soldados, por acceder a trabajar para el enemigo. Después, consiguió evadirse, volvió a las líneas rusas y denunció a

los tres desdichados colaboracionistas. Buenos para una bala en la nuca, si volvían algún día; mientras tanto, se habían ocupado ya de sus familias. En la URSS, sólo los puros tienen derecho a la vida. «¡Matadlos! —había dicho Ilia Ehrenburg, en su discurso a los tanquistas que partían para el frente—. ¡Matadlos en el vientre de su madre!». Éstas eran, al menos, frases patrióticas.

—¡Hönig! —gritó el coronel al jefe del primer batallón—. Ordené atacar en cuña, y todos se han agrupado.

—¡Es ese maldito barro, mi coronel! Todo el batallón se ha atascado; los tanques se hunden. Sólo la 2.^a compañía ha maniobrado; pero, en cualquier momento, Iván puede disparar y hacernos papilla.

—Tengan un poco de sangre fría, y les enviaré tanques de montaña. El segundo batallón les cubrirá. Empleen granadas de humo. El enemigo sólo dispara sobre seguro.

El primer batallón desaparece envuelto en una nube amarilla y envenenada; pero he aquí que el enemigo ataca como una cuña de acero, sin preocuparse del barro, sobre el que parece volar, gracias a sus anchas orugas.

A 400 metros, disparamos una granada tras otra, giramos, avanzamos, retrocedemos, estamos en continuo movimiento.

Los alemanes son superiores a los rusos en movilidad y rapidez. ¡Resultado inesperado! Muy pronto, los tanques rusos se mueven en el más completo desorden.

—¡Demonio! —ruge el capitán Gorelik, ebrio de ira, pues sabe que esto significa para él el pelotón de ejecución o un regimiento disciplinario—. ¡Cargad más de prisa, perros! —grita a sus hombres.

Justamente delante de nuestro periscopio, en la línea de mira, se observa una nube explosiva de color rojo de sangre: ha sido alcanzado el tanque del teniente Sinevirskiy. Y otros tres terribles «T 34» saltan por el aire. El ayudante Tarsis está cada vez más furioso. Veinte veces ha fallado el blanco, porque el enemigo no se está quieto.

—Tarsis, ¿qué aconseja usted? —grita por radio el inquieto capitán.

El humor del ayudante alcanza su grado máximo. Es la primera vez que un oficial le pide su opinión. Traga el gargajo que pensaba enviar a la nuca de su conductor, esquivo a tres infantes alemanes que huyen de sus ametralladoras, abre la escotilla y se iza sobre los codos. Sonríe bajo el casco de cuero negro. Que ese capitán tan seguro de sí mismo le pida su opinión..., es el día más bello de su vida.

—Tovarich Kamandir, empleemos los nuevos lanzallamas. Esto espantará a esos perros. Entremos en el bosque y cambiemos de dirección. Están

acostumbrados a ver huir al enemigo; les daremos una sorpresa.

Pero el capitán Gorelik tiene motivos para estar inquieto. A pocos metros detrás de cada «T 34» evoluciona un tanque fascista que escupe lenguas de llamas.

—¿Cómo diablos lo hacen? —se pregunta el capitán—. Esos piojosos no son estúpidos.

Da la orden de retirada hacia el bosque pero los «P IV» les pisan los talones. Ahora, la tierra es firme bajo las orugas; si un tanque arde, la tripulación sale de él, empuñando los fusiles ametralladores, y el combate continúa. Nuestro tanque se incendia precisamente un momento antes de llegar al río; oigo a duras penas la orden del comandante:

—¡Tanque en llamas! ¡Salid!

Nos tumbamos en el suelo a alguna distancia del carro incendiado, pero no nos atrevemos a abandonarlo antes de que esté completamente calcinado. *El Viejo* sabe que él sería el primero en ser ahorcado si el tanque no estuviese totalmente destruido antes de abandonarlo. El caso es que arde mal; echa humo, pero no llamas.

—Es cosa del diablo —jura *Porta*—. Normalmente, ¡esa mierda arde antes de que uno tenga tiempo de salir!

Hermanito empuña una mina «T» y la arroja por la escotilla lateral. Esta vez, no queda nada del carro, y corremos hacia el monte bajo, donde yacen tres caballos muertos. ¡Qué bistecs para *Porta*!

De pronto, se escucha un ruido de cadenas. ¿Quién va? Un «T 34». Saltamos a un lado, y, desesperadamente, yo me hundo en el barro. Percibo en la torrecilla al comandante, cuyo uniforme negro reluce, mojado, a través de la niebla que desciende. *Porta* salta como un hurón sobre el «T 34» y arroja una granada de mano por la escotilla, justamente detrás del comandante. Se oye un terrible estampido. El comandante es lanzado a 40 metros de altura; la tripulación salta al suelo, convertida en antorchas vivas, y los rusos se revuelcan sobre las hojas muertas para apagar las llamas.

—¡A muerte! —grita *el Viejo*, sacando su «08».

No queda uno. Buscamos refugio cerca de un nido de ametralladoras abandonado, y *Hermanito* se dispone a apoderarse de una de las armas cuando grita *el Viejo*, con voz aterrorizada:

—¡Atrás!

A nuestra espalda, un «T 34» avanza por el monte bajo. El monstruo verde se balancea hacia delante. Enterrado en el barro, temblando de miedo, veo su vientre de acero deslizarse cerca de mí... Mi corazón deja de latir; me ahogo.

Y después, vuelvo a ver el cielo gris, siento la lluvia en mi rostro... ¡Todavía estoy vivo!

4

Los alemanes son un pueblo de principios. Si se les mete una idea en la cabeza, se convencen de que es verdad y les cuesta mucho renunciar a ella.

*LENIN: Al embajador de Turquía,
Alí Fuad Bajá.
Moscú, 3 de abril de 1921*

Los jefes de Cuerpo y de División se habían reunido en el gran salón, y la luz de las lámparas se reflejaba en las condecoraciones y hacía relucir los botones de metal. El humo de los cigarros serpenteaba hacia el techo. El ambiente era ruidoso y alegre; se bebía champaña; se brindaba por un fin rápido de la guerra.

El general en jefe Guderian se sacudió el polvo del largo capote de cuero negro, estrechó la mano del mariscal Von Bock, su viejo camarada, y los dos oficiales comentaron en voz baja las últimas noticias. Después, el mariscal se dirigió a la mesa y empezó a ojear unos documentos.

—Caballeros, el Führer ha dado la orden de atacar Moscú —empezó diciendo, con voz emocionada—. Con esta campaña de gran envergadura, vamos a empezar la última fase de la guerra. Moscú será la victoria más grande de la Historia, y es un inmenso honor para nuestro Ejército el hecho de aplastar al monstruo comunista.

El oficial se volvió al gran mapa suspendido en la pared.

—La «Operación Tifón» se desarrollará en dos tiempos. Ante todo, ruptura del frente occidental soviético, al norte y al sur de la autopista de Smolensko a Moscú. Después, concentración de los regimientos de tanques en Viasma. Inmediatamente, persecución y destrucción de las unidades enemigas en fuga, avance directo sobre Moscú, cerco y toma de la ciudad. Un plan audaz, caballeros. En total, 24 Divisiones blindadas y 46 Divisiones de

Infantería estarán en línea para realizar el asalto a Moscú. El Ejército dispone de tres semanas para recorrer estos 300 kilómetros; por consiguiente, tiene tiempo de sobra. Dentro de cuatro semanas, gran desfile delante del Führer en la plaza Roja, que habrá sido rebautizada con el nombre de plaza de Adolfo Hitler. —El viejo mariscal de nariz aguileña se puso de puntillas—. ¡El Führer es un genio!

—Sólo Dios sabe lo que es —murmuró el general de tanques Von Hunersdorff al oído del general Hoepner.

—Si fuese lo que dice —dijo burlonamente Hoepner—, no habría renunciado este verano a tomar Smolensko, cuando Moscú estaba sin defensa contra nuestros carros blindados. Clausewitz dijo siempre que sólo hay que renunciar al proyecto primitivo en el último extremo.

—El Führer estudió a Clausewitz —le interrumpió el teniente general Conradi—. Cuando hizo que sus tropas invadiesen Ucrania, en vez de continuar sobre Moscú, tenía sus razones. Yo creo en el Führer —añadió, lanzando una mirada amenazadora al general Hoepner, que empezaba a inquietarse.

—¿Qué piensa usted del plan de ataque? —preguntó Hunersdorff, volviéndose al general Strauss.

—Oficialmente, triunfaremos. ¿Podría ser de otro modo? —dijo el interpelado, echándose a reír.

—¿Y no oficialmente? —insistió Hunersdorff, sonriendo torcidamente.

—Si lo dijese, me expondría a un consejo de guerra —respondió el general de Artillería.

—Entonces, ¿duda usted?

—Ese cabo de Bohemia esperó demasiado tiempo —murmuró Strauss—. Un plan puede ser audaz, pero también idiota. Estamos en otoño; hay riesgo de lluvia, y, si llueve, podemos hacer los bártulos. Los rusos saben lo que se juegan y son duros de roer. Si se pierde Moscú, su prestigio se va al cuerno. Luego lucharán como demonios, hasta el último hombre.

—¡Nuestro Ejército es el mejor del mundo! —clamó Von Hunersdorff—. Si el tiempo se mantiene, podemos llegar muy bien allí; pero habrá que apresurarse y correr noche y día, antes de que llegue la estación del barro.

—¿Y el equipo de invierno? —preguntó prudentemente el general Hube.

—El Führer ha ordenado detener su fabricación —respondió el Feldmarschall, con aire condescendiente—. Hablar de equipo de invierno es derrotismo. La guerra estará terminada mucho antes de que lo necesitemos. El

equipo de invierno que se ha distribuido ya a ciertas Divisiones tiene que ser embalado y devuelto a los depósitos. Orden del Führer, caballeros.

Varios generales se miraron, pero ninguno levantó la voz.

PORTA, UN SACRISTÁN DEL EJÉRCITO

Descansamos bajo los árboles frutales. Caen las hojas. Es un cálido día de otoño, de esos que sólo se ven en Rusia.

Un regimiento, bastante a retaguardia de la línea de fuego, espera su reorganización. De nuestros doscientos carros, sólo quedan dieciséis; el 68% de los efectivos ha sido aniquilado. Los nuevos empiezan a llegar. Luego tendremos cinco días de descanso. Algunos afirman que son los mejores días de la guerra, ¡pues la Intendencia ha cometido un maravilloso error! En efecto, la compañía recibe raciones para 220 hombres, ¡y no somos más que 63! Al ver que sólo se presentaban 60 hombres, el furriel se quedó asombrado.

—¿Qué debo hacer? —se lamenta—. ¡He firmado por 220 hombres! Pedazos de atún, ¿por qué os hacéis matar por esos esclavos antes de que yo haya entregado mis raciones? Esto debería castigarse.

Se discute de firme; el furriel vacila ante las amenazas de *Hermanito*. Afortunadamente, el coronel Hinka, que pasa por allí, da la orden de que se nos entregue todo. Henos, pues, tumbados al pie de los manzanos, y seguro que en dos horas engordamos al menos un kilogramo cada uno. *Porta* no ha devorado solamente su ración, sino que ha conseguido apoderarse de todas las de la 4.^a compañía. Está sentado sobre una lata de aceite vacía, y esto le ahorra el trabajo de ir al cagadero. En fin, todo discurre de un modo distinguido: fumamos gruesos cigarros y bebemos coñac en vasos. Como es un gran día, *Porta* se ha calado su monóculo y *Hermanito* se ha puesto sendas alas de gallina a ambos lados de su famoso bombín. Y es la primera vez que nos hemos quitado las botas en seis semanas. ¡Una delicia!

—El pastor del batallón es un borracho —declara *Hermanito*, entre dos tragos de coñac que acompaña con otros de cerveza—. Anoche, ese santo varón estaba tan achispado que le hacía la corte a aquella vieja jorobada de allá abajo, cerca de la cabaña del barquero. La palpaba como haría un judío con un puñado de monedas de oro. Desgraciadamente, era de noche y vi menos de lo que oí; pero el hombre bebía como una cuba sin fondo. Por lo

demás, era ya conocido en Leipzig, donde nadie quería tratos con él. Durante su último sermón, cayó del púlpito sobre las rodillas del comandante, ¡precisamente cuando explicaba la parábola del paralítico!

—¡Vaya! —dice *Porta*—. Esto me recuerda los días en que yo era primer sacristán del capellán castrense Kurt Wienfuss, en Munich. El tal capellán era un entremetido que metía las narices en todas partes. Un día, decidimos comprobar los persistentes rumores sobre las depravadas costumbres de la ciudad, y empezamos, como es natural, por la Hofbraühaus, donde se reúne para empinar el codo la gente bien, es decir, los truhanes. Llegué a eso de las ocho, cuando el local estaba lleno a rebosar. Encontrábanse allí todos los nuestros, incluido el capellán castrense, y nos metimos en un rincón para trazar los planes. «*Porta* —me dijo el santo varón—, yo le aprecio a usted. Es rápido, modesto, y comprende la manera de ser de los eclesiásticos en campaña. Nunca le vi beber ni fumar; jamás ha robado una gota del vino de misa, y, en su expediente, no constan historias engorrosas de mujeres. Además, es usted buen camarada, y el pagador me ha dicho que nunca le pide anticipos. Por si esto fuera poco, he observado que ahorra el papel y que vuelve sus camisas del revés para que le puedan servir dos veces. Ningún sacristán domina mejor su oficio, pues nunca se equivoca. Voy a confiarle, pues, una misión importante y peligrosa, ¡pero no se deje usted tentar! Vaya a esa taberna de truhanes y vea lo que pasa allí. Aquí tiene diez marcos, para que no tenga que rascarse el bolsillo. Yo subiré al salón Ludwig, donde están los oficiales, y mañana redactaremos un informe a base de lo que usted haya visto. Preséntese esta noche, a las nueve, en el presbiterio».

»Fui a ver al suboficial pagador Balko, que me recibió de buen humor. Le pagué cuatro litros de cerveza antes de reclamarle los 700 marcos que me debía.

—¿En aquella época, eras ya el hombre del ochenta por ciento de interés? —le pregunta *Barcelona Blom*.

—Lo era desde mucho antes de empezar, en Munich, mis funciones de sacristán encargado de la salvación de los devotos.

—Tu capellán no sabía nada, ¿eh? —dice *el Viejo*.

—No; sólo sabía de mí lo que yo quería que supiese. Bueno, continuando mi historia, debéis saber que, en el salón Ludwig, mi superior encontró malas compañías. Un grupo de oficiales le hizo beber licor bendito de frambuesa; estaba, pues, como una cuba cuando nos encontramos en el presbiterio, a las nueve en punto. Llegó a ofrecermela Hermana, a la cual, naturalmente, jamás había tocado. Más tarde, me hizo proposiciones, y, por último, se echó a

llorar, pidiendo un castigo por su pecado. Por desgracia, le aticé tan fuerte que lo mandaron al hospital, con un informe al regimiento. Me acusó de haberme ensuciado en sus botas de gala, cosa que había hecho él mismo, porque la pandilla de oficiales de la Hofbraühaus le había dado píldoras laxantes, ¡para gastarle una broma! Me impusieron tres semanas de arresto, porque el coronel se opuso a que la pena fuese más grave. Mientras tanto, el capellán, al pasársele la cogorza, se había calmado: me dio un paquete de cigarrillos y le dijo al carcelero que tenía que tratarme con humanidad. ¡Yo era un hombre temeroso de Dios y descarriado por los malos! El día siguiente, me envió a su ordenanza con una cesta de comestibles y una Biblia encuadernada en verde, color de la esperanza. Había escrito en la guarda: «Soldado, vuélvete a Dios, no te olvides de rezar, y la estrella de la esperanza brillará en tu celda sombría». Pero, en todo caso, no faltaba la luz, gracias a la lámpara de acetileno, por lo que el cielo podía ahorrarse la corriente. Mi camarada de celda, un soldado del Cuerpo de tren, sabía imitar todos los ruidos de los animales. Se dedicaba a ello antes de ingresar en el Ejército, sobre todo entre los campesinos, que encontraban gracioso escuchar a un ciudadano gruñendo como un cerdo o cloqueando como una gallina. En realidad, ocupábamos ambos la celda de los condenados a muerte, y la pared, cubierta de inscripciones, era bastante interesante. Uno de los últimos ocupantes había escrito, en estilo conciso y militar:

«¡Adiós, pandilla de imbéciles!

Sargento Pablo Schluntz.

Nací el mismo día que el Führer, 20 de abril.

Desgraciadamente, él no reventará conmigo. 3/5/38.

»Un filósofo político, huésped de la celda nueve, había escrito en el techo:

»¿Qué es, en el fondo, el marxismo?

La abuela, no aria, del nacionalsocialismo.

»El cuarto día, vino a vernos el capellán, y, para complacerle, accedimos a que nos confirmase. Fue algo tan solemne que el soldado del Cuerpo de tren empezó a sollozar, lo cual nos valió ocho días más, de parte del comandante, con el pretexto de que nos habíamos burlado del capellán.

»—Podrás jurar que has sido confirmado —prometió el coronel, cuando me presenté en el regimiento—. ¡Y más de lo que quisieras! ¡Te enviaré

dónde puedas leer la Biblia envuelta en alambre espinoso!

No podría haberlo expresado mejor. ¡Se acabó el *dolce far niente*! En apretadas filas, la infantería rusa, vestida de caqui, inundaba las llanuras. Millares y millares de hombres, un alud de hombres que llegaba en oleadas sobre la hierba ondulante de las estepas. La infantería alemana, verde gris, parece una gota de agua en medio de esas hordas que, sin preocuparse del fuego cerrado, avanza con bayoneta calada.

Nuestros infantes abandonan las posiciones, en una huida desesperada. Los oficiales tratan de detenerles, las armas alemanas disparan sobre soldados alemanes; pero los hombres, presa del pánico, pasan sobre los cuerpos de los oficiales. La patria, sí; pero antes hay que salvar el pellejo. Sube en el cielo la señal dada a la artillería; un terrible tiro de barrera cae sobre los rusos y diezma la horda salvaje. Poco a poco, avanzan los tanques y ascienden a una colina desde la cual se extiende la vista muchos kilómetros hacia el Este: sólo se ven rusos, ¡rusos por todas partes!

Protegiendo a la infantería, nuestros carros avanzan en amplia formación a través de las ruinas. El acero se estremece; nos acomete la fiebre de la caza; nos reímos al dar en un blanco, sin pensar por un segundo que matamos hombres.

El tiempo se detiene; el calor es insoportable en este día de otoño. ¿Hace una hora, cinco horas, que luchamos? Nadie lo sabe. Los cazadores de tanques, ocultos entre las ruinas, tratan de saltar encima de nosotros con sus granadas magnéticas. Con alegría salvaje, los quemamos con los lanzallamas.

—¡Ataque de carros enemigos! —grita la radio.

Trescientos o cuatrocientos «T 34» aparecen en la cima de las colmas del horizonte. En un estruendo apocalíptico, los tanques abren fuego todos juntos. La tierra tiembla en este infierno; arden los primeros «T 34», pero, en un tiempo récord, innumerables «P IV» estallan en hogueras blanquecinas, y el humo negro del gasoil se eleva en el cielo claro. Pocas tripulaciones se salvan; la mayoría de ellas desaparecen en este océano de fuego, corriendo la suerte habitual de los soldados de tanques.

De pronto, los «T 34» dan media vuelta y desaparecen a toda velocidad detrás de las colinas. De momento, pensamos que huyen, pero ¡no! Es una maniobra. Vuelven en gran número y rompen, sin pararse siquiera, nuestra débil barrera de infantería, a unos kilómetros al Norte. Esos cochinos emplean una táctica alemana: cerrar el anillo y aniquilar después todo lo que queda en la bolsa.

El coronel Hinka ve inmediatamente el peligro y ordena un repliegue inmediato. ¡Hay que abandonar a su suerte a los muchachos de las trincheras, para salvar los tanques! Nos detenemos un minuto para recoger heridos, metiéndolos sin contemplaciones por la escotilla de atrás. ¡No hay tiempo para andarse con remilgos! Aquellos desgraciados se agarran donde pueden: en las planchas frontales, en los costados del vehículo, donde hace falta una fuerza sobrehumana para sostenerse cuando el tanque oscila sobre un terreno desigual. Suenan gritos desgarradores.

—¡Llebadnos, camaradas! ¡No nos abandonéis!

Manos tendidas en gesto suplicante. Volvemos la cabeza. *Porta* mete gas a fondo; de todas maneras, si hay combate, los que se agarran en la parte exterior serán aniquilados por las ametralladoras enemigas.

Cruzamos a toda velocidad bosques y barrancos; el tanque de 25 toneladas se balancea como un barco en mar agitada. ¡Una carrera contra la muerte! Si consiguen cerrar la olla antes de que hayamos podido salir, estamos listos.

—¡Más de prisa, más de prisa! —grita sin cesar la radio.

Una breve parada para remolcar el vehículo averiado de *Barcelona*; pero el cable se rompe con un chasquido estridente y decapita a un sargento agarrado a la parte trasera de nuestro tanque. Sudando y jurando, montamos otro en los ganchos de remolque y marchamos a velocidad reducida a través de las aldeas en llamas. Aquí, la artillería ha causado grandes destrozos. Por todas partes, pedazos sanguinolentos de cuerpos, millones de moscas en nubes zumbadoras, un olor a carroña que da náuseas. A la salida de una aldea, un «T 34», también averiado, nos lanza una granada que volatiliza las orugas del tanque de *Barcelona*; pero, sin pensar en nuestros heridos, yo hago girar el cañón y disparo sobre el carro enemigo. Una explosión, ¡y ya no hay tanque! Pero el «P III» está acabado; es inútil remolcarlo. *Hermanito* acaba de destruirlo con unas granadas, y la tripulación de *Barcelona* sube a nuestro carro.

¡Corremos! ¡Corremos! Sólo velocidad puede salvarnos. Oímos, por la radio, que el coronel Hinka le echa una bronca a un comandante de compañía, porque se ha atascado con su «Skoda» de 38 toneladas. Éste pensó que podría atajar por la orilla del río, cosa que habría podido hacer con un «P IV» menos pesado y de cadenas más anchas.

—Mañana trataremos de rescatarlo con material de montaña. Pasará la noche junto al tanque, Moser.

—Pena de muerte —dice tranquilamente *Porta*—. Jamás hubiese debido confesar que se había atascado en el pantano. Una persona inteligente habría

volado el vehículo y enviado un bello informe sobre una granada de «T 34» que dio en el blanco. ¡Todavía no están en condiciones de identificar las municiones de Iván! Pero todo llegará.

—¡Vaya sentido del deber! —exclama Heide, indignado—. Sólo hay que volar un tanque en último extremo.

—Tomo buena nota de ello; pero, si quedamos atascados, señor Héroe del Partido, me gustará ver cómo luchas a brazo partido con los de enfrente. Bueno, parece que este cacharro se va a la mierda. ¡Ni siquiera se puede contar con los motores! Hoy todo nos traiciona.

—¿Qué le pasa? —pregunta *el Viejo*, inquieto.

—Marcha peor que un judío encaminándose a un cuartel de los ss — responde *Porta*, dando una patada al volante.

Pronto, muy pronto, hay que levantar el capó. Pero no se ve nada. Todo parece en orden.

—¡Ponte tú! —me grita *Porta*, tirándome de un pie—. Pero cuidado con la caja de cambios, si no quieres que te despelleje.

Brutalmente, me empuja hacia el asiento del conductor, para que le sustituya, y yo, muy nervioso, dejo que el carro se meta en un torrente donde está a punto de volcar. *Porta* y Heide se afanan en el motor.

—¡Qué fastidio! —dice *el Viejo*, furioso—. ¡Precisamente cuando tratamos de pasar entre las columnas de Iván! No podía ocurrirnos nada peor.

—No soy de tu opinión —replica *Porta*—. Un motor averiado es mejor que dos granadas de «T 34» en el culo.

—¡Llama a *el Legionario* para que nos remolque!

Pero *el Legionario* está ya lejos, en lo alto de una cresta; no oye la radio, y, un momento más tarde, vemos con espanto que una llama azulada brota de su carro. Dos hombres saltan de la torreta. ¡Loado sea Dios! *El Legionario* y *el Profesor*. Los otros tres deben de estar asados. *Porta* tiene medio cuerpo metido dentro del motor; palpa, atornilla, maldice, increpa a los rusos, al Partido y, sobre todo, a Heide.

—Es por tu culpa, ¡mierda! Si vosotros, estúpidos nazis, no os hubieseis metido en nada, no tendríamos esta asquerosa guerra y nunca habría yo conocido un motor «Maybach». Toma y que te zurzan, ¡eunuco del diablo!

Arroja un ventilador calcinado a la cabeza de Heide; el motor ronronea como un gato satisfecho. Partimos de nuevo... Sin parar, agarramos a *el Legionario* y a *el Profesor* y los izamos en el carro.

—Los rusos matan a los heridos —nos dicen.

—¿Nos detenemos para darles un escarmiento? —dice *el Viejo*, vacilando.

—Imposible. Apretaré el pedal hasta que vuelva a ver las cabezas cuadradas germánicas.

En el mismo instante, un relámpago deslumbrador estalla dentro del carro y hace saltar las escotillas. Me siento lanzado del asiento, aplastado debajo del cañón; me ciega un chorro de sangre. *Hermanito* cae desvanecido entre las granadas; *Barcelona* tiene la mejilla partida, de modo que se ven sus dientes como en una calavera. En cuanto a *el Viejo*, se imagina que tiene partido el espinazo. Afortunadamente, no es así; tratamos de ponerle los huesos en su sitio, pero sus aullidos de dolor deben de oírse desde muy lejos.

—Esta vez, se acabó la góndola —dice *Porta*—. La volaremos y seguiremos a pie.

—Salid —ordena *el Viejo*—. ¡Volad el tanque!

—Y a ver si corremos más que ellos —dice *Porta*, mostrando a los rusos que nos observan desde lejos.

Barcelona ha desaparecido ya con otros tripulantes. Nosotros les seguimos a paso de carrera; la sangre nos zumba en los oídos; nos duelen los pulmones, las mucosas están al rojo vivo después de tanto gas y tanta pólvora como hemos respirado. Los rusos nos ven perfectamente; entonces, ¿a qué esperan?

—¡Más de prisa! —dice *el Viejo*—. Hay que cruzar las colinas; los otros están ya lejos.

—Me pregunto por qué no dispara Iván —dice *Porta*, jadeando—. Podría cazarnos como conejos.

Heide tropieza con un casco, cae, se da de cabeza contra una piedra y se queda inmóvil. Le ponemos en pie con cierta brutalidad; pero no puede más.

—Quedémonos aquí —dice, enjugándose la sangre de la cara—. De todos modos, nos liquidarán. No hay que pensar que nos dejen huir.

—¡Muévete, nazi del diablo! Si cruzas la cima, tendrás derecho a una cruz gamada.

—Yo no puedo más —gime *el Viejo*, derrumbándose—. Soy demasiado viejo; no puedo correr de esta manera.

—Mira detrás de ti —dice *Porta*, en son de burla—. ¡Te nacerán alas para reunirse con Adolfo!

Ahora comprendemos por qué no disparan los rusos; quieren pillarnos vivos, y están a menos de quinientos metros de nosotros. *El Viejo* se levanta como un muelle; ya no se acuerda de su fatiga. Corremos como campeones en un estadio y he aquí que tropezamos con un teniente herido que yace entre las altas hierbas. Tiramos de él. Asoman los huesos en su pierna rota.

—Gracias, camaradas —dice, sollozando.

Pero, insensiblemente, los rusos acortan la distancia, y nosotros no tenemos más armas que unas bayonetas y unos cuchillos de combate. Las armas automáticas quedaron en el tanque. Sólo el teniente tiene una pistola; pero ¿de qué puede servirnos contra una sección?

—Si al menos tuviésemos una «MG» —gime *Porta*.

—No me abandonéis, camaradas —suplica el teniente, al que arrastramos entre Heide y yo.

Apenas si tiene diecinueve años, y no debe de llevar mucho tiempo en el frente. No luce ninguna condecoración, a pesar de que el Partido las prodiga.

—¡Fritz! ¡Fritz! ¡Venid! —gritan los rusos—. ¡Tenemos bellas chicas para servir de almohada!

Nos alcanzarán... Miro a Heide y veo su mueca indiferente, y ambos soltamos al herido. Éste grita lastimosamente y se tambalea un momento antes de caer.

—¡No me dejéis! ¡No me dejéis! Iván me cogerá.

Pero se trata de nuestro pellejo. El desgraciado trata de arrastrarse; renuncia, y se aplasta en un hoyo vago para ocultarse.

Jadeando, muertos de cansancio, llegamos por fin a la cima de la colina, de la que desciende un valle de tres o cuatro kilómetros de anchura. Vemos cientos de vacas que pacen tranquilamente. ¡De prisa, de prisa! ¡A las vacas! Es un milagro que no estemos muertos. Suenan disparos y silban las balas cuando llegamos junto al rebaño; pero sólo la artillería podría destruir esta fortaleza viva. Vemos, en lo alto de la colina, a los rusos que bailan alrededor del joven teniente herido. Aúllan, y, después, unos disparos y grandes carcajadas.

—Han acabado con él —dice *Porta*.

—¡Pobre chico! —gime *el Viejo*—. No era más que un niño.

—Un niño voluntario —replica secamente *Porta*.

—¿Qué sabes tú?

—¿Tan joven, y ya teniente? Se caló el casco a los dieciséis años. Era de los que querían ser oficiales.

Allá arriba, los demonios rusos hacen de las suyas; han cortado la cabeza al teniente y nos la muestran en la punta de una pértiga.

—Siberianos —dice *Porta*—. Por consiguiente, ya sabemos lo que nos espera si caemos en sus manos. ¿Dónde diablos estarán los otros?

—A la velocidad que llevaban, ¡deben de estar ya en Berlín!

Ladra un fusil ametrallador y silban las balas en medio del rebaño, que emprende el galope.

—¡Agarraos al volante! —grita *Porta*, asiéndose al rabo de una vaca.

¡Maravillosa idea! Volamos como el viento, pero *Hermanito* tiene una idea aún mejor: consigue saltar sobre el lomo de su vaca, que, enloquecida, galopa en dirección Oeste. Todo el mundo le imita: jugamos a *cow-boys*. Heide da saltos sobre su montura y a punto está de morir de miedo cuando se da cuenta de que cabalga sobre un toro. *Barcelona* es proyectado a varios metros en el aire. En cuanto a los rusos, que siguen en la cima, se aprietan las costillas y disparan al aire para espantar a las vacas. Evidentemente, ¡es un espectáculo insólito! La velocidad aumenta. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de nuestra habilidad como jinetes de vacas. Pero las pasamos moradas para sostenernos sobre el lomo de estos proyectiles vivos, que saltan vallas y cruzan setos, dejando jirones de uniforme y de piel de soldado en los zarzales.

El rebaño enloquecido pasa a través de una sección de infantes rusos, que se quedan tan estupefactos que no se acuerdan de disparar contra nosotros; por último, entre una nube de polvo, llegamos a las líneas alemanas.

El Estado Mayor de un regimiento alemán está discutiendo sobre una plaza; rueda por el suelo, mientras vuelan sus papeles.

La horda mugidora se adentra en la aldea, donde echan a correr los soldados del Cuerpo de tren, creyendo que llegan los rusos.

Porta, radiante, agita su sombrero amarillo; pero, en el mismo instante, su vaca se detiene en seco, erguido el cuarto trasero, rígidas las patas, y *Porta* sale disparado como un cohete y aterriza, con ruido sordo, en un montón de estiércol pestilente.

5

Se equivocan ustedes. No estoy acabado como se imaginan. ¡Se equivocan todos! Me menosprecian porque no tengo cultura y porque no sé portarme con la corrección que hace las veces del genio en sus cerebros de pájaro.

HITLER: Fragmento de una conversación con el presidente del Senado, Hermann Rauschning.

En el altavoz, tronaba la voz diabólica y ronca de Hitler.

—¡Alemanes! ¡Alemanas! Estad seguros de que el enemigo ha sido totalmente aplastado por mi ejército invencible. Esos hombres inferiores no volverán a levantar cabeza...

Chillaba el altavoz, y los «Hurras» de millares de gargantas bien regadas con cerveza hacían temblar las paredes de la estancia.

—Delante de mis gloriosas tropas se extiende un país vencido, cuatro veces más vasto que la gran Alemania de 1933, año en que me hice cargo del poder. Y puedo aseguraros que nuestra patria llegará a ser cien veces más grande. Nada podrá detenernos. Necesitamos espacio vital, y los que se interpongan en nuestro camino serán aplastados sin piedad.

Los aplausos de los fieles del Partido eran cada vez más frenéticos en la Burgerbraükeller:

—Heil! Heil! Heil!

—Saludo con respeto a los bravos soldados y oficiales que se disponen a entablar el combate más grande de la Historia. Os prometo, mis fieles camaradas, que, dentro de tres meses como máximo, todo habrá terminado. Antes de Navidad, nuestras tropas volverán a sus hogares, y pasarán mil años antes de que llegue una nueva guerra, ¡si es que llega!

El delirio alcanzó su paroxismo:

—Sieg heil! Prosit! Sieg heil! Prosit!

Millones de alemanes escuchaban este discurso frenético. Para sus adentros, cada cual pensaba lo que quería; pero nadie se atrevía a decirlo. Las denuncias llovían en el III Reich. El ojo del ss Obergruppenführer Heydrich estaba en todas partes, hasta en el lecho conyugal.

—Ahora vamos a dar el golpe de gracia al enemigo aborrecido —aullaba Hitler, en un verdadero trance. El sudor corría sobre su rostro; los ojos inyectados en sangre permanecían fijos, y sus dos puños golpeaban el pupitre del orador. Llevaba torcida la corbata y arrancados los botones de la camisa —. Jamás se repondrán las hordas de Stalin de esta derrota, y, aunque nos ofrezcan la capitulación, no la aceptaremos. Ésta es una guerra santa, y juro continuarla hasta la aniquilación del bolchevismo.

El general Von Hunersdorff paseaba de un lado a otro, escuchando este discurso de demente. Divagaciones de un enfermo. Ni un solo soldado del gran Ejército alemán menospreciaba el valor del soldado ruso; nadie creía que el enemigo estuviese vencido. El futuro estaba preñado de cosas horribles.

Von Hunersdorff cogió de su mesa una orden y la leyó a media voz a su jefe de Estado Mayor, coronel Laut: «Todo soldado, sea cual fuere su graduación, que, contrariando mis órdenes, retroceda, debe ser inmediatamente sometido a consejo de guerra y condenado a muerte».

El general recordó las palabras del gran Moltke:

«No se puede fundar ninguna operación en el tiempo. Hay que tener muy en cuenta la época del año».

Y la «Operación Tifón» se desarrolla en otoño, pensó, entreviendo la derrota en el horizonte.

LOS *TEPLUSCHKA*

Las célebres tempestades rusas de noviembre batían la estepa, amontonando gigantescas cantidades de nieve. El invierno hacía su entrada con gran majestuosidad. Las primeras nieves habían caído el 10 de octubre, o sea, demasiado temprano. Parecía que el cielo estuviese a favor de los sin Dios.

Los ejércitos alemanes estaban a sólo 145 km de Moscú, y, si el tiempo hubiese aguantado, habríamos llegado allí en doce días. Pero las Divisiones rusas, debilitadas, aprovechaban el momento de respiro para reorganizarse. Recibían excelentes uniformes de invierno, nuevos y flamantes, mientras que nosotros no teníamos siquiera guantes y habíamos de fabricarlos con trozos de uniformes de los muertos. En vez de chaquetas de piel, utilizábamos papeles de periódico colocados sobre la piel; la paja introducida en las botas fue un hallazgo precioso.

El Estado Mayor Central declaraba que el invierno nos había sorprendido; pero hacía mucho tiempo que los rusos lo esperaban. Si aquellos caballeros de cordones rojos hubiesen estudiado al pueblo ruso antes de caerle encima, habrían conocido los anuncios de su invierno. En cuanto las nubes grises azuladas empiezan a deslizarse por el horizonte en dirección al Este y el agua de los ríos borbotea, el campesino ruso recoge los últimos pedazos de madera que puede encontrar, para tener combustible cuando el clima se haga insoportable, cosa que puede ocurrir en una sola noche. Entonces, Babushka cierra herméticamente las rendijas de sus ventanas con tiras del diario *Nueva Rusia*, que se distribuye gratis y que los ciudadanos prefieren mostrar cuando reciben la visita del Soviet del distrito.

Después de dos días de helada, los árboles empezaron a estallar con el ruido de un cañón del 75, y aparecieron manadas de lobos detrás del ejército alemán. Siempre quedaba algún rezagado para delicia de los lobos. Los primeros días, disparábamos contra ellos y esto nos distraía; pero, ahora, ya no nos servía de diversión. Mientras la columna marcha, no se atreven a acercarse, ¡pero ay de aquel que se aparta de ella, aunque vaya armado! Le saltan encima sin darle tiempo a hacer el segundo disparo. El frío aumenta a

cada hora que pasa. En todas partes, hombres y animales muertos congelados; toda la Naturaleza parece estar en hibernación, esperando la primavera; pero ¿quién piensa en la primavera a 50.º bajo cero, cuando aúlla el viento de las estepas y nos cubre de cristales de hielo?

Falla el abastecimiento; el café sintético se hiela en las cantimploras; el Ejército alemán no está preparado para este clima horrible. No tenemos aceite anticongelante para las armas, y el aceite ordinario se hiela en los mecanismos. Por esto, columnas motorizadas enteras yacen abandonadas en las orillas de los caminos; todo se rompe por efecto del hielo, y el motor que permanece dos horas parado ya no puede volver a utilizarse.

—Sabido es que Napoleón las pasó moradas delante de Moscú, ¡pero ya veréis cómo tiene Adolfo que bajarse los calzones! —grita *Porta* a la compañía—. ¿No protestas, Heide?

Julius Heide le mira con ojos apagados, aún más azules a causa del frío intenso.

—Responde algo —dice *Hermanito*, testarudo—. Dice que el gran Adolfo ha perdido la guerra.

—Te denunciaré —gruñe Julius, con voz cavernosa.

—¡Cantad! —ordena una voz.

—Es la marrana rayada —aúlla *Porta*—. ¡Acércate un poco y te soplaré en los oídos para que el aliento helado te endurezca el cerebro!

Llega un comandante general a la carrera y quiere saber quién se atrevió a replicar.

—¡No queráis saber quién soy! —grita, entre la tormenta.

—Nadie lo desea —murmura *Porta*.

—¡Cantad! —ordena Moser, con voz cansada.

Estiramos el brazo izquierdo para mantener la distancia entre nosotros:

Es largo el camino que lleva al país, muy largo, ¡muy largo!

Allá abajo, donde las estrellas marcan las lindes de los bosques

Empiezan los tiempos felices,

Sí, ¡los tiempos felices!

Cada bravo granadero piensa en ti en secreto,

Largo es el camino de regreso al hogar, muy largo, ¡muy largo!

Pasan las nubes deslizándose encima de los mares,

Pero el hombre sólo vive una vez, y muere para siempre.

Cuatro veces resuena el canto melancólico antes de que el comandante general se quede satisfecho. Nos empuja en el bosque para gran desconsuelo de los lobos, que se largan donde no hay un general aficionado al canto.

Al cabo de una hora, aquel imbécil se harta de nosotros y desaparece en su «Kubel», escoltado por sus acólitos y por nuestras maldiciones.

El Ejército alemán se convierte poco a poco en una larga serpiente gris verdosa de almas muertas, que se arrastra hacia el Nordeste. Moscú, donde late el corazón de Rusia, es el imán que la atrae. Cubierto el rostro de escarcha, cada hombre tiene fija la mirada en la espalda del que le precede. Mientras éste se mueva, se moverán las piernas de aquél. Dos mil pasos por kilómetro, y 140 kilómetros hasta llegar a Moscú.

No es mucho; pero, en el invierno ruso, es un infierno que no se puede imaginar. El propio diablo echaría a correr con sólo pensar en ello, y los pocos soldados que regresaron de la «Operación Tifón» se quedaron paralíticos por congelación de la columna vertebral.

Durante las paradas, hay que relevar a los centinelas cada cuarto de hora, para no encontrarlos en estado de rígidos cadáveres. Y poco a poco, mientras arrecia el frío, se desvanece nuestra fe en Hitler y en Dios.

—Esto es la antesala del infierno —dice *Porta* engullendo un pedazo de pescado helado—. Preferiría encontrarme entre los disidentes de África o de España; al menos, allí hace calor durante todo el año. Aunque hubiese peligro, los aviones llegarían puntualmente con los víveres. Escuchad, incluso añoro Laponia. Al menos, teníamos ostras.

—¿Ostras en Laponia? —dice *Stege*, muy asombrado.

Stege no estaba con nosotros en los años 1939-1940, cuando, siendo soldados alemanes con uniforme finlandés, nos poníamos uniformes rusos para deslizarnos con el teniente Gurí, el lapón, detrás de las líneas enemigas. ¡Había días en que ni siquiera sabíamos dónde estábamos! ¡Cambiábamos tan a menudo de uniforme...!

—Unas pocas en el río Koda, pero es muy posible que haya muchas en el Umba. Eran magníficas, ovaladas y, algunas, casi azules. Los lapones les dan un nombre impronunciable, íbamos a buscar estos moluscos bajo un frío glacial, olvidando el fusil y el casco; pero, un día, Iván nos descubrió... ¡y te juro que se nos quitaron las ganas de comer ostras!

—Sí, se estaba bien en Finlandia —asiente *el Viejo*, con amplia sonrisa—. Por la noche, comíamos también truchas, que pescábamos con pértigas de punta ganchuda. Un truco aprendido del teniente Gurí.

—Pero lo mejor era el regreso —recuerda *Porta*, muy animado—. Había que llegar a la hora exacta, como los expresos del Reich; si no, aquellos diablos de finlandeses disparaban contra nosotros. Llegábamos en camión y teníamos derecho a una sauna, para quitarnos toda la mugre del país de Iván. Después, bebíamos suero de leche, como los finlandeses. Pero ¡qué frío, el día que tuvimos que echarnos al mar! ¡Se nos heló la cola!

—Y nos trataban como a coroneles auténticos —suspira *Hermanito*, con nostalgia—. El Ejército finlandés, ¡éste sí que era un verdadero ejército, con uniformes que nos iban al pelo!

—Me pregunto qué habrá sido del teniente Gurí —dice *el Viejo*, pensativo.

—Debieron de llamarle, y ahora será capitán.

A lo largo de nuestra marcha torturante, muchos soldados se dejan caer en la nieve, medio muertos. Pero ¡qué más da! Antes de que la columna haya desaparecido, la nieve en polvo los habrá cubierto, y, al cabo de un momento, se habrán ido al otro barrio. En realidad, no es espantoso morir helado; lo peor es que le reanimen a uno, y sólo los que lo han pasado saben lo que es este sufrimiento, este hedor, esta podredumbre. Nada apesta más que la carne helada.

Nos detenemos cerca de una aldea en ruinas. Antes de la guerra, era un pequeño nudo ferroviario; hoy todo está quemado. Tratamos de sacar un poco de maíz carbonizado de la estación, pero *Hermanito* se rompe un diente; es como morder granito. Pero, ahí en una vía muerta, ¡toda una hilera de *tepluschka*! ¿Por qué no han ardido esos vagones como todo lo demás? Todo el mundo los mira con precaución. ¿Qué puede haber en su interior? Las puertas están cerradas con candados.

Porta golpea una cerradura con su pistola, pero es sólida como todas las cerraduras de los trenes. Se rasca la cabeza y reflexiona.

—Unas cajas tan bien cerradas deben de contener algo de valor. ¿Por qué no el tesoro del Kremlin? Toda mi vida he deseado tener un lingote de oro. ¿Habéis pensado alguna vez en lo que se puede comprar con un pedazo así?

—Yo preferiría encontrar algo de comer —murmura *Stege*, que masca la correa de su mochila—. ¡Tengo un hambre tan atroz que comprendo a los caníbales!

Como la imaginación tiene alas, no hay límites para nuestras suposiciones sobre el contenido de los *tepluschka*.

—¿Estarán llenas de avena esas máquinas rusas?

—¡Santa Madre de Kazan! ¡Al menos serán buenas para cagar!

Pero nadie se atreve a hacer saltar las cerraduras; siempre hay que acercarse a los *tepluschka* con precaución. Desde que existen los trenes, Rusia ha utilizado los *tepluschka*. Al principio, estos coches estaban destinados a los soldados. Son sólidos vagones de mercancías, de madera siberiana. En el centro, un hornillo de hierro con una chimenea que sale por el techo; al lado del hornillo, un agujero en el suelo: es un retrete sin agua, fácil y práctico ¡como todo lo ruso! El vagón está calculado para contener 30 soldados, 12 caballos o 70 prisioneros con destino a los campos de la muerte: Kolimá, Novosibirsk y otros muchos. Estaciones de término para los contestatarios del Kremlin. Cuando eran soldados los que viajaban en los *tepluschka*, a través de las maravillosa e implacable Rusia, el vagón olía a paja y a heno; cuando eran prisioneros, apestaba a estiércol en varios kilómetros a la redonda, pues el tubo del retrete se helaba rápidamente y la sopa de pescado de los prisioneros soltaba los intestinos. Para no hacerse sospechosos de simpatizar con los presos, sus guardianes les pinchaban con las bayonetas y los molían a patadas. Los prisioneros morían como moscas. Siempre fue así en Rusia y siempre lo será. Antaño, los *tepluschka* transportaban soldados o prisioneros del zar, y lo que mandaba el zar era sagrado, hasta que llegó un triste día de octubre de 1915; ahora, eran las personas libres de ayer quienes se paseaban en *tepluschka*, y el águila zarista había sido sustituida por la estrella roja. Todos los *tepluschka* tenían algo en común: sus viajeros morían siempre por la patria, bien en un campo de batalla, bien en las minas de plomo de Stalin y sus sucesores. *Porta* se decide a blandir un fusil ametrallador y dejarlo caer con todas sus fuerzas sobre el candado; después, con una barra de hierro, conseguimos abrir la puerta.

—¡Apuesto mi casco a que ahí dentro hay carne congelada! —grita *Hermanito*, lleno de esperanza.

Llevamos cinco días sin comer. Los rusos lo vuelan todo al retirarse; es la táctica de la tierra quemada, tan vieja como el mundo.

Lentamente, se abren las puertas del primer vagón, y retrocedemos espantados al ver un cadáver helado que rueda a nuestros pies...

—Ciertamente, era carne congelada —declara *Hermanito*—, ¡pero que se la coma otro!

Desanimados, nos repartimos lo que queda de la «ración de hierro», mientras ladra una ametralladora en el bosque. Es una de las nuevas armas que estamos ensayando y cuyo ruido parece el de un motor mal ajustado. *Barcelona*, con los nervios destrozados y desilusionado por los *tepluschka*, llora en silencio. Pero esto es peligroso. Las lágrimas no tardan en helarse en

los ojos, ocasionando la pérdida de la vista. Al principio, estos candidatos a la ceguera podían ser llevados a los hospitales de campaña; pero, ahora, los sanitarios no quieren saber nada de ellos. Si uno no tiene amigos que le arrastren, ¡está perdido! Todo se vuelve blanco, y el hombre empieza a dar vueltas como un borracho. El desdichado que se mete en una columna de desconocidos es rechazado brutalmente, olvidado, y agoniza sobre la nieve. Si le queda un poco de energía, sigue andando un poco más, pero acaba por caer también sobre la nieve para morir en ella. Según un rumor insistente, más de 100 000 soldados alemanes murieron de frío camino de Moscú; pero, por orden del Führer, está prohibido contar los cadáveres alemanes. Sólo mueren los cobardes; el soldado alemán no puede morir... ¡Para mondar de risa!

El Profesor, que escribe su Diario, no puede dejar de contar, a pesar de nuestras advertencias. También esto es peligroso. ¡Ay de él, si la gendarmería se entera! Y hay chivatos en todas partes, o personas que se ven obligadas a serlo. Nadie puede estar seguro de su vecino, sobre todo cuando este vecino tiene algún pariente en el campo de concentración, pues, desde 1933, se emplea el sistema de los rehenes. Cuando *el Profesor* llegó a la compañía, creía ciegamente en las teorías del nacionalsocialismo; ¡pero esto se acabó! Ahora sólo cree en lo que ve.

—Con *tepluschka* como éstos, se puede dar la vuelta al mundo —gime *el Viejo*, dejándose caer, agotado, sobre la nieve. Trata de encender su pipa—. Llenaríamos el vagón de paja deliciosa, colocaríamos una olla llena de buena sopa sobre el hornillo... —Cierra, soñador, los párpados ribeteados de escarcha—. Iván trata mejor a sus esclavos. ¿Habéis visto un mujik que lleve la mochila vacía? En cambio, ¿qué tienen los héroes prusianos? Quinientas páginas de sucia propaganda sobre el paraíso que tendremos cuando hayamos ganado la guerra. —Consigue al fin encender su pipa y nos apunta con ella—. Tenéis que saberlo, hijos míos, la guerra está perdida y tenemos que alegrarnos de ello.

—Silencio, trai...

Julius Heide no termina su frase. *Hermanito* lo ha tumbado golpeándole con una tabla. Cuando habla *el Viejo*, todo el mundo se calla, pues nunca lo hace a tontas y a locas, y la 2.^a sección se da cuenta de pronto de que Adolfo Hitler ha perdido la guerra a 115 km de Moscú. Naturalmente, habríamos podido sospecharlo hace ya tiempo, pero los alaridos del Führer nos cegaban y las interminables columnas de prisioneros rusos que circulaban por las carreteras rusas nos hacían creer aún en la victoria. Pero ¿qué significan para

Stalin unos cuantos miles de prisioneros o varios millones de hombres? Es como una División para nosotros. Por cada ruso muerto, salen otros diez.

—El Ejército alemán corre a su destrucción —prosigue *el Viejo*—. Fijaos en nosotros, que, siendo soldados de tanques, con nuestros carros tan costosos, tenemos que ir a pie como la vulgar Infantería. Iván es mucho más astuto; conoce el valor de un soldado de tanques. Cuando sus hombres salen de un carro blindado destruido, les dan un nuevo «T 34». Hijos míos, si llegamos a salir vivos de Rusia, habremos aprendido mucho de Iván.

—¡Derrotista! ¡Eres la vergüenza del Führer! —grita Heide, que ha recobrado el conocimiento.

Hermanito levanta una estaca.

—Déjale —dice *el Viejo*, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué? Hay que castrarlo, para que no pueda engendrar hijos.

—Quinta compañía, ¡en marcha! —ordena el teniente coronel Moser.

Nos levantamos a duras penas.

—Vamos, ¡en pie! —dice Stege, sacudiendo a *Barcelona* que está tumbado sobre un montón de nieve.

—¡Déjame en paz! Id a Moscú, si os viene en gana. ¡Yo no soy alemán!

—¿Quiere ese cobarde dejar a sus camaradas? —dice *Hermanito*—. Ahora lo veremos.

Agarra a *Barcelona* por el cuello de la guerrera y, brutalmente, le mete un puño en la cara morada de frío.

—Camina, patán; el gran Adolfo ordena que vayamos a Moscú. ¡Los rusos quieren volver a su casa!

Barcelona consigue levantarse y se enjuga la sangre que brota de sus labios.

—¡Bravo por Torgau, cabo Creutzfeld! —gruñe, jugando a ser sargento.

—¡Ojalá! Y te prometo besar a Gustavo *de Hierro*, ese Satán, en plena boca. Le lamería el culo, ¡si pudiese ir a Torgau!

—Vas a saber quién soy yo —vocifera *Barcelona*, fuera de sí.

—¡Lo sé de sobra, viejo estúpido!

Barcelona quita el seguro de su pistola, y vemos en sus ojos ese extraño destello, signo de la enfermedad que ataca a los soldados que han vivido demasiado tiempo en primera línea.

—¡Te atreves a levantar la mano contra un sargento...!

Se vuelve vivamente, como para ver si hay testigos, y levanta su pistola, mientras habla consigo mismo con palabras carentes de sentido.

Nos refugiamos detrás de un árbol... Dentro de un momento, puede tomarnos por rusos y disparar.

—¡Cómo! ¡Un demonio ruso se permite levantar la mano contra un sargento alemán!

En un abrir y cerrar de ojos, el compañerismo se evapora. *Hermanito* se ha arrojado al suelo, con su «M. PI» a punto de disparar. Le sería fácil acabar con aquel loco, pero le disgusta disparar contra un camarada, aunque éste se vuelva peligroso y tome a sus vecinos por enemigos.

—Vamos, sargento *Blom* —dice *el Viejo*—, se ha firmado la paz. —Se acerca a Barcelona—. Tire su arma. Ya ve que yo estoy desarmado —añade, abriendo los brazos.

—¡Eres un traidor, un comunista infame! —ruge Barcelona—. ¡Pero voy a darte tu merecido!

Con un salto de tigre, *Hermanito* se arroja sobre el loco y lo derriba, justamente en el momento en que una ráfaga de balas se estrella a los pies de *el Viejo*. *Barcelona* lanza gritos de animal; todo el mundo vocifera, y algunos proponen incluso ejecutar al desdichado antes de que acabe de enloquecer. Afortunadamente, llega el médico y le administra una inyección calmante. *Barcelona* recobra el conocimiento. Se acerca a cada uno de nosotros y nos pide disculpas. ¡Extraña enfermedad! Todos los que padecen una crisis hacen lo mismo cuando vuelven en sí. Hace algún tiempo, tuvimos un suboficial que despotricaba como un condenado y se decía garajista del cielo. Le vigilábamos para ver el momento en que sus ojos empezarían a brillar, pero la cosa tomó enseguida mal cariz. Consiguió matar a cinco antes de ser desarmado, y también él pidió excusas a todo el mundo e incluso estrechó la mano a los muertos. Aseguró a todos que no quería mal a nadie. Aquella misma noche, sufrió otra crisis y, esta vez, huyó al país de Iván para, según decía, firmar la paz. No volvimos a verle.

Reemprendemos la marcha. Delante de nosotros, el cielo tiene color rojo de sangre. Destellos de explosiones. Un regimiento de tanques ss nos adelanta rugiendo, y volvemos a encontrarlo unas horas más tarde; pero los carros están hechos papilla, y de las escotillas penden cadáveres helados de ss. Entre los árboles, pedazos de tanques rusos destruidos, montones de cadáveres de rusos, media docena de los cuales murieron de un balazo en la nuca. Probablemente, desertores. Hurgamos como ladrones en los bolsillos de los cadáveres; pero ¡nada! Nuestros dos ejércitos tienen algo en común: el hambre.

En una choza, cinco paisanos muertos.

—Bala en la nuca, nagán —diagnostica Stege—. Esto quiere decir traidores.

—¡Deja a los traidores en paz! —dice *el Viejo*, irritado—. Es la palabra más usada en nuestros días. Cuando alguien necesita una cabeza de turco para disimular su torpeza, busca un traidor y, sobre todo, un desgraciado que no pueda defenderse. —Muestra a una joven muerta cerca de la leñera, con la cara aplastada—. ¿Os parece que fue una traidora? ¿A quién traicionó?

—Pero en las guerras, siempre hay traidores —protesta Hermanito—. En la escuela, aprendimos que los alsacianos eran un pueblo de traidores. En 1914, disparaban contra nosotros. Mi profesor, que era un hacha largando bofetadas, había estado allí, y uno de esos malditos alsacianos le había disparado una bala en su hombro alemán...

—¡Y un cuerno! —grita *el Legionario*—. Los alsacianos eran franceses y tenían el deber de disparar contra los alemanes. Pero los fronterizos son siempre como un piojo entre dos uñas. En 1871, los alsacianos se convirtieron en alemanes, después de la derrota de Francia, y tuvieron que obedecer a Berlín. En 1918, volvieron a ser franceses, y fue París quien mandó. En 1940 volvieron a ser alemanes, y, cuando hayamos perdido esta guerra, volverán a ser franceses. ¿Creéis que es fácil saber lo que son?

—Pero —dice *Barcelona*, mostrando los cinco cadáveres ésos eran rusos y no había problema.

—¡Oh! —replica *el Viejo*, fumando su pipa—. Les debieron exigir que disparasen contra nosotros, hubo discusión, y la NKVD no se anda con remilgos.

Encontramos dos cucharadas de maíz para cada uno lo cual hace que el hambre sea más cruel, y el frío más intenso. Fatigados, hacemos alto en un tejón, entre cadáveres de rusos carbonizados y helados.

—Lanzallamas —declara Stege.

Todos nos tumbamos en el suelo, en cualquier parte, rendidos de fatiga; los pies parecen de plomo dentro de las botas endurecidas por el hielo; nadie dice nada, incluso *Porta* guarda silencio. Me apretuñé contra él dentro del hornillo, un buen refugio un poco tibio. Algunos duermen. El teniente coronel Moser está hecho una bola sobre un montón de ceniza y se ha puesto el abrigo de pieles de un capitán ruso. Algo muy peligroso, si cae prisionero. *El Viejo* se aprieta contra nosotros y nos ofrece algo que ha sacado de su chaqueta forrada. Un poco de azúcar y un pedacito de morcilla de cordero.

—¿De dónde diablos lo has sacado?

—Come y calla. Sólo tengo para tres. ¡Si los otros lo supiesen...!

—¿Tienes más?

—Un poco de morcilla, un pedazo de pan, un poco de sopa en polvo.

—¡Vaya banquete! Trae el pan. Guardaremos la sopa para mañana.

—¿Te estás helando? —me pregunta *el Viejo*, pasando el brazo sobre mis hombros.

—Horriblemente.

Tiemblo debajo de mi delgado capote. Nunca nos dieron equipo de invierno.

—Vuélvete de espalda.

Me frota la nuca con fuerza y, al mismo tiempo, sopla a lo largo de mi espalda. Poco a poco, me invade el calor, y, una vez calentado, hago lo mismo con él. Después, le toca el turno a *Porta*. Y ahora, nos sentimos tan bien que nos acurrucamos para dormir. Durante la noche, nueve de los nuestros mueren de frío. Ha sido una lástima, porque la mañana siguiente nos parece la más hermosa de nuestra vida. ¡El suboficial de Intendencia llega con su furgoneta! Un arenque por barba, media taza de *kipjatok*, y, ¡oh, maravilla!: 250 g de pan. ¿De qué nos quejamos? ¡Somos unos *nababs*!

—¡Hijos míos! —exclama, jubiloso, *el Viejo*, poniéndose a bailar—. A fin de cuentas, no se han olvidado del todo de nosotros.

El resto de la 2.^a sección se ha sentado en corro, mascando cada cual su arenque congelado. No sé desperdicia una sola espina, pero se necesita tiempo para comer un arenque helado. Se parte un pedacito y se introduce en la boca, donde se deshíela lentamente. ¡Dios mío, qué bueno es! Se hace un silencio religioso. Apretados unos contra otros, como pajarillos en el nido, el calor de los vecinos nos llena de bienestar: hace mucho tiempo que no hemos sido tan felices como ahora; cada pedacito es degustado como un manjar delicado. No se pierde ni un átomo; ni siquiera un gato limpiaría tan bien un pescado. Mojamos pan en el azúcar y lo conservamos durante largo tiempo en los carrillos; la saliva hace que se hinche, y nos imaginamos que es un pedazo de pan muy grande; además, el azúcar pasa maravillosamente por la garganta y reaviva las fuerzas de todo el cuerpo.

—Un bocado de pan con azúcar es lo mejor del mundo —dice *Porta*, dándole un pedacito a *el Viejo*.

El Viejo no es solamente nuestro jefe de sección, sino que representa el papel de padre y de madre para nosotros; ese pequeño carpintero de torcidas piernas, salido de los barrios pobres de Berlín y a quien embutieron en un uniforme de sargento... Para nosotros, tener a *el Viejo* es cuestión de vida o

muerte. Si llegamos a perderle, estaremos perdidos sin remedio, y todo el mundo lo sabe.

El teniente coronel Moser se apretuja contra sus hombres. Tiene té. Una gran tetera llena, y cada cual tiene derecho a un trago. Después, *Porta* muestra tres *papyrossi* (cigarrillos rusos) que permiten dar tres chupadas por turno a cada uno de los presentes. ¡Una hermosa mañana!

6

No comprenden nada esos ineptos, esos burócratas de alma ruin, todos esos altos oficiales del Ejército, ese ganado del Estado Mayor que sólo se merece un nombre: ¡el de ayudantes! ¿Ha observado usted cómo tiemblan y doblan el espinazo delante de mí?

HITLER: Fragmento de una conversación con el Obergruppenführer Heydrich. 23 de diciembre de 1936.

—Caballeros, mañana, muy temprano, atacaremos Borodino —empezó diciendo el teniente general Weil—. En este histórico lugar, Napoleón derrotó, el 7 de septiembre de 1812, al general ruso Kutuzov. Me siento contento al decir que, con esta nueva victoria, Alemania entrará gloriosamente en la leyenda. Cuando caiga Borodino, tendremos el camino libre hasta el Kremlin, y sólo habrá que vencer pequeños obstáculos.

El general se interrumpió un momento para encender un cigarro. Un bosque de encendedores llameó ante él. Fuera, tronaba el cañón; el palacete se estremecía y tintineaban los cristales de la lámpara. El general contempló el círculo de oficiales con aire satisfecho.

—Caballeros, casi me atrevo a decir que sería hermoso morir en esta tierra histórica...

Un trueno ensordecedor ahogó sus palabras, y pareció que el sol estallaba dentro de la estancia. El techo se hundió. El coronel Gabelsberg, comandante de Infantería, se inclinó sobre el cuerpo del general y, ayudado por el jefe de Estado Mayor, lo transportó al diván. Un casco de granada acaba de destrozar la espalda del gran jefe. El médico acudió enseguida, pero nada pudo hacer.

—Caballeros, nuestro general ha muerto —anuncia el coronel, con voz tranquila—. Rindámosle los honores que le son debidos. —Juntó los talones, se llevó la mano a la gorra, y todos los oficiales le imitaron—. El teniente

general Weil fue un soldado de valor extraordinario. Durante largo tiempo, condujo a nuestra División de victoria en victoria, y, gracias a él, tuvimos siempre el honor de combatir en primera línea. También gracias a él, prendimos, desde el principio de esta guerra, numerosas cruces en una bandera histórica que ondeó ya en Waterloo. Nuestro jefe tuvo la muerte que deseaba, en el seno del mejor ejército del mundo. Camaradas, Sieg Heil! ¡Honor a nuestros héroes muertos!

Los oficiales, con la gorra en la mano, obedecieron tristemente. Era lo que se esperaba de ellos.

—Como oficial más antiguo, asumo el mando de la División —continuó rápidamente el coronel, que disimulaba mal el gozo que le producía el inesperado ascenso—. Nuestra División blindada es la que tiene la más bella tradición dentro del gran Ejército alemán, y, como jefe de la misma, yo intentaré continuar esta tradición. No lloremos a nuestros muertos, sino agradezcámosles que hayan muerto por el honor de la División. Caballeros, yo mismo me sentiría orgulloso de morir dentro de una hora por el Führer, por el pueblo y por la patria.

Se separaron solemnemente. La situación requería mucho tacto. Nadie encendió un cigarro, nadie habló de mujeres, los oficiales sabían portarse como es debido. El nuevo comandante de la División se alejó en su coche «Kubel», que levantaba pellas de barro a su paso. El pesado automóvil resbalaba y patinaba sobre una hez indescriptible, entre dos paredes de nieve sucia.

—¡Por fin! —suspiró el chofer, aliviado, al sentir tierra firme bajo las ruedas.

El nuevo comandante se envolvió en tres mantas de viaje, metió los pies en una bolsa de piel, se subió el cuello de piel de oso y se echó atrás para dormitar un poco. Confiaría el mando del regimiento al teniente coronel Renff y él volvería al Estado Mayor y a una buena cama. La guerra sería ahora más cómoda para él. ¡Lo tenía bien ganado! Echó un largo trago de coñac de su cantimplora.

El pobre general Weil, pensó, no vería nunca Moscú; pero él, el coronel Gabelsberg, entraría en el Kremlin y sin duda sería ascendido a general dentro de poco. Había guerras peores que ésta.

En aquel preciso instante, una terrible explosión hizo añicos el automóvil. El coronel, su ayudante y el chofer saltaron por el aire, y sus cuerpos ensangrentados se hundieron en la nieve.

Unas siluetas oscuras se refugiaron en el bosque. Los partisanos habían colocado minas.

EL DEPÓSITO DE VÍVERES

El sargento jefe miraba fijamente al vacío, apoyados los codos sobre la mesa de escritorio. Vestía pelliza, y un hermoso gorro de astracán cubría su cabezota. *Porta* y *Hermanito* se pusieron firmes, hicieron chocar tres veces los tacones, levantaron el brazo derecho en un impecable saludo hitleriano y se acercaron ruidosamente al hombre. Con mano firme, lo levantaron de su silla y lo arrojaron, describiendo una graciosa curva, sobre la nieve.

Cayó en una posición muy natural. Diez infantes se cuadraron delante del cadáver, mientras *Porta* y *Hermanito* registraban minuciosamente el despacho. Provistos de todos los documentos y sellos necesarios, estaban ahora en condiciones de dar a todo el regimiento licencias complementarias y permisos de viaje para dar la vuelta a Europa.

Nuestros dos caloyos estaban ya en el exterior cuando *Hermanito* se dio una palmada en la frente:

—¡Estoy perdiendo la memoria! ¡Me olvidé de mirar si lleva dientes de oro!

Los dos soldados volvieron sobre sus pasos y, con la punta de sus fusiles ametralladores, dieron la vuelta al cadáver; con rápido movimiento, *Porta* le sacó dos dientes.

—En tiempo de guerra, ¡hay que tener los ojos muy abiertos! Hay ladrones en todas partes. Ese montón de grasa se heló hasta morir; su mandíbula es como un iceberg. Estoy seguro de que lo hizo adrede para que unos buenos chicos como nosotros no pudiésemos descubrir el noble metal de su boca.

—¿No creéis que, cuando acabe esta guerra, seremos capitalistas? —dijo *Hermanito*, sonriendo y guardando en su pecho el saquito de cuero lleno de dientes de oro.

—Es posible. Entramos en ella sin un real, pero cuando vuelvan a vernos, pareceremos magnates judíos con uniformes de oficiales.

—¡No! ¿Crees que llegaremos a oficiales?

—No es probable, pero no hay que apostar nada. Estamos al servicio de Adolfo, todo es posible.

—Ya me veo como uno de esos generales con rayas de color de rosa en las costuras del pantalón. Entonces enviaré a la mierda al capitán Hoffmann, y haré gritar *Sieg Heil!* a Heide, con su máscara de gas, desde que salga el sol hasta que se ponga.

—¡Mira! ¿Qué es eso? —dijo de pronto *Porta*, señalando un gran rótulo cubierto a medias por la nieve.

Una vez rascada la nieve, pudieron leer:

III Ejército. Depósito de víveres

Prohibida la entrada a toda persona ajena al servicio.

—Tendremos que ver esto más de cerca.

—¿Y no dispararán contra nosotros? Desconfío de esos tipos que tienen la manía de disparar contra los que quieren meter las narices en su despensa.

—Escucha, hijo: Moisés condujo a todos los narigudos a través del mar, con los blindados del faraón pegados a su trasero; nosotros dos seremos, pues, capaces de meter la mano en un depósito alemán de manteca de cerdo. Cierra el pico y déjame a mí. Tú harás el papel de ss implacable, con la mano izquierda sobre la pistola, la metralleta bajo el brazo derecho y el dedo apoyado en el gatillo.

—¿Y dispararé? —grita *Hermanito*, entusiasmado.

—¡Oh, no, maldito imbécil! Esos tocineros serían lo bastante locos para responder al fuego. Hay que paralizarles de miedo, y tú debes gruñir como un gorila y hacer rodar las pupilas, exactamente como aquel día que les pusimos las peras a cuarto a los ferroviarios para que nos diesen una locomotora.

—De acuerdo.

Y, cantando desaforadamente, los dos soldados avanzan hacia el depósito.

—Míralo bien —dice *Porta*, con un amplio ademán, como si todo le perteneciese.

Ya están en el interior del cerco de alambre espinoso que rodea un enorme depósito, antes campamento militar ruso. Sin la menor precaución, se pasean por el campamento, estudiando el lugar, hasta que, de pronto, aparece un sargento y les cierra el paso.

—¿Qué estáis haciendo aquí, pedazos de bestia? —vocifera, blandiendo su pistola—. ¿No sabéis, cretinos, que esto es una zona prohibida?

Porta se detiene ante él, con las piernas separadas, y *Hermanito* detrás de él, como un guardaespaldas, y empieza a balancearse a la manera de los ss, escupiendo con desprecio sobre las botas del sargento.

—Escucha, hijo de puta: espera a que encuentre una mierda soviética bien gorda para metértela en el gaznate, antes de enviarte a casa de Gustavo de *Hierro*, en Torgau.

El sargento no era más que un soldado, y la situación parecía espantosa. No sabía en absoluto lo que tenía que hacer: seguir vociferando o desaparecer. Pero sí que sabía una cosa: un cabo que se atrevía a hablar de mierda delante de un sargento no era un cabo ordinario; por consiguiente, optó por desaparecer sin decir palabra.

—¿Lo ves? —declaró *Porta*, mientras paseaban entre los barracones estrictamente prohibidos al público—. Háblales como una puta de la zona, e inmediatamente se mueren de miedo. Ahora mostraremos a esos cafres que el tiempo no cuenta para nosotros.

—Como hace la Gestapo, cuando se dedica a la caza del hombre en plena noche —dijo *Hermanito*, que no cabía en sí de gozo.

—Exacto. No eres tan animal como pareces.

—Pero ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué nos tomamos tanto trabajo para meterles miedo a ese puñado de carniceros?

Porta se detuvo, pasmado:

—Cabo Wolfgang Creutzfeld, ¿no tienes hambre?

—¿Yo? Siempre la tengo. Nunca me he hartado en mi vida.

—Estamos en la olla de la carne del Ejército, ¿y me preguntas lo que hacemos? Vamos a llenarnos la tripa, cabo Creutzfeld, y, como no tenemos orden de requisita, debemos proceder inteligentemente.

Los hilos telefónicos que cruzan el cielo han difundido ya la increíble noticia: ¡una inspección imprevista del depósito! Todo el mundo se entrega a una actividad febril. Reaparecen conservas ocultas; balanzas trucadas son puestas en regla; se corrigen apresuradamente los registros. Cinco camiones desaparecidos salen como por arte de brujería, dispuestos para el reparto. El almacén de pieles, casi vacío, se llena a una velocidad increíble.

Miradas inquietas siguen a los dos «inspectores», que pasean por los caminos nevados. Una catástrofe se evita por los pelos cuando *Hermanito* llena su encendedor en el depósito de gasolina. El jefe coge la maleta que tenía preparada y se larga en un «Mercedes». Nadie está tranquilo.

—Una visita imprevista es peor que una docena de chinches en el vientre —observa *Porta*, mostrando un grupo de soldados armados de escobas que

sin duda han sido enviados en misión de reconocimiento.

Pero todos respiran aliviados cuando ven a los dos militares desaparecer en el depósito de víveres, y compadecen sinceramente al sargento Brumme, por tener que habérselas con los entremetidos.

—¡Que Dios nos ampare! —exclama el gigante del pan, sargento Wilinski—. Ese cerdo lo pasará mal. ¿Habéis visto al matón más alto? Sin duda es el jefe. Huele a Gestapo a diez kilómetros. Es una de esas fichas falsas que hacen funcionar la máquina, pero ni siquiera el uniforme puede disimular que son ss camuflados.

Brumme, sargento mayor de Intendencia, es el único que todavía ignora la llegada de los inspectores secretos de la Gestapo.

—Está jodido —declara Wilinski, con satisfacción maligna—. Bueno para Torgau, o tal vez liquidado en el acto —añade, entusiasmado.

Porta y *Hermanito* han llegado a un inmenso recinto donde centenares de reses en canal están suspendidas en hilera.

—¿Dónde está tu jefe? —pregunta bruscamente *Porta* a un gordo suboficial que, sentado en un taburete, está devorando un buen pedazo de salchichón.

El hombre contempla a los desconocidos con ojos fríos de pez, convencido de que no valen una respuesta. Su salchichón señala una puerta al otro extremo del matadero; pero *Hermanito*, con la rapidez del rayo, le quita el salchichón de las manos y se lo traga como haría una serpiente pitón con un conejo.

—No grites, soldado —dice, amenazador—. Tu salchichón ha desaparecido, y, aunque volviese a salir de mi boca, tú no lo catarías.

—Bien hecho. Así aprenderá ese patán a ser cortés cuando le pregunten. A propósito, ¿dónde lo enviaremos, Creutzfeld? ¿A Glatz o a Torgau?

—Gemersheim sería mejor —dice *Hermanito*, entre dos regüeldos.

El suboficial, atónito, consigue, no obstante, arrojar un hueso enorme a la espalda de *Hermanito*, antes de que se cierre la puerta de la oficina del almacén.

El sargento mayor de Intendencia, Brumme, no era un alfeñique. Dos metros de estatura y con el tórax de un caballo percherón; cráneo enorme y completamente calvo; ojos de malignidad increíble, que brillaban como reflectores a ambos lados de una nariz roja y amoratada de boxeador. Estaba tumbado sobre una mesa de descuartizamiento, con un almohadón debajo de la nuca, y se mondaba los dientes con su bayoneta. Transcurrieron diez minutos antes de que se dignase advertir una presencia extraña.

—¿Qué quieren esos dos tragones? —preguntó despectivamente.

—Una breve charla, sargento —respondió *Porta*, apoderándose de un bistec que había sobre una mesa—. Me han dicho que eres un buen chico que te gusta ayudar a los amigos.

Brumme se incorporó, escupió un cuarto de libra de carne a la pared, donde chocó con ruido apagado, justamente debajo del retrato del Führer, y el hombrón fijó sus ojos crueles en *Porta* y estalló en una carcajada.

—¡Ésta sí que es buena! —gritó, con voz achispada—. ¡Un par de lombrices pidiendo audiencia al sargento Brumme! ¿Quién os ha enviado aquí, pedazos de alcornoque? Meteos en la cabeza que no soy un buen chico y que no me gusta ayudar a los amigos. En realidad, no tengo ninguno. Soy el diablo en persona.

Se puso en pie y colocó el puño cerrado debajo de la nariz de *Porta*, un puño tan enorme que ocultaba la cara del bruto.

—¿Qué te parece éste? —dijo, con una risa ronca—. Cuando todos los cazadores de tanques hayan sido aplastados, ¡llegaré yo y haré polvo los «T 34» de un solo puñetazo!

—Cierto que es muy gordo —dijo *Porta*, sin inmutarse—, pero debes saber, padrecito, que nadie ganó una guerra con gritos y puñetazos. Nosotros tuvimos en Gemersheim, un comandante de tu estilo, un tal Liebe. Podía ocultar en la mano un gato adulto, y, mientras el animal se ahogaba en su puño, llamaba a uno de los esclavos detenidos y le decía: «¿Sabes lo que tengo en la mano, imbécil? Si lo adivinas, irás al taller de calafateo; si te equivocas, te partiré la jeta con mi sable». La cosa marchó bien durante dos años, hasta que un inspector disfrazado de cabo llegó a Gemersheim para ver lo que pasaba por allí. Orden del *Reichsführer*. Era un lunes por la mañana, como hoy, y también nevaba. El teniente Liebe, que no sospechaba nada, empezó a gritar como solía, a pesar de su bonito nombre; pero, antes de que se diese cuenta de lo que ocurría, se encontró en camino hacia el frente del Este, donde cayó poco después, en un puesto avanzado. Sargento mayor, ¿desea usted morir por el Führer, el pueblo y la patria?

El sargento tragó saliva, pues no sabía muy bien con quién tenía que habérselas: si con dos Gestapos o con dos farsantes. Por consiguiente, ¡tenía que andarse con cuidado! Si era la Gestapo, ¡podía ir mal la cosa! Señaló la pared, donde pendía una gran fotografía de Hitler.

—*Heil Hitler!* —gritó enérgicamente.

—Claro, claro, pero aquí se respira muy poco heroísmo. Se vive lo mejor que se puede, lejos de los cañones, ¿eh? ¿Duda usted de la victoria? —dijo

Porta, alargando un dedo acusador.

—¡Claro que no! —mintió Brumme. (Una pregunta idiota, dijo para sus adentros; sólo un imbécil habría dicho que sí).

—¿Escuchó el último discurso del Führer?

—¡Naturalmente! Habló de un modo magnífico... (Y se preguntó qué idiotez habría dicho Hitler).

—¿Tiene algún judío en su familia? —preguntó *Porta*, con ojos de inquisidor, mientras *Hermanito* lanzaba un gruñido.

—Mi certificado de arianismo es completo —respondió Brumme, visiblemente inquieto, pues el certificado sólo llegaba hasta su abuela.

El hombre procedía de las provincias exteriores, donde sólo se exigía una abuela aria. ¡Malditos judíos!

—¿Su abuela no se llamaba por casualidad Raquel?

—No; se llamaba Rut —murmuró Brumme, que creía que este nombre era absolutamente ario.

—Muy interesante —rió *Porta* satisfecho—. Todos tenemos el deber de informar a la *Comisión racista*, y sospechamos algún antepasado judío en el gran Ejército alemán. Así pudo descubrirse al otro día al general Hosenfelder, que se había hecho confeccionar una nariz aria; pero un cabo se dio cuenta de que nunca comía cerdo. Su deber era denunciarlo, y, una buena mañana, llegaron unos expertos raciales, que se marcharon después con la nariz aria del general. Semejante embuste, por parte; de un oficial de alta graduación, habría podido contaminar a todo el Ejército y nunca habríamos llegado a Moscú.

—*Sieg Heil!* —gritó Brumme, con voz alterada, extendiendo el brazo en el saludo nazi.

—Es preciso que nuestros bravos soldados no carezcan de nada en el curso de la cruzada más grande de la Historia. El objetivo del nacionalsocialismo es la destrucción de los demonios bolcheviques, para dar al pueblo alemán oprimido el espacio vital que necesita.

«Es otro de esos insensatos del Partido —se dijo Brumme, desalentado—, pero esta clase de fanáticos son sumamente peligrosos».

—¡Un pueblo, un Estado, un Führer! —exclamó *Hermanito* entusiasmado.

Se hizo un silencio mortal en la oficina. Los tres hombres se miraban. A lo lejos, retumbaban los ruidos de la guerra y los cantos marciales.

¡Enhiesta la bandera!

*En filas apretadas,
¡Marcha la SA...!*

—Sargento, dirige usted un depósito de carne —dijo bruscamente *Porta*, poniendo la mano sobre los legajos desparramados encima de la mesa. El sargento palideció y saltó hacia atrás, como si viese el espectro del consejo de guerra—. Un depósito de esta importancia no es cosa de broma —añadió *Porta*, con aspereza—. No se confía a cualquiera. ¿Tiene usted, al menos, colaboradores expertos?

—Todos mis colaboradores son expertos salidos de la escuela de los mataderos de Dresde.

—Para trocear las reses —dijo *Porta*, en tono doctoral— se necesitan muchachos inteligentes y que comprendan las matemáticas.

—¡Las matemáticas! —repitió *Brumme*, sintiendo que se humedecía su frente—. ¡Yo dirijo un depósito militar de víveres, y no un Instituto de estadística! Conozco todo lo referente a la carne y no me interesan en absoluto las matemáticas. Sé que una compañía debe recibir 175 porciones, con el 50% de carne sin hueso. No me piden más en el servicio de Abastecimientos. Tengo un marcador de bolas; 175 bolas a la derecha quieren decir que la compañía recibió su ración según el reglamento.

—Está usted completamente equivocado —respondió *Porta*, secamente—. Antes de empezar a cortar la res, hay que calcular lo que se pierde. Se encuentra una espantosa cantidad de agua, tanto en los soldados como en el ganado. Por ejemplo: usted mete en el depósito 400 kg de carne de cerdo, con un porcentaje de agua y de huesos que ciertamente no apreciaría un soldado hambriento. Pero usted recibió 400 kg y se imagina que repartiendo los 400 kg todo está bien. Mientras tanto, llegan los inspectores y comprueban la desaparición fraudulenta del 35%. Y usted se convierte en el payaso de la farsa, porque no ha calculado lo que se pierde. ¡Pero los cadáveres no se ríen! Me he enterado al cortar los fiambres en el sótano del hospital.

—Nunca consideré de este modo el troceado de la carne —tartamudeó *Brumme*, moviéndose a un lado y otro—. Siempre pesé las porciones en la báscula del regimiento, con un revisor a mi lado. Aquí llevamos la contabilidad por partida doble —añadió con orgullo—. Tantos kilogramos de carne sin hueso; tantos con hueso, y, en fin, tantos pedazos con tendones y carne no comestible. ¡Imposible equivocarse!

—¡Ya está! —gritó *Porta*, triunfalmente—. Recibe usted 50 toneladas de carne justamente antes de cerrar, tiene prisa, y da un recibo de las 50

toneladas. ¿No es así?

—Naturalmente —respondió Brumme, pensando en las veces que metió un pie debajo de la báscula para recibir más del doble—. Los billetes del peso no mienten jamás.

—¡Otra vez con esto! —dijo *Porta*, con altivez—. Los billetes dicen siempre la verdad, ¿eh? ¡Bonita prueba para el consejo de guerra! Hace algún tiempo, hice fusilar al vigilante del depósito de carne del IV Ejército. Le aseguro, sargento, que todo el mundo le creía inocente, empezando por él mismo. De todos modos, le metieron doce balas en el cuerpo.

—¿Ha mandado usted una sección de verdugos?

—¡Y que lo diga! No son pocos los soldados de Intendencia a los que envié a un mundo mejor. Pero volvamos a las 50 toneladas de carne de las que usted firmó recibo atolondradamente. Usted duerme a pierna suelta mientras sus imbéciles cortan las porciones. Resultado: 45 toneladas. Se comprueba la báscula, pero la báscula de la gran Alemania no se equivoca. Recibió 50 toneladas, y los soldados hambrientos sólo reciben 45, pues la trapacera carne ha dejado correr 5 toneladas de líquido. Y, como ni usted ni sus cretinos saben una palabra de este proceso químico, recibe un buen rapapolvo cuando la Comisión secreta comprueba sus trapacerías. Como usted es un pícaro, descubre mucho antes que la Comisión que han desaparecido misteriosamente 5 toneladas de mercancía, y como también sabe, por experiencia, que todo el mundo roba, cae sobre sus esclavos como un huracán. Si, entre su personal, hay imbéciles calificados, está usted salvado; se puede persuadir a esos patanes de que han salido de noche con 5 toneladas de condumio; pero, si no los hay, Gustavo *de Hierro* le ajustará las cuentas en Torgau. Es un especialista en este ramo; sólo necesita nueve minutos y veintiún segundos. Yo mismo vi un día a Gustavo *de Hierro* ocuparse de un intendente de la 5.^a División Blindada. El imbécil no había confesado nada ante el consejo de guerra, aunque Vjebada, oficial del Cuerpo jurídico militar, famoso por sus métodos de persuasión, trató de hacerle comprender que era mejor decirlo todo. Con Gustavo *de Hierro*, de nada le sirvió. El intendente confesó que, en una sola noche, había devorado cinco toneladas de carne. Le fusilaron al día siguiente. Quien escape de Gustavo *de Hierro* con el pellejo intacto, sargento, tiene derecho a hacerle cosquillas en el culo al diablo. No quiera conocerle. ¡Duerme con el casco puesto!

El sargento Brumme sudaba a más y mejor.

—Digamos, pues, que 5 toneladas desaparecen misteriosamente —dijo *Porta*, adoptando el tono de un juez.

El cerebro de Brumme trabajaba como una máquina descompuesta. Necesitó poco tiempo para recordar, desagradablemente, que había habido muchas fugas en su servicio. Por un instante, tuvo la idea de acabar de una vez con los Gestapos del infierno. Entrarían como porciones para el Ejército en la nueva máquina de trincar... ¡Un crimen perfecto! Y mira hacia la enorme hacha de partir la carne, a tres metros de allí. Pero *Hermanito* ha seguido su mirada y se dirige al hacha, con una sonrisa de entendido. El nerviosismo de Brumme aumenta visiblemente.

—En fin, ¿quiénes son ustedes y de dónde vienen? —dice, receloso, enjugándose la mojada frente.

—Cabo Josef *Porta*, de Berlín Moabitt —responde *Porta*, cortésmente—, y mi colega, cabo Wolfgang Creutzfeld, Königin Allee, Hamburgo.

«Ese cerdo se quita la máscara —piensa Brumme, buscando la maza apoyada debajo de la mesa—. Königin Allee es la Policía del Interior. Berlín Moabitt, ¡el servicio de control de Intendencia! ¡Un par de chinches que me han enviado para incordiarme! Un día nefasto, ¡voto a tal!».

—Sargento, ¿cuántos hombres de Intendencia tiene usted para repartir las porciones?

—Cuarenta.

—¿Especialistas?

—Los mejores del mundo. Trabajan como robots.

—¡Elocuente ejemplo! ¡Cómo robots! Unos robots que escogieron la Intendencia para enchufarse y no ir a primera línea del frente, ¿eh? —grita *Porta*, indignado—. Aquí no hay tiros; el único peligro es que le caiga a uno un cerdo en el cogote; pero se equivocan ¡esos miserables héroes de la manteca! Cortar carne no es cosa de risa. Sargento, cuando hacen morcillas, ¿dan vueltas a la mezcla a la derecha o a la izquierda?

—¿Dar vueltas? —gime Brumme, espantado.

—Ni el alemán más estúpido le daría vueltas a la izquierda. Esto sólo lo hacen los ingleses, y, como la velocidad es poca, se forman coágulos de sangre pero, volviendo a sus robots, es usted quien tiene la responsabilidad, quien debería dirigir el trabajo. Y dígame una cosa: supongo que al menos sería *Mein Kampf* lo que estaba usted leyendo cuando entramos, ¿no? —dice *Porta*, con voz dura.

—Claro que sí —miente Brumme, atolondrado, empujando su novela pornográfica debajo de un pedazo de tocino. (¡Y el autor se llamaba Leví! La clase de lectura que conducía directamente a la Comisión racista y a Torgau).

—Vamos a ver si cortan la carne correctamente —dice *Porta*, dirigiéndose al departamento de troceado de la carne—. Voy a demostrarle, sargento, que se necesita inteligencia para este trabajo. Muchos cretinos sueñan en comprar una carnicería. ¡Qué estupidez! A pesar de la mostaza francesa, ¿se da usted cuenta de lo que puede pasar cuando, por ejemplo, un zapatero se pone a hacer de carnicero? ¿Y qué es eso? —exclama, con fingida cólera, dando un puñetazo a un gran pedazo de carne, y en un tono que hace temblar a los hombres de Intendencia.

—Un cuarto trasero —responde Brumme, muy abatido.

Era precisamente el cuarto que se reservaba al coronel de Intendencia, el cual cerraba siempre los ojos cuando hacía las inspecciones del Ejército.

—¡Una vergüenza! Cualquiera puede ver que esa carne está pasada. Sargento, estoy indignado por lo que veo aquí. Si el Führer le pidiese un asado excelente, se vería usted en apuros.

—Creía que el Führer era vegetariano —protesta Brumme, con asombro.

—Todos los imbéciles tienen derecho a creer lo que quieran. ¿Le está prohibido a nuestro jefe gustar de un buen asado?

—¡Claro que no! —exclama Brumme, con espanto—. Si el Führer pidiese un asado, yo mismo cortaría la carne —dice, con orgullo, agarrando la cuchilla.

Ésta lanza destellos, y, en un tiempo récord, el más hermoso filete del mundo cae sobre una plancha.

Porta, despectivo, se saca una lupa del bolsillo, la aplica a la carne sanguinolenta, y dice a *Hermanito*:

—¿Qué te parece esa carne para buitres?

—Inadecuada para el consumo —dice el gigante, a quien la boca se le hace agua.

—¿Lo ve usted? El cabo Creutzfeld dirigía, antes de la guerra, una sección especial en la Reperbahn. Su región se extendía al otro lado de la Königstrasse, en Altona.

«¡IV 2 A, Sección Gestapo! —se dice Brumme, que tenía en aquella época un pequeño y agradable restaurante en la Heyn Hoyer Strasse. Dos visitas de la IV 2 A le habían costado siete meses—. ¡Tengo que andarme con mucho cuidado! ¡Señor, haced que Alemania pierda esta guerra!».

—A pesar de todo, yo no diría que es un mal asado; pero, para paladares finos, le falta a usted la formación anatómica del sabio. Decididamente, nuestra sociedad militar es poco exigente. ¡Hay quien necesitaría una buena patada en el culo! La comodidad es madre de la pereza y de la indiferencia;

todos buscan un buen enchufe y esperan que llegue la edad del retiro, deseando siempre más, sin hacer nada. Este estilo de vida sólo engendra traidores y es el camino más seguro hacia la derrota. ¡Y llaman socialismo a este paraíso de holgazanes!

Brumme no puede dar crédito a sus oídos. Nunca ha oído una crítica tan dura del Estado nacionalsocialista, pero, aunque esté de acuerdo con *Porta*, se guardará mucho de decirlo. Mientras tanto, *Porta* afila como un profesional la gran cuchilla y se sirve todo un flanco de temerá.

—Esto sí que puede hacer un buen asado —dice, acariciando el enorme pedazo de carne.

—Sí, un verdadero asado —conviene Brumme, asombrado—. Podría presentarse en la mesa del *Feldmarschall*, pero, como éste no conoce su existencia, podríamos comerlo nosotros y pasar una buena velada, ¿no es cierto?

—Mentiría si dijese que me disgusta —dijo *Porta*, sonriendo—. El hambre es un problema importante, incluso alrededor de una mesa bien abastecida cuando uno se cree saciado. Sargento, pido doble ración para cuando nos sentemos a la mesa a celebrar nuestro imprevisto encuentro.

Brumme se echa a reír, larga y ruidosamente, sin saber muy bien por qué, pero convencido de que la cosa marcha mejor.

—Tengo también algunas botellas de vino de 1936.

—¡El año de mi quinta! ¡Venga el morapio!

El sargento coge el inmenso pedazo de carne, lo aprieta contra su pecho y se dirige a la cocina, para ordenar un ágape digno de la Comisión secreta. Y, a medida que discurre el banquete, el ambiente se hace más y más cordial. Al cabo de dos horas, todavía no han llegado a la mitad, y devoran como los antiguos vikingos, agarrando las tajadas con las manos y echando los huesos por encima del hombro. *Porta* come y bebe como para reventar, y *Hermanito* y Brumme no le van a la zaga. Pero he aquí que Brumme se atraganta y está a punto de morir asfixiado; un sanitario acude corriendo y recibe una ración de soldado como propina.

—Es preciso que el ganado tenga también algo que mascar —dice Brumme—, pero nadie ordenó nunca que se harte. Nosotros, los que tenemos graduación, debemos tener en un puño a esos becerros; si no, estaríamos perdidos. El grito de «¡Proletarios, uníos!» no significa nada para mí; el único lugar donde podemos unirnos es en la fosa común.

—Horrible, pero es verdad —dice *Porta*, lanzando un pedo sonoro.

—Tampoco me gustan los distinguidos que sustituyen la palabra coño por tres puntos —dice *Hermanito*.

—Tienes mucha razón —dice Brumme, con aire sombrío—. Mi jefe, el intendente jefe Blankenschild, es de esos que se figuran que pueden dar patadas en el trasero a los sargentos. Si pudieseis sacarle la piel del culo por encima de las orejas, tendríais un puesto de honor en mi mesa.

—Un juego de niños para nosotros —responde *Porta*, arrojando con fuerza un hueso en dirección al sanitario.

—Traed los bistecs tártaros —grita Brumme a sus esclavos de abastecimientos.

La mayoría de ellos eran criados antes de incorporarse a filas. Uno, antiguo inspector de «Kaminski», es el copero particular de Brumme: un seguro contra el frente y la muerte del héroe.

—Nos ocuparemos de tu jefe —promete *Porta*, adornando su bistec tártaro con una loncha de jamón—. ¿Adónde iría la patria, si dejásemos que esos cerdos campasen por sus respetos?

—¿No os exponéis a cosas desagradables en el curso de vuestras inspecciones? —pregunta de pronto Brumme, con aire remilgado y dándole un codazo a *Hermanito*.

—¡Oh! ¡Conocemos todos los trucos! ¡Ay de aquel que los intente!

—¿Se hacen muchas inspecciones por aquí? —pregunta *Porta*, en tono indiferente—. Se dice que no las ha habido desde hace mucho tiempo.

—Bueno, no tanto tiempo. Esos malditos inspectores meten las narices en todas partes. Tendría que haber una revolución... ¡Perdón! —añade, rápidamente, dándose cuenta de que acaba de expresar un pensamiento muy secreto.

—Perdonado —sonríe amablemente *Porta*—. Y dime, ¿no te han sorprendido nunca? Quiero decir, ¿no ha venido nunca algún farsante, diciendo que era de la Comisión de control?

Un momento de silencio, preñado de amenazas, se cierne sobre la estancia. Brumme se pone lívido.

—¡Maldita sea! Si alguien hiciese una cosa así al sargento Brumme, iría a parar al frente, en forma de raciones individuales, ¡después de pasar por la máquina de trincar!

—De todos modos, te aconsejo que desconfíes —le advierte amistosamente *Porta*—. No sabes cuántos imitan a los funcionarios. Nosotros hemos pillado ya a algunos.

—¡Aquí es imposible! —gruñe Brumme—. ¡Huelo a esos camellos a muchos kilómetros de distancia! Habría que condenarles a muerte.

Después de cuatro horas y media de gula, llega una tarta de manzanas recién hecha. El exinspector del restaurante «Kaminski» sirve el champaña a razón de una botella por cabeza. No se puede hacer menos en un banquete de caballeros en Alemania. Todos se abrazan y se juran amistad eterna.

—Los cigarros, ¡y pronto! —ordena Brumme al sanitario, el cual obedece precipitadamente.

¿Qué no haría por librarse del frente?

—A esto se llama disciplina —dice Brumme a *Hermanito*, y añade a media voz—: Yo sé exactamente cómo se mata a un enemigo haciéndole sufrir largo tiempo y atrozmente.

—Nosotros también.

—Saber mandar es prueba de inteligencia —dice *Porta*, socarrón—. De esta manera, no hay que temer visitantes imprevistos que metan las narices en los libros y en los almacenes. Pero usted parece un hombre honrado, camarada Brumme.

Se hace un silencio súbito y cargado. Ahora se miran con una mezcla de recelo y de odio.

—Cuando se marchen, se llevarán un hermoso paquetito —se apresura a decir el sargento—. Enseguida me di cuenta de que ustedes eran verdaderos «cabezas de hierro». Aunque debo confesar que, al principio, tenía mis sospechas —añade, mirando los ojos azules y burlones de *Porta*—. No es extraño que les tomase por lo que no son.

—Querido amigo —dice amablemente *Porta*—, ¿de quién no hay que sospechar, desde enero de 1933? Quien no es un irresponsable peligroso, políticamente hablando, es un patriota todavía más peligroso. Vivimos una época llena de peligros para todos. El que parece más honrado es un bandido. Como te decía, Brumme, no invites a cualquiera a tu mesa.

—¿Ingresaste voluntario en el Ejército?

—Voluntario, es mucho decir; pero nada tengo que decir del club de los cañones, hasta el día en que la vida civil sea más apetecible. De momento, el uniforme protege.

Después del café y del coñac, salen todos para inspeccionar una nueva máquina de hacer morcillas.

—¿Qué os parece? —pregunta Brumme, orgulloso de la máquina que trabaja a pleno rendimiento y produce kilómetros de morcillas.

—Parece, realmente, una vaca que caga en un establo caliente —responde *Porta*, sorprendido a pesar de todo.

—Mi intendente de Estado Mayor es un cerdo —confía Brumme a sus nuevos amigos.

Y les ruega que vuelvan a la mesa para gustar una enorme ración de morcillas frescas. Éstas nadan en vino tinto.

—Es posible —dice Hermanito—. Es sabido que siempre conviene dar un rodeo para no toparse con los jefes.

A eso de las dos de la madrugada alcanza el festín su punto culminante. Aullidos, canciones desaforadas, mezclas de vodka y cerveza. Es invitado el personal femenino del campamento, y pronto empieza el *strip-tease*. Llegó el momento de trabajar. Por la mañana, la conversación es de una franqueza tal que haría palidecer al consejo de guerra. Se habla del Führer y de sus esbirros como si ya hubiesen muerto en el tormento que todos les desean.

Sólo más tarde, avanzado el día, empezaron los tres hombres a recobrar sus sentidos. Estaban los tres tumbados en la enorme cama de Brumme, herencia de la guerra en Bulgaria. Al despertarse, *Porta* asió la botella que estaba en el suelo y volvió a beber ruidosamente. *Hermanito* se arrastró hasta el cubo lleno de agua y metió la cabeza en él para beber como un sediento camello del desierto. Sólo dejó de hacerlo cuando el cubo estuvo vacío. Brumme, a; medias fuera de la cama, hacía unos ruidos extraños.

—Esos dos tipos son falsos Gestapos —tartamudeó, vomitando.

—Hay que fusilarles —dijo *Hermanito*, siguiéndole la corriente.

—¡Fusilar! —gimió Brumme.

Sacó su pistola y metió tres balas en el techo. No era más que la señal para el desayuno. Unas horas más tarde, se despidieron todos de un modo conmovedor. Una amistad para toda la vida. *Porta* y *Hermanito* volvían al batallón, cargados con sendos sacos llenos hasta reventar.

Brumme, desde la puerta, les vio desaparecer entre la tormenta de nieve, mientras se preguntaba una vez más si había sido engañado por unas hienas o si, realmente, había tenido la fortuna de librarse de las garras de verdaderos «cabezas de hierro».

—Si me han engañado, ¡ay de ellos! Les meteré doce balas a cada uno —pensó, con un odio inexplicable.

Mientras tanto, hizo un gesto saludando a *Porta* desde lejos, y se cuadró.

«Exigimos la pena de muerte para todos aquellos que se opongan a nuestra lucha por la unión de nuestros pueblos. Pedimos igualmente la pena de muerte para todos los crímenes contra el pueblo, los usureros, los traidores, los pesimistas, los parásitos de la sociedad que no respetan nuestra fe ni nuestra raza».

Fragmento del programa nacionalsocialista.

El comandante ruso Miguel Gostonov, jefe de los partisanos del distrito de Minsk, era un hombrón brutal, odiado por sus subordinados. Un hombre que gustaba de revolcarse sobre sus cadáveres.

Sus ojillos malignos miraban a los presentes en la isba. La estancia apestaba a vestidos mojados y a cuerpos sin lavar.

—Mañana por la noche atacaremos la aldea —dijo con voz cortante.

Señaló con su fusil ametrallador a un viejo jorobado, que llevaba una chaqueta raída y los pies envueltos en trapos, como millares de campesinos rusos.

—Rasín, tú te encargarás de prender fuego a tu aldea, después de medianoche. Cuando todo esté en llamas y los nazis corran de un lado a otro, atacaremos nosotros y liquidaremos a esos perros.

El anciano, marcado por una vida de trabajo duro y de miseria, se retorció las manos, desesperado.

—Tovarich Gospodin. ¿Y nuestros hijos, y nuestras mujeres? ¡Los viejos, los enfermos! Hace un frío horrible, que aumenta cada día. No recuerdo un invierno tan cruel.

—Cállate, mujik, ¡es la guerra! Todo el mundo tiene que sufrir. Vuestras vidas no tienen ningún valor en la lucha por la patria soviética. ¡Que el diablo

te proteja, viejo, si tu maldita aldea no arde justamente después de medianoche!

Sacó su nagán y golpeó el rostro del viejo. Saltaron dos dientes y la sangre fluyó de su nariz.

—Eres estarosta, no lo olvides. Cumple tu deber para con Stalin, que te da trabajo y pan. La patria exige mártires, y tú pareces no saberlo. ¡Quema tu cochiguera, según mis órdenes, y lárgate!

El comandante se volvió a sus acólitos.

—Hay que hacer sentir el knut a esos holgazanes —dijo, burlón—. Permiten que los fascistas duerman en sus camas, comen con ellos y se hartan con sus suministros, en vez de morir de hambre, pero con honor.

Se metió un gran pedazo de jamón en la boca y lo tragó de golpe. Una botella de coñac francés, botín de un ataque contra una columna alemana, pasó de mano en mano.

—Sólo con el knut se puede domesticar a esos perros. Sólo nos ayudan cuando nos temen más que al enemigo. Ahora bien, no hay más que la victoria o la muerte. No olvidéis que ningún partisano se salva desertando —añadió en tono amenazador—. Todos los que caen en poder de los alemanes son torturados espantosamente, antes de ser ahorcados. No podemos contar con ninguna ayuda, y nuestra vida no tiene la menor importancia. Para nosotros, no hay más que el deber para con la patria y el camarada Stalin.

A LAS PUERTAS DE MOSCÚ

Hace un frío inhumano, y es noche cerrada cuando salimos de los agujeros para marchar hacia nuevas posiciones, cerca del bosque. Casi inconscientes, serpentreamos en una columna desordenada, forrada de papel de periódico. Es la última idea de las autoridades. Según ellas, el papel de periódico vale tanto como las pieles.

Los bravos que tuvieron el valor de tumbarse en la nieve han muerto. Nosotros, que no somos bravos, hemos aguantado confiados y nos han tratado como se trata siempre a la juventud. El que fue tu vecino durante un tiempo, se desploma súbitamente y permanece inmóvil, crispada la mano sobre el fusil. Si a uno le queda un mínimo de energía, se inclina sobre el muerto y le arranca su placa de identidad, a fin de que los que están allá abajo sepan que ha muerto y no pierdan el tiempo buscándole inútilmente.

La niebla sube del río, y, en nuestro estado semiinconsciente, vemos imágenes de sueño. *Porta* ve, naturalmente, mesas inmensas cubiertas de vituallas; *Hermanito*, un gran pedazo de tocino; pero lo único que encuentra su mano es la mochila de Heide cubierta de escarcha. Contempla un instante su mano vacía, con estupor. ¿Es que no existe el tocino? La visión era tan real, que percibía su olor.

—¡Caramba! ¿Habéis visto las cúpulas en forma de cebolla? —grita *Barcelona*, sofocado.

—¡Hemos llegado! ¡Esta noche dormiremos en el Kremlin! —grita *Stege*, con alivio.

—¡Diablos! ¿Será Moscú? —murmura *el Viejo*, radiante, chupando su pipa—. ¿Oís las campanas? Pero ¿por qué encienden hogueras en las calles?

No eran las campanas del Kremlin lo que oía *el Viejo*, ni tampoco se trataba de las calles de Moscú. Son las fuentes de fuego, el trueno de las granadas de un furioso fuego de barrera que llega a disipar la espesa niebla.

La compañía avanza hasta la linde del bosque, como un rebaño renqueante y desordenado, mientras silba la metralla en los oídos. Estos minúsculos objetos cortantes quiebran los huesos como si fuesen de cristal;

los cascos de granadas son diabólicos, producen heridas horribles, y, con este frío, son la muerte sin remedio.

—¡Adelante! —grita Moser, con voz ronca.

Se detiene un instante y se apoya en su fusil ametrallador.

—Está enfermo —dice *el Viejo*—. El sanitario me contó que orinaba sangre. Tiene los riñones hechos cisco, pero hace falta que a uno le corten la cabeza para que lo manden al hospital.

—¡Adelante! —repite Moser, que tiene el rostro exangüe cubierto de sudor.

Fatigosamente, levanta un brazo para indicarnos la dirección.

—Quinta compañía, ¡adelante!

La compañía ataca por grupos. Cada paso es una tortura; las botas están heladas, duras como la madera; las botas alemanas no fueron previstas para el invierno ruso. Naturalmente, *Porta* hace tiempo que cambió sus botas por las amarillas de los lapones. Tiene cuanto puede imaginarse, procedente de los depósitos del Ejército ruso; nadie comprende cómo se las arregla, pero siempre tiene lo que necesita. El otro día, al pasar por Djil, justamente después de tomar la línea del ferrocarril, *Porta* se detuvo de pronto y dijo: «¡Espera un poco! ¡Tengo la impresión de que hay algo que requisar en esa granja!».

Y se metió entre los bajos edificios para reaparecer con un cordero sobre el hombro y una jarra de vodka en la mano. Y nos metimos en un agujero de la nieve y nos hartamos.

—Cuando se tiene la tripa llena —dice *Porta*—, se puede sobrevivir a una guerra mundial.

Pues siempre estamos hambrientos. El Ejército será siempre, para nosotros, un sitio donde se padece hambre y se muere de sueño.

Se dice que, cuando pasemos el río, podremos descansar al fin. ¿Será verdad? Lo único que deseamos es descanso. Unas noches más de este frío mortal y no volverá a hablarse de nosotros. Sobre todo, ¡que tengamos un poco de calor! El calor es lo principal.

El camino está lleno de caballos muertos, en las posiciones más extrañas. Un regimiento de Caballería ha sido aniquilado de golpe por los organillos de Stalin, que hacen estallar los pulmones. Uno se ahoga tan de prisa que ni siquiera se pone amoratado, y a fin de cuentas, preferimos esos órganos de Satanás a las bombas rasantes. Uno oye los cohetes y a veces puede ocultarse, mientras que estas malditas bombas llegan antes de que uno se dé cuenta. La llegada se oye al mismo tiempo que el disparo, y ahora están incluso provistas

de resortes. Heide afirma que este modelo de granada está prohibido por la Convención de Ginebra, pero también lo están los lanzallamas, por no hablar de los proyectiles explosivos que le arrancan a uno la mitad de la cabeza. Heide tiene un librito rojo sobre las armas prohibidas, y, cada vez que comprueba algo prohibido, anota el lugar, la hora y los testigos, en una libreta negra. Más adelante, asegura, la entregará a la Comisión Internacional que juzgue a los criminales de guerra.

—Realmente, naciste para cagar contra el viento —ríe *Porta*—. ¿De veras te imaginas que van a hacerle caso a un suboficial nazi que siempre lució la cruz gamada y se pintó el falo de color pardo para estar seguro de hacer pequeños nazis?

El horrible frío llena el bosque de ruidos cristalinos; silban cosas en el viento, y la nieve nos engulle. Caemos continuamente en grandes montones de nieve blanda, de los que tienen que sacarnos los camaradas. *El Profesor* está a punto de volverse loco, pues, sin gafas, casi no ve nada, y, como la nieve cubre continuamente los cristales, acabamos por atarlo a *Barcelona*. Queremos mucho a este pequeño estudiante noruego, del que nos burlábamos al principio, porque procedía de la ss. ¿Por qué vino a caer entre nosotros? Nadie lo sabe. Se rumorea que tiene una pequeña parte de sangre judía, razón suficiente para que los ss le diesen la patada. También hay «tres cuartos» judíos entre los nuestros, y *Porta* afirma que es medio judío; pero sólo lo dice para sacar a Heide de sus casillas.

Hay que tumbarse en el suelo a cada momento, pues el fuego de barrera enemigo es implacable. Los rusos parecen dispuestos a todo, con tal de impedirnos llegar al río. Cuando las granadas caen en la nieve, se oye un ruido extraño, un «plaf», y la nieve es proyectada al aire como un enorme cohete blanco.

En el otro bando, esos demonios ejecutaron a tres de los nuestros y lo anunciaron a la mañana siguiente, como hacen siempre que ahorcan a un enemigo. Al principio, esto nos ponía enfermos; después uno se acostumbra a todo.

—Las ejecuciones son necesarias en tiempo de guerra —explicaba *Porta*, cuando encontramos el árbol donde se balanceaban los tres ahorcados—. La gente fina lo llama pedagogía; en efecto, esto quita a los soldados las ganas de merodear por ahí. La abundancia de horcas demuestra que un ejército es bueno, podéis creerme.

—¡Marchen, marchen! —ordena Moser.

—¡Más de prisa! —gritan los jefes de sección, muy excitados, amenazando al cielo con los puños cerrados, lo cual significa «marcha acelerada».

Hay que adelantar a la artillería, según se dice. ¡Parece muy fácil! Uno toma fuerzas bajo el fuego de la artillería y, avanzando rápidamente, se sustrae al fuego. Nada más sencillo. Los manuales militares enseñan muchas cosas por este estilo, y el gordo *HDV* es la Biblia del soldado alemán. Incluso hay tipos que, en su vida privada, aplican el *HVD*; como Gustavo *de Hierro* en Torgau. ¡Poco ha faltado para que su mujer se volviese loca! Sólo se cambian las sábanas cada seis semanas, de acuerdo con lo que dice el *HDV*; un baño todos los sábados, entre las diez y las doce del mediodía, con el agua a 18.º y empleando la ducha durante siete minutos. Después de veinte años de matrimonio, su mujer sigue sin comprender por qué no puede utilizarse una bañera, cuando se tiene, a pesar de que su marido le ha explicado veinte veces que la bañera sólo debe estar a disposición de los oficiales. En el portal de la casa de Gustavo *de Hierro*, hay una inscripción en letras góticas que dice: «ICH DIENE» (Yo sirvo), y toda la familia tiene que obrar en consecuencia.

Nosotros, entre la nieve, realizamos una carrera contra la muerte. El peso de las armas aumenta nuestra tortura; el camino se pone duro y hay que agarrarse a los arbustos y a las ramitas para avanzar. Justamente delante de mí, un infante es alcanzado, se detiene en seco como ante una pared y, después, se desploma sobre la nieve, donde le observo durante un momento.

El fuego de las «MG» se hace cada vez más nutrido. Disparan contra nosotros desde lo alto de la cresta; los proyectiles arrancan astillas de los árboles; saltan piedras y pedazos de hielo. La 5.^a compañía quisiera atrincherarse, pero hay que montar las ametralladoras para cubrir a la 7.^a compañía, que marcha en cabeza. Al pie de la colina, la artillería toma también posiciones, y pronto estalla el ruido tranquilizador de nuestros propios morteros. ¡Horribles, cuando son los del vecino; deliciosos, cuando son los nuestros!

—¡Calen las bayonetas! ¡Preparados para el cuerpo a cuerpo!

—¡Vigila tu panza, apestoso Iván! —chilla *Hermanito*, que sale de su agujero a velocidad pasmosa, cubierto por el fuego de Heide.

En cuanto a mí, tengo que destruir un nido de ametralladoras pesadas, y lanzo cinco granadas que yerran el blanco.

—¡Rápido! —grita *el Viejo*—. Haz callar a ese maldito nido. —Pero ni una mosca podría salvarse si se aventura sobre la nieve delante de la «MG»—. ¡Adelante, o te denuncio! —grita furioso *el Viejo*.

Quito el seguro a mis granadas de mano y las lanzo mientras corro. La ametralladora salta con sus servidores. Nos echamos de cabeza en la trinchera enemiga; ahora, el peligro se ha reducido a la mitad, a condición de no correr como imbéciles a lo largo del ramal. Sabemos cómo limpiar una trinchera con granadas; a partir de los tres primeros minutos, no hay que dar al vecino tiempo de decir ¡ay! De pasada, arrojo granadas en todos los bunkers, que vuelan detrás de mí. Veo un grupo en el momento de doblar la última esquina, y mi última granada es para él; la nieve se tiñe de rojo. Arranco la metralleta de mi hombro, vacío el cargador sobre todo lo que se mueve y me derrumbo al fin en medio de los cuerpos destrozados.

—Lo has hecho muy bien —dice *el Viejo*, satisfecho.

—Hoy lo citarán en la radio por su heroísmo —se burla Hermanito—. Después, se darán cuenta de que es judío y lo ahorcarán con una estrella de David colgada de la verga.

—Descansen —ordena el teniente coronel Moser—. Cinco minutos.

Muchos se duermen instantáneamente; yo también me quedo dormido, en el momento en que *Porta* está diciendo algo sobre un asno que...

—¡Segunda sección en cabeza! En marcha. Vamos, holgazanes —ordena Moser.

Llueven las granadas. Al mirar por encima del hombro, nos alegramos de estar en cabeza, pues donde estaba la trinchera sólo hay una cortina de llamas y de acero.

—Ahí está el río —dice *el Viejo*, aliviado, señalando con la pistola una especie de foso ancho y sucio.

Incluso el hielo que lo cubre tiene el color del polvo.

—¿Y hemos corrido durante semanas para llegar a ese riachuelo? —exclama *Porta*—. ¡Ahora comprendo por qué nunca lo oí nombrar!

—El río Nara —murmura Moser—. ¡Por fin hemos llegado! Moscú no está lejos.

—¿No habrá un tranvía? —pregunta *Porta*— Empiezan a dolerme las rodillas.

Desde hace algún tiempo, impera una curiosa desilusión. Aunque hemos ido de victoria en victoria y nos hemos cruzado con inmensas columnas de prisioneros, sólo Heide cree aún en un final feliz de la guerra. La 3.^a compañía empieza a cruzar el río helado bajo la protección de nuestras armas automáticas. Apenas ha llegado a la mitad cuando el río parece explotar. El agua amarilla y hedionda se eleva a cien metros en el aire; una columna de fuego hace estallar los bloques de hielo, y la 3.^a compañía desaparece con

armas y bagajes en el agua que parece hervir. Y los organillos de Stalin empiezan a aullar. Todos los planetas del Universo se estrellan contra la Tierra; el cielo se cubre de haces incandescentes que surgen de cohetes que parecen estrellas fugaces. Dondequiera que caen, cesa la vida.

—¡Cerdos! —grita Heide.

—¿Por qué? —replica *Porta*—. Emplean los medios de que disponen, y no se detendrán hasta que nos hayan ensartado a todos. Creo que tu Führer se va a llevar una buena sorpresa. Por lo demás, esos austriacos no cesan de inventar trucos. Pero sus montañas les dan en la calabaza.

—Josep *Porta*, tengo el deber de denunciarte al NSFO; tenlo por dicho.

—Dejaos de historias —dice *el Viejo*, irritado—. Segunda sección, ¡seguidme!

Porta tropieza con el cadáver de un comandante alemán que lleva la Cruz de Caballero colgada del cuello.

—Los héroes se van al diablo —murmura *Hermanito*, sentándose sobre el cadáver para destapar una cantimplora que pasa de mano en mano.

—¡Al diablo le robaste tú esto! —dice *Porta*, tosiendo y acariciándose el cuello, que parece arder—. ¡Es vitriolo!

—¿Qué estáis haciendo ahí, holgazanes? —grita un sargento desconocido.

—A la orden. Estamos tratando de reanimar a un comandante, mi sargento.

—Moveos, ¡y pronto! —dice el sargento, corriendo hacia el bosque.

—¿Lo has mirado ya? —murmura *Porta*.

—¡Caray! ¡Lo había olvidado! —responde *Hermanito*, con sobresalto, abriendo las mandíbulas del comandante—. Tres dientes de oro.

—¿Dónde diablos estabais? —gruñe *el Viejo*—. ¡Soplad un poco! ¿Qué habéis bebido ahora? ¡Es horrible!

De pronto, tabletea una ametralladora; se ven siluetas oscuras; se oyen palabras incomprensibles. Arroja una granada. Gritos atroces.

—¡Una bengala! —ordena *el Viejo*.

Surge el cohete fosforescente, y la sombra se ilumina con una luz blanca y cegadora.

—¡Alto! —grita *el Viejo*, angustiado—. Aquí, regimiento de Tanques 27 ZBV.

—Aquí, Cazadores 106. ¿Santo y seña?

—Manzana podrida —responde *el Viejo*.

Nos levantamos y marchamos hacia el bosquecillo. ¡Vaya! Es el sargento a quien vimos hace un momento.

—¿Otra vez vosotros? —exclama, furioso—. ¡Idos a la mierda!

Y reúne a sus hombres.

—¡Pobres imbéciles! —dice Hermanito—. ¡Mira que ponerse como blanco de los suyos!

—Me alegro de que esté aquí, sargento —gruñe un coronel tuerto, dirigiéndose a *el Viejo*—. Los rojos minaron las orillas del río, pero no consiguieron destruir el puente; por consiguiente, hay que cruzarlo a toda velocidad. Pase con su sección y establezca una cabeza de puente; yo le sigo con la compañía. En marcha, sargento.

—Sí, mi coronel —dice *el Viejo*, apático, encaminándose al puente.

¿De qué serviría decirle a ese coronel que no estamos a sus órdenes? Nos considera como un don del Cielo para establecer una cabeza de puente. Le felicitarán por ello; pero nosotros pagamos el pato.

—Tú, primero —ordena *el Viejo* a *Porta*, que lleva el «M. PI».

—¡No eres tonto! —responde *Porta*, sin andarse con remilgos—. Si Adolfo en persona me mandase poner el pie en ese puente, le diría que no. Díselo a Julius.

—¿Crees que estoy loco? —protesta Heide, furioso.

—El hecho de que seas miembro del Partido lo demuestra.

—¡Basta! —grita *el Viejo*—. *Porta*, ¡adelante! Ahora se trata de Moscú. Te colocarás cerca del tercer pilar, y Sven te apoyará. Arrojarás las granadas desde allí.

Con mil precauciones, avanzamos sobre una viga de acero tan resbaladiza que estamos varias veces a punto de caer. Yo no sólo llevo las granadas, sino también la bolsa de las municiones. Y los rusos disparan contra nosotros.

—El vecino nos da la bienvenida —dice *Porta*, levantando su sombrero amarillo.

Muy lentamente, *Porta* carga la ametralladora y vierte sobre el mecanismo media botella de aceite ruso.

—Bien engrasado, todo va bien —dice—; lo aprendí en la casa de un chino proxeneta, en 1937. Todos los sábados por la mañana, les daba un kilo de vaselina a sus prostitutas para que trabajasen sin darse cuenta de nada.

Se oye un ruido sordo; es *Hermanito* que se ha arrojado al suelo con su «MG».

—¡Salud, muchachos!

—¡Hombre! —gime Barcelona—. Esto me recuerda una vez en que luchábamos contra los *spaghettis* de camisa negra, cerca del Ebro.

Una granada de mortero rusa hace saltar la mitad del pilar. Dos hombres heridos caen al río, debajo de nosotros. Un cañón automático truena en la otra orilla. Esas pequeñas granadas son odiosas; arrancan pedazos de hormigón que silban junto a nuestros oídos; y he aquí que, ahora, dos «Maxim» pesados empiezan a disparar contra nosotros.

—¡Atrás! —ordena *el Viejo*, preocupado.

Pero, en cuanto iniciamos la maniobra de retirada, el coronel tuerto empieza a disparar contra nosotros; preferimos no movernos del sitio.

—¡Aguantad, muchachos! —grita una voz desde el ribazo—. ¡Ya están aquí los lanzallamas!

Es verdad. Ahí están los zapadores con sus lanzallamas y cargas explosivas que vuelan por encima del río. Ataque general contra los primeros bunkers, donde los hombres se defienden con furia inaudita. Son *komsomoles* de la región industrial. Me han dado un saco lleno de las nuevas y atroces granadas de mano. El teniente de zapadores hizo bien en avisarme: un poco de este líquido en la mano devora la carne, y la prueba hecha con un perro nos dejó estupefactos. El perro dio dos o tres saltos, aulló y sólo quedó de él el esqueleto.

Estoy solo con mi bolsa; los demás se mantienen a prudente distancia. Con dos zapadores, ataco el primer bunker, uno de los grandes, provisto de ascensor, y su cúpula salta como una topera. Lanzo tres granadas marcadas con una cruz roja, y parece que se funde el grueso blindaje. Aquello quema los ojos y los pulmones, a pesar de las nuevas máscaras que llevamos.

—Yo me largo —dice uno de los zapadores—; permanecer aquí es una locura.

—Tú te quedas —gruñe su camarada, apuntándole con el lanzallamas—. No olvides que estás aquí como castigo. Hubiesen tenido que liquidarte en Gemersheim, ¡traidor! El jefe quiere que dejes aquí el pellejo; nunca verás Moscú.

Yo no digo nada. No es de mi incumbencia que un teniente degradado haya sido trasladado a los zapadores lanzallamas. Que hagan lo que quieran. Corro hacia el agujero siguiente, lanzo otras dos granadas y me tumbo en el suelo. Los zapadores me siguen; largas llamas sibilantes vuelan hacia el bunker. En el mismo momento, el exteniente sale del agujero y se precipita hacia la trinchera rusa, con los brazos en alto.

—¡Tírale una granada! —grita su camarada, lleno de odio.

—Ocupaos vosotros de lo vuestro. Si hay que matarle, no seré yo quien lo haga.

—*Tovarich, tovarich, nicht schiessen!* (¡Camaradas, no disparéis!) —grita el teniente, a pocos metros de la trinchera rusa.

Deseo de todo corazón que llegue a ella. Si no, le espera una muerte horrible en Gemersheim, en el fondo de una celda. Nosotros, los de la 2.^a compañía, lo sabemos bien, de cuando estábamos allí de guardia, justamente después de la campaña de Francia. El jefe de la sección especial, *Oberfeldwebel* Schon, era intratable. Había estado a punto de romperle el espinazo a *Hermanito*, que le había arrojado un escritorio de roble a la cabeza. Después de este acto de camaradería, el gigante anduvo siempre un poco torcido... Ante todo, había que evitar el ser llamado por el comandante de la prisión, teniente coronel Ratcliffe. Nadie más odiado que este oficial. Gemersheim entero vivía en guerra abierta, en el sentido literal de la expresión, y la compañía de guardia salía del paso como mejor podía. Estas compañías sólo permanecían allí durante unos meses; mucho más digno de compasión era el personal permanente, condenado a perpetuidad, aunque tuviese las llaves. Nadie se atrevía a salir solo de la cárcel, por miedo a tropezarse con un preso liberado que volvía a «visitar» su jaula durante un permiso. *Porta* y yo encontramos un día a un teniente tan condecorado que parecía una tarjeta postal. Una noche, muy lejos detrás de las líneas rusas, nos contó que deseaba ardientemente volver a Gemersheim, a fin de ajustarles las cuentas a tres tipos del personal permanente.

«Lo malo es que ellos me matarán antes», decía, loco de ira. Pero el teniente no pudo volver jamás a Gemersheim. Los esquiadores rusos lo mataron una noche.

De todos modos, ¡es muy curioso! Los verdugos salen casi siempre de rositas. Asesinan legalmente un día tras otro, y cada día se atraen nuevos enemigos que les matarían de buen grado; pero esto ocurre raras veces, y se les puede encontrar a los 60 años, jubilados, teniendo a sus nietos sobre las rodillas.

El zapador levanta su lanzallamas y apunta cuidadosamente al exteniente, que está ahora muy cerca de los rusos.

—¡Maldito traidor! —gruñe el soldado, cuya voz suena hueca debajo de la máscara.

La lengua de fuego corre sobre el terreno revuelto, y un montón negro al borde de la trinchera enemiga es todo lo que queda del teniente. Dos segundos más, y se habría salvado.

No compadezco a quien se porta como un imbécil. Si se quiere realmente desertar con éxito, hay que prepararlo minuciosamente. Ese cretino ha tenido

lo que se merecía, tanto más cuanto que, por haber estado en Gemersheim, tenía que saber que le vigilaban.

Continúa el ataque. Destruimos un bunker tras otro; obras avanzadas de la defensa de Moscú. Aldeas que fueron voladas una vez, son voladas de nuevo. Se lucha por cada metro de tierra; se tienden continuamente puentes sobre el río, para las largas hileras de tanques y de baterías pesadas que avanzan hacia la capital rusa, cuyo perfil se distingue claramente a lo lejos. Durante toda la noche, luchamos contra enemigos agotados pero feroces, que aplican al pie de la letra la táctica de la tierra quemada. Por consiguiente, nada podemos encontrar, y el frío aumenta a cada hora que pasa. Estamos a 52.º bajo cero, y lo peor es que no tenemos aceite anticongelante para las armas. Tenemos que sujetar piedras calentadas alrededor de los mecanismos para impedir que se atasquen, pues nuestra existencia depende de las armas automáticas.

Además, en cuanto se hace de noche, llegan los «molinillos de café», viejos bimotores cargados de pequeñas bombas que penden del fuselaje. Se les oye acercarse. Mientras roncan los motores, no pasa nada; pero, cuando se hace el silencio, ¡hay que arrojarlos rápidamente al suelo! Un silbido, una sombra sobre la nieve e, inmediatamente, el estallido de la *bomba* y los gritos de los heridos. La otra noche, *Porta* consiguió derribar uno, pero el piloto mató a dos de los nuestros antes de matarse él mismo; con esto se nos quitaron las ganas de acercarnos a un piloto ruso abatido.

Hace tanto frío que, a pesar del terrible peligro, no se puede resistir la tentación de encender grandes fogatas; esto nos procura, al menos, guijarros calientes. En cuanto se enciende el fuego, truenan los diabólicos «75 mm»; los observadores rusos no pueden dejar de ver las fogatas, y, donde hay fuego, hay un enemigo.

—¡Qué frío tengo, qué frío tengo! —se lamenta Stege, desesperado—. Si al menos me hiriesen y fuese evacuado... Daría una pierna por una buena cama de hospital.

Barcelona se frota la cara para salvar su nariz, que se ha puesto amenazadoramente blanca.

—No demasiado fuerte, si no quieres perder las narices. Frótalas con nieve. Es la única manera de deshelar un apéndice helado.

¡*Barcelona* no sería el primero en quedarse sin nariz! Uno se encuentra con ésta en la mano sin darse cuenta, y, en su lugar, no hay más que un agujero.

—Pero las ladillas conservan todo su vigor —chilla *Porta*, rascándose como un perro piojoso—. Sólo cuando uno se hiela abandonan esas puercas el

navío. Pero basta con que se caliente un poco y se enrosque para dormir, para que empiecen a hacer de las suyas.

—Es la guerra —responde *el Legionario*—; incluso las chinches están en contra de los fascistas.

—Yo nunca he sido fascista. Que ataquen a Julius Heide, que está lleno de sangre nazi.

—¡En todo caso, es curioso hallarse en Moscú! —exclama Stege—. Hace seis meses, apenas si pensábamos en ello; pero si ahora entramos en la ciudad, tendremos la paz dentro de quince días. Cuando lleguemos a la plaza Roja, Stalin estará acabado.

—El Kremlin está más lejos de lo que te figuras —dice *Porta*, echando a andar.

—¿El Kremlin? ¡Pero si se ve desde aquí!

—También pudimos ver Inglaterra y jamás pusimos los pies en ella. Según dicen, a los lores les basta con estarse quietos. Nosotros, los alemanes, tenemos manía de grandeza. ¡Que Dios castigue a Inglaterra!, decía el káiser. Entonces, ¿por qué no lo hizo él mismo? Ahora le toca el turno a Adolfo, pero temo que no ande muy bien de la cabeza.

En el momento del relevo, fuego mortífero por parte de los rusos. Los disparos se suceden sin interrupción y abren enormes cráteres en el suelo helado. ¡He aquí la infantería enemiga, saliendo del bosque! Las secciones alemanas, derrengadas, aparecen de entre las ruinas; los cohetes iluminan las hordas soviéticas, que llegan como una marea, lanzando gritos salvajes. Con prisa febril, se instalan las ametralladoras; relucen las bayonetas; se preparan las granadas sobre el talud de la trinchera. Pero, si llegan hasta aquí, todo habrá terminado. Somos demasiados pocos para un cuerpo a cuerpo, y no quedan muchos de los que participaron en el ataque del 22 de junio. La mayoría de ellos forman una línea de cadáveres entre Minsk y Brest-Litovsk, y desde Kiev hasta Moscú. Y flotan a millares en el Volga y el Dniéper: gloriosos muertos por la gran Alemania y el Führer.

Un infante sale de la humedad negra y roja, lanzando carcajadas enloquecidas; arroja su fusil y se arrastra como un animal herido por el suelo, azotado por la lluvia de acero. Nadie piensa en detenerle; incluso los perros de la gendarmería verían que se ha vuelto loco, pues sus gritos son inconfundibles; no es un simulador. Los gendarmes lo enviarán al hospital, pero también pueden abatirlo para librarse de él.

El fuego alemán no es menos terrible, pero los rusos corren hacia el fuego mortal. Una hilera de vivos remplace inmediatamente a la hilera de muertos.

Es una oleada de hombres vestidos de caqui, entre los que se distinguen los comisarios políticos por sus gorros de piel con la hoz y el martillo. Añadidles la atroz cruz verde, signo de un poder implacable. ¡Ay del soldado soviético que vacile al avanzar! Los comisarios se encargarán de él. Vuelan las granadas; las líneas de enlace con nuestra retaguardia han quedado destruidas. Ser enviado como agente de enlace equivale a una sentencia de muerte. Los rusos atacan, con la bayoneta calada, en filas compactas diezmadas por nuestras armas.

—¡Qué matanza! —dice Heide—. ¡Son fanáticos!

—No tanto. En su país, el hombre es más barato que las municiones. Antes de que hayamos derribado a la mitad, no tendremos nada que disparar. No somos los primeros en intentarlo. Nadie puede conquistar Rusia.

De pronto, dos rusos saltan en la trinchera, y si *Hermanito* no hubiese estado allí, el teniente coronel Moser y *el Viejo* habrían sido ensartados. Pero *Hermanito*, con sus manazas enormes, los agarra por el cuello y los asfixia.

En el momento en que suena la orden de atacar, llega una batería de artillería de refuerzo. Fuego nutrido de granadas de fósforo sobre el enemigo, y, en un abrir y cerrar de ojos, las olas humanas se convierten en antorchas. Vacilan. Los comisarios disparan contra el montón, pero en vano; sus hombres se retiran, presa del pánico, y, de pronto, la tierra de nadie queda vacía... Vacía, ¡no! Hay montones de cadáveres y, en el tupido bosque, restos humanos oscilan al viento.

Limpiamos las armas, llenamos los cargadores, trabajamos a marchas forzadas. ¿Quién sabe cuándo volverán? Los trineos motorizados de abastecimiento llegan detrás de nosotros, y ayudamos a los soldados del Cuerpo de tren a descargar las municiones. Son soldados veteranos de la Primera Guerra Mundial a quienes se ha dado este destino para librarles del frente; pero tienen que luchar contra los partisanos y las minas. Pobres fósiles, que ya no hablan de mujeres y que se contentan con escribir a sus esposas ajadas, aterrorizadas por los ataques de los aviones sobre Alemania. Muchos de ellos tienen hijos de nuestra edad, que están en primera línea.

Justamente después de oscurecer, nuevo ataque de los rusos, que marchan codo a codo. Afortunadamente, son diezmados por la artillería, y, durante toda la noche, funciona el matadero humano en la llanura. Nosotros avanzamos sobre montones de cadáveres, agarrándonos a brazos rígidos para no resbalar en el suelo helado. Al apuntar el día, otro ataque. Esta vez, consiguen pasar entre el fuego de bañera, y nos disponemos para nuestro último combate; pero, cosa extraordinaria, ¡es el tiempo nos salva! Una

tempestad furiosa pasa por encima del río y envuelve la tierra en un edredón de nieve. Imposible distinguir al amigo del enemigo. Estamos como ciegos; gritamos el santo y seña; si no llega enseguida la respuesta, la bayoneta se hunde en un cuerpo. El más rápido prolonga su vida, pero uno se equivoca con frecuencia y abre la panza de un camarada. Pero no importa, ¡con tal de sobrevivir! En la guarnición, no nos enseñaron esta clase de guerra; es la de los grandes animales salvajes. Durante las breves pausas, afilamos los cuchillos de trinchera, tan cortantes que podríamos afeitarnos con ellos.

Para protegernos de la furiosa tempestad, nos hemos envuelto la cara con trapos, dejando sólo una abertura para los ojos. Pero el aceite de las armas se hiela y corremos el peligro de que las ametralladoras no funcionen. En la lucha cuerpo a cuerpo, los cuchillos y las palas son nuestras mejores armas. Afortunadamente, tenemos las palas de los rusos muertos, pues las de Iván son mucho mejores que las nuestras. En manos de *Hermanito*, la pala alemana se rompe al primer golpe; en cambio, la pala primitiva de los rusos aguanta, y la cabeza salta como una pelota si se golpea bien por debajo de la oreja. No hay que apuntar al cuello, protegido por la gruesa tela del capote.

Así, pues, con la pala en una mano y la pistola en la otra, saltamos de agujero en agujero, prestos a saltar de nuevo cuando recobramos el aliento y el corazón se ha calmado un poco. La artillería pesada ha establecido una barrera infernal. Surgen del bosque enormes llamaradas blancas, y los árboles caen como tronchados por una guadaña gigantesca. Vemos a los rusos agazaparse detrás de sus muertos, pues un cadáver es una protección tan eficaz como un saco de arena; en cuanto a la sensibilidad, no hay sitio para ella en el frente. ¡No achacéis esto a los desdichados soldados, sino a los criminales que provocan las guerras!

El fuego y el ataque se debilitan poco a poco. Ahora, sólo se oyen los gritos de los heridos, y, precisamente delante de nuestra línea, hay uno que grita toda la mañana, y esto nos vuelve locos. Arrojamus granadas al sitio donde parece estar; pero, cada vez que salta la nieve y creemos haberle alcanzado, vuelven a empezar sus atroces gemidos. *El Viejo* cree que ha sido herido en el vientre y que puede tardar mucho en morir. No puede ser una bala en el pulmón, pues uno se ahoga rápidamente; duele mucho, pero al menos se muere de prisa. Evidentemente, lo mejor es un casco de metralla en el muslo; la arteria seccionada hace que uno muera desangrado sin tener tiempo de darse cuenta de nada. Las heridas en el vientre y en la cabeza son las peores, y, aunque fuésemos a buscar a ese desgraciado, jugándonos el pellejo, ¿qué podríamos hacer? Nada. Pero ¿qué es? Sin duda alemán, pues no

cesa de gritar *Mutti, Mutti! Helf mir!* (Madrecita, ayúdame). Un ruso gritaría *Mati!* Además, debe de ser joven, pues llama a su madre; los más viejos llaman a sus mujeres.

Es algo inaguantable. Al llegar el crepúsculo, *el Viejo* pide voluntarios para ir a buscar al herido. Nadie se ofrece.

—¡Hatajo de cobardes! —dice, cargándose una camilla de infantería al hombro.

Moser quiere detenerle; pero *el Viejo*, sin el menor respeto, le da un empujón.

—¡Mierda! —dice *Porta*, arrancando la camilla de la espalda de *el Viejo* —. Ven *Hermanito*, vamos a buscar a ese gritón, aunque después tengamos que romperle la cabeza. ¡Tal vez es otro de esos voluntarios que se imaginan que la guerra es un juego de caballeros!

Doblados por la cintura, corren por la tierra de nadie. *Hermanito* agita un trapo blanco, lo cual no es inútil, pues nuestros vecinos deben de sufrir igual que nosotros con aquellos gemidos. Cesa el fuego. Los dos hombres desaparecen en un cráter de granada; pero, de pronto, los *haubitzer* alemanes empiezan a disparar, y no es agradable para un infante hallarse bajo el fuego de los *haubitzer*. Moser se apresura a enviar un mensajero a la retaguardia, y, frente a nosotros, el comandante ruso agita una bandera blanca. Su artillería enmudece y la nuestra hace otro tanto. *Porta* sale del agujero, muy cerca de la trinchera enemiga.

El herido sólo tiene diecisiete años, y, como presumía *el Viejo*, está herido en el vientre. *Porta* y *Hermanito* lo traen, pero el chico muere al poco rato, después de sacrificarle nosotros una preciosa dosis de morfina. No hay tiempo para enterrarlo; lo cubrimos de nieve.

Por turno, nos acercamos al fuego para deshelar las armas y calentar un poco nuestros huesos helados. Los rusos tienen máscaras contra el frío; nosotros debemos contentarnos con bufandas y también desvalijamos a los cadáveres enemigos para quitarles las máscaras y las botas de fieltro.

—Hoy estamos a 1.º de diciembre —dice Heide—. Pronto terminará la guerra.

Estupefactos, dejamos de patalear junto al brasero.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te ha telefoneado Stalin?

—El Führer dijo que esa alimaña sería aplastada en Navidad.

Suenan tantas carcajadas que se puede deducir que los miembros del Partido no están en mayoría en el frente.

—¡Dios mío, qué frío! —gime *el Legionario*, arrojando un trozo de madera que chisporrotea sobre las brasas.

Dentro del bosque, ladra una «MG», que parece cómicamente inofensiva en comparación con las granadas. Encendemos más fogatas. Empiezan a escupir varios morteros y las granadas describen largas trayectorias; pero están aún demasiado lejos para que nos asustemos, salvo Stege, que observa temeroso la dirección del tiro.

—Calma. Necesitan un buen rato antes de llegar hasta aquí. Sólo cuando la nieve empiece a derretirse tendremos que escondernos.

—Pero ¿por qué esperar aquí? —dice *Barcelona*, enfurruñado.

—Porque éstas son las órdenes. Y la guerra es la guerra.

—¡Que se vayan a la mierda! Desde que puse el pie en este podrido ejército, no oigo más que esto. ¡Órdenes son órdenes! Y todo porque así lo quiere un cretino de cuello bordado.

—Tus estrellas de aluminio deben de pesarte, sargento *Blom* —se burla *Porta*—. Pero es fácil librarse de ellas. ¡Sólo tienes que decir que te has hartado! En Gemersheim, tienen especialistas para arrancar las estrellas de las charreteras.

Una granada de mortero cae en la linde del bosque; la siguen otras y, después, un silbido seguido de un gemido. Ahora, se trata de ocultarse, pues esto será un infierno en un radio de cincuenta metros. Antes de que logremos ponernos a cubierto, suena una explosión enorme y la metralla silba como abejorros encolerizados. Apenas se ha disipado el miedo, cuando llega la siguiente. Yo me he levantado a medias, buscando un refugio, pero incluso antes de que tenga tiempo de echarme de bruces, estalla el proyectil delante de mí y me cubre un alud de nieve. Transformado en bola de nieve, me arrastro junto a *Porta* y Stege, que se han arrojado en el cráter que acaba de abrir una granada. Aquí, casi hace calor y el agua fluye a lo largo de los bordes del cráter. Otro silbido prolongado; después, la espantosa detonación y la ola de aire cálido pasa como un soplo mortal.

Como una hoja muerta en un huracán, me siento proyectado a lo lejos, en la tierra de nadie, pero me detienen brutalmente unas alambradas y, cuando recobro el sentido, oigo disparos entre los pinos negros. Desesperado, escarbo el suelo para abrir un agujero, cuando una nueva granada parece que va a caerme encima. La explosión es tan violenta que me corta la respiración. Le sigue otra. Me lanzo hacia la posición, corriendo al mismo tiempo que el proyectil que silba sobre mi cabeza, y caigo como un saco en la trinchera,

justamente en el momento en que estalla la granada detrás de nosotros, cubriéndonos de nieve.

De pronto, parece disminuir el fuego de mortero. Reagrupación en las ruinas de la aldea. *El Viejo*, que está de un humor de mil diablos, pide las placas de identidad, pues el hecho de que le maten a uno no tiene la menor importancia. Ante todo, hay que hacer el recuento de las bajas, para demostrar que uno está muerto. Esto para estar seguro de que uno no ha desertado o, en caso contrario, avisar a los gendarmes. Durante la Primera Guerra Mundial, se contaron 8916 desertores, de los que sólo se libraron siete, cosa que llenó de orgullo a la gendarmería. ¡Un buen ejemplo para que tengamos miedo de hacer lo mismo! Al último desertor, lo encubrimos siete días antes de que se enterase el regimiento. Su mujer le había escrito diciéndole que el mar había roto los diques y que el heno mojado empezaba a pudrirse. «¡Si estuvieseis aquí, Herbert!», decía, sin sospechar que firmaba la sentencia de muerte de su marido. El campesino Herbert Damkhul se puso en camino, pero fue detenido cerca de Brest-Litovsk. Sólo hacía nueve horas que se había anunciado su desaparición. Fue condenado a muerte en el campamento de Paderborn y fusilado en Sennelager. Llovía. Y el heno siguió pudriéndose en Frisia, detrás de los diques derrumbados.

El Legionario sostiene pacientemente su gran cantimplora francesa encima de la llama, para deshelar su contenido. Cuando la sacude, se oyen chocar los pedazos de hielo, y seguimos en silencio todos sus movimientos. Saca una taza de porcelana y vierte en ella el café caliente de la cantimplora, con el respeto propio de los franceses. Nuestro camarada vivió tanto tiempo con los franceses que se hizo distinto de nosotros.

—Es casi como estar sentado en el «Café de la Paix», una noche de mayo —sueña, liando un cigarrillo y pegando a éste una especie de filtro ruso que le da un aroma especial.

—¡Dios sea loado! Mañana estaremos en Moscú —exclama Heide, que está lustrando furiosamente sus botas, a pesar de que éstas relucen ya.

Se peina con cuidado y limpia su pistola. Siempre observa el reglamento, ¡sin duda incluso cuando duerme!

El Legionario contempla con nostalgia los negros abetos.

—Deberíais ver París en una noche de mayo. Las chicas llevan unos vestidos tan ligeros que se diría que van a volar a la menor ráfaga de viento. El mundo entero se da cita en el «Café de la Paix». La cosa vale la pena. Quien no ha estado allí, ¡no ha visto nada!

—Yo estuve allí —replica *Hermanito*, sin dejarse impresionar en absoluto —, pero me pusieron de patitas en la calle, ¡tan borracho estaba! Después de una lluvia de bofetadas, tanto francesas como alemanas, llegaron esos cerdos de gendarmes y se acabó la risa. Me acusaron de manchar la reputación del Ejército alemán a los ojos de los franceses. ¡Como si esto estuviese aún por hacer! Fue lo que le dije al jefe de aquellos puercos, en Fresnes. Entonces me dieron tabaco, sobre todo cuando les dije que todos éramos unos pillos, pero que algunos lo disimulaban mejor que otros. Los más listos se hacían coser estrellas en las charreteras. ¡Os juro que di en el clavo! El jefe de los esbirros se puso furioso y me echó una semana de calabozo por haber insultado a un gran oficial de la gran Alemania. ¡Ay! Desde entonces, me guardé muy bien de sentarme en el «Café de la Paix», donde se dan cita los chulos y las putas, como tú dices. ¡Y cuántos sarasas hay!

Le interrumpe un violento fuego de granadas. Es la cuarta vez que *el Profesor* se ve lanzado contra las alambradas, y rebuzna como un asno cuando lo sacamos de allí. Ha perdido las gafas, se ha quedado ciego, y esto le vuelve loco.

—¡Cretino! —dice *Hermanito*—. En la guerra no hace falta ver. Se avanza al compás de los cañones. Donde éstos truenan, allí está el fregado.

Nuestro segundo jefe, el teniente Jansen, gime en el fondo de la trinchera. Le hemos abrigado con capotes de los muertos, pero se muere de frío, con una fiebre de caballo y terribles dolores en los riñones. Aunque es el segundo jefe, es más joven que la mayoría de nosotros. Llegado directamente de la fábrica de oficiales, todo lo que sabe se lo hemos enseñado nosotros, y nos mira con temor infantil. Tiene la suficiente inteligencia para adivinar que es un estorbo y que, si deseásemos su muerte rápida, nadie nos lo reprocharía. Mientras estemos en la posición, la cosa puede pasar; pero si nos trasladamos, se convertirá en un terrible engorro. El desgraciado adivina que, en un lugar u otro, nos veremos obligados a dejarlo bien abrigado sobre la nieve, con un paquete de cigarrillos. Y allí se helará tranquilamente hasta morir.

—¡Apostado! —grita *Porta*—. Yo digo tres...

Como Jansen nos observa, nos aturrullamos todos y nos alejamos para ocuparnos de las armas. *El Viejo* se sienta cerca de aquél y masca tabaco soñadoramente.

—¿Cómo va eso? —pregunta, colocando un estuche de máscara de gas debajo de la nuca del joven oficial.

—Mal —dice Jansen, en tono cansado, enjugándose la húmeda frente con un trapo sucio—. Ellos me han condenado.

—¿Qué tontería! ¿Por qué iban a hacerlo?

—*Porta* ha hecho una apuesta y me ha dado tres días.

—Se jugaban una botella de vodka —dice *el Viejo*, riendo.

—Han hecho una apuesta sobre el tiempo que voy a durar. *Porta* ha dicho tres días —murmura el teniente, con obstinación.

—Tranquilícese, mi teniente; recuerde que es usted el segundo jefe; es un deber.

—Yo mismo pondré fin a todo esto —dice con firmeza el teniente, mostrando su pistola—. Estoy enfermo y les estorbo.

—Vamos, tenga calma —responde *el Viejo*—; la cosa no es tan grave. ¿Qué era usted antes de incorporarse a filas?

—Empleado de Banca —dice el joven, en tono fatigado—. No tengo nada de lo que se necesita para ser oficial. Usted, sargento, debería serlo.

El Viejo lanza una carcajada. ¡Oficial, él! Ni siquiera comprende cómo ha llegado a sargento, siendo así que, en realidad, nació para mandar.

—¿Qué hace Iván? —pregunta el teniente.

—Ayer estuve en la 3.^a sección para asistir al interrogatorio de los prisioneros. Según dicen, nuestro vecino está reuniendo todo lo que puede. Tropas de refresco, equipadas con una montaña de novedades en armas y prendas de vestir. Innumerables batallones de siberianos, de fanáticos a los que prometen la luna si aplastan a los fascistas. Cientos de «T 34» bajo presión. Si todo esto es verdad, podemos hacer los bártulos. —*El Viejo* se mete otro pedazo de tabaco detrás de los dientes y saca el cargador de su fusil ametrallador para examinarlo con ojos críticos—. ¿Todavía no ha llegado ninguna orden del regimiento?

—Todavía no. —Y Jansen, presa de un nuevo ataque de fiebre, vuelve a temblar—. ¡Pero algo tiene que pasar! ¡No pueden largarse y dejarnos abandonados!

—Esto les preocuparía mucho —responde *el Viejo*, con sarcasmo—. ¿Qué importa una compañía de piojosos, si se puede salvar un regimiento? La mayoría tiene preferencia sobre la minoría: es la ley del Partido.

—¡Que Satanás cargue con el Partido, con el Führer y con toda esta maldita guerra! —murmura el teniente, castañeteándole los dientes.

Un fuego violento rompe de pronto el silencio. Todo queda envuelto en un humo acre y ardiente. Hombres proyectados fuera de los agujeros saltan sobre la nieve; algunos se levantan, para ser proyectados de nuevo sobre los árboles, que arden como todo lo demás. En un momento, la nieve y la tierra se cuecen juntas, batidas por el metal ardiente.

Huimos hacia la retaguardia a través de un vapor sofocante, impenetrable, pero que al menos nos oculta a la vista de los rusos. Un coronel ha sido lanzado sobre un árbol; tiene los dientes descubiertos en una sonrisa de muerte; sus dos brazos han desaparecido. Pasan unos cosacos, con los sables levantados, y desaparecen entre la humareda. Una pareja de caballos alemanes pasa galopando y se estrella en un amasijo sangriento. Delante de nosotros, se entreabre el suelo como en pleno terremoto; piedras, nieve y tierra salen despedidas, dejando un cráter gigantesco donde cabría una casa de cuatro pisos. Un camión vuela por los aires, con su chofer al volante, y aterriza en el fondo del cráter, donde queda hecho un montón de hierros retorcidos. Allí, un soldado al que le cuelgan los intestinos chilla con la boca abierta y tropieza con sus entrañas, hasta que desaparece en un surtidor de fuego. Grandes troncos de árboles, a los que se han enganchado trozos de cadáver, surcan el espacio con fuerza de titanes y se clavan en el suelo como lanzas de gigantes. *Porta* y yo arrastramos la ametralladora pesada; *Hermanito* transporta al teniente como un saco, sobre la espalda. Tomamos posiciones entre las ruinas y vemos que una nube de «Jabo» invade el cielo rojo.

8

De ahora en adelante, es inútil recurrir a la Justicia. Una orden del Führer será suficiente cuando se trate de ejecuciones de criminales contra el Estado.

HIMMLER: Al director de la Policía, el ss Gruppenführer Kurt Dalwege. 3 de enero de 1942.

Desde hacía tres horas, Hitler rabiaba en el Gran Cuartel General.

—¡Hatajo de cobardes, traidores, miserables! —gritaba a los silenciosos oficiales sentados a ambos lados de la gran mesa de roble.

El mariscal Keitel jugaba con un lápiz. El general Olbricht contemplaba una mosca que corría sobre el gran mapa de operaciones. Se deslizaba entre los alfileres de colores y se detuvo sobre una gran mancha roja: Moscú. El general Jodl ojeaba un fajo de documentos sobre la insuficiente producción de tanques. El mariscal Goering dibujaba proyectos de nuevos uniformes. El ss Reichsführer Himmler anotaba rápidamente las órdenes confusas que brotaban de la boca del Führer.

—¡Destituid inmediatamente a Guderian! —gritó—. Hoepner, ese dilettante criminal, debe desaparecer también de mi vista. ¿Acaso no ordenó a las tropas que resistiesen como fanáticos y que luchasen hasta el último cartucho? Y, ¿qué sucede? En cuanto esos primates empiezan a disparar, ¡mis inmundos soldados huyen como liebres! Siento vergüenza por el pueblo alemán. Si no fuese un fiel cumplidor de mi deber, dimitiría en el acto.

Dicho lo cual, dio una patada a una silla que cayó sobre los tobillos del general Fellgiebel, el cual lanzó un gemido de dolor. Hitler le lanzó una mirada asesina.

—El Feldmarschall Von Bock queda desposeído de su mando y le prohíbo que vuelva a ponerse el uniforme. Halder me ha comunicado que tenemos un millón cien mil soldados muertos o gravemente heridos... Bueno, ¿y qué?

Una catástrofe, se atreven a decir. ¡No! ¡Una buena limpieza! Sólo los cobardes se dejan matar por esa raza inferior. ¡Prohíbo toda condecoración y todo ascenso hasta que el Ejército se haya rehabilitado!

Hitler exigió también la destitución de treinta y ocho generales, doce de los cuales fueron ejecutados. Model, general de Carros blindados, explicó que Napoleón había atacado a Rusia el 22 de junio y había llegado a Moscú el 14 de septiembre, o sea, a los ochenta y seis días, a pesar de que los soldados de la Grande Armée iban a pie. Ahora bien, el 14 de septiembre de 1941, las tropas motorizadas de Hitler se encontraban aún a 341 kilómetros de Moscú.

Durante cinco minutos, Hitler, rígido como un muerto, contempló boquiabierto al menudo general; después, estalló en un rugido prolongado y le arrojó un fardo de papeles a la cabeza.

—¿Se atreve usted a decir que yo, el Führer de la gran Alemania, soy inferior a ese ridículo corso? ¡Sólo el pueblo degenerado de Francia puede estar orgulloso de semejante individuo! Queda usted despedido, Model. No vuelva a presentarse delante de mí. Acaba usted de insultar a la gran Alemania.

Sin embargo, ocho días más tarde, Hitler se veía obligado a llamar de nuevo a Model, para mandar la retirada. Otros seis generales habían rehusado este honor. Dos de ellos fueron amenazados con el campo de concentración, pero se mantuvieron firmes.

La crueldad del Führer no conocía límites. Envío tropas al frente con la orden de disparar sobre los traidores que habían abierto una brecha frente al enemigo. De este modo, los alemanes ejecutaron a numerosos soldados que habían luchado como héroes para no verse copados por los rusos. Los fusilaron sin previo juicio y sin tener en cuenta la situación. Y los que volvían sin armas, eran ahorcados. Les rompían la mandíbula de un culatazo, antes de enviarlos ante el pelotón de ejecución.

EL CAPITÁN MOGOL

Wolf, el celador del parque móvil, se ha aventurado hasta la posición que ocupamos nosotros. Asmático, se sienta en los restos de una cureña de cañón y enciende con aire pensativo uno de esos excelentes cigarros que sólo fuman él y el séquito del Führer.

Tiene la mayor concesión de coches particulares del Ejército alemán, y se le puede comprar cualquier cosa, con tal de que se haga el pago en divisas fuertes. Sus dos perros de pastor alemanes se tumban a sus pies, mirándonos con ojos amarillos y brillantes. Un gesto de su amo, y los dos colosos nos despedazarían en pequeños trocitos.

Wolf lleva una costosa guerrera de oficial que le da el aspecto de un general de opereta en un teatro de los barrios bajos de Viena. Los botones y las insignias son de plata de ley; además, lleva un gorro alto de piel y un sable con el que ni siquiera podría cortar un rábano. Cualquiera sería castigado por llevar este disfraz; pero Wolf tiene derecho a todo.

Sólo *Porta* se atreve a plantarle cara al bandido; ninguno de los otros nos atreveríamos a hacerlo.

—¿Qué te trae por aquí, mala pieza? —pregunta *Porta*, receloso.

Wolf, condescendiente, se echa a reír, resplandeciente de oro la mandíbula, pues le parece muy elegante tener la boca llena de dientes de oro. El día que nos apoderamos de una clínica dental rusa, con todo su personal, Wolf se hizo poner fundas de oro en todos sus dientes. Antes, sonreía muy poco; ahora, es un sol.

—He venido a despedirme de ti —responde en tono untuoso.

—¿Te marchas?

—Yo no. Tú.

—¿Qué quieres decir, pillastre? —pregunta *Porta*, sintiendo una impresión muy desagradable.

Para que Wolf se haya aventurado hasta primera línea para anunciarle algo, tiene que ser forzosamente una mala noticia.

—Quiero decir que lo sé. En el parque móvil militar, tenemos informadores. También sé que, en el sitio adónde irás, no te servirán de nada los tres camiones «ZIM» que robaste. Por consiguiente, pensé que podríamos hacer un pequeño negocio. Te ofrezco víveres y municiones de primera clase para toda una sección; cada hombre tendrá un *kalashnikov* repleto de municiones. En cuanto a ti, un saco extra de 150 kg. Te hará falta en los días venideros. Pero tú tienes la palabra. Si prefieres marchar con la ración para tres días de los soldados de a pie, sin un gramo más de tocino, tendrás tal hambre que se oirán roncar tus tripas desde Berlín.

—Está bien, marrano —dice *Porta*, cada vez más receloso—. ¿Qué es lo que sabes?

Wolf, con aire pensativo, se corta un buen pedazo de salchichón y no disimula que la impaciencia de *Porta* le divierte extraordinariamente.

—Un «ZIM» de cinco toneladas, y sabrás mi secreto.

—Vete a la mierda —dice *Porta*, en tono indiferente y jugando con su fusil ametrallador—. Mis «ZIM» son mi billete de regreso a Berlín.

—Gracias por la información —dice Wolf, sonriendo triunfalmente con todos sus dientes de oro—. Te aseguro que lo sospechaba. Entonces, ¿es también verdad que has puesto a buen recaudo una batería de *haubitzer* de 150 milímetros?

—¡Cretino! ¿Qué iba a hacer con los *haubitzer*? No soy artillero; lo sabes tan bien como yo.

—¿Y no has previsto que el gran Ejército alemán se sostiene por los pelos al borde del desastre? La escasez de cañones es tal que, cuando te venga en gana, podrás pedir lo que quieras por tu batería particular.

—Como payaso, no hay quien te iguale. La requisarían, y asunto terminado.

Wolf se echa a reír y bebe un trago de un frasco de plata, sin ofrecer una sola gota a los presentes.

—Ni tú mismo crees lo que acabas de decir. Sabes perfectamente cómo se realizan esta clase de negocios.

—No exageres —dice *Porta*, irritado—. Te juro que, cuando la quincalla alemana empiece a hacer marcha atrás, ¡Iván no dará un solo copec por tu parque de automóviles! Y el día en que te dirijas a Kolimá, iré de buen grado a ver cómo revientas en las minas de plomo. Cortarán los rabos de tus puercos chuchos y te los meterán en el ojo del culo para que al menos puedas barrer la carretera.

—No tienes muy buena opinión de mí —dice Wolf, lastimado en su amor propio—, pero puedes estar seguro de que mis vehículos se hallarán ya muy lejos de tu camino. Sólo me faltan tus «ZIM» para el último cargamento. E incluso te diré dónde tengo mi depósito. En Libau, hijo mío; y allí hay puerto. Si nuestro siempre victorioso Ejército retrocede un poco, siempre podré embarcar para Suecia. Allí son socialdemócratas y reciben con los brazos abiertos a la buena sociedad.

—¿Cómo diablos has podido hacerlo? —pregunta *Porta*, visiblemente impresionado.

—Para dar un golpe así a través de la Santa Rusia, hay que ser celador del parque móvil y tener la escuela de los sargentos jefe —responde Wolf orgullosamente.

—Un día te ahorcarán —replica *Porta* amistosamente, sin disimular que lo desea de corazón.

—Jamás —dice Wolf—. Tú sí que terminarás tu perra vida en el extremo de una cuerda; pero te prometo cortarla antes de que los cuervos empiecen su trabajo.

—Eres el hombre más repugnante que jamás haya conocido —declara *Porta*, enérgicamente.

—¡Basura! —dice *Barcelona*, en español.

—¡Tú cállate! —gruñe Wolf, mirando fijamente a *Barcelona* con sus ojos verdes—. Si vuelves a abrir el pico, ¡te juro que estarás cagando todo el año! ¿Y bien? —dice, volviéndose a *Porta*—. ¿Estamos de acuerdo, sí o no? El más pequeño de tus «ZIM» a cambio de mi secreto.

—Apesta como un cubo de letrina —dice *Porta*, tapándose las narices.

—¡Y no se ganaría un solo marco como semental! —ríe *Hermanito*, señalando el pañuelo excesivamente perfumada de Wolf.

—Es tu última oportunidad —declara Wolf, prefiriendo hacer caso omiso del gigante.

Porta suelta la carcajada.

—Si no hubiese más que una oportunidad en esta maldita guerra, ¡habría muerto y resucitado muchas veces! Tu secreto me importa un bledo.

—Basta de payasadas, *Porta*. Vamos al negocio. Confieso que tus «ZIM» me fastidian.

—¡Vaya! Hay algo que te fastidia, mientras que a mí, ¡nada! Ya ves si somos diferentes. ¿Por qué he de venderte mis «ZIM»? Tú y yo sabemos que esos caballeros añoran sus hogares; por consiguiente, el precio de los

vehículos con la gasolina suficiente aumenta de día en día. Pero, como soy un hombre comprensivo, puedo facilitarte un cinco toneladas sin orugas.

—¿Y qué quieres que haga con esa porquería? ¡Ni siquiera marcha sobre la nieve comunista! Por última vez: un «ZIM» llaves en mano y con el depósito lleno. Soy honrado, *Porta*, y fiel a los amigos.

—Córtate un bistec de ese tipo —grita *Hermanito*, desesperado.

—Ese sujeto hamburgués no será jamás un hombre distinguido —murmura Wolf—. Seguirá siendo uno de esos proletarios que se imaginan que todo puede arreglarse con los puños.

Después de una larga y secreta conversación, *Porta* y Wolf acaban por entenderse en el asunto de los «ZIM», que Wolf examina minuciosamente, a fin de asegurarse de que no hay ninguna bomba de efecto retardado. Pero todo está en orden, por lo cual decide ofrecer una ronda.

—Tú no te mereces nada —dice a *Hermanito*—. pero, como pronto abandonarás este mundo, voy a darte un trago. ¡Alegraos todos! Os incorporaréis al regimiento de Brandeburgo, para un comando —declara triunfalmente, con una sonrisa perversa.

—¿Una mierda ss? —pregunta *Barcelona*.

—¡Idiota! —ríe Wolf—. Los ss no os tocarían con una escoba de retrete, aunque se lo pidieseis de rodillas. El regimiento de Brandeburgo es la cloaca del Ejército, la tropa de comandos de la muerte, donde sólo un 5% de los hombres hablan alemán. Todos los demás son rusos traidores, de los que se pasaron a nuestro bando. Cuando supe la buena noticia, descorché una botella de champaña que guardaba para celebrar la victoria.

—¡El coronel Hinka no lo aceptará jamás! —exclama *Porta*, indignado—. Nosotros somos soldados de tanques. Protestará ante las autoridades.

—Ya lo hizo, pero le enviaron a freír espárragos —responde Wolf, mondándose de risa—. El buen Dios alemán decidió que reventaseis en Moscú.

—¿Qué vamos a hacer con los de Brandeburgo? —pregunta *Porta*, desconfiado.

—Tuvieron pérdidas atroces en los últimos tiempos —dice Wolf, con tristeza de circunstancias—. Cuando se trata de comandos, se llenan los huecos con la hez del Ejército y de la Marina. Por esto os invitan, a ti y a tu club. Saldréis para Moscú, con la misión de volar una fábrica de tanques.

—¡Pero eso corresponde a la Aviación! ¡Ellos destruirían esa porquería sin verter una gota de preciosa sangre alemana!

—Ni hablar. Tú y tus negros blancos no contáis más que una meada de judío. Así pues, os darán una tonelada de plástico y un tipo de ojos oblicuos como guía. Un amarillo, un ser infrahumano, que no sabe decir correctamente tocino en alemán. Tan astuto y tan falso que no hallarías un tipo parecido en la Biblia.

El teléfono sonó largamente. Wolf tendió el auricular a *el Viejo*.

—¡La cosa está que arde! —dijo, en tono paternal—. Haríais bien en prepararos para el otro mundo. Mentiría si dijese que esto me entristece, pues, desde el día en que nos conocimos, *Porta*, el año 1936, esperé el momento en que partirías en misión de comando para el cielo. Pero no soy malo, sino sólo un hombre de negocios implacable, que es lo que nace falta para sobrevivir. Aquí —y se golpea el pecho con gesto teatral— late un gran corazón, e incluso algo más para ti, *Porta*. Por consiguiente, te deseo una muerte rápida, sin sufrimientos, aunque te mereces algo peor. Encenderé un cirio por ti. ¡Puedes estar orgulloso! Vas a caer por la patria en una tierra histórica.

—¡No eres más que basura! —grita *Porta*, enfurecido.

—Ya he perdido bastante tiempo, cabo *Porta* —dice secamente Wolf—. ¿Y tus otros «ZIM» y cañones? En nombre de nuestra antigua amistad, te libraría de ellos de buen grado.

—Nada tengo que decir de tus entregas —declara *Porta*—, pero no estás en condiciones de pagar mis vehículos. Arréglalo de otro modo: te compro tus vituallas con una letra de cambio.

Wolf se desternilla de risa.

—¡Ésta sí que es buena! Habrías tenido que ser payaso. Letras de cambio, ¡tú! ¡A ocho kilómetros del Kremlin! ¡Y en el preciso instante en que subes a la guillotina para el último afeitado! ¿Es que te has creído que soy un imbécil? Nunca me puse un casco en la cabeza, y no vine a este desdichado ejército para servir a la patria y al Führer, sino para hacer buenos negocios. ¿Letras de cambio? No se hicieron para mí. Como máximo, una hipoteca, pero sólo tratándose de coroneles e impuesta sobre sólidos inmuebles.

—¿No te dijeron nunca que sólo tienes el culo de un gran hombre?

—Muchas veces —ríe Wolf, muy satisfecho—. Incluso me lo han escrito; pero en esto me parezco a los judíos: me importa un bledo, con tal de que me paguen. Bueno, *Porta*, ¿qué hay de tus cañones y tus «ZIM»?

Suena el teléfono. *Porta* coge el auricular, como si fuese el P D G, de una gran sociedad. Escucha, con semblante hermético, y después, con elegante ademán, deja caer de nuevo el auricular sobre el soporte.

—La Bolsa está cerrada —dice, alegremente—. No hay más negocios, *tovarich* Wolf. Puedes largarte a Libau; tu presencia me da vómitos, animal hediondo.

—¿Qué te han dicho por teléfono?

—*Gekados* (ultrasecreto) —sonríe *Porta*, con aire socarrón—. Enfermarías del hígado si te lo dijese.

—Bueno, eres más bestia de lo que me imaginaba —ruge Wolf, furioso.

—¡Ya puedes tomar el barco para pasarte a tus demócratas suecos! Tu presencia me fastidia. Y compra un espejo para contemplarte, ¡si no quieres irte a la mierda sin saber quién eres!

Wolf se yergue amenazador, como una fiera que se ve privada de un botín seguro.

—Si piensas en un bonito almacén de cosas con ruedas, ¡ándate con cuidado! Dondequiera que lo montes, te haré pedazos.

—Aunque te imagines pertenecer a un pueblo de señores, procura no estallar —dice alegremente *Porta*, repartiendo las cartas.

—¡Dale una caja de polvos matarratas! —aconseja *Hermanito*.

—¡Tú! Tú eres fuerte como un buey, pero más estúpido que un ternero, y te aplastaré cuando me plazca —gruñe Wolf, al marcharse.

Una sección de Brandeburgo, con uniformes de esquiadores rusos, llega poco después y se presenta a *el Viejo*. Y, un poco más tarde, aparece un mogol bajito y bizco, iluminado el semblante por amplia sonrisa. Viste uniforme de capitán de la NKVD: capote de cuero negro no muy largo, cinturón en doble tahalí cruzado sobre el pecho, y el gran nagán colgando en el costado izquierdo. Bajo el brazo lleva un *kalashnikov*, como llevaría una madre a su hijo recién nacido.

—¡Vasili! —dice, presentándose y tendiéndonos la mano a todos—. ¡Por Kunfú! ¡Oler aquí buen aguardiente! —exclama, husmeando el alcohol. Vacía rápidamente la cantimplora de *Porta* y se envuelve en una lona de tienda—. Nosotros no cruzar líneas rusas antes de noche. Mejor cerca de Starodanil, donde estar los miserables karabat. Ellos cagar en los calzones cuando ser de noche. Nosotros llegar, decir gran control NKVD. Ellos, miedo. Gente de Karabat siempre mala. Tratar con traidores y vender grifa.

—¡Interesante! —dice *Porta*, esperanzado.

—Ahora, yo dormir. —Y Vasili se tapa la cabeza con su guerrera de disfraz—. Dos horas, vosotros despertar. Yo conducir a vosotros, acción peligrosa, gran salto a Moscú. Después, dejarme en paz.

Unos segundos después, Vasili está roncando.

—¿De dónde diablos viene ese tipo? —pregunta *Barcelona*.

—Habría que liquidarle —opina Heide, con asco.

El Viejo despliega un plano de Moscú y discute nuestra misión con el sargento de Brandeburgo. Y entonces aparece el coronel Hinka.

—¡Que Dios les guarde! —dice—. Procuren volver enteros. Sobre todo, no caigan en manos de los otros mientras lleven uniformes rusos. Ya saben cómo tratan a los espías y a los soldados de los comandos.

—Cuando yo estaba en el 35.º de Tanques —empieza a contar *Porta*—, me encargaba de llevar el agua a la residencia de los oficiales casados. El comandante era muy severo y exigía que los oficiales estuviesen en sus puestos a las siete de la mañana. A las siete y media, yo llevaba el agua a la residencia del teniente Potz, de la 3.ª compañía. A las ocho, había terminado de servir a su mujer. Entonces pasaba a la casa del teniente coronel Ernst. Su mujer quedaba complacida a eso de las ocho y media. A las diez y media, había visto tantos traseros de esposas de oficiales que me mareaba de sólo pensarlo. Pero todavía tenía que habérmelas con la mujer del comandante Linkovski, que tenía fama de piadosa. Ella y su marido procedían del 15.º de Caballería de Königsberg. Ella decía que, en Königsberg, tenía que estar en ayunas, pero que en Bamberg se desquitaba. Y fue en Bamberg donde empecé a coleccionar bragas de esas damas. Pero he aquí que un día llegó la Policía a mi casa, con sus sombreros de alas caídas y sus abrigos de cuero; iban sencillamente en busca de un ladrón. Pero descubrieron mis bragas, y todas con iniciales bordadas. ¡Imaginaos qué lío! Naturalmente, las damas lo negaron; pero no les dio resultado. Uno de los tipos de abrigo de cuero era un cabo que no podía ver a los oficiales. Se apoderaron, pues, de mis fundas de nalgas y las enviaron al laboratorio de la Policía del Reich, en Berlín. Y, cuando los chicos de Alex hubieron metido en ellas las narices, las damas fueron también enviadas allí. Dicen que nuestro comandante, el coronel Kackmeister, consiguió leer el atestado de la Policía y estuvo a punto de sufrir un ataque. Todos los oficiales cornudos fueron trasladados a regimientos fronterizos. Algunos presentaron la dimisión, pero no les fue aceptada. Los caballeros oficiales tenían que mantener la disciplina en sus casas; pero les regalaron cinturones de castidad para sus damas.

—¿Y tú? —pregunta *Barcelona*—. ¿Fuiste también trasladado?

—Sí; al 2.º de Tanques de Westfalia, en Paderborn. Pero no volví a llevar agua a nadie...

—¡Cierra el pico! —dice *el Viejo*, con irritación—. Tenemos que dormir. ¡Vete al diablo con tus zorras de Bamberg!

Tres horas después, nos despierta un soldado de Infantería.

—¿Qué hora es? —pregunta *el Viejo*, soñoliento.

—Las dos y media.

—Te habían dicho a las dos —dice *el Viejo*, ceñudo, poniéndose las botas.

—Se ha dormido usted durante la guardia, soldado —dice Heide, con voz seca—. Debería denunciarle por incumplimiento del deber. Y esto se paga con la cabeza.

Barcelona se levanta despacio, se estira, crujen sus huesos; derriba el «M. PI» del sargento de Brandeburgo. Bronca general. Por fin, nos deslizamos entre las líneas y llegamos directamente a una trinchera rusa. El capitán Vasili la emprende a gritos con el teniente ruso, según el mejor estilo de la NKVD, y le amenaza con Kolimá. Se levanta el viento. Gruesas nubes corren en nuestra dirección. Se me ha metido una china en una bota y procuro no pensar en ella; por consiguiente, no pienso en otra cosa. ¡Cualquiera diría que es una roca! Me siento en el suelo, desesperado.

—¿Qué te pasa? —pregunta *el Legionario*.

—Una piedra en la bota.

—¿Sólo eso? Tendrías que ir a Gemersheim, donde te llenan las botas de piedras para hacer ejercicio.

Me ayuda a quitarme la bota. La piedra es tan pequeña que cualquiera diría que soy un embustero. Sin embargo, ¡qué daño me hacía!

—¡Gallina! ¡Quejarte por tan poca cosa!

Después de una marcha agotadora, hacemos alto en el cementerio de Danilovskoye, frente a la tempestad de nieve. *Porta* propone una partida de dados; pero, como nadie le responde, juega él solo y gana cada vez...

—Pronto hacer gran ruido —explica alegremente Vasili—. Pero mucha atención a NKVD. Si ellos cogernos, se acabó comedia.

Al cruzar la ancha calle de Varshavskoe, una columna de «T 34» pasa tan cerca de nosotros que podemos sentir el calor de los tubos de escape.

—¿Por qué no seguimos la orilla del río? —dice *el Viejo*—. Es más corto y podemos ocultarnos detrás de los hangares.

—*Nix karosh!* —grita Vasili, con tono de superioridad y mostrando sus dientes blancos en una gran sonrisa—. Región terriblemente peligrosa. Alemanes estúpidos ir allá y cortarles cuello con largos cuchillos. NKVD estar allí. General de gran Ejército alemán decir a Vasili: lleva puercos soldados de comando fábrica, y hacer ¡bum! Yo hacer siempre lo que decir general, y si tú no hacer lo que decir yo, sargento, yo ir gran general y decir tú traidor. Hitler

muy contento. Yo recibir medalla y todos abrir mucho los ojos cuando yo volver a Chita.

—Ese mono amarillo acaba por hacerse simpático —bromea *Porta*.

—A mí no me gusta —dice Heide—. Probablemente es falso como Judas.

—¿Quién te gusta a ti, aparte del Führer? ¡De buen grado le besarías el culo a ese cabo con botas!

—Vamos, en marcha, Vasili —grita *el Viejo*, con impaciencia—. ¡Hacemos saltar esa barraca y nos largamos! ¡No me divierte andar remoloneando por aquí!

—Llegar a tiempo a cochina fábrica «ZIM». Kunfú siempre decir anda despacio y seguro. Nosotros no tren expreso que llega a Pekín mañana. Nosotros hacer gran rodeo. Si quieres, ve derecho y rodar cabeza alemana.

—Vaya por el gran rodeo, siempre que lleguemos hoy a esa maldita fábrica.

—Tú muy estúpido. Nosotros no ver fábrica antes de tres días, y después esperar a la noche para volarla. Hoy guardia muy apretada alrededor fábrica. NKVD saber que alemanes estar aquí. Si nosotros no llegar mañana o día después, ellos creer que nosotros marchar y ellos volver a su casa.

—¿Cómo sabes esto?

—Mogoles saber mucho. Nosotros saber qué pensar idiotas. Yo visto mujer espía en líneas alemanas. Cuando yo volver, prostituta tener cuello largo en la cuerda.

—Entonces, ¿por qué no la denunciaste enseguida? —pregunta *el Legionario*.

—Sólo idiota matar enseguida espía —responde el astuto Vasili—. Inteligente mogul de Harbin mimar zorra comunista. Ella mostrar otros espías y nosotros matarlos todos juntos; más fácil.

—¿Piensas que vamos a quedarnos varios días en Moscú?

—Moscú hermosa ciudad. Gente venir de lejos a ver hermosa ciudad.

—Es un tipo estupendo —dice *Porta*, apretándose las costillas—. Si todos sus compatriotas son como él ¡no iré jamás a China!

—Dime, Vasili —sugiere *el Viejo*, inclinándose sobre el plano de Moscú—, ¿por qué no vamos por el bulevar Starodanil y cruzamos después hacia los muelles del río?

—¡Zona severamente prohibida! Balas comunistas en cadáveres nazis antes de volar fábrica. Gran Kunfú ordenar a Vasili: ve a NKVD y decir tú apresado alemanes malos. Vasili héroe con medalla comunista. Si vosotros ir allí, yo no conozco. Mogol no tan bestia como pensar imbéciles blancos.

—¡Qué le vamos a hacer! No disimula lo que piensa de nosotros —se chancea *Porta*.

Nos adelanta una tropa numerosa, y nos ocultamos en un pequeño parque.

—¿Qué propones, Vasili? Tú mandas.

—*Niet, niet, tovarich* sargento; yo no querer mando. El general decir: Vasili, tú conducir comando a fábrica y traer supervivientes después gran ¡bum! Mi ser igual lo que hacer vosotros. Vosotros decir: Vasili, vete, nosotros volver sin órdenes, entonces yo ir NKVD y contar todo. Recibir estrella roja sobre pecho y tal vez perdón de la cárcel...

—¿Qué estás diciendo, demonio amarillo? —grita *Porta*—. ¿Te has escapado de la cárcel?

—Sí, sí —confiesa Vasili, como si fuese muy divertido que un fugado de una cárcel rusa sea nuestro guía en Moscú—. Todos estar muy bien en prisión. Gran honor en paraíso soviético.

—¡A la mierda! ¿Quiere esto decir que te has fugado y que también a ti te estarán siguiendo el rastro?

—Sí, sí; por esto yo creer en Führer nazi. El general no preguntar: ¿tú estado en cárcel? Mi padre, mogul muy inteligente, venir a Chita y decir a sus dieciocho hijos: nunca confesar estado en prisión si no preguntar. General alemán no preguntar nada. ¿Tú encontrar camino, Vasili? Yo decir: sí. Si decir no, ser mentira.

—¡Pandilla de imbéciles! ¡Tenemos un bandido por guía! ¡Que Alá nos proteja!

—Calma, calma, soldado. Cretinos rusos no tener tiempo de correr detrás pobre mogul evadido sin decir adiós. Tener bastante trabajo con Hitler.

—Pero ¿qué habías hecho? Supongo que no sería nada grave, ¿verdad?

—Vasili ser persona buena, nunca hacer cosas malas. Sólo una cosa pequeña. Cortar el cuello a mujer acostada en otra cama y vender caballos al judío en Chita.

—¡Mató a su mujer! —gime *Porta*—. ¡Una cosa pequeña! ¡Sabe Dios cuáles serán las grandes para él!

—¡Y tener que fiarnos de esa mierda amarilla! —gruñe Heide—. ¡Ni siquiera oculta que puede convenirle vendernos a los NKVD!

—No —dice *el Legionario*—; yo conozco a esos diablillos asiáticos. Llegaban hasta nosotros en Indochina, cruzando el desierto de Gobi, y algunos se quedaban algún tiempo. Si no se encontraban bien allí, desaparecían tan silenciosamente como habían llegado y cambiaban de uniforme en el bando enemigo. Son muy religiosos, y la mayoría de ellos se

pasean por ahí con un Buda en el bolsillo. Esto ha sido prohibido por los soviéticos, y por esto odian su régimen; pero, si no hacemos lo que él ordena, nos entregará sin el menor remordimiento a la NKVD o a la Gestapo. A quien le dé más. Degollar a una mujer infiel, no significa nada en su opinión.

Se vuelve a Vasili y le habla rápidamente en chino.

Vasili se echa a reír, saca un kris de su bota y lo agita fieramente sobre su cabeza.

—Naturalmente —dice *el Legionario*—; estaba seguro. Ha pasado tres años con los *gurkhas*.

—¿Y cinco más en la cárcel! ¿Qué edad puede tener?

—Nadie lo sabe, y él mismo lo ignora. La mayoría de ellos dejan de envejecer a los veinticinco años, y, si viven hasta ciento, siempre parecen tener veinticinco. Incluso cuando los ahorcan, siguen sonriendo, con tal de llevar su Buda en el bolsillo. Ser castigados por matar a una mujer infiel les parece tan grotesco como serlo por matar un cerdo o una cabra. Es algo incomprensible. La mujer les pertenece como un mueble.

—¿Y tenemos que confiar en eso! —gime Stege—. ¡Nos venderá a la primera ocasión!

—Su odio a los soviéticos hace que sea fiel a los alemanes —sigue diciendo *el Legionario*—. Sería capaz de dar la vuelta al mundo a pie por vengarse de aquéllos. Además, no tenemos ninguna alternativa —dice, liando un cigarrillo con una vieja hoja de papel.

—Bueno —ataja *el Viejo*, dirigiéndose a Vasili—. Todos estamos de acuerdo; ahora, decide.

—Tú inteligente, no tan bestia como otros alemanes de cabeza cuadrada. Nosotros dar gran rodeo, llegar a hermoso puente viejo que mirar los turistas. Otro lado del puente, prisión Tanganskaya. Allí no encontrar muchos NKVD. Saben todo el mundo tener mucho miedo de prisión política. Sólo cretinos pasan voluntariamente.

—En lo tocante a los cretinos y las cárceles, su razonamiento es justo —dice *Porta*.

—Gente NKVD misma opinión —sigue diciendo Vasili—. Cuando nosotros, falsos rusos, ir allí, ellos creer que vamos hacer guardia en fábrica torpedos Kozhukhovo y no tender mano para pedir *Propusk*. Yo marchar lado vuestro como gran jefe y saludar buen oficial soviético que lame culo de NKVD.

—Bien. ¿Y cuando hayamos dejado atrás la cárcel? —pregunta *el Viejo*, pensativo, subiéndose la capucha de piel que cubre el casco ruso con la

estrella roja.

—Entonces marchar hacia fábrica —explica Vasili, como si fuese el guía de un grupo de turistas—. Tomar pasaje Dubrovsky y pasar guardia NKVD; después, acortar por viejas calles de tranvías hasta Ugrehzhskaya. Gente de guardia NKVD no vernos; duermen siempre. Yo, un día, con un amigo, robé allí un camión lleno de cosas maravillosas. NKVD descubrió tres días más tarde. Ellos dormir. Calle muy peligrosa. Ellos creer nada puede pasar, y casi nunca pasar nada. Sólo cuando Vasili viene con amigos, él reír mucho.

—En fin, ¿por qué no tomar el camino directo por la calle de Simonovoslobodks? —le interrumpió *el Viejo*, a quien irritaban las tonterías del mogol—. La estación de Ugrehzhskaya es como un enorme bucle.

—Yo creer tú inteligente, *tovarich* sargento. Enorme fábrica NKVD cerca del río para fabricar cosas secretas. Ir directamente zona prohibida. Nosotros no tener derecho ver cosas fabricadas por fábrica.

—¿Qué cosas son? —pregunta el sargento de Brandeburgo, muy interesado.

—Amigo de Chita ser NKVD, teniente me ha contado.

—Entonces, ¡dilo!

—No bueno para imbéciles saber demasiado —replica Vasili—. Yo sólo decir a sabios nazis. Ellos pagar bien. Cuando guerra terminada, yo repartir con amigo NKVD que vivir en Chita.

—A ese tipo no hay quien lo pille —gruñe *Barcelona*—. Es como las perlas falsas de Mallorca.

—Vosotros no seguir orilla río. Muchos NKVD malos, y ellos tirar, o coger y torturar. Venir con Vasili y conservar pellejo.

Casi hemos llegado al cementerio cuando tropezamos con una patrulla de la NKVD, compuesta de tres hombres. El jefe, un cabo enérgico con galones en la manga, tiende la mano: ademán internacional para pedir la documentación. Evidentemente, el sargento del Brandeburgo no comprende una palabra. Vasili le empuja, da un golpecito amistoso en el brazo del cabo y le muestra una cartilla militar rusa.

Pasa una sección de tanques y desaparece en una nube de nieve. El cabo mira a Vasili y golpea la cartilla con ademán furioso. Por lo visto, falla algo. A pesar de la minuciosidad alemana, debieron olvidarse de algún sello. Rusos y alemanes tienen en común una pasión: sellos y documentos.

—*Yob Tvoiemady!* —jura Vasili, golpeando su estrella roja de comisario.

—*Propusk commandatura!* —grita el cabo, furioso.

—No seas malo, hermano —dice Vasili en ruso y en tono tranquilo—. O mi comandante te enviará a Kolimá con diez patadas en el culo. Estás retrasando una misión muy importante.

—*Propusk!* —insiste el cabo, testarudo, tendiendo una mano enguantada de grueso cuero negro.

Vasili hace un ademán resignado y se desabrocha la chaqueta de piel, como si quisiera mostrar otros documentos.

—Tú lo has querido, hermano. Tu madre llorará.

El silbido de un kandra, y la cabeza del cabo rueda por el suelo; el cuerpo se balancea un momento y un chorro de sangre brota del cuello. Rápidos como el rayo, *el Legionario* y *Hermanito* han degollado a los otros dos hombres. Mientras una hilera de «T 34» pasa ruidosamente y adivinamos las siluetas de los comandantes en las torrecillas, arrojamos los cadáveres en la entrada de un sótano, donde son rápidamente cubiertos por la nieve.

De una patada, Vasili envía la cabeza cortada hacia un ventanuco a ras del suelo, y dos gatos que están durmiendo allí escapan maullando, cosa que hace reír mucho al mogol.

—¡Larguémonos! —dice, nervioso, *el Viejo*.

Echamos a correr por las callejuelas, no sé dónde, y de pronto nos encontramos en medio de una densa multitud contenida por una sección de la NKVD, con las armas prestas a disparar. La calle está bloqueada por dos «T 34».

—¡Diablos! —gruñe Vasili—. Ladrones. Fusilar a uno de cada tres para enseñar a la gente a no robar. Muy peligroso.

El teniente nos da el alto con autoridad. Vasili se presenta como oficial de la guardia en actividad.

—*Propusk!* —gruñe fríamente el teniente, mirando los papeles con aire indiferente.

—¡Vete al diablo con tu gente!

No nos lo tiene que decir dos veces. Pero, justamente antes de que doblemos la esquina, suenan unos disparos. Liquidan a una hilera de paisanos. No hay contemplaciones para los que se dedican al pillaje; pero esto ocurre en todas partes, en Moscú como en Berlín. Mañana podrán leerse en todas las esquinas los nombres de las víctimas, a modo de seria advertencia.

—¿Visteis cómo cortó ese mono la cabeza del ruso? —dice de pronto *Hermanito*, chascando la lengua con admiración—. Ni siquiera *Alois el Hacha*, el bandido de Hamburgo, lo habría hecho mejor. Y, sin embargo, os juro que estaba bien adiestrado. Había cortado ya nueve cabezas cuando la Kripo le echó la zarpa. Nass y sus cochinos guardias estaban persiguiendo a

unos ladrones de grifa (cigarrillos) y acababan de entrar en el ascensor del puerto III del Puente Trasbordador. De pronto, oyen un ruido, ¡y una cabeza cortada rueda a sus pies! Yo lo vi con mis ojos; pasaba por allí con una cesta de pescado.

—¿Y qué hiciste con el pescado? —pregunta *Porta* con incredulidad.

—Trabajaba en la sociedad de transportes «Grönne Gunthers». Todos los arenques estaban rellenos de grifa, y había que alejar a los perros de pastor alemanes del comisario Nass, que husmeaban como locos a mi alrededor. Nass y sus brutos de la Kripo creían naturalmente que los animales andaban detrás de mis arenques. Hay perros de pastor Dobberman que se vuelven locos por los arenques rellenos, que es un plato judío. Una noche, me hallaba yo en una tasca, cuando aparecieron cinco perros Dobberman judíos que babeaban porque habían olido que el cocinero, también medio judío, estaba cocinando un pecho de buey relleno. Entraron en tromba en la tasca, cuyo cocinero acababa de ser expulsado del Ejército a causa de la mala sangre que corría por sus venas. La verdad es que no le disgustaba mucho que le hubiesen echado del Ejército, pero su cocina judía era comprometedora. Los Kripas encontraron a sus perros medio judíos sentados alrededor del cocinero y de su horno. Despidieron a los malos sabuesos a patadas y sin jubilación. ¡Y éstos pudieron darse por satisfechos de que no los gaseasen!

»“En nombre del Führer, ¡quedan ustedes detenidos!”, gritó el comisario Ness a todos los parroquianos del judío. Pero los soltaron enseguida cuando un hacha voló hacia el comisario de la Kripa en el momento en que éste bajaba la cabeza. Alois estaba allí, ¡oculto debajo de un coche! Le pusieron al menos veinte esposas con cadenas y todo lo demás, y nadie volvió a pensar en nosotros. Lo buscaban desde hacía cuatro años, ¡y la casualidad se lo había servido en bandeja de plata! Después de esta hazaña, Nass tuvo manía de grandezas; naturalmente, todos los periódicos hablaban de él, y fue lo bastante pillo para no decir que todo había sido un regalo del destino. Recibió condecoraciones, un estupendo ascenso a comisario de División y servicio diurno; pero le duró muy poco. ¡No tardaron en echarlo a la calle!

Una larga columna de soldados, extrañamente vestidos, pasa por delante de nosotros, interrumpiendo a *Hermanito*.

—La compañía suicida —explica Vasili, con gesto de indiferencia—. Cabezas huecas vienen de Tanganskaya. Indultados de Kolimá para misiones muy peligrosas contra alemanes. Stalin no tonto. No dejar ejecutar cerdos políticos. Stalin les dice ser héroes por la patria. Alemanes estúpidos los matarán, ¡y Stalin verse libre de ellos!

Cerca de la estación de Pavlet, una barrera donde hormigean los NKVD. Incluso se inspeccionan unidades militares importantes. Un coronel de aspecto tremebundo va de un lado a otro con el *kalashnikov* bajo el brazo.

—Virgen santa, ¡protégenos! —murmura *el Viejo*, aterrorizado.

No lejos de donde estamos, liquidan a cuatro oficiales de un balazo en la nuca y arrojan los cadáveres en una furgoneta descubierta, estacionada junto a la acera. Rezuma sangre por todas partes.

Nos escabullimos por la calle de los Tártaros. Vasili nos precede, siempre sonriente. Con toda tranquilidad, nos conduce hasta la mitad del puente, donde han puesto mil obstáculos.

—¡Esto es la traca final! —gime Heide, espantado—. Sólo tienen que coger a uno de nosotros y hacerle una pregunta. Estamos listos. En el Ejército soviético no hay soldados mudos.

—Yo me haré el idiota —dice *Hermanito*.

—No hace falta. ¡Lo eres de nacimiento!

El Viejo y *el Legionario* empuñan sus «MPI». Por lo visto, habrá que luchar.

—Si nos descubren, defendeos hasta morir —murmura *el Viejo*—. Es lo único que podemos hacer. Si nos detienen llevando uniforme ruso, nos someterán a horribles torturas antes de concedernos el derecho a morir.

Incluso Vasili parece inquieto. Acaba de charlar un poco con un sargento de la NKVD que dormita en una furgoneta.

—Cerdos NKVD apresado otro comando Brandeburgo —murmura—. Dispuesto hacer muchos cadáveres. Ahora peligro grande. Saben que turistas nazis estar en Moscú. Muy peligroso para nosotros estar aquí con papeles falsos y uniformes robados.

—Una buena perspectiva —farfulla *Porta*, en modo alguno tranquilizado—. ¿No sería mejor que volviésemos a casa y nos olvidásemos de esa maldita fábrica?

El Viejo reflexiona, contemplando a Vasili con aire pensativo. El mogul le responde con una amplia sonrisa china que puede significar cualquier cosa.

—Imposible —dice *el Viejo*—. El chimpancé amarillo no es sólo nuestro guía, sino también nuestro vigilante. Si queremos largarnos, hará que nos liquiden.

Vasili, sonriente, da unas palmadas en la espalda de *el Viejo*.

—Tú muy inteligente, *Feldwebel*. Tú venir con Vasili y no temer pelotón alemán.

—¡Si eres capaz de salirte con la tuya...! —dice *el Viejo*, con gesto sombrío.

—Yo no importante. Ni vivir más tiempo que querer gran Kunfú. Kunfú manda. Kunfú solo decide. Cuando Kunfú decide, tú nada poder hacer. —Tira a *Hermanito* de la manga—. Tú fuerte como oso de, Siberia. Tú aplastar cráneo comunista de un solo golpe. Tú venir detrás Vasili y volver vivo a tu país para divertirse con chicas. Si tú no hacer como yo digo, juro que tú muerto.

Hermanito, que sólo ha comprendido a medias, asiente levantando tres dedos.

Ni siquiera recuerdo cómo conseguimos cruzar la barrera de los NKVD. Sólo sé que un sargento me dio una bofetada que llenó de regocijo a la tropa de gorros verdes. Y, cuando por fin llegamos a Kozhukhovo, es para ver aparecer una bandada de «Stuka» en el cielo, por debajo de las nubes bajas.

Ahora, las bombas de fósforo pulverizan las construcciones y las vías del ferrocarril; el campo es barrido por las ametralladoras de los aviones alemanes.

—¡«Stuka» ayudar mucho! —ríe Vasili—. NKVD en refugios para salvar amarga vida comunista. Ahora, nosotros poner plástico y volar fábrica Stalin bajo culo de los NKVD. Después, volver a casa de Hitler y dormir bien hasta próximo viaje.

De pronto, un soldado de Brandeburgo queda aprisionado entre dos bloques de hormigón desgajados por el bombardeo de los aviones. Corremos a liberarlo, pero uno de los bloques oscila y lo aplasta a medias. El hombre grita en la noche. El sargento apoya en su nuca la pistola provista de silenciador. Un arma especial. Todo soldado de comando está irremisiblemente condenado si no puede seguir a los otros. Nadie debe caer vivo en manos del enemigo, la siniestra tumba queda disimulada bajo las piedras; no es probable que sea descubierta si pasa por aquí alguna patrulla.

Las bombas de los «Stuka» han rajado el muro de la fábrica. Avanzamos por la calle de Lizina. En realidad, habría sido mejor tomar por la de Tyufelev; pero Vasili, que ha reconocido el terreno, dice que esto es imposible. Está obstruida por toda una columna de tanques ligeros.

¿Van destinados al Ejército o son una guardia de la NKVD contra los sabotadores? Vasili no lo sabe. En todo caso, los servidores de los vehículos están en sus puestos. Imposible luchar contra ellos con nuestras dos armas antitanques. Tenemos que ir, pues, por otro lado.

Vasili, de acuerdo con *el Viejo* y el sargento de Brandeburgo, ordena marchar en columna de a tres, como un comando. Dice que nada va a ocurrir, gracias a su uniforme de capitán, y que, si nos pidiesen los *Propusk*, un comando tiene perfecto derecho a entrar en la fábrica. Desde luego, existe el riesgo del santo y seña, que puede ir desde una frase lógica hasta la estupidez más inverosímil. Por ejemplo, pueden gritar «Iván el *Terrible*» y tener uno que responder «Rata muerta»...

Mientras Vasili se dirige a examinar la entrada, permanecemos agazapados debajo de unos vagones de mercancías en la estación de Kozhukhovo, desde donde trasladan heridos al hospital de Kashirskaya, algunos de cuyos edificios están ardiendo desde que pasaron los «Stuka».

—¡Nos convendría una de esas chicas! —dice *Hermanito*, mirando a las enfermeras—. Hace mucho tiempo que estoy en ayunas y las echo en falta.

—Malditos NKVD absolutamente locos —dice Vasili, que regresa jadeando—. Han perdido muchos idiotas comunistas durante bombardeo; pero nosotros, no poder hacer nada de momento. Llevar sus heridos. NKVD estar allí con blindados. Mejor esperar una hora. Kunfú decir que jamás tener prisa. Tomar tiempo y agachar cabeza un rato más. ¡Yo conocer ahora santo y seña! Ellos gritar «Guerra». Nosotros responder «Manzana verde». Imbécil coronel decir santo y seña mientras yo escondido debajo de su coche para escuchar. Ellos saber que partisanos Brandeburgo aquí. No dejarnos coger, correr mucho después de estallar gran bomba. Ellos cazar alemanes en todo Moscú.

—Sí; ¡pero antes hay que volar la barraca!

—¿Qué miras? —pregunta Vasili, pinchando a *Hermanito* con su pistola.

—Chicas soviéticas —responde el gigante, con ojos ávidos—. Cuando suben la escalera, se ve por debajo de la falda. Tendría que haberme alistado en el cuerpo de Sanidad. Mucho más divertido que patalear aquí y volar porquerías.

Vasili mira a su vez.

—¡Yo mucho tiempo sin tener mujer! Cuando llegar la paz, tú venir con Vasili hacer largo viaje a casa primo mío de Hong Kong. Muchos chinos venir a restaurante «Gallinita» vender cosas prohibidas. Primo hacer buena cocina: primero servir «Tang-ts'u-yu», pescado ácido con azúcar; después nosotros comer delicioso «Fuh-rung-chip-ien», crema de gallina con langostinos; después «Pao-yang-reo», buen cordero, y terminar con «Cheng-chiao-tzé», buñuelos de primavera. Después, bonitas corderillas venir de burdel para jugar y beber sake.

—¿Se puede aprender a comer con palillos? —pregunta Hermanito—. Si no se puede coger un pedazo de hielo con dos bayonetas, ¿cómo meterse un bocado de arroz en la boca?

—Vamos, en marcha —dice *el Viejo*, ajustándose la bandolera.

Nos distribuyen lápices explosivos y bastones de «P 62». Cuando se arranca a éstos el papel encerado, huelen a pasta de almendras a varios kilómetros de distancia.

—¡Es increíble que estos palitos de pasta puedan volar una barraca como ésa! —dice *Porta*, metiendo los lápices en su bolsa de serrín.

—Ahora tened cuidado —dice *el Viejo*—. Si alguien cae herido y no puede seguir, le ordeno que se mate. Un billete directo para el cielo vale más que caer en las garras de los NKVD.

—¡Sermoneas como un cura! —se burla Heide.

—Está bien. Imagínate que te hieren y tenemos que abandonarte. Sería interesante ver si tienes valor para saltarte la tapa de los sesos. Tu Führer así lo espera de ti.

—Nos chafarían las pelotas —dice *Porta*.

—Entonces, se romperían los dientes con *Hermanito* —ríe Stege—. Las tiene de granito; necesitarían aparatos especiales.

—Estar tranquilo. NKVD tener aparatos así —dice Vasili—. ¡En Lubianka no faltar nada! Gente muy inteligente para hacer hablar a los demás.

La parte de atrás de la fábrica está en llamas. Tres escaleras de bomberos están ya allí, y los hombres empiezan a desenrollar las mangueras.

—¡Lo que se puede ver en la guerra! —murmura Hermanito—. Yo adoro a los bomberos. Me habría gustado ser bombero, pero no quisieron saber nada de mí, porque había hecho un poco el pirómano, aunque el fuego no había llegado a prender.

—¡Vaya! ¿Y qué querías incendiar?

—A la gente de la Davidstrasse. Aquellos cerdos me pillaron cuando estaba preparando mi golpe. Afortunadamente, un psicólogo me salvó diciendo algo sobre un complejo contra los uniformes de la Policía. Si hubiese añadido que mi complejo era el comisario de la Criminal, Otto Nass, habría tenido toda la razón. No les guardo rencor a los Schupos como tales, pues muchas veces me previnieron contra Nass. Dicen que lo trasladaron a Copenhague. Confío en que los partisanos daneses le dejen seco; si no, pensaré que esos vikingos no valen nada.

—¡Cállate! —murmura *el Viejo*—. Pueden oírte desde el Kremlin, y hay gente cerca de la puerta.

—Es el peligro de las lenguas extranjeras —masculla Hermanito—. Si todo el mundo hablase alemán, no habría problema. O ruso. Diles el padrenuestro en ruso, y se caerán todos de culo.

—¿Decir el padrenuestro a los comunistas? —dice Stege, muy sorprendido—. ¡Está prohibido!

—Precisamente porque está prohibido, no hay alma en Rusia que no lo sepa. Lo aprenden de sus abuelas antes de empezar a andar.

Con grande y rítmico ruido de botas, penetramos en la fábrica. No resulta muy difícil, pues el paso ruso es idéntico al paso alemán. Un sargento de la NKVD se cuadra ante Vasili, que marcha en cabeza, sosteniendo reglamentariamente el *kalashnikov* sobre el pecho. Una columna viene a nuestro encuentro y su teniente da una palmada amistosa en el hombro de Vasili.

—Teniente muy contento —murmura el mogol—. Hoy cogido partisanos de Brandeburgo y van apretarles tornillos con útiles especiales para hacerles decir cosas de Hitler. Teniente invitar a mí a verlo, pero yo decirle que no tener tiempo. Trabajo importante. ¡Y no mentira!

En una inmensa galería descubierta, hay al menos quinientos «T 34» nuevos y dispuestos para la batalla.

—¿Y si nos apoderásemos de uno de estos carros para volver a casa en coche?

—No está mal pensado —dice *el Viejo*, en voz baja—. Mirad si lleva municiones.

Porta, como un hurón, se ha metido ya en el interior de uno de los tanques, mientras *Hermanito* desliza amorosamente las manos por las anchas orugas.

—¡Vaya coche! Deberíamos tener unos cuantos miles de ellos. ¡Y qué redondeces! ¡Parecen las de una hermosa zorra francesa!

—Seguro que, con este material, Iván ganará la guerra —dice Stege.

—¡Dudar de la victoria es alta traición! —gruñe Heide.

—Él, Julius, completamente idiota —declara Vasili—. No comprender nada. Todos idiotas políticos como él.

—Con lo que hay aquí dentro no se podría cazar una rana —anuncia *Porta*, saliendo del tanque—. Ni siquiera tiene gasolina, aunque podríamos pedir a Julius que nos empujase.

Toda la sección se echa a reír.

—Basta, a trabajar —ordena *el Viejo*—. Dentro de veinte minutos, todo el mundo fuera. ¿Recordáis el horario? Primeras explosiones dentro de media

hora. Con que daos prisa. Si lo conseguimos, el ruido se oirá desde Berlín.

—¿Ponemos también mazapán bajo los carros? Si no, volveremos a verlos en el frente.

—No —dice *el Viejo*—. No tenemos bastantes explosivos. Hay que colocarlos donde puedan provocar una explosión en cadena. Volar esas cajas de acero no tiene el menor interés.

Hay en la fábrica un zumbido de colmena. Pasamos entre hombres de la NKVD y obreros, uno de los cuales nos dirige la palabra.

—*Yob tvoiemady!* —gruñe *Porta*, despectivo, y el obrero se aleja.

Yo siento el sudor del miedo correr por mi espalda; en cambio. *Porta* se dirige tranquilamente a un taller de chapado, seguido por la mirada curiosa de un cabo ruso. Acaricio mi pistola, cuya detonación no se oiría siquiera entre el estruendo de las máquinas que parece que me rompe la cabeza. Es increíble que se pueda trabajar aquí noche y día sin volverse loco. *Porta* sale del taller y, con ademán profesional, se seca los dedos con un pedazo de gamuza que arroja riendo a la cabeza del cabo; éste se lo devuelve alegremente. Yo siento ganas de chillar, de puro nerviosismo. ¿Debo saludar a ese cabo? Habrían tenido que informarnos mejor sobre la disciplina del Ejército Rojo... Decido saludar al camarada. Vale más pecar por saludo de más que por saludo de menos; los cabos de todos los Ejércitos son muy quisquillosos en lo tocante al saludo. Me mira un momento con ojos helados y me hace señal de que siga adelante. Un cabo de la NKVD no contesta al saludo de un inferior.

Seguimos cruzando la fábrica; de pronto. *Porta* se detiene y señala al techo. Una grúa enorme está bajando un tanque entero, justamente sobre mi cabeza; lo colocará en la larga fila de vagones alineados fuera de la inmensa nave. En cada vagón, hay dos «T 34» cuya pintura reciente brilla bajo los arcos voltaicos. La gente del Führer tendría que ver esto, digo para mis adentros; tal vez cambiarían de opinión sobre el Ejército Rojo. Sólo en esta fábrica, hay tanques suficientes para armar a cinco Divisiones. Cuando todo esto empiece a rodar, ¡que Dios se apiade del Ejército alemán!

Saltamos tan de prisa al estribo del carruaje para ir a la nave 9 que a punto estoy de perder una de las bolsas de mazapán; un obrero servicial me ayuda a recogerla. Fuera de la nave grande de la fábrica, el silencio nos produce el efecto de un golpe en el estómago. Pero, en el taller de montaje de cañones, donde se ajustan las torrecillas, el ruido vuelve a ser alucinante. Ni siquiera se oiría un cañonazo.

Una locomotora eléctrica lleva los vagones delante de la nave, donde trabajan los bomberos de casco dorado. Un hombre del tren a quien he

molestado sin querer me empuja, diciendo algo. Le grito al oído: «Yob tvoiemady!». Me amenaza cerrando el Puño, pero yo saco mi *kalashnikov*, y el hombre se apacigua enseguida. Un NKVD con un *kalashnikov* tiene siempre razón.

En el momento en que el carruaje disminuye la marcha, me acerco a *Porta*, que está sujetando unos hilos a un armario blindado. Como estoy encargado de cubrirle, he quitado el seguro a todas mis granadas de mano. Veo que, con toda desfachatez, se apodera de un cigarrillo que un obrero acaba de liar, y el hombre, amablemente, le ofrece su mechero. *Porta*, en justa correspondencia, le regala un cigarro.

—¡Cigarro alemán! —exclama.

—¡Gracias! —dice el obrero, satisfecho.

—¡Pobre diablo! Casi me gustaría salvarle.

Ojalá nos hubiesen enviado al Kremlin. Una lámpara roja centellea en el techo. ¿Qué pasa ahora? ¿Han descubierto nuestra presencia? Un grupo de soldados cruza rápidamente la nave y desaparece a través de una puertecita. Varios NKVD, muy excitados, corren en dirección opuesta. ¿Habrán pillado a uno de los nuestros? Y he aquí que un sargento nos da el alto. *Porta* agita la mano con aire indiferente, como hacen los rusos siempre que quieren decir «Yob tvoiemady!». En Rusia, cuando un soldado no obedece una orden, es que está bien respaldado; por consiguiente, no hay que insistir. Todo ruso de uniforme sabe esto.

—Creo que esto se está poniendo muy peligroso —dice, con torcida sonrisa—. Dentro de tres minutos, estallarán los primeros mazapanes, y después, le llegará el turno a todo el burdel.

—¿Habéis colocado la mierda? —pregunta *el Viejo*, que sale de la nave de los cañones.

—No tardarás en saberlo. Bueno, apriétate el cinturón, si no quieres que se te caigan los calzones.

—¡Larguémonos! —dice *el Viejo*—. Aquí hace demasiado calor.

Saltamos a un carruaje en marcha y salimos de la zona de la fábrica para llegarnos a la FLAK derruida, donde ya están muchos de los nuestros.

—Meteros hondo en agujero de nieve —dice Vasili, con su sonrisa asiática—. Yo poner bomba cerca de granadas químicas. Vosotros estar quietos en la nieve o volar hasta China.

De pronto, ¡silba una sirena! Un hormigueo de NKVD. Suenan gritos roncoss: «Stoi Kol!», se oye dentro de la fábrica.

—¿Qué pasa? —pregunta *Porta*, inquieto.

—¿Tienes a todos los tuyos? —pregunta *el Viejo* al sargento de Brandeburgo.

—Todos están aquí.

Debió pasar algo, ya que dan la alarma. Suenan breves ráfagas de tiros en lo alto del muro de la fábrica. En la ciudad, estalla no sé qué. Aumenta el tiroteo y un fuego violento desgarró la noche.

—¡Al río! —grita, enloquecido, *Barcelona*.

—*Niet, niet* —dice Vasili—. Volver a línea ferrocarril. NKVD correr al río. Muy peligroso allá abajo; ahora ser muy malos.

Una bengala asciende encima de nosotros y lo ilumina todo con su luz mate.

—No te muevas —murmura rápidamente *Porta*—. Quédate en pie.

La bengala permanece suspendida durante un rato que parece una eternidad; a pesar de mi terror, no me atrevo a moverme. Por fin, se apaga la luz y me hundo en la nieve a toda prisa. Un soldado de Brandeburgo rueda hasta nosotros, sofocado, manchado el rostro de sangre.

—¿Por qué viniste a este ejército de locos? —le pregunta *Porta*, dándole a chupar un cigarrillo.

—Dijeron que era necesario. Estábamos en Polonia; no éramos más que un batallón.

—Claro. Siempre dicen que es necesario —suspira *Porta*, con voz cansada.

De pronto, el cielo se ilumina hacia el Oeste por una lengua de fuego de un rojo amarillento. Una enorme y prolongada explosión, seguida de una inmensa ola de aire cálido, rueda por encima de nosotros. Otras tres explosiones la siguen de cerca y, después, una marea de calor que parece el soplo del infierno. Silencio. Una hilera de focos se enciende sobre el muro de la fábrica; cien pinceles de luz escrutan el suelo; ráfagas de balas barren el albañal donde queríamos ocultarnos al principio en contra del consejo de *el Viejo*. Es evidente que ignoran en absoluto dónde estamos.

—Hay que esperar dos minutos más —dice *el viejo*—. Sobre todo, ¡manteneos bien pegados al suelo! ¡Pronto estallará un volcán!

A través del tiroteo, se oyen unas órdenes que escucha incorporándose un poco.

—Ahora NKVD no disparar. Creen haber detenido cerdo saboteador. Nosotros desaparecer a toda prisa. Ellos estar locos furiosos.

—¡Quietos! —ruge *el Viejo*—. ¡No os mováis!

Una nueva voz de mando llega a nuestros oídos y una sección de la NKVD sale corriendo por la puerta principal; pero sólo unos pocos han llegado a la calle cuando retumba un trueno en el interior de la fábrica y la noche queda iluminada como en pleno día.

Surge una inmensa y cegadora llamarada. En una milésima de segundo, siluetas de soldados se recortan sobre esta luz fantástica. Ésta disminuye pero una llama aún más blanca, más atroz, los hace reaparecer a nuestros ojos. Después, todo desaparece en una cadena de explosiones. Y de pronto, la tierra parece levantarse empujada por un titán. Un hongo de humo rosado se extiende sobre el paisaje. ¿Dónde estamos? La enorme ráfaga de aire nos lanza, como hojas muertas, fuera de la nieve y hacia el río Moscova. ¿Qué hemos hecho? Llorosos, sordos ciegos, ensangrentado el rostro, nos levantamos rápidamente, y lo primero que veo es a *Hermanito* sacando a *el Viejo* de un profundo hoyo lleno de nieve. De momento, creemos que está muerto... Pero, gracias a Dios, sólo se ha desvanecido.

—¡Vaya pedo! —gime *Porta*, saliendo de un profundo agujero.

Un pedazo de algo le ha arrancado mechones de sus cabellos rojos.

En cuanto a *Hermanito*, está furioso porque una bala ha perforado su cantimplora. ¡Se acabó el vodka!

Cerca del río, encontramos a los otros; pero faltan ocho de Brandeburgo. Uno quedó hecho trizas no lejos de aquí; es un campesino de Frisia a quien habían prometido un permiso a su regreso. Otro desapareció sin dejar rastro, sin duda pulverizado por la presión del aire. De la fábrica no queda más que una gigantesca nube de humo de color de hollín que se deshilacha en grandes volutas, y un montón de chatarra y de bloques de hormigón. Al otro lado de la calle, la fábrica de torpedos es un mar de fuego que funde la nieve y hace brotar el agua a torrentes.

El calor es insoportable. El último piso del hospital parece haber sido partido en dos por el cuchillo de un gigante; la estación ha volado, y la casa del barquero ha sido atravesada por un poste de señales que parece una lanza. No se ve a nadie. Toda vida debió de quedar pulverizada. Como sabotaje, ¡no ha estado mal!

—¿Qué diablos ha pasado? —murmura *el Viejo*.

—¡Mierda! Por lo visto, hicimos explotar enormes depósitos de municiones; pero también debía de haber líquidos incendiarios en el interior; ese resplandor de yeso parecía producido por fósforo líquido.

—¡Pobre gente! —dice Barcelona—. Me dan lástima. No les gusta la guerra más que a nosotros.

—Buen trabajo —dice Vasili, siempre sonriente—. Yo mirar interior. ¡Todo *kaputt!* «T 34», vagones, no quedar nada. Nunca haber visto mayor ¡bum!

—Lo que interesa ahora es salvar el pellejo —dice *Porta*, tomando la delantera—. ¡Larguémonos de una vez!

¡Las sirenas! La FLAK empieza a disparar.

—Tomarnos por bombarderos —ríe Vasili—. Mejor para NKVD ser aviones de Brandeburgo. Jefes de Kremlin terriblemente furiosos contra imbéciles que vigilar fábrica. Muy difícil conseguir perdón y salvar cabeza.

—¡Escucha! —dice *Porta*, aguzando el oído.

—«JU 87 Stuka» —declara *Hermanito*.

—No; «Heinkel» —replica Stege—. Ésos pegan menos fuerte que los «Stuka».

—¡Señor! —dice Barcelona—. ¡Vaya una bandada! No me gustaría encontrarme bajo su fuego.

En lo alto del Kremlin, hay un surtidor de proyectiles. Salta a la vista que instalaron allí la batería FLAK más potente. Las sirenas desgarran la noche.

—Son «Stuka» —insiste *Porta*—. Se oyen explosiones en el norte y en el sur de la ciudad. ¡Tenemos que darnos prisa!

—Por cementerio Danilov —aconseja Vasili—. Nosotros llegar bulevar Serpukhovsky, seguir río Krocianka, y así ir derecho. En parque Gorki, muchos soldados comunistas; mejor no vernos. Yo pensar estar de regreso mañana noche; si no, muertos por NKVD. Gran Kunfú decidir.

—Sí —suspira *el Viejo*—. Esperemos que, con un poco de astucia y la ayuda de Dios, podremos salir del paso.

Un error en el itinerario; nos encontramos en medio de la Smolenskaya, desde donde se divisa el Kremlin. Permanecemos un momento allí, jadeando y admirando las cúpulas en forma de cebolla que resplandecen como diamantes en el amanecer invernal. Incluso *Porta* está fascinado. Pero Vasili parece súbitamente inquieto; tiene el infalible instinto del peligro, propio de los mogoles.

—Menos mirar diablos de Kremlin; muy peligroso incluso para comunistas. Nosotros ir lo más lejos posible. En Chita, decir que ver Kremlin ya no es tener algo en perra vida.

Nos dirigimos hacia el Moscova, cerca del puente Borodinski; pero allí hay una hilera de camiones llenos de detenidos. Se trata de una gran redada. Hay muchos uniformes entre los prisioneros.

—Cazadores de cabezas de NKVD. Ellos detener general si querer hacerlo, y yo solamente miserable capitán a quien dar patadas en culo como a perro sin dueño. Les haré señales furiosas y vosotros ir corriendo a calle Smolensky. Ellos pensar que nosotros perseguir gente mala para matar.

Corremos a toda velocidad por una red de callejones, y Vasili nos pisa los talones como si tuviese alas en los pies.

—¡Pronto! ¡En patio! NKVD venir con fusiles ametralladores. Ellos no creer en mí.

Nos lanzamos de cabeza, cruzamos un patio y saltamos una valla de tablas. Un guardia nos da el alto y saca la pistola; pero, en un segundo, *el Legionario* lo estrangula con su cuerda de acero. Metemos el cadáver en una cuba y seguimos corriendo hasta el bulevar Suvorovsky, donde cruzamos una puerta que estaba entornada. Es una agencia del «Inturist».

—La agencia está cerrada —grita una voz de mujer.

—¡Vete a la mierda! —gruñe *el Legionario*, golpeándole la cara con el dorso de la mano.

—¡Alemanes! —murmura aterrada la mujer—. ¡Alemanes! —repite, mirándonos con ojos enloquecidos.

En el mismo momento, un tanque «T 34» pasa por la calle; se distingue por su alta torrecilla característica. El comandante observa la calle a través del cristal empañado.

—¡Cuidado! Si sospecha algo, nos lanzará una granada explosiva.

El viento silba en los cristales y los cubre de nieve; el tanque acelera, rascando ruidosamente la pared. De pronto, nos sobresalta un grito agudo de la mujerona, que cruza la estancia a gran velocidad. Suena de nuevo el grito de terror. *El Legionario* da un salto para agarrarla; pero ella se escabulle, se desliza por debajo de la mesa y agarra una lámpara de metal que arroja contra la ventana.

—¡Mátala! Ella peligrosa —grita Vasili.

La mujer da un salto, se arroja contra *el Legionario* derriba a *el Viejo*, cuya pistola rueda por el suelo. Trato de dominarla, pero recibo una patada en la cara que me deja atontado. Después, la mujer empieza a gritar de nuevo. Si no hubiésemos tenido la suerte de que el tanque ha acelerado, la habrían oído. Justamente en el momento en que llega a la puerta, *Hermanito* la agarra y le clava el cuchillo entre el cuello y la espalda. La mujer se retuerce como una fiera bajo el puño de hierro. Poco a poco, el gigante extrae el cuchillo ensangrentado y lo clava con toda su fuerza entre los dos senos. La mujer

lanza un grito ahogado, ronco, y se derrumba, fláccida, entre los brazos de *Hermanito*, que contempla el cadáver y enjuga el puñal en su vestido.

—¡Virgen santa de Kazan! Jamás podré acostumbrarme.

Y vomita en un cubo, cerca de la pared.

—Ocultadla —dice *el Viejo*, con semblante hermético.

Porta y yo la arrastramos hacia un armario y la encerramos en él. En el estante hay un sombrero pasado de moda, adornado con una pluma verde.

—¡Mujer estúpida! Si no grita, todavía vivir —dice Vasili, distribuyendo algunos comestibles que ha encontrado en un cajón—. Yo adorar queso de cabra.

Al salir de la oficina, clavamos un letrero en la puerta: «Cerrado por defunción». Esto puede valernos un momento de tranquilidad. Y seguimos la marcha. Cerca de la Smolenskaya, en un rincón resguardado, nos separamos de los de Brandeburgo, citándonos con ellos detrás de las líneas rusas. Larga caminata por el muelle de la Lenskaya; nos ocultarnos en un parque zoológico para pasar la noche. *Porta*, *Hermanito* y Vasili salen en misión de reconocimiento a través del parque Krasnopresnensky; tienen que esperarnos junto al primer lago, donde nos pondremos de acuerdo para cruzar el río. Cruzar la vía del ferrocarril por este lado es imposible; hay que ir hacia el Sur, rodear la estación Kustosov subir a las alturas de Pakionnaya y salir de nuevo al camino de Mozhaiskoe.

Pasan varias horas sin que tengamos noticias de nuestros exploradores. Entonces, *el Viejo* ordena a toda la sección que se dirija hacia el parque, manteniéndonos lo más alejados posibles unos de otros. El silencio de nuestros camaradas es inquietante. ¿Estarán presos o muertos?

—Que nadie dispare sin que yo lo ordene. Si es preciso, luchad con arma blanca. Un disparo, con este frío, se oye a varios kilómetros de distancia.

Buscamos durante mucho rato y, de pronto, ahí están cerca del gran lago. Se han ocultado detrás de una enorme estatua, desde donde se disfruta de una vista espléndida de los alrededores.

—Pero ¿qué estáis haciendo aquí? —ruge *el Viejo*—. ¿Y la información?

—Siéntate y cálmate —dice *Porta*, que empuña sus gemelos—. El puente sigue ocupado. Ni una pulga aria podría pasar por él; en cambio, aquí, ¡hay cosa rica!

Hermanito lanza un largo suspiro, mirando también a través de sus gemelos.

—¡Es mejor que una película erótica!

—¡Buenas corderitas! —relincha Vasili, con risa libidinosa.

—¿Qué diablos estáis mirando? —grita *el Viejo*, exasperado, arrancando los gemelos a *Hermanito*—. ¡Vaya hombre! —dice, rojo de furor—. ¡Os habéis pasado todo el tiempo espiando a esas chicas!

—¿Has hecho tú algo mejor? —pregunta *Porta*—. A mí me basta con esto.

—Oye, sargento, buena cosa ir a sorprender a esas mujeres soldados. Nosotros recobrar fuerzas sobre colchón antes de seguir camino peligroso.

—¡Malditos seáis! ¡Me avergüenzo de vosotros!

—Y ahora están tomando su ducha —exclama *Porta*, señalando una casa grande y roja, no lejos de donde estamos, y que tiene todas las luces encendidas, aunque brilla ya el sol.

—Se ve todo —ríe *Hermanito*, agarrado a sus gemelos.

—Bellas perritas —afirma *Vasili*—. Afeitadas para no coger ladillas. En Chita, todas chicas afeitadas. Chinos gustar así. Ven a mirar, sargento. Ahora no acordarte de tu mujer en Berlín...

—¡Cerdos! —gruñe *el Viejo*, fuera de sí—. Habrá que pedir a las jóvenes soldados que corran las cortinas.

Las chicas cantan y parlotean.

—¿Qué están diciendo?

—Yo no entender bien. Dialecto del Cáucaso. No realmente lengua humana...

—¿Por qué tanta agua? Parecen dispuestas a vivir debajo de esa ducha.

—Sin duda tener muchos piojos. Mujeres del Cáucaso sucias; huelen a cabrito. Obligadas a lavarse mucho. Gente de Moscú no gustar muchachas que oler mal.

—Sería divertido que nos vieses —dice *el Viejo*, cuya cólera no amaina—. Las mujeres advierten enseguida esta clase de cosas.

—Tú no enfadado, sargento: mejor mirar. No ver cada día cosas buenas en guerra.

—¿Y si fuésemos a inspeccionarlas? —propone *Hermanito*—. No se atreverían a decir nada, viendo nuestros galones verdes.

—Idea buena —le apoya *Vasili*.

—¡Virgen santa de Kazán! —gime *Barcelona*, asustado—. Ahora viene una hacia acá.

—¡Bravo, muchachos! Viene hacia acá. Desabrochaos los calzones y preparaos. No siempre se presentan tan fáciles las cosas.

—¡Larguémonos, y pronto! —gruñe *el Viejo*, con voz dura—. Si nos ve, dará la señal de alarma.

—Olvidas que somos terribles NKVD —dice *Porta*, tranquilamente—. Todo el mundo se queda petrificado al vernos.

—¡Dios mío, qué miedo tengo! —murmura *el Profesor*, que se ha hundido en la nieve y se figura como el avestruz, que no le ven.

—Si una de ellas viene por aquí la pasaremos por las armas —declara *Porta*, esperanzado—. En definitiva, me gusta Moscú.

—¡En pie! —ordena *el Viejo*—. Iremos a ocultarnos al otro lado del lago.

Despacio y a regañadientes, seguimos a nuestro jefe. Una lástima; ¡se estaba tan cómodo! Desde nuestro nuevo escondite, vemos desde luego mucho más terreno, hasta la estación; pero el cuarto de duchas de las chicas soldados no puede verse ya. Nos ponemos cómodos; aflojamos los cinturones, nos arrebujamos en los largos capotes rusos, levantamos el cuello de piel y construimos un pequeño muro de nieve para resguardarnos del viento.

—Casi estamos en Navidad —dice *Porta*—. Con algunas cartucheras colgando de los abetos, ¡haría muy bonito!

Y, de pronto, aparecen cuatro muchachas cogidas del brazo, que deambulan cantando. Riendo como locas, avanzan por una estrecha pasarela, encima del lago helado. ¿Qué estarán haciendo? Vemos que hacen un agujero en el hielo y sacan un largo bramante provisto de anzuelos. Media docena de peces mordieron el cebo. Después, sacan otro bramante donde se ha enganchado un gobio tan pequeño que lo dejan en el anzuelo. Abren otros agujeros y deslizan por ellos nuevos hilos, cubriendo aquéllos con hierbas, a fin de poder encontrarlos después.

Y he aquí que ahora se dirigen directamente hacia nuestro escondrijo. Nos quedamos inmóviles, casi sin atrevernos a respirar.

A diez metros de nosotros, se detienen y sacan unas cajas de un bunker muy bajo. Son unas muchachas esbeltas y pulcras. Una de ellas tiene una cara encantadora, debajo de una mata de cabellos rubios, cubiertos con el gorro militar.

En este momento, *Hermanito*, como un imbécil, deja caer sus gemelos, que ruedan ruidosamente por la débil pendiente. El ruido hace que vuelvan la cabeza hacia nosotros. ¡Qué lejos están de sospechar, las pobrecillas, que su vida pende de un hilo! Unos pasos más, y nos arrojaríamos sobre ellas para violarlas y matarlas después; nadie, ni siquiera *el Viejo*, sería capaz de impedirlo.

—¿Y si la emprendiésemos con ellas? —murmura *Porta*—. Tocaríamos a una para dos. No está mal. Yo me quedo con la del bramante más grueso. Sería la primera vez en mi vida que me cargo a un sargento sin que me

llamasen marica —dice, soltando una risa tan estruendosa que las cuatro mujeres, cerca del bunker, se levantan para mirarle.

—¡Cretino! —murmura *el Viejo*—. Vamos de mal en peor. Saltadles encima si hacen un movimiento para correr hacia la casa. Es preciso evitar que den la alarma, ¡o estamos perdidos!

Pero no. Permanecen tranquilas. Tan tranquilas que *Hermanito* les lanza una bola de nieve que alcanza a una de ellas en el cuello.

—¡Ju, ju! —grita *Hermanito*, arrojando otra bola de nieve.

—Yo levantarme para mostrar uniforme capitán —dice Vasili, de pronto inquieto—. Esto hacerse muy peligroso.

Se yergue todo lo que puede y sacude su gorra de piel. Las chicas, divertidas, nos lanzan también bolas de nieve.

—Realmente, sois la pandilla más horrible de todo el frente del Este —dice *el Viejo*, muy enojado—. ¡Una batalla de bolas de nieve detrás de las líneas enemigas, cuando estamos en misión de comando! Ni siquiera podré denunciaros; no me creerían.

Batalla general; todas las muchachas toman parte en el juego, y sus risas deben de oírse desde muy lejos. La fiesta dura hasta que empieza a declinar el día. Muy amablemente, nos saludan con la mano antes de marcharse.

—Es el partido más bueno que he hecho en el extranjero —dice *Porta*, radiante.

Otra hora de espera, y cruzamos el parque. Pasamos sobre el lago helado, en dirección al cementerio Dorogomilovskoy, donde descubrimos una montaña de cadáveres helados. Son las víctimas del ataque de los «Stuka». ¡Un grito en ruso! Es el centinela que nos da el alto.

—Mejor hablarle —dice Vasili—. Si no, él coger miedo y gritar. Tú, *Legionario*, hacer lo necesario.

Un segundo más tarde, el centinela, estrangulado por el hilo de acero, va a reunirse con los otros cadáveres.

—¿Y si echásemos un vistazo a los dientes? —propone *Hermanito*.

—¡Inténtalo! —gruño *el Viejo*— Y te encontrarás también en el montón.

—¡Mierda! ¡Qué difícil te has vuelto! ¡Estamos hartos de tantos remilgos! Y yo empiezo a hartarme de ti.

Llegamos al estudio de las películas de propaganda. Un viejo comandante con aires de general, nos dice: *Propusk*. Afortunadamente, no puede vernos lo bien a la luz del crepúsculo. Vasili se acerca a él y lo espanta amenazándole con la Lubianka. El comandante se cuadra, a una distancia desde la que no puede distinguirnos.

Por fin llegamos a las vías del ferrocarril, y, a todo correr, nos lanzamos por la carretera de Mozhaiskoe, mezclándonos con una gran unidad. Al poco rato, estamos en el campo.

El viento es aún más frío y sopla con gran fuerza. Cada paso representa un esfuerzo considerable. Montañas de nieve interrumpen la carretera; tenemos que agarrarnos unos a otros para no perdernos en este infierno blanco.

Después de unas horas de descanso en un corral abandonado de ganado, llegamos el día siguiente a la zona del frente donde nos esperan los chicos del Brandeburgo, muy inquietos por nuestra suerte. Nos echan en cara el tiempo que les hemos hecho esperar, muriéndose de frío, y, a partir de entonces, el resto del trayecto hacia las líneas discurre casi tranquilamente, sin tropezamos con demasiados rusos, los cuales están muy atareados preparando una gran ofensiva que se adivina inminente. Hormigean soldados de todas las armas, y todos ellos trabajan afanosamente. ¡Mala señal para nosotros!

—Buena cosa que ellos ocupados en gran ofensiva —dice Vasili—. No tener tiempo de buscar piojos alemanes.

Cuando es noche cerrada, tenemos que arrastrarnos a través de la tierra de nadie, y, poco después de salir el sol llegamos por fin a las trincheras alemanas. El sargento de Brandeburgo es el primero en saltar a una de ellas. ¡La trinchera está vacía! *Porta* se dirige al puesto de mando. ¡También está vacío! En los dos nidos de ametralladoras... no hay ametralladoras. Un suelo removido es todo lo que queda de una batería de morteros al lado del nido.

—*Fritze, Fritze, idisodari*

La voz suena detrás de mí, y una «MG» empieza a ladrar a nuestra derecha.

En un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo echa cuerpo a tierra; las «MPI» disparan a más y mejor; cae un grupo de rusos; silban las granadas.

—¡Huid! —grita *el Viejo*—. ¡A toda velocidad! Yo os cubriré.

Saltamos el talud de la trinchera vacía y corremos hacia el Sur, oyendo a nuestra espalda los disparos del fusil automático. Tropiezo con un cadáver —uno del Brandeburgo— y caigo de cabeza en un cráter de granada donde hay un montón de muertos. Hay brazos y piernas levantados, rígidos a causa del hielo; dedos acusadores me apuntan diciendo: «¡Y tú te atreves a vivir!».

Porta salta por encima del hoyo. Le sigo, pero resbalo y bajo rodando la pendiente helada. El hielo está rojo: de la sangre helada. Es lo único que se ve en la guerra, y, hasta cierto punto, es verdad lo que dice *el Viejo*. «Incluso la guerra es bella».

Los rusos nos persiguen y repiten su invitación: «Fritze, Fritze, idisodar!». Galopamos hacia el Sur a toda velocidad. ¿Dónde están los nuestros? Veo a *Hermanito* saltar, correr, agacharse, saltar, correr de nuevo, sin dejar de disparar su metralleta. Varios rusos caen no lejos de él.

Me detengo un instante para lanzar granadas de mano detrás de mí. De esta manera se limpian las trincheras. Como en una película a ritmo acelerado, veo a unos rusos segados por las granadas; un brazo arrancado pasa por delante de mis narices. Después, una nueva carrera hacia el Oeste. Pero ¿dónde pueden estar los nuestros? Habrán tenido que rectificar el frente.

A unos cuantos metros delante de mí, galopa el sargento del Brandeburgo. Y de pronto, siento como un tremendo puñetazo. La tierra se abre bajo mis pies. El cuerpo del sargento es lanzado al aire y parece dar volteretas en lo alto de una columna de llamas. Cae fláccidamente delante de mí; la mina que pisó le segó las dos piernas. ¡Nada que hacer! La sangre mana a borbotones.

Corro, corro sin volverme. Sus gritos me persiguen. Dios mío, por piedad, ¡haced que muera pronto!

Y al fin, allí están nuestras líneas. ¡Tiroteo instantáneo!

—¡Alto! ¡Alto, camaradas! —grita desesperadamente *el Viejo*—. ¡Somos del Brandeburgo!

Un teniente, con ojos de Juventud Hitleriana, asoma la cabeza con precaución en un ángulo de la trinchera y pregunta el santo y seña.

—¡A la mierda! —ruge *Porta*, poniéndose a cubierto—. Están locos. ¡Nada más peligroso que unos cretinos muertos de miedo, bajo el mando de un oficial que nada sabe!

—¿Sois alemanes? —pregunta una voz, desde el mismo lugar donde debe estar el teniente.

—¡Ven a verlo, imbécil! ¡Podrás comprobarlo con tus ojos antes de que te estrangule!

Una explosión nos hace dar un salto. Es una granada de mano. Vasili se eleva sobre el suelo como una masa inerte. Debajo de él, la nieve se vuelve roja.

—¡Alemanes idiotas! —gime—. Matar todos los alemanes. Ahora Vasili ir a país gran Kunfú. Triste no saber cómo acabará guerra y nosotros no comer pollo terciopelo casa primo de Pekín. —Intenta incorporarse y estrecha la mano de *el Viejo*—. *Dasvinanya*, sargento.

Muere.

Presas de rabia feroz, disparando las metralletas, corremos hacia la parte derecha de la trinchera, donde están el teniente y sus hombres, y los

desarmamos en un segundo. El pequeño teniente, verde de terror, se ha pegado a la pared de la trinchera, y *el Legionario*, fuera de sí, le rasga el uniforme a cuchilladas.

—No lo mates —dice *el Viejo*—. No es más que un niño.

—¡Ese puerco inmundo ha asesinado a Vasili!

Antes de que *el Viejo* pueda impedirlo, el pequeño hitleriano es derribado a patadas y enviado al fondo del reducto. Un sargento salta sobre *Porta*, pero se derrumba con el cuello cortado. Somos como fieras, borrachos de ira, con los fusiles y las pistolas a punto de disparar.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Las manos en la nuca, o disparo! —grita *el Viejo*.

Inmediatamente, toda la compañía yace en el suelo.

—¡Y con eso hemos de ganar la guerra! —gime *el Viejo*, desalentado—. ¿Dónde quedaron los tiempos en que el soldado alemán era la admiración del mundo?

Casi inmediatamente aparece el coronel Hinka acompañando de otros oficiales. Nos estrecha la mano, da un abrazo a *Porta* y escucha nuestro informe en silencio. Después, nos ofrece aguardiente y cigarrillos.

—¡Le han dado ustedes un susto de muerte a la compañía de guardia! —dice.

Con aire severo, se vuelve al teniente, que se ha mantenido apartado y visiblemente inquieto.

—¿Y usted? ¿Por qué no obedeció las órdenes? Sabía perfectamente que yo estaba esperando la llegada de un comando procedente de Moscú, ¿no?

—Llevaban uniforme ruso, y no me dieron el santo y seña —responde el teniente, poniéndose colorado.

—¿Acaso se imaginaba que llegarían en uniforme de gala y mostrando la hoja de permiso? —dice Hinka, furioso.

—Yo creía...

—Pronto sabrá lo que tiene que creer —dice Hinka, girando sobre sus talones.

El joven oficial quiere añadir algo.

—Una palabra más —ruge *Porta*, escupiendo a los pies del teniente—, ¡y te aplasto la sucia carita!

Enterramos a Vasili en lo alto de un promontorio, desde donde se perciben los tejados de Moscú. Un soldado toca una marcha fúnebre. Le hemos dejado su fusil ametrallador y su kriss: sólo las mujeres pueden entrar sin armas en la casa de Kunfú.

Por la noche, nos reintegramos a la 2.^a. Sección de Carros blindados, y el muy cerdo de Wolf no da crédito a sus ojos cuando ve que *Porta* sigue con vida.

Su estupor es tal que nos invita inmediatamente a un banquete de jabalí asado a la *broche*. Naturalmente, nos atracamos hasta a casi reventar; pero, al día siguiente, toda la sección tiene dolores de barriga. El jabalí de Wolf debía de estar en malas condiciones. ¡Tal vez por esto nos invitó!

9

Los traidores deben ser exterminados, y también sus hijos.
Nada, absolutamente nada, debe quedar de esa canalla.

ADOLFO HITLER: Al ss Obergruppenführer Heydrich. 7 de febrero de 1942.

El 11 de enero de 1942, a eso de las tres de la mañana, dos hombres con grandes abrigos de cuero negro y cascos de acero llamaron violentamente a una puerta de la calle Admiral-Von-Tirpitz Ufer, justamente frente al Potsdamer Brücke. Como no abriesen, los hombres aporrearon la gran puerta de madera preciosa. Otra puerta se abrió en el piso de arriba, y un hombre envuelto en una bata se asomó a la barandilla de la escalera-

—¿Qué desean, caballeros? Soy el consejero de Estado doctor Esmer, y debo decirles que mañana me quejaré de este escándalo.

—¡Desaparezca —gruñó uno de los hombres—, o lo pasará mal!

En el mismo instante, el consejero de Estado observó las letras ss en los cuellos de los abrigos de los desconocidos, y se apresuró a volver entre las sabanas con su mujer.

El día siguiente, ambos marcharon a Badgastein, para una cura de aguas.

Un criado había abierto la puerta de entrada del piso del general.

—¡Queremos ver al general Ställ! —ladró uno de los oficiales ss, empujando brutalmente al criado.

—Caballeros...

—¡Cierra el pico! —le atajó el Hauptsturmführer Ernst.

El hombre cayó sobre una silla y observó boquiabierto a los dos oficiales, altos y delgados, entrar directamente en el despacho de trabajo del general. En los veinte años que llevaba al servicio de este militar, nadie se había atrevido jamás a emplear tales maneras. El general era un hombre distinguido, muy puntilloso en cuestiones de etiqueta.

—¿Es usted el general de división Ställ? —preguntó el Sturmbannführer Lochner, con voz dura.

—Sí —respondió estupefacto el general, que trabajaba aún en hora tan avanzada.

—El Führer le ha condenado a muerte por incumplimiento del deber y desobediencia a las órdenes. Usted dio, sin permiso, orden de retirada a sus tropas.

—Están ustedes locos si...

El general no terminó su frase. Sonaron cuatro disparos.

Un grito penetrante. La señora Ställ llegó corriendo y se arrojó sobre el cuerpo de su marido.

—Ese cerdo vive aún —dijo uno de los hombres, arrancando a la mujer del cuerpo del moribundo.

Levantó por los cabellos la cabeza del general, apoyó el cañón del arma a su nuca y disparó dos veces más. El cerebro del desdichado salpicó la estancia.

—Misión cumplida —declaró el Hauptsturmführer—. Heil Hitler!

Levantó el brazo y salió tranquilamente del piso. En la calle, esperaba un «Mercedes» negro conducido por un soldado.

—Al siguiente. ¿Dónde está? —dijo uno de los oficiales.

—En Dahlem —gruñó el otro.

El coche negro desapareció rápidamente por encima del Landwehrkanal.

LA FUGA DE LOS GENERALES

Un trueno terrible, procedente del frente ruso, interrumpe nuestro agitado sueño.

—¡Por mil diablos! —dice *el Legionario*—. ¿Qué ocurre ahora?

—Es el disparo de centenares de baterías —responde *el Viejo*, con visible inquietud—. ¿Quién dijo que Iván estaba en las últimas? Esperemos que no se trate de una ofensiva. Aunque lo parece.

—Y nosotros pagaremos el pato —sigue diciendo *Barcelona*, siempre pesimista.

El trueno lejano y metálico aumenta hasta convertirse en alarido. Son cientos de miles de granadas que se acercan en espantoso *crescendo*.

Nos levantamos apresuradamente, pero enseguida nos tendemos en el suelo, envidiando a los piojos, a los que nada hace la artillería.

Un trueno indescriptible, y las granadas baten y rajan el suelo en un infierno de llamas. Un mundo cambia de cara. Las piedras, el hielo, pedazos de acero cortantes como navajas, vuelan a cientos de metros del punto de caída. Todo queda hecho añicos. Y sigue el estruendo. El aire y el suelo, el río y la población de Lenino parecen un monstruoso yunque golpeado sin descanso por martillos de gigantes. Todo estalla. Árboles enteros son lanzados al aire en la punta de llamaradas surgidas de volcanes invisibles que parecen explotar en las entrañas del planeta. Un vapor tóxico se extiende sobre el paisaje mutilado, horrible mezcla de barro, nieve, sangre y pedazos de carne. Estamos en el centro de este crisol diabólico.

Los bunkers se estremecen y tiemblan como tapones de corcho en un mar alborotado. Hay hombres que se vuelven locos. Llueven las bofetadas, único medicamento que poseemos contra la locura. El bosque arde. En la superficie del río, el hielo despedazado deja brotar torrentes mortales, y este abismo negro será la tumba de millares de hombres, rusos y alemanes.

Procuro aplanarme tanto como una hoja muerta. La metralla pasa a través de las troneras de nuestro refugio, y los sacos de arena que las protegían reventaron hace tiempo. ¡Con tal de que resistan las vigas...!

Una nueva granada, de las mayores, hace estallar materialmente el puesto. Siento el grito que sube de mi estómago; no pasará mucho rato antes de que se rompan mis nervios.

El Viejo no suelta el teléfono; vocifera ante el micrófono.

—¿Qué quieres? —le pregunta *Porta*—. Si es un taxi, yo pago la mitad; pero, en noches como ésta, la espera puede ser muy larga.

—¡Es absolutamente preciso que hable con el comandante de la compañía! Quiero que me dé órdenes. Se trata de un ataque de gran estilo.

El espantoso martilleo parece calmarse un poco; pero esto presagia otra cosa.

—¡Fuego de barrera! —gritan unas voces.

Y nos lanzamos sobre las armas.

—¿Cómo es posible que esos subproductos de la Humanidad hayan podido reunir material suficiente para semejante ofensiva? —pregunta Heide, estupefacto—. ¡El Führer decía que estaban aplastados y que terminaríamos la guerra a paso de desfile!

—Bueno, puedes empezar a desfilar, ¡pedazo de cretino! Me gustaría ver lo que te pasa.

A toda velocidad, llenamos los cargadores y los bolsillos de municiones; granadas de mano en las cañas de las botas. Es inminente... ¿Cómo no morir en semejante apocalipsis? Un alarido baja del cielo. La carretera ha desaparecido. Uno busca caras conocidas... y ya no hay caras. ¿Qué son esos miles de cosas que vuelan y matan? Uno se lanza al ataque, calada la bayoneta, y, corta carne con palas afiladas. Y, cuando sobrevive, se ve haciendo cola ante la cocina rodante para una sopa de ortigas, o ante el puesto de socorro para un vendaje improvisado. Y sueña en un lecho blanco de hospital, delante de un enfermero que ríe entre dientes.

Con tres tabletas de aspirina y una floja compresa, el herido leve continúa. Los suyos están ya muertos.

Llega a una sección extranjera, se convierte en agente de enlace, corre con mensajes entre las granadas, el fuego de barrera, sobre el terreno minado, hasta que cae también gravemente herido o muerto.

Es enviado de unidad en unidad y raras veces recibe su correo. Mejor es así, porque cualquier carta reaviva en él la añoranza del hogar perdido y destruye el más ínfimo equilibrio nervioso. Un muchacho de veinte años se derrumba. «Sálvate —se dice—. Nada debo a la patria, y, ahora, ella quiere mi vida». Entonces, enloquecido, carga con su mochila y vaga de un lado a otro en la retaguardia. Pero allí lo esperan los diablos de la Policía; los

soldados castigados de la sección Todt cavan fosas a ras de tierra; las ejecuciones en masa son un buen escarmiento.

—¿Querías largarte? —preguntamos a un camarada, viendo que arroja su mochila en un rincón.

—¿Por quién me tomáis? —miente.

—¿Por qué renunciar a este agradable bunker? —dice *Hermanito*—. Habríamos podido pasar el invierno en él.

Pero mira a su alrededor con aire triste.

Un impacto terrible hace saltar el bunker como una pelota de caucho. El techo se hunde y el interior se llena de un humo asfixiante que apaga la lámpara Hindenburg.

—Es preciso que vaya a ver al jefe —dice *el Viejo*, empuñando su fusil ametrallador—. Se está preparando una ofensiva colosal.

—*Hamd'Alá* —responde *el Legionario*—. ¡No quedará de ti ni un botón de la guerrera!

—Una ofensiva colosal —repite *el Viejo*—. Esta vez, la cosa será sonada.

—¡Es culpa de los judíos! —grita Heide—. Los mismos que crucificaron a Jesús.

Nadie le responde.

En un rincón, el soldado Jacobo explica sus cuentos conyugales.

—Tu mujer, ¿es pura sangre? —pregunta *Porta*.

—No del todo, pero algo. Hay que vivir, y lo mejor posible. Cuando se tiene una mercancía que vale ¿por qué no vender un poco? —Saca una foto de su cartilla militar—. Mirad: mi mujer es una fragata que se dirige en derecha al candidato que percibe en el horizonte. Podéis decir que miento si Grethe no tiene en este momento un huésped de pago en el lecho conyugal.

—¿Y tú lo soportas? —dice Heide, irritado—. Yo la haría buscar inmediatamente por la gendarmería de campaña. El Führer dijo que las mujeres infieles deben ser enviadas al burdel. No son dignas de la sociedad nacionalsocialista. Alemania tiene que quedar limpia de putas.

—Bueno. ¡Sería realmente fastidioso! —ríe *Porta*.

El Viejo acciona desesperadamente la manivela del teléfono y vocifera en el micrófono.

—Pero, a fin de cuentas, ¿qué pretendes? —pregunta *Porta*—. Sabemos de antemano el resultado: es la retirada. Hemos empezado ya el viaje de regreso, y mentiría si te dijese que esto me contraría.

—¡Quiero hablar con el regimiento! —grita *el Viejo*—. ¡Necesito órdenes!

—Puedes fabricarlas tú mismo.

—¡Idiota! —gruñe *el Viejo*—. La línea está cortada. Segundo grupo: necesito dos hombres para repararla. Hay que restablecer urgentemente la comunicación.

—¡A la mierda! ¡No en este momento! Estás chalado. Si la reparamos en un punto, saltará inmediatamente en otro, y los operarios saltarán con ella.

—Es mejor que nos larguemos —propone *Porta*, enrollándose una larga cartuchera al hombro.

—¡Dos hombres para la reparación! —trueno *el Viejo*—. Quiero una comunicación inmediata con el regimiento.

Son designados dos hombres del segundo grupo. Un suboficial de Comunicaciones y un soldado telegrafista se calan el casco de acero sin protestar y se ponen las máscaras. El aire está tan envenenado como en un ataque con gases.

Doblados por la cintura, avanzan en este infierno. El suboficial marcha en cabeza, haciendo resbalar el hilo entre sus dedos. Primer corte. Reparación y pruebas con el aparato portátil. La línea sigue muda. Siguen adelante, entre las explosiones; descubren otro corte, y así, siete veces la misma maniobra. Por fin, *el Viejo* obtiene su comunicación. Nosotros escuchamos, aguzando los oídos.

—¡Sí, comprendo! —grita por teléfono—. Resistir a toda costa. Perdone, mi coronel..., disculpe, mi comandante. Pensaba que estaba comunicando con mi jefe Aquí la 2.^a sección, 5.^a compañía, sargento Beier. Bunker destruido. Quince hombres... Sí, comandante... Respondo con mi cabeza. ¿Qué hay delante de mí? No lo sé... Parece un Cuerpo de Ejército... No, no es una impertinencia... He arriesgado la vida de dos hombres para obtener la comunicación... ¡Marranos! —murmura, antes de cortar la comunicación.

Le observamos con angustia. Él decidirá lo que vamos a hacer: seguir las órdenes, o bien, única alternativa razonable, largarnos a toda velocidad. Coge otro pedazo de tabaco de mascar, empieza a estudiar el mapa y tira de su nariz de patata.

—A vuestros puestos, y coged las mochilas.

—¡Oh, no! —gime *Porta*—. ¿Tenemos ahora que jugar a los héroes?

—¿No lo habéis oído? Resistir a toda costa. Somos la basura de la gran Alemania. Tenemos las órdenes; ahora será Iván quien decida.

—Este maravilloso bunker... —se lamenta *Hermanito*—. ¡Jamás encontraremos otro igual!

—Al próximo, si te queda tiempo, le añadirás una piscina.

Ruido de motores y chirridos de orugas al otro lado de la carretera de Lenino, viniendo del Este. Las armas, ¡pronto! Granadas de mano, minas, cartucheras, palas cortantes, cuchillos de trinchera, explosivos magnéticos.

Y esperamos... con los nervios a flor de piel.

Una bengala arroja su luz mate sobre el terreno removido, y tenemos la impresión de que se levantan miles de cadáveres. La bengala se apaga poco a poco, pero se enciende otra. Se agita el frente. Un depósito de artillería vuela por los aires e ilumina bosque cercano con una luz de color de rosa.

¡Ahí están! Llegan en masas compactas. Un alud de hombres. Infantes envueltos en grandes abrigo blancos de camuflaje. Piernas, millares de piernas con botas pisotean la nieve. Dondequiera que se mire hay botas que corren. Es una marea, un océano de soldados.

—¡Viva Stalin! ¡Viva Stalin!

De pronto, crepitan todas las armas automáticas. Las olas humanas caen como la mies bajo las máquinas segadoras; pero los siguen otras, y otras, con las bayonetas caladas. Se dice que, esta noche, el mariscal Zukov estuvo en el frente y no volvió al Kremlin hasta que estuvo seguro de la derrota del Ejército alemán.

La segunda ola de soldados de Infantería agarra los cadáveres a modo de escudos y reanuda el ataque. Pero, otros asesinos, esta vez nuestros, salen de entre las nubes y lanzan una cortina de bombas sobre los atacantes. En el suelo, el ataque vacila; la nieve se tiñe de sangre; los rusos huyen, pero son recibidos por los NKVD que, a tiros y culatazos, les empujan hacia delante. Pesadamente, avanzan sobre la nieve, flotando al viento los grandes abrigo.

—¡Viva Stalin! ¡Hurra Stalin!

Apuntando nuestras armas a la altura del vientre, resistimos un nuevo ataque; la ola humana vacila ante el fuego mortífero; empieza a cundir el desorden en las filas enemigas.

—¡Adelante, cobardes! —ruge un comisario, disparando sobre sus propios hombres.

Pero el pánico se apodera de las hordas. Asesinan a los comisarios; ya no son soldados, son bestias aterrorizadas huyendo del matadero, de los matarifes despiadados que se yerguen delante y detrás de ellos.

De pronto, con un ruido desgarrador, estalla un tornado de granadas sobre la posición. Cerca de mí, un chiquillo, es el último de toda su compañía, me mira aterrorizado, con los labios blancos. Aunque lleve poco tiempo aquí, ha visto ya un mundo de horrores.

Ahora, el temporal aúlla, ruge, gime encima de nosotros. La tierra salta como impulsada por un enorme arado.

—¡Virgen santa! —reza el muchacho, arrodillándose y juntando las manos.

Le miro de reajo... Dentro de poco estallarán sus nervios y se precipitará bajo las bombas rusas. Agarro mi pistola por el cañón, para dejarle sin sentido; pero, si le golpeo demasiado fuerte, corro el peligro de romperle el cráneo... ¿Y no ocurrirá lo mismo si son los rusos quiénes le atrapan? El HDV me ordena que le impida salvarse.

Un rugido agudo, y una *colosal* columna de fuego detrás de nosotros. He soltado mi pistola y tengo la impresión de que todos mis huesos están hechos añicos; el muchacho está medio tumbado encima de mí.

Ahora disparan sus grandes obuses. ¡La visión es atroz! El montón de cadáveres se ha transformado en una papilla indescriptible, en una masa de carne y de sangre. ¡Qué miedo tengo! Pero es preciso dominar este miedo. Tengo que sostener el «LMG» con la bayoneta triangular.

—¡Dios mío! ¡Estoy herido! —grita el joven infante tumbándose en el fondo de la trinchera como un animal acosado.

Me acerco a él, pero se escapa; echa a correr por la tierra de nadie.

—¡Virgen santa, estoy ciego!

Cae de rodillas, llevándose las manos al sitio donde estaban sus ojos.

Un sollozo desgarrá mis oídos; pero me agacho con toda rapidez, porque un obús se me viene encima, y es mejor no estar donde caen esas cosas. Llueven sobre mí toda clase de porquerías. Me palpo el cuerpo... ¿Estoy herido? De momento, uno no se da cuenta. Levanto prudentemente la cabeza y echo una ojeada por encima del parapeto. Donde estaba el joven infante, no veo más que un enorme cráter. Yo no tengo nada, pero, a mi alrededor, reina un verdadero caos.

Escucho... La artillería no es solamente un ruido espantoso, imposible de describir, sino también un mundo de informaciones que sabe descifrar el veterano del frente. Un tiro de artillería enemiga está ya en camino. Con corazón palpitante, observo por encima del parapeto. Hay algo que se mueve allá abajo... ¿Los rusos? No. No es más que un infeliz y pequeño abeto, salvado no sé cómo e inclinado sobre el terreno por la presión del aire ardiente. Sin duda el único árbol superviviente. Hace tiempo que todos los gigantes del bosque yacen en el suelo, y una idea tonta cruza por mi cerebro: si el pequeño y testarudo abeto sobrevive, también yo saldré del paso.

—Doblégate —le digo al abeto cuando oigo el silbido del siguiente obús.

La nieve me empapa, pero no resisto la tentación de mirar a mi mascota: el abeto sigue allí, doblegándose caprichosamente e irguiéndose de nuevo. Una protesta verde sobre la inmensa blancura.

Inclinado hacia delante, cubierta la cabeza con el casco de acero y llevando la pipa entre los labios *el Viejo* acude a cada uno de sus hombres. Tiene un pedazo de salchichón para mí.

—¿Qué tal?

—Es terrible.

Se quita la pipa de la boca y contempla el cráter donde ha desaparecido el joven soldado.

—¡Bueno! Veo que en tu casa ha habido mucho jaleo. ¿Ninguna tragedia?

—Nada de particular. Un soldado de Infantería que se había quedado ciego ha sido pulverizado después. Tal vez haya sido mejor así.

—¿Uno de los nuestros?

—No creo. No le conocía.

—Entonces, peor para él. ¡Son tantos los que caen! ¡Es una mierda!

Y *el Viejo* se dirige a ver a otro y desaparece tras la próxima esquina. ¡*El Viejo* está vivo! Por consiguiente nada puede pasarnos.

—Da la casualidad de que la sección de *el Viejo* es la que recibe los palos —dice *Porta*—. Como siempre.

Cuando la cosa se calme un poco, iré a buscar la placa de identidad del joven soldado. Para los suyos.

Ahora sólo disparan las baterías ligeras y los lanzadores de granadas. Desde luego, son terriblemente peligrosos, pero menos que los grandes obuses. Pensándolo bien, hay manera de evitarlos. Los hombres como *Porta* pueden calcular exactamente dónde caerá el ingenio, con sólo oír el disparo. Los menos experimentados no distinguen el ruido del disparo del de la explosión. Yo he contado exactamente veintidós segundos entre los dos. Es más de lo que hace falta para meterse en un agujero donde se esté un poco protegido; por lo demás, es muy raro que dos granadas vayan a dar precisamente en el mismo sitio; la segunda puede estallar en la pared del cráter, pero nunca oí decir que cayese justo en el fondo, y yo me refugio en lo más hondo del enorme agujero producido por la bomba.

Con un ruido infernal, los morteros disparan por encima de mi cabeza. Esos morteros de 80 mm son horribles. Lanza toda clase de porquerías, y uno no puede estar nunca tranquilo. En la tierra removida del agujero donde me he metido, veo de pronto algo que brilla. Es la placa del joven muerto.

«Stamkompagnie. Infantería Ersatzbataillon 89. Fenner Ewald, nacido el 9-8-24».

Ahora sabrá su familia que ha caído por el Führer y la patria, «en un combate glorioso». Nunca les diré la verdad. Su hijo tiene que haber caído como un héroe. Éste será su consuelo. Lo es para todos los alemanes. Toda familia alemana está orgullosa de contar con un héroe.

Me arrastro hacia la «MG». El fuego de artillería vuelve a empezar; la metralla silba a mi alrededor. Mi pequeño abeto permanece en pie.

De pronto, se hace el silencio. Un silencio espantoso. Después, surge el grito, un grito prolongado y plañidero, salvaje.

—¡Uhí! ¡Uhí! ¡Uhí! ¡Perros alemanes! ¡Los rusos vienen a buscaros!

Una ametralladora escupe; otras la imitan; las balas silban por encima de la tierra de nadie. Después, suena de nuevo el grito prolongado, fúnebre, plañidero... Que unos hombres puedan gritar de esta manera, es algo que hiela el tuétano.

—*Germansky!* Vamos a buscaros. ¡Jamás saldréis de la tierra rusa! ¡Os cortaremos las orejas y los testículos! Fritze, ¡temblad! ¡Esta noche iremos a cogerlos!

Una llama cegadora y me siento lanzado al aire. Caigo en un charco de sangre, de huesos y de nieve. Al recobrar el conocimiento, me doy cuenta de que la presión del aire me ha arrojado cerca de las líneas rusas. Les oigo hablar... De vez en cuando, los lanzagranadas iluminan el terreno. No lejos del lugar donde yazgo, debe de haber una batería de campana, pues los disparos me taladran los oídos sin descanso.

Las horas pasan lentamente, incluso en este corto día de invierno. Pero lo más horrible es el frío. A mi alrededor, incluso los cadáveres parecen encogerse. El frío ruso lo devora todo; llega la noche y parece que destile el frío..., ese frío mortal.

Con infinitas precauciones, me arrastro hacia los míos. Pero siento un pánico cervical. ¿Sigo la buena dirección? Porque son siberianos los que tenemos ante nosotros, y uno se muere de miedo sólo al pensar que podría caer en sus manos.

Con los nervios a flor de piel, sigo arrastrándome quedo inmóvil cuando una bengala estalla encima de mi cabeza, me meto en un agujero si el fuego hace demasiado violento. Busco el próximo refugio a la luz de las balas trazadoras. En todas partes se alzan alambradas y, con frecuencia, un cadáver colgado parece hacerme señas con sus brazos oscilantes y ensangrentados.

¡Voces alemanas! Hace horas que me arrastro en este paisaje lunar, y lloro sobre la culata de mi fusil ametrallador. Parte de nuestras líneas un terrible fuego de barrera; pero, desgraciadamente, disparan a veces demasiado corto... Unas bombas se deslizan. Oigo a *Porta* y a *el Legionario* que me están buscando.

—¿Estás herido, viejo? ¡Nos hemos hartado de buscarte! —dice *el Legionario*, sofocado.

Porta me alarga una cantimplora llena.

—¿Dónde diablos te has metido? *El Viejo* te consideraba perdido. Nos prometió un buen trago si te encontrábamos vivo.

A la luz de una explosión, vemos algo que se mueve en una brecha de las alambradas. Levantamos las armas, pero *Hermanito* salta junto a nosotros, con una camilla bajo el brazo.

—¡Pedazos de alcornoque! —gruñe—. ¡Me harto de arrastrarme y de jugarme la vida por vosotros! ¡Y vosotros aquí, pasándolo de primera!

Una hora más tarde, estamos sentados sobre cajas de margarina al lado de la cocina rodante y, de vez en cuando, nos miramos satisfechos. ¿Qué más podemos desear? Dados, una olla de alubias, fuego para calentarnos las nalgas y, sobre todo, la lluvia de granadas a respetable distancia.

Hermanito me ofrece un cigarro grande. Él fuma dos a la vez, pues el otro día hurtó una caja entera, cuando llevaba a nuestro general de División.

Pero a mí me persigue el recuerdo del joven infante y me siento culpable de su muerte porque le permití escapar. Mañana tendré que contárselo a *el Viejo*, que me escuchará en silencio, chupando su pipa. *El Viejo* es el único que me devuelve un poco el equilibrio. Me lleva junto a los tiradores distinguidos, los matadores con estrellas de sargento y observamos con los gemelos sus asesinatos impremeditados.

—Matar —dice *el Viejo*— acaba por ser una cosa natural. Cada vez que se mata a uno del otro bando, hay uno menos para matarnos a nosotros. Incluso se dice que la guerra es necesaria para mantener un nivel aceptable entre los muertos y los vivos.

Durante toda la noche, mientras nos atiborramos *choucroute*, oigo temblar la tierra al otro lado con ruido ininterrumpido de motores.

—Iván calienta sus «T 34» —dice *Porta*, brevemente.

—Dentro de un par de horas los veremos —asiente *el Viejo*, con aire pensativo.

Y ordena preparar las minas y las cargas magnéticas.

Va pasando el tiempo... Después, un fuego corto de artillería destruye unas baterías antitanques detrás de nuestras líneas.

¡Ya vienen! Llegan a toda marcha, con las anchas orugas levantando nubes de nieve. Su artillería trueno sin descanso sobre la débil red de trincheras alemanas.

—Tranquilos —dice *el Viejo*—. Agachaos y dejad pasar los tanques. Después, arrojadles las minas y las cargas magnéticas.

En un abrir y cerrar de ojos, los tanques rompen el frente alemán en profundidad. Pero, al otro lado del río, ruge una «FLAK» y dieciocho «T 34» saltan por los aires. La infantería es diezmada por un fuego terrible. Retirada de los carros blindados hacia el punto donde las líneas alemanas son más débiles.

Pero, en numerosos puntos, las tropas de choque rusas han roto también el frente y se desparan en el campo. Unos cuantos «T 34», acompañados de esquidores, corren hacia el Oeste y machacan las posiciones alemanas de apoyo.

En Schaiamowo, un Estado Mayor de división hace los bártulos a toda prisa. Se oye el ronroneo de una larga hilera de camiones. El comandante de la División, envuelto en su largo abrigo de pieles, ordena a su jefe de Estado Mayor que tome el mando: «Las posiciones deben ser mantenidas hasta el último hombre».

—Son las últimas convulsiones del enemigo —explica al oficial recién salido de la Academia de Guerra.

—Sí, mi general; comprendo. Se trata de una retirada estratégica para atraer al enemigo y destruirlo. Es estupendo —dice el joven oficial, lleno de entusiasmo.

—Exactamente. Confío en que usted hará todo lo necesario durante mi ausencia. Muéstrese duro, para que no se relaje la disciplina. Últimamente, nos han enviado tropas muy malas. Si se porta usted bien será teniente coronel dentro de poco.

El general se marcha con su abrigo y su «Mercedes», satisfecho de dejar en un lugar tan peligroso al incómodo testigo de su repentina huida. A varios kilómetros de distancia, en la orilla de un bosque el general se detiene, toma sus gemelos y contempla interesado unos «T 34» que disparan sobre la fortaleza visiblemente defendida por el comandante. Sonríe satisfecho. Está sacrificando a la 3.^a División en un combate heroico. Esta vez, se ganará la Cruz de Caballero, que hará pareja con la Cruz «del Mérito», que ganó como jefe de Estado Mayor de una División de Infantería en Flandes, en 1917.

Les precede la gendarmería. El capitán de gendarmes, duro como el que más, cuidará de hacer pasar el «Mercedes» del jefe de su División. El ayudante de campo, un capitán que habla con voz suave de falsete, se vuelve, servilmente, en su asiento delantero.

—¿No cree, mi general, que tal vez nos hemos apresurado un poco? Discúlpeme, pero, con la División, habríamos podido montar una buena defensa en este cruce.

El general no responde nada, pero resuelve trasladar al joven homosexual a las fuerzas blindadas, a la primera ocasión. Los ayudantes de campo que piensan resultan peligrosos. Deben obedecer y callar. Enciende un cigarro, pero la primera bocanada de humo se atasca en su garganta. ¿No está ardiendo una aldea delante de él? El coche se detiene. El ayudante de campo le tiende sus gemelos. Silencioso y helado, el general ve unos «T 34» apostados cerca del pueblo; incluso puede leer las inscripciones pintadas en las torrecillas: «¡Matad a los invasores! La chusma fascista». Baja los gemelos.

—Deme su automática, capitán. Son tanques alemanes; sin duda unidades de la 2.^a Panzer. Tome el coche y vaya a ver lo que pasa. Soldado Stolz, quédese conmigo. Conducirá usted mismo, capitán, y vuelva cuanto antes.

El soldado Stolz, cabo veterano en el servicio activo, baja sonriendo del «Mercedes». Sabe muy bien que los tanques son rusos, pero no dirá nada. Si los caballeros quieren matarse entre sí, no es asunto de su competencia. En silencio, amontona las granadas de mano.

—¿Qué va a hacer con eso? —pregunta el capitán, con su voz de falsete.

—Arrojarlas a la cabeza del vecino —responde el cabo, riendo para sus adentros.

—Lleva usted demasiado tiempo en el Estado Mayor —gruñe el capitán —. Habrá que trasladarlo.

También a ti, «señorita», piensa el cabo, con su «LMG» bajo el brazo.

Antes de conducir «Mercedes», tenía fama de excelente tirador, y ahora no suelta su «LMG» mientras mira con aire pensativo al general.

«Tendrías que terminar ante un consejo de guerra, cobarde; pero no podemos tocarte, porque, si lo hiciésemos, toda la sociedad se tambalearía. Eres general. Cuando tú desertas, haces una retirada estratégica y, además, te condecoran». Escupe, con desprecio.

El «Mercedes» recorre menos de un kilómetro antes de desaparecer, aplastado por un «T 34»; pero el ayudante de campo debió morir feliz, como héroe alemán. Otro oficial se lleva al general. El cabo sigue en la zanja,

observando las unidades que desfilan ante él y esperando pacientemente una sección del Cuerpo de tren, la de los víveres destinados al Cuerpo de Ejército. Con esto, ¡se puede viajar por toda Europa! Se tumba a dormir en un camión de carne, y nada podía ya despertarle, salvo una avería del motor. Un camión parado, durante una retirada, está en peligro de muerte.

Veintidós días más tarde, encuentra a su general, y ambos se comprenden sin decir palabra. Después de un largo e ingenioso informe, el general recibe la Cruz de Caballero, y el cabo una ЕК. I (Cruz de Hierro de 1.^a Clase). El general es ascendido a general de División y el cabo es recompensado con un nuevo galón; y ambos se marchan en otro «Mercedes» y hacen planes para la próxima retirada estratégica. Con un nuevo jefe de Estado Mayor, un nuevo ayudante de campo y un nuevo palacio en la retaguardia, como puesto de mando, el ruido de los cañones no turbará el sueño de nadie.

—La guerra no es tan terrible como dicen; sólo hay que saber desenvolverse —explica el cabo a un amigo.

Pero no en todas partes ocurre lo mismo. Cerca de Lokotnya, los «T 34» sorprenden a todo un Estado Mayor de la 78 ID en desbandada. Antes de que el Estado Mayor se dé cuenta de lo que pasa, todos son aniquilados y los «T 34» continúan su avance.

En la lejana retaguardia resuena el grito terrible.

—¡Iván ha roto el frente! ¡Los «T 34» avanzan por la autopista!

El jefe de una batería aislada de la 232 B sigue disparando heroicamente. Reúne una pandilla de fugitivos presa del pánico, les obliga a cavar un refugio alrededor de sus cañones del 10,5 y lanza granadas explosivas sobre las hordas siberianas. Pero, en definitiva, tiene que retirarse. Con sus soldados a modo de bestias de carga, traslada los cañones a retaguardia —esfuerzo sobrehumano que arranca los músculos— y, en la orilla de un bosque, el oficial de Artillería emplaza su batería por última vez.

—¡Fuego!

Durante una hora, sigue tronando la batería; después, se acaban las municiones. Vuelcan los cañones, en una irrisoria barrera antitanque que sólo detiene unos minutos a los «T 34». Jirones sanguinolentos: es cuanto queda de un puñado de héroes.

La infantería rusa marcha detrás de los carros blindados; las orugas entonan un canto de victoria. Aplastan a su paso una cuadra de Caballería, cuyos caballos huyen arrastrando los intestinos. Menuda suerte para los esquiadores siberianos, que devoran crudas las tajadas de carne fresca. Lo

mismo que los esquimales. Ríen a mandíbula batiente y ensangrentada: la carne cruda da más fuerza.

A 150 km detrás del frente, los «T 34» avanzan en dirección al hospital de reserva 243, una apacible región donde no se teme a los rusos. Pero, de pronto, ¡aquí están! Y los comandantes de los tanques contemplan fríamente la carnicería desde el interior de las torrecillas. Los siberianos violan, matan, beben alcohol de la farmacia, saquean el depósito de víveres y, antes de seguir adelante, se orinan sobre todo lo que no han podido devorar.

Y la horrible noche del 5 de diciembre fue testigo del hundimiento del Ejército alemán frente a Moscú. La ciudad era un hormiguero de tropas rusas. Los «T 34» cuya pintura apenas si se había secado, salían de las fábricas en hileras ininterrumpidas. Los artilleros rusos, cronómetro en mano, esperaban órdenes para el más formidable fuego de barrera que jamás se había visto en el curso de dos guerras. Millares y millares de cañones. Una concentración de artillería superior a la de todas las ofensivas de la Primera Guerra Mundial. No había un ruso que no temblase. Aquel trueno inverosímil parecía surgir de las entrañas del infierno; la noche se hacía luminosa como el día; miles de relámpagos brotaban de las bocas de las piezas. Y, al amanecer, aparecieron los aviones, en enjambres, volando tan bajos que la gente pensaba que derribarían las chimeneas de Moscú. Nadie hablaba; nadie gritaba entusiasmado; todo el mundo se miraba con espanto.

El 5 de diciembre, a las diez y media de la mañana, un millón y medio de hombres se lanzó al ataque. ¡Un millón y medio, contra seiscientos mil alemanes!

Tres horas después, había caído la cuarta parte de la oleada humana, pero el resto avanzaba a toda velocidad.

La 2.^a sección de la División Blindada destruyó, en veinte minutos, 223 «T 34», pero la División sufrió un 90% de bajas y todos nuestros tanques quedaron destruidos.

En otros sectores del frente, los tanques rusos avanzaban sin casi encontrar resistencia y penetraban muy lejos en la retaguardia. En todas partes resonaba el grito:

—¡Los tanques! ¡Los tanques!

Todo el mundo se ve presa de súbita locura: médicos, capellanes, cocineros, intendentes, soldados del Cuerpo de tren, burócratas, todos los que hasta entonces conocían solamente el frente por el gruñido lejano de la artillería. Embalan todas sus cosas, llenan los depósitos de los camiones, huyen hacia el Oeste.

¡Los tanques! El grito terrorífico hace estremecer a los que nunca vieron un «T 34» y no pensaban verlo jamás. Pero, todavía más de prisa que los «T 34», corre un rumor que siembra el pánico. Muchos oficiales que hablaban a gritos de una guerra desconocida sufren crisis nerviosas y tienen que ser evacuados para, según dicen, pedir refuerzos. Un alto oficial debe dirigirse siempre a otro alto oficial para demostrarle que los refuerzos son necesarios. Un teniente no podría hacerlo nunca.

Otros, dotados de un gusto más teatral, se suicidan; pero sólo en el momento en que la retirada es imposible, y dejando sobre su mesa la carta obligada al Führer: «Mi Führer, he cumplido mi deber. *Heil Hitler!*». Son muy pocas las cartas que llegan hasta Hitler. La mayor parte de ellas sirven para que se limpie el trasero un soldado ruso. «El frente se ha derrumbado. ¡El frente se ha derrumbado!». Estas palabras están en todos los labios. «El 50 Cuerpo de Ejército ha sido liquidado», murmura confidencialmente un coronel a un general de División, que se apresura a huir hacia el Oeste.

El pánico se propaga a la velocidad de un incendio en la estepa. En un abrir y cerrar de ojos, desaparecen prácticamente todas las reservas alemanas a 100 km detrás del frente de Moscú. Ni siquiera hay tiempo de detenerse a recoger a los heridos; y así, hay ciegos que transportan a hombres con las piernas amputadas por las carreteras; y también hay locos que levantan el brazo y gritan *Heil!* cada vez que un general con galones rojos pasa por delante de ellos en un «Mercedes».

Nadie piensa en los de las primeras líneas, que siguen empeñados en una lucha desesperada, lejos hacia el Este, en las mismas puertas de Moscú. Todas las vías de abastecimiento han sido cortadas; estos desdichados viven de los restos que dejan los rusos, tanto en víveres como en municiones. Hay secciones que luchan como islotes en un mar alborotado, rodeados por todas partes por las tropas enemigas.

—¡Dios mío! ¡No queda nadie! —grita el coronel Moser, por teléfono.

—No, mi coronel; la línea de enlace está intacta, pero nadie responde.

Hermanito sólo se ocupa de sus dientes de oro y dice que le han robado; pero *Porta* sabe muy bien que tiene aún dos saquitos llenos, ocultos en el pecho. El telegrafista intenta aún comunicar con el batallón.

—Se han largado —dice *Porta*—. ¡Buenas noches, Amelia!

—Mancillas el honor de los oficiales alemanes —grita Heide—. Un jefe alemán no huye delante de esos esclavos soviéticos. Mi coronel, tendré que denunciar al cabo *Porta*.

—¡Cállese, suboficial Heide! Me ataca usted los nervios más que la infantería rusa. Cuídese más bien de inspeccionar los puestos de centinela.

—A la orden, mi coronel. El suboficial Heide inspeccionará los puestos.

—Y, de paso, ponte en el camino de una granada —se burla *Porta*—. Así tendremos un contagioso menos. Hay que guardarse de las epidemias.

—¿A qué epidemia te refieres, cretino?

—A la peste parda.

—¡Basta! —grita el coronel Moser—. Estoy harto de todos ustedes y quiero que dejen en paz a Heide. Nada puede hacer, si figura entre los creyentes.

—¿Qué creyentes? —pregunta *Hermanito*, estupefacto—. Yo creía que era un loco nazi.

—Exacto —dice *Porta*—. No pienses más, si no quieres que te dé jaqueca.

Dos terribles explosiones de granadas... Un agente de enlace se precipita en el bunker.

—Informo a mi coronel: el comandante del batallón ha caído con todo su Estado Mayor. El batallón se compone de 160 hombres. Orden del regimiento: la compañía se repliega a una posición de retaguardia. Mi coronel recibirá nuevas órdenes de Novgorod.

Choque de tacones, y el agente de enlace corre a otro lugar. Salta de un cráter de granada a otro, se desliza entre los proyectiles. Jamás hemos vuelto a verle. La vida de estos hombres es corta.

—Retirada —ordena el coronel Moser—. Nos lo llevaremos todo. Sargento Beier, prepare los explosivos. No tenemos que dejar nada a Iván.

Porta sujeta un paquete de explosivos a la puerta del bunker. ¡Ay del ruso que la abra! *Hermanito* mete un cartucho de dinamita dentro de un leño hueco, el cual coloca muy a la vista, encima de la estufa. ¡Muy tentador para hacer un buen fuego! Colocamos sobre una mesa un pedazo de carne podrida atada a un hilo; si quieren quitarla de allí, volará el bunker. Un puñado de granadas sobre un cadáver que estorba el paso. Y otras granadas detrás de un retrato de Hitler. ¡Ningún soldado soviético; soportaría esta foto! *Barcelona* clava una crucecita en una puerta y la conecta con una carga de explosivos.

—¡Buena idea! Ni un solo comisario NKVD dejaría de ordenar que quitasen esa basura. Y entonces, ¡bum!, se acabó el comisario. Y lejos, en las aldeas rusas, ¡dirán que Jesús le ajustó las cuentas a eso demonios!

—Ven, Stege, pues tengo que prevenirte —dice *Porta*, llevándose a su camarada a las letrinas—. Si te sientas en una de esas tablas y empiezas a

cagar, te aseguro que nunca te habrás limpiado mejor el culo. Eso saltará contra tus almorranas, incluso antes de que hayas terminado. He sujetado la tabla a un disparador «Bowden». Pero lo mejor es que los que esperen volarán también, pues he ocultado el resto de las municiones sobre la tabla inferior. ¡Necesitarán mucho tiempo para olvidarse de su cólico!

—¡Al trote! —grita *el Viejo*—. Iván llegará pronto. *Porta*, por el amor de Dios, deja tu saco de víveres y llévate granadas de mano.

—No podría comérmelas, y tengo siempre el estómago vacío.

—¡Pero podrás defenderte!

—¿De qué me servirá defenderme, si me muero de hambre? —replica *Porta*, que no suelta su saco.

La cabeza de la compañía ha cruzado ya el río cuando, a lo lejos, retumban los organillos de Stalin.

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa! —grita el coronel—. Lloverá dentro de poco.

Muchos de nosotros hemos pasado ya cuando caen las primeras granadas. El agua negra salta hacia el cielo, y enormes pedazos de hielo son proyectados en dirección al bosque. ¡Un grito de terror! Es *Barcelona*. La presión del aire lo ha arrojado a un agujero del hielo, y se hunde en el agua mortal. Inmediatamente, *Porta* se cuelga el fusil del cinturón y se arrastra sobre el hielo hacia el agujero donde se agita nuestro camarada. *Hermanito* y yo le seguimos. Él trata de agarrar a *Barcelona*. ¡En vano! Él cae también en la nevera, una nevera tal que parece una tenaza ardiente que arranque la piel.

—¡Imbéciles! —grita *Hermanito*—. ¡Necesitamos un cable!

—¿Y dónde quieres que lo ate?

—En tu miembro, si no tienes otra cosa. ¡El mío aguantaría un «T 34»!

Yo salto hacia atrás para salir del río, donde se está rompiendo el hielo; pero, por fortuna, no caigo en el agua. *El Viejo* me iza a tierra firme, mientras *Hermanito*, de bruces, consigue extraer a *Porta* con su puño de hierro; después, entre los dos, sacan al desgraciado *Barcelona*, tirando de sus pies, como un saco de patatas.

Encendemos a toda prisa una pequeña fogata y obligamos a *Barcelona* a revolcarse desnudo sobre la nieve, para restablecer la circulación. No puede tomarse un baño ruso a 52.º bajo cero sin que vaya seguido de un enérgico tratamiento, pues, si a primera vista parece que no ha pasado nada, el interior del cuerpo está helado. *Barcelona* llora, solloza, maldice; pero nosotros seguimos inflexibles y, al cabo de un rato, sabemos que se ha salvado.

Porta, naturalmente, se las ha arreglado él solo. Se ha puesto el uniforme de un comandante muerto y exige que le saluden cuantos se cruzan con él. Por fin, esto provoca la cólera de *Hermanito*, que considera que se saluda demasiado en la 6.^a de Tanques.

Llegamos a un profundo barranco. No hay puente; sólo unas ramas que se extienden sobre aquél y a las que tenemos que agarrarnos para pasar al otro lado. El soldado Kuno es el último en colgarse de ellas..., pero su rama se rompe, y la última visión que tenemos de él es un cuerpo que cae en el abismo.

—¡Maldita sea! —murmura *Barcelona*—. Habrían podido avisarnos los de allí abajo, en vez de pensar únicamente en salvar su pellejo. ¿Quién se acordó de nosotros?

—El soldado alemán aprende a atacar, y eso es todo —responde el coronel Moser—. La palabra «Retirada» no existe en la Academia de Guerra.

—Sí; se considera como inmoral —suspira *el Viejo*, con voz cansada.

—Claro —dice *Porta*, desdeñoso—. Podría quebrantar el ardor en la lucha. Pero llega un momento en que los héroes están tan fatigados que se puede mear encima de ellos.

—Habláis como bibliotecas —gruñe *Hermanito*—. Ya estoy harto. ¡Hablemos de chicas!

—Como quieras. ¿Cómo era esa enfermera rusa quien violaste el otro día? —pregunta *Porta*, rascándose la axila, punto predilecto de reunión de sus piojos.

—Seca como un jamón suspendido cien años en una chimenea. Además, ésas no tienen la menor idea de lo que pueden hacer dos personas; hace tiempo que lo sé.

—¡Ah! ¿Y cómo lo sabes?

—Un compañero y yo tuvimos una casa de tapadillo en el 19 de la Hein Hoyer Strasse. La barraca pertenecía al peletero judío León, pero, como es natural, éste se había largado al bajar Adolfo de sus cumbres. Al principio, no entendíamos gran cosa y sólo teníamos clientes de paso; pero la experiencia vino después. Incluso había tipos que querían que les concediésemos crédito. Un día, un tipo de Bolivia se pasó de la raya; venía de su selva virgen y se imaginaba que la cosa era gratis; por consiguiente, lo pusimos de patitas en la calle. «¡Cerdo! ¡Cerdo!», gritaba desde la otra acera. Parecía un grito político. Cuando comprendimos lo que quería decir, llamamos por teléfono a los chicos de la Davidstrasse: «Aquí hay un cretino que grita “¡Adolfo cerdo!”». «Muy amable —respondió el tipo de servicio, sin entender nada—. Déjenle

que siga; sin duda quiere decir “*Heil*”». Pero buscaron en el diccionario y, al cabo de siete minutos, estaban allí con sus porras y todo lo demás. El indio que gritaba *cerdo* desapareció más de prisa que alma llevada por el diablo. Ya podéis imaginaros si, después de haber tenido aquella casa, entenderé de putas.

—¡Atención! —grita el coronel Moser—. ¡En fila india detrás de mí!

Unos kilómetros más lejos, alguien dispara contra nosotros desde el interior de un bosque de abetos. Las granadas surcan el suelo duro como el hielo; la luna se oculta detrás de una nube; el fuego de los cañones alumbra en la oscuridad. *Hermanito*, que se ha refugiado detrás de un abeto, dispara su «MG» guiándose por los fogonazos. El fuego enemigo disminuye lentamente. Pasos rápidos se adentran en el bosque; crujen las ramas heladas.

—Dispérsense —ordena el coronel—. La segunda sección irá en cabeza. El enemigo quiere cortarnos la retirada en la orilla del bosque; pero tenemos que pasar. Hay que recoger a todos los heridos. Si se abandona uno solo, someteré a todo el mundo a consejo de guerra. ¿Me han comprendido?

Avanzamos a la manera de los guerrilleros, buscando continuamente refugios contra las ráfagas de balas. ¿Rendirnos? Nadie piensa en ello. En el frente del Este, nadie se rinde jamás.

Caen heridos tres hombres de la 3.º sección. El suboficial Lehnart tiene una rodilla destrozada por la metralla, pero le fabricamos una especie de prótesis por medio de un fusil cuya culata le sirve de pie. Claro que el hombre gime a cada paso que da, pero esto es mejor que morir helado.

¡Es inaudito lo que el hombre puede soportar! Lo comprobamos diariamente con los heridos; el teniente Gilbert anduvo varios kilómetros aguantándose los intestinos con las manos; el *Oberschütze* Zobel cruzó la tierra de nadie arrastrándose, a pesar de que tenía una cadera hecha papilla. El zapador Blaske llegó cojeando a la enfermería, con media cara arrancada y una pierna molida. Sin olvidar al sargento Bauer, que se arrastró hasta la tienda del cirujano, con los dos pies atados al cuello con un cordel. ¡Se imaginaba que podrían cosérselos...! Y el abanderado West, hijo de un general, que estuvo tres días entre las líneas, ensartado en bayonetas verticales y saliéndole los pulmones por la espalda. *Porta* y yo lo recogimos, y aún vivió cuatro días más... La lista sería interminable.

Aunque la mayoría de nosotros tenemos poco más de veinte años, ¡qué experiencia la nuestra! Lo sabemos todo sobre la manera de matar; sabemos si un herido se salvará o no; conocemos todas las clases de heridas: pulmón atravesado por bala o por bayoneta; bala en el vientre; herida por explosivo;

herida por granada; herida en la cabeza... Nuestros conocimientos anatómicos son espeluznantes.

Breve pausa en un claro, para reagrupar la compañía. El sargento telegrafista Bloch tiene rajado el hombro de una cuchillada y sangra copiosamente. Llega el enfermero Tafel; contiene la hemorragia, y todos podemos ver que trabaja de prisa, como un profesional. Ayudado por *Hermanito*, que le da los instrumentos, sus manos expertas cosen la carne desgarrada.

—Saldrá de ésta, sargento —dice, mientras termina el vendaje.

—¿Eres un remendón de esqueletos? —pregunta, asombrado, *Hermanito*.

—Sí —responde Tafel, con voz seca.

Acaba de llegar de Gemersheim.

—Quiero decir un médico de verdad, de los que cobran y tienen título universitario y todo lo demás... —insiste *Hermanito*, lleno de admiración.

—Y si te digo que sí, ¿qué? Ahora soy soldado enfermero, y creo que con esto debe, bastarte, ¿no?

—¡*Porta*! —grita *Hermanito*—. Nuestro enfermero es un verdadero rascatripas. ¡Ven y lo verás! Somos realmente, personas distinguidas.

—Si eres médico, ¿por qué no eres oficial? —pregunta *Porta*, muy asombrado—. ¿Y por qué has salido de Gemersheim?

—Bueno —dice Tafel, a regañadientes—. Sabía que un día tendría que saberse, pero no tenía ganas de haceros confidencias. Os cuido porque es mi deber, pero me importáis un bledo.

—¡Mi coronel! —grita *Hermanito*, con indignación—. ¡Nuestro enfermero dice que le importamos un bledo!

—Bueno, si esto ha de consolarte, te diré que sí: he sido médico.

—Entonces, también lo eres ahora —dice *el Viejo*, chupando su pipa.

—No tengo derecho a trabajar como médico. Puedo darme por satisfecho con ser enfermero.

—¿Por qué? ¿Mataste a algún cliente?

—¡Oh! —tercia *Hermanito*—. ¡La gente distinguida sabe hacer bien las cosas! Nosotros, en Reperbahn, nos contentábamos con un buen porrazo en el cráneo.

—Yo tenía, en efecto, un consultorio y una clientela elegante —dice Tafel—. Todos estaban más o menos neurasténicos, y esto acabó por sacarme de quicio. Una dama de la alta burguesía había descubierto que padecía una serie de enfermedades extrañas. Para librarme de ella, la envié a Badgastein para una cura de aguas y le entregué una carta dirigida a un colega y amigo, que

estaba de médico allí. También él ha sido actualmente degradado a la categoría de enfermero.

—¿Le diste la carta a ella? —pregunta *Porta*—. ¡Una mala ocurrencia!

—Ya lo entiendo —dice *Hermanito*—. La muy zorra, al volver a casa, abrió el sobre por medio del vapor. ¿Quién no quiere saber hasta qué punto está averiado?

—¿Y qué decías en la carta?

—Confieso que fue una idiotez, pero aquella arpía me había puesto los nervios de punta. Decía a mi amigo: «Te envío la peor simuladora de toda la Europa Central. No tiene absolutamente nada, salvo demasiado dinero. Métela en tus baños con cinco kilogramos de sal de cocina y, después, dale una capa de tu hediondo fango. Ella y su marido pertenecen a la clase actual de los parásitos. Preséntales una factura monstruosa. ¡Te tendrán por un genio!».

—¡No sigas! La continuación salta a la vista. Una noche, llaman a tu puerta, y, como eres idiota, vas a abrir en vez de saltar por el balcón. Un recién nacido lo habría sospechado, pero no tú. Dos tipos con largos abrigos de cuero y sombreros negros de fieltro...

—Exacto.

—¿Y qué era el macho de tu zorra?

—Un ss *Brigadenführer* —responde Tafel, como diciendo «La Muerte».

—¡Un verdadero éxito! —se burla *Hermanito*—. Si me dijiesen que eres virgen, lo creería. ¡Habrías tenido que acostarte con ella! Incluso te habría pagado.

—Dejadle en paz —gruñe el coronel Moser—, ¡y en marcha! Las posiciones alemanas no pueden estar muy lejos. Como máximo, un día de camino.

—¡Y un cuerno! —dice Stege, siempre pesimista—. Esos cerdos están ya en Berlín.

El tercer grupo es enviado en misión de reconocimiento. Los hombres maldicen y desaparecen en la nieve.

—Quizá seguimos una mala dirección —gime *Barcelona*, descorazonado.

—Para nosotros, la dirección oeste es siempre buena —dice *Porta*, mientras corta un pedazo de pan ruso duro como el hierro.

Lo comparte con los que tiene más cerca de nuestro grupo, y he aquí que se adelanta un recluta y tiende tímidamente la mano. Lo único que recibe es un golpe de bayoneta en los dedos.

—En la Gran Alemania de Adolfo, hay noventa millones de hombres, y yo no puedo alimentar a todo el mundo. Llama a tu Führer por teléfono y dile que tienes hambre.

—¡El Oeste! —dice Stege, en tono crítico—. Ahora no se oye más que esto. Antes hablábamos siempre del Este.

—Ya te acostumbrarás a marchar hacia el Oeste —dice *Hermanito*, lanzando un pedo de gigante—. ¿No será que el espacio vital del Partido está en el Rin? ¡Se ven tantas cosas raras!

Y estalla en locas carcajadas, tan cómica le parece la derrota.

Prosigue la retirada. Cruzamos pantanos helados mesetas, bosques. Liquidamos rusos aislados y bandas de partisanos.

—Hay que pasar a toda costa —dice *el Viejo* al coronel, durante una corta pausa—. Mientras tengamos municiones.

—Y cuando hayamos gastado toda la pólvora levantaremos a Iván por el culo y lo aplastaremos en el suelo —gruñe *Hermanito* en la oscuridad.

—¿Y si nos rindiésemos? —insinúa el sargento Bloch.

—¡Antes le arrancaría la cola al diablo! —grita *Porta*.

—¡Qué mala suerte tuvimos al aterrizar en este ejército de mierda! —replica *Hermanito*—. ¿Lo estás viendo? Uno se vuelve militarista.

—Vamos, en marcha —ordena Moser—. Agrúpanse. El servicio de enlace a retaguardia. El primer grupo en cabeza.

Pero he aquí que llega el grupo de reconocimiento; todos jadean a más y mejor.

—Hay vigilantes en un árbol de cada dos —aseguran, derrumbándose en la nieve—. A cuatro kilómetros, hay una aldea y, en ella, una sección de tanques.

Moser lanza un juramento.

—¿Y al otro lado de la aldea?

—No lo sabemos.

—Entonces, ¿por qué creéis que os he enviado en misión de reconocimiento? —truenan el coronel.

—Mi coronel, parece que el bosque termina un kilómetro más allá de la aldea. Dos «T 34» la guardan por este lado.

—¿Y decís que no lo sabéis? —ruge Moser, con semblante escarlata.

Mientras tanto, *Hermanito* nos obsequiaba con un relato soporífico de su falso matrimonio:

—... Al anoecer, habíamos llegado a una especie de posada donde se podía alquilar una cama para una noche. Como habíamos birlado un

«Mercedes» blanco en la Reperbahn, ¡menudo pisto nos dábamos! Al despertarme, borracho como una cuba, me pregunté si había aterrizado en un burdel. Pero no. La puta que tenía a mi lado me dijo de golpe: «Buenos días, maridito mío. ¡Qué bueno es el matrimonio!». «No lo sé; nunca lo he probado». Y empezamos a retozar de nuevo, mientras se calentaba el café. Pero aquello me intrigaba. «¿Qué quieres decir con esos cuentos de matrimonio?». «¡Qué pícaro eres! ¿No te acuerdas de que nos casamos ayer por la noche?». «¿Yo? —exclamé—. ¿Yo, encadenado?». «Una boda estupenda. Todo el pueblo debe de estar borracho perdido». «¿Y también otros fueron encadenados?». «Toda la compañía —me respondió—. Incluso Emil, que es el tenorio más grande de Hamburgo». Reía tanto que se le caían los dientes en el café y tenía que volver a ponerlos en su sitio sorbiendo como un hipopótamo en el agua. A medida que recobraba el juicio, me daba cuenta de que todo había sido un embuste, y discutí el asunto con los compañeros. Para librarnos de aquellas malditas putas, les dimos la llave del «Mercedes» robado, diciéndoles que nos esperasen en el Banco de Comercio de la Kaisersplatz. Emil, que reía como un estúpido, llamó a los Schupos y les dijo que una pandilla de chicas iban para allá en un «Mercedes» robado...

—¡En pie! —dice Moser, con impaciencia—. Tenemos que pasar, aunque tengamos que cortar el cuello a cuantos se interpongan en nuestro camino.

—A vuestra salud —dice *Porta*—. Me acuso de haber comido.

—En la Bernhard Nocht Strasse —sigue contando Hermanito, infatigable—, había un loco que cortaba el cuello a las putas. Todos los mayoristas del ramo pedían la muerte del saboteador...

—¡Cállate de una vez! —dice *el Viejo*, exasperado—. ¡Déjanos respirar! Además, se te oye a kilómetros de distancia.

Poco después, el bosque se aclara; sólo hay árboles pequeños y esmirriados. Sin duda hubo algún incendio forestal por estos andurriales. Reina un silencio amenazador; cada árbol parece acecharnos. Con los sentidos alerta, nos deslizamos dispuestos matar.

—¡Una aldea! —murmura Stege, aterrorizado, dejándose caer sobre la nieve.

No se ve a nadie, pero el viento nos trae un ruido de motores y de orugas. La niebla parece un sudario. En algunos puntos, está a ras del suelo y sólo deja ver la copa de los árboles.

—Es el pasillo de la muerte —murmura *el Viejo*, observando la aldea con sus gemelos—. Si nos acercamos, dispararán contra nosotros como si fuésemos conejos.

—Es nuestra última oportunidad —responde secamente el coronel—. La niebla nos oculta.

Observa la compañía, tumbada en pequeños grupos sobre la nieve, y alza el puño cerrado, dando la señal para la marcha. Muy fatigados, nos levantamos despacio. Moser y *el Viejo* marchan en cabeza. La nieve cruje bajo los pies; las armas chocan. Cada ruido nos parece llenar el mundo. La niebla se hace más espesa. El hombre que va delante se sumerge bajo la húmeda sábana; aumenta el ruido de los motores. Ahora se oye muy cerca.

—¡Qué horror! —dice Barcelona—. Es como si el verdugo estuviese afilando el hacha para el último afeitado.

Avanzamos en fila india, con toda la rapidez que nos permite la nieve profunda.

—¡Mierda! —dice de pronto *Hermanito*—. Vamos a caer directamente en brazos del vecino.

—Más a la derecha —murmura *el Viejo*.

El coronel camina fatigosamente, con respiración entrecortada. Hay que desarrollar una fuerza hercúlea en esta nieve profunda, y cada vez que uno levanta el pie piensa hacerlo por última vez. Es para echarse a llorar. De buena gana nos tumbáramos en el blanco colchón sin fondo. Con las capas flotando al viento, unos esquiadores rusos pasan muy cerca de nosotros, como fantasmas, y nos cubren con una nube pulverulenta. Desaparecen antes de que nos demos plena cuenta de su presencia.

Toda la compañía se pone de rodillas, prestas las armas.

—No creo que nos hayan visto —murmura *el Legionario*, muy inquieto a pesar de todo.

—No estés tan seguro —murmura *el Viejo*, acariciándose la nariz.

—Entonces, ¿por qué no se han detenido? —pregunta *Porta*—. ¿Qué se traen entre manos?

—Saben lo que hacen. La mitad de los hombres mueren de miedo con sólo verlos.

—En marcha —ordena Moser, levantando el puño—. Mientras no nos ataquen, tenemos que avanzar.

Envía a un grupo de comando hacia delante, arrastrando la «LMG» en un pequeño trineo; siempre es menos fatigoso que llevarla auestas.

—No podemos tardar mucho en encontrar nuestras líneas —murmura el coronel.

—Nunca se sabe —dice *Porta*, escéptico—. Cuando un ejército y sus generales empiezan a largarse, pasa como con los vagones, que bajan solos

las pendientes. Tal vez están estableciendo un nuevo frente cerca de Berlín. ¡Esto sería estupendo! ¿No es una locura hacer la guerra tan lejos de casa, cuando puede hacerse en sus puertas?

—Yo tengo un pánico atroz —dice Barcelona—. Esos cazadores con esquí nos están acechando en alguna parte. ¡Es imposible que no nos vieran! ¡Pasaron a medio metro de nosotros!

Llegamos a una cresta. ¡Ya está! Surge una lluvia de balas de un bosquecillo donde se han apostado los rusos. Nuestro comando es aniquilado hasta el último hombre.

—¡Dispararé de flanco contra esos cerdos! —grita el sargento telegrafista—. Que me siga la 4.^a sección. ¡Marchen!

Porta nos cubre con su «LMG», y sus ráfagas bien dirigidas mantienen a los esquiadores cuerpo a tierra. Lanzando granadas de mano, cruzamos el bosquecillo. Allí yacen cadáveres a los que arrancamos sus chaquetas de piel de cordero y sus capas de camuflaje.

—¡Pronto! ¡Adelante! —grita Moser—. ¡Conviene que estemos lejos cuando vuelvan!

Nuestros muertos quedan detrás de nosotros y clavan sus ojos abiertos en el cielo gris y frío. De pronto, una granada estalla delante de nosotros... Nos enterramos en la nieve en polvo, que constituye un buen refugio contra estos ingenios.

Y, de improviso, un «T 34» sale roncando de la niebla, en línea recta hacia nosotros. Ni siquiera la nieve apaga el ruido atroz de sus orugas. Con sacudida, se detiene y dispara. La granada estalla detrás de nosotros. El soldado Lolik grita desesperadamente. Sé lo que significa este grito: debe de tener la espalda abierta hasta los pulmones.

—Esta vez, es el fin —dice *el Profesor*, enjugando sus gruesas gafas, mientras unas lágrimas hielan en sus mejillas.

—No te rajes —le dice Hermanito—. Ve a la furgoneta y tráeme una mina magnética. Están en la parte de atrás. Ya verás cómo rompo ese huevo duro.

—¡No querrás que retroceda! —dice *el Profesor* aterrorizado—. ¡Me matarían!

—Corre, pelmazo, y haz lo que te digo. Cuando hay guerra, hay muertos.

Mientras *el Profesor* retrocede arrastrándose en busca de la mina, el monstruo de acero avanza lentamente y su ametralladora barre la nieve no lejos de nosotros. Vuelve *el Profesor*, trayendo dos minas.

—Está bien —dice Hermanito—. Me bastaba con una, a menos que quieras tú volar otro «T 34» antes de volver a casa, para que te den la cruz de

Adolfo.

—¡Oh, no! —gime el noruego—. ¡Fui el mayor imbécil del mundo al incorporarme a vuestro maldito ejército!

—No hace falta que lo digas. ¿Qué viniste a hacer en el país de los prusianos, que te consideran una mierda? Todo lo que no es prusiano, no existe para los prusianos.

El «T 34» sigue avanzando y disparando contra la cresta.

—Procura hacerte tan pequeño como una mosca en el ojo del culo de una vaca —le aconseja *Hermanito*—. Y sobre todo, ¡no trates de huir! Es lo que esperan los tipos del carro. Esta vez, nos pillarían.

Hermanito dobla una pierna y aprieta la mina «T» contra su cuerpo. Como un muelle encogido, espera pacientemente a que el monstruo se ponga a su alcance. Con su mina bajo el brazo, se arrastra en la nieve profunda que lo cubre. El «T 34» hace saltar grandes pedazos de hielo, y las balas de su ametralladora barren el sitio donde estaba el gigante hace un segundo. Veo que se prepara para saltar.

—¡Protégale! —digo, desesperado, a *Porta*.

—¿Con qué? ¿Tienes acaso una «PAK» en el bolsillo? ¿Qué puedo hacer contra ese cerdo con esta porquería? —Y da una furiosa patada a la «LMG».

—¡Quisiera ser un ratón! —gime *el Profesor*.

Bastaría mover los ojos para que nos descubriese el monstruo.

Aprieto las manos contra mis oídos; el chirrido de las orugas me vuelve loco. El monstruo se acerca, implacable, y su ruido parece un canto fúnebre. Quisiera cavar una galería como los topos, pero no me atrevo a hacer nada... El menor movimiento, y nos descubrirían los ojos helados de la torrecilla. Con felinos ademanes, *Porta* coge una mina magnética y la prepara.

—Bueno, ¿dónde está *Hermanito*? —dice *Stege*, crispado.

—Debe de estar durmiendo. Nadie le gana en esto.

Pero *Hermanito* no duerme. Observa al coloso de acero que avanza directamente sobre él, tambaleándose. Tranquilo como un iceberg, contempla la enorme torrecilla y los anchos flancos del carro, que se desliza sobre el último pliegue de terreno, detrás del cual estamos agazapados. A cada segundo, espero la muerte. ¡Y qué muerte! Tengo que morderme los puños para dominar mi afán de huir.

Hermanito tensa la pierna debajo de su cuerpo, presto a saltar. ¿Quién diría que es un pillastre de la Reperbahn, un desecho de la sociedad, ese hombre que se dispone a realizar un acto heroico ante el que se echarían atrás los propios generales? Los pobres son siempre los mejores soldados. Ahora,

el tanque está a unos ocho metros. *Hermanito* se arrastra en su dirección con su pesada mina «T» dejando un largo rastro detrás de él. Jadeantes, todos los hombres de la compañía siguen con los ojos la hazaña mortal. *Hermanito* tira del cordel y se acerca la mina... ¡Un salto de fiera! Ya está en pie, y se precipita contra el monstruo, en ese espacio de seis metros en que el «T 34» está como ciego.

Como un discóbolo, levanta la mina por encima de su cabeza. Nadie que no fuese este gigante sería capaz de una cosa así. La mina vuela con su cordel y va a dar exactamente debajo de la torrecilla. *Hermanito* saluda y desaparece en un hoyo de la nieve.

El carro da una sacudida, como si hubiese chocado con un muro de hormigón invisible. Surge un huracán de fuego; una explosión enorme proyecta cosas indescriptibles hacia el bosque, mientras se forma un hongo negro encima de la columna de fuego. Y tabletea la «LMG» de *Hermanito*. Los tiradores caen como bolos, y el gigante dispara, dispara, hasta que su arma se encasquilla.

—¡Sucia propaganda alemana! —vocifera—. ¡Si al menos tuviese una «Maxim» rusa! Al menos, mete tanto ruido que la gente se orina de miedo.

—¡Vámonos! —grita Moser—. ¡Antes de que lleguen más tanques!

Damos un rodeo por el norte de la aldea, cortando el cuello a tres centinelas antes de que puedan dar la voz de alarma. Marchamos desesperadamente, corriendo a través de setos y zarzales. El miedo pone alas en nuestros pies. Llevamos a cinco heridos con nosotros. Uno de ellos muere muy pronto y lo abandonamos, apoyado contra un árbol y con los ojos fijos en el tan deseado Oeste.

Con los pulmones a punto de estallar, nos precipitamos en el bosque, que es más seguro que el llano. La niebla se pega como una papilla helada a nuestros vestidos. Se oyen voces de mando rusas, ruidos de orugas; el miedo nos da alas, pero tenemos todos los músculos tan doloridos que el coronel Moser ordena un cuarto de hora de descanso.

Agotados, nos derrumbamos en el suelo. A pesar del frío cruel, el sudor nos empapa el rostro y los uniformes se nos pegan al cuerpo.

—¡Estos cochinos piojos! —ruge *Porta*, retorciéndose—. En cuanto uno se calienta un poco, ¡desencadenan su miniguerra mundial!

—Es posible que sea así —asiente *Hermanito*, mientras contempla dos ejemplares particularmente gordos—. Ese de la cruz roja en la espalda debe de ser un piojo comunista; el gris, un nazi. Pero se ponen de acuerdo para hartarse. Son mucho más listos que nosotros.

Aguzamos el oído... Nada. Ni un ruido. Sólo el silbido del viento entre los abetos. Moser despliega el sucio mapa y llama a *el Viejo*.

—Dígame, Beier, esa aldea que acabamos de pasar era sin duda Nievskoyo, y aquí —dice, mostrando otro punto— está el pueblo donde, según las informaciones, se hallaba acantonado el Estado Mayor. ¿Cree usted que todavía estarán allí?

—Es muy dudoso —sonríe *el Viejo*—. Los Estados Mayores no se sienten a gusto cuando silban las granadas.

—¡Si al menos supiésemos dónde está el frente alemán!

—Todo el mundo habla del frente alemán —dice *Porta*—. ¿Quién diablos puede asegurar que todavía existe?

—¡No pensarás que el frente se ha derrumbado todas partes! —exclama, angustiado, *Barcelona*.

—No es imposible. Alemania se hunde siempre en un momento u otro. Ha llegado a ser una costumbre. En las puertas de Moscú o más tarde, llegará un momento en que muchos cambiarían de buen grado las estrellas de general por los galones de cabo.

—Entonces, ¿por qué ponen «GOTT MIT UNS» en las hebillas de nuestros cinturones?

—Porque es el único que nos comprende —explica tranquilamente *Porta*—. Siempre se las apaña para que no salgamos triunfantes, pues, en este caso, reventaríamos de orgullo. Cuando nos atizan un buen porrazo en la cabeza, nos quedamos quietos durante unos veinticinco años.

—En todo caso —concluye Hermanito—, nosotros, los alemanes, somos muy bestias.

—Gracias —dice *Porta*.

—¡Ya sabes lo que quiero decir! No tú ni yo, desde luego; pero es algo difícil de explicar.

—Cojan las armas. En fila india detrás de mí —dice Moser, doblando el mapa—. Tendríamos que llegar a puerto antes del alba.

El viento silba en el bosque, levantando grandes bloques de nieve; los árboles crujen a causa del frío y se rompen de golpe con un seco chasquido. Caminamos toda la noche y el día siguiente. Marchamos, arrastrándonos en el crepúsculo de ese mediodía ruso que se insinúa a través de las nubes grises. El viento nos azota con cristales de hielo, y el frío, un frío despiadado, pone sobre nuestras caras máscaras de monstruos. Pero el miedo a la venganza rusa nos empuja. Seguimos. A veces, acurrucados sobre la nieve, tratamos de calentarnos apretujándonos los unos contra los otros, mientras escuchamos,

llenos de angustia, todos los ruidos de la noche. Los enormes abetos se yerguen amenazadores a nuestro alrededor.

—¿Qué hora es? —pregunta *el Legionario*, completamente enterrado en un remolino de nieve.

—Dos y quita una —responde *Porta*, apretándose más fuerte entre *Hermanito* y *el Viejo*.

Está tan delgado que ni un átomo de grasa le protege de la temperatura polar.

—*Naldinah Zubanamuck* —gruñe *el Legionario*.

Un artillero llama a su madre: tiene los pies congelados. Nos turnamos para llevarle suspendido entre dos. Muchos padecen congelaciones y cojean. *Porta* afirma que llevamos dos días muertos y que parecemos esas gallinas que corren después de haberles cortado la cabeza. Hemos andado tanto durante la vida, que seguimos caminando después de muertos...

—¿Creéis que tendremos que seguir andando en el cielo? —pregunta *Hermanito*, frotando con precaución sus flictenas que supuran.

—No, amigo mío —dice *el Legionario*—. Allí tendremos paz. ¡Viva la muerte!

—¡Mierda! —gime *Hermanito*—. ¿Te figuras que podremos descansar por toda la eternidad?

—Claro.

—Entonces, acepto. ¡Bendito sea el día en que la muerte me lleve!

10

Los muertos quedan tendidos en el barro, y los asesinos tienen una coartada. El verdugo no se limita a matar: reza. Vieja Alemania, ¡no merecías esta suerte!

*Le Temps, 3 de julio de 1934.
(Después de la matanza del 30 de junio).*

La gran avenida Bellevue está desierta en esta mañana de mayo de 1942. Los árboles empiezan a mostrar flores entre las hojas de un verde claro. La ciudad parece respirar después del duro invierno. Un «Horch» gris penetra en la avenida, seguido de tres «Mercedes». Los coches se detienen en mitad de la calle, frente a una antigua mansión de aspecto aristocrático. Unos hombres con largos abrigos de cuero negro y gorras grises de ss se apean rápidamente y suben de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera exterior. Les precede un hombre de uniforme gris azulado: Adolfo Hitler.

Golpean la puerta del tercer piso. En una plaquita de cobre, se lee un nombre: Berger. Como la puerta no se abre inmediatamente, uno de los hombres la derriba a patadas. Hitler entra precipitadamente, empuñando su pistola, en el momento en que un hombre alto y vigoroso, envuelto en una bata, sale de una de las habitaciones.

—¡Mi Führer! —exclama, estupefacto.

—¡Traidor! —vocifera Hitler, agarrando a Berger por el cuello—. ¡Traidor! ¡Cobarde! ¡Quedas detenido!

Por dos veces, golpea la cara del pasmado general; le escupe epítetos obscenos; después, levanta su pistola, dispara varias veces y huye del piso, con su capote gris revoloteando a su espalda.

El ss Hauptsturmführer Rochner dijo más tarde a un amigo que, en aquel momento, Hitler parecía un murciélago. Esta expresión le costó la vida; murió en Dachau.

Los vecinos habían oído los disparos y observaban con espanto lo que pasaba, desde las rendijas de sus puertas entreabiertas. Fueron empujados brutalmente. El consejero Walter Blume tuvo el valor de elevar una protesta pública. Fue muerto salvajemente ante los ojos de su esposa y de sus tres hijos pequeños. La mujer, que quiso defenderle, recibió un balazo en la cabeza.

LA PARTISANA

—Es éste el decimoquinto día de nuestra retirada —dice *el Viejo* al coronel Moser—. Si no encontramos pronto a los nuestros, estamos perdidos. Más de la mitad de la compañía padece congelaciones, y la mayoría de ellos tiene ya gangrena. Hay veintitrés heridos, y cuatro de ellos no pasarán de esta noche.

—Lo sé —dice Moser—. También yo estoy acabado. Pero, si los rusos nos pillan, nos torturarán antes de fusilarnos. Tenemos que pasar.

—Si podemos —gruñe *el Viejo*—. Dentro de poco, ni siquiera a culatazos haremos que los hombres se levanten.

—¡Qué retirada! —gime Moser, arrebujándose en su capote.

Porta me da un codazo. Cansado, aterido de frío, me incorporo un poco para ver lo que quiere. Estaba tan bien en este hoyo en la nieve, apretujado contra *Barcelona*. Me da una patata negra y helada, con una sardina dura como la madera. Inicio una sonrisa de agradecimiento que termina en un grito de dolor. No se puede sonreír cuando se ha helado la boca.

Muy despacio, coloco la sardina sobre mi lengua, donde se deshíela poco a poco. ¡Qué maravilla! Un bocado como éste puede durar mucho tiempo, si se sabe administrarlo bien; esto se aprende solamente en Rusia. Meto la patata en un bolsillo; será para más tarde.

—Pero ¿dónde está el frente? —dice *el Legionario*—. ¡Ya no puede estar muy lejos!

—Hace mucho tiempo que decimos lo mismo —gruñe *Hermanito*, rompiendo el hielo de su barba.

También él sufre congelaciones en los pies. Desde hace tres días, ha perdido el tacto en los dedos gordos, y así es como empieza la terrible gangrena que le corroe a uno por dentro. Nadie se atreve a quitarse las botas para cuidar los pies enfermos; se correría el peligro de arrancar la carne al mismo tiempo, y muchos podrán despedirse de sus pies, si éstos no son curados en un plazo muy breve. El hedor de la gangrena no engaña a nadie.

—Esta peste me revuelve el estómago —dice *Hermanito*, mareado.

—Yo me quedo aquí —dice de pronto el sargento telegrafista.

—¿Te has vuelto loco? —exclama *el Viejo*—. Estás perdiendo la chaveta. Es una estupidez rendirse ahora.

—Aguanta un poco más —dice Stege, desde el fondo de su agujero—. Mañana por la noche, estaremos en casa. Irás al hospital. Una cama blanca y limpia, varias comidas al día y buena calefacción.

—No —gime el sargento telegrafista—. Estoy harto. Me incordian vuestras mentiras. Me quedo aquí; sin mí, podréis andar más de prisa. Además, si consiguiera sobrevivir, sería siempre un mutilado, y esto tampoco me gusta.

—Nosotros sólo abandonamos a los muertos —decide el teniente coronel, en tono cortante—. Mientras respiremos, continuaremos la marcha.

—¿Y después? —pregunta el sargento, con impertinencia.

—Los médicos dirán.

Pero al día siguiente sólo podemos avanzar en breves etapas. Continuamente necesitamos descansar. Ocho quedaron ya en la nieve, a nuestra espalda. En el último alto, el sargento Loewe se clavó, tranquilamente y sin ruido, la bayoneta en el vientre. Un grito, un estertor, y quedó muerto. Stege tiene fiebre y delira. El vendaje que envuelve su cabeza está lleno de sangre helada; tiembla de frío, aunque lo hemos envuelto en dos capotes rusos.

—¡Agua! —suplica con voz débil.

El Viejo vierte un poco de agua entre sus labios ensangrentados; Stege la ingiere con avidez.

—Ojalá podamos salvarle —dice *Barcelona*, tristemente, metiéndole un pedazo de pan helado en la boca.

—Claro que si —gruñe *el Legionario*.

—¡Escuchen todos! —grita Moser, levantándose—. Hay que tener valor. Si nos quedamos aquí, lo mejor que puede pasarnos es morir helados. ¡En pie! Cojan las armas, ¡y en marcha!

Nos levantamos con grandes esfuerzos; algunos, vuelven a caer. Todo parece girar a nuestro alrededor como un tiovivo. *Hermanito* ríe entre dientes como un idiota:

En la Reperbahn, a medianoche...
canturrea con aire ausente.

—Si consigo llegar —se dice, a media voz—, Otto Nass, ese bandido, recibirá una paliza que nunca podrá olvidar.

—A decir verdad —responde *el Legionario*—, no estoy muy seguro de que tú y ese Kripo Nass no os necesitéis mutuamente. La Reperbahn sería muy aburrida si, de vez en cuando, no saliese Otto de la Davidstrasse con su abrigo de cuero y su sombrero calado hasta los ojos.

—Entonces, os invito a presenciar un verdadero asesinato en Sankt Pauli. Toda la banda de la Kripo está en pie, y Otto se mueve como una mierda fría en un orinal hirviente. Pero casi siempre renuncia y pide ayuda a los grandes de la Stadthausbrücke. Entonces, lo mejor que podemos hacer nosotros es largarnos al campo hasta que hayan pillado al asesino o archivado el asunto. Si no lo hacemos, Otto buscará la manera de llevarse a un par de chicos malos de la Reperbahn. «¡Caíste en la ratonera! —grita, escupiendo por la ventana—. Esta vez, ¡te costará la cabeza en Fuhlsbüttel!». Pero, si resulta que no hemos sido nosotros, y tiene que soltarnos, se pone enfermo y amenaza con la dimisión. ¡Menudo jaleo! ¡Otto se moriría sin su Davidstrasse!

El Viejo y Moser levantan al telegrafista y le dan los dos fusiles que le sirven de muletas.

—Vamos —ordena *el Viejo*, escupiendo una gran bola de tabaco sobre la nieve.

El sargento telegrafista saluda y se pone en marcha cojeando, medio colgado del nombro de *el Viejo*. Poco a poco, la compañía se pone en movimiento. El jefe va en cabeza, con el «MPI». Pero, a cada instante, hay uno que se derrumba como un leño. Alguien lo levanta, le grita, le pega, le abofetea, y al cabo de un trecho, vuelta a empezar. Pero también los hay que se caen como estatuas de sal y están ya muertos antes de tocar la nieve.

Poco antes de la noche, un joven soldado de Infantería se vuelve loco. Es el último de una sección que se unió a nosotros hace algunos días. Hasta ahora, animaba a los otros con chistes picantes; pero he aquí que, de repente, gira sobre sus talones y empieza a descargar su fusil ametrallador.

—Vamos, ¡venid! —grita el muchacho, sin dejar de disparar.

Unos soldados se arrojan sobre él y le quitan el arma; pero él se apodera de un «MPI» ruso y corre hacia el bosque antes de que podamos impedirlo. Los gritos se alejan más y más, y el bosque se traga al chico. Inútil perseguirle; además, nos faltarían fuerzas para hacerlo.

—Compañía, ¡en marcha! —ordena Moser.

Andamos unas horas más, pero ya no es posible continuar.

—Descansaremos un poco —dice Moser, a regañadientes—. Pero que nadie se tumbe en el suelo. Apóyense en los árboles, o unos en otros; así se

puede descansar perfectamente. Los caballos, que son más grandes que ustedes, duermen de pie.

—Pero tienen cuatro patas —observa *Porta*, apoyándose en el tronco de un abeto.

—Si se tienden en el suelo, estarán muertos dentro de unos minutos —dice Moser.

Con los brazos colgando, nos apoyamos en los árboles, tratando de apretujarnos unos contra otros. Lentamente, muy lentamente, se disipa el agotamiento mortal, pero caemos en un sopor agitado. La fatiga y el frío nos convierten en pedazos de madera. Cojo un pedazo de pan helado que encontré en el bolsillo de un cadáver, pero reflexiono y vuelvo a dejarlo en el mío. Trago solamente un puñado de nieve. Puede pasar mucho tiempo antes de que vuelva a encontrar algo comestible, y el hecho de saber que tengo pan en el bolsillo mitiga mi hambre. Dos hombres mueren de pie, congelados. Los abandonamos apoyados en los árboles, como rígidos muñecos, después que *el Viejo* retire sus placas, como ha hecho con tantos otros, y se las guarde en el bolsillo.

Nos dan envidia. No hay uno de nosotros que no desee tumbarse y acabar de una vez con este infierno de dolores donde nos arrojan en nombre de la patria.

—Vamos —grita Moser, furioso—. ¡Muévanse! Al que no camine, lo mato...

Nadie se mueve.

—Dispararé al vientre —dice, encañonando a *Barcelona*, al que considera como el menos valeroso de la sección de Beier—. Vamos, ¡en marcha! —repite suavemente, pero con firmeza.

—¡Vete a la mierda! —responde con insolencia *Barcelona*—. Gana tú solo esta cochina guerra. Yo, ¡estoy de ella hasta las narices!

—Contaré hasta tres...

Barcelona se reclina fláccidamente en un tronco de árbol y empieza a limpiarse las uñas con la bayoneta.

—¡Voy a disparar! —ruge Moser, temblándole todo el cuerpo de furor.

—No se atreverá —dice *Barcelona*—. Yo me quedo aquí, esperando al vecino. Estoy harto de la patria de Hitler, y, si fuese usted listo, mi coronel, haría como yo.

—¡Mátele! —exclama Heide, fuera de sí—. ¡Liquide a ese traidor!

—¡Cállate, nazi del demonio! —grita *Porta*, derribando a Heide de un puñetazo.

Un murmullo amenazador brota de la compañía, la mayoría de cuyos hombres aprueban la actitud de *Barcelona*.

—Olvidaré este acto de indisciplina, si coge las armas y me obedece — promete Moser, en tono de camaradería.

—Puedes tú cargar con ellas —gruñe *Barcelona*—. Y, cuando te canses, vete al GCG y méate en el culo de Adolfo, con recuerdos de mi parte.

—Contaré hasta tres —dice Moser—. Uno...

—El tipo clásico del puerco alemán que sólo sabe de baladronadas —dice *Barcelona*, con voz un poco más débil—. ¡Hacerle esta charranada a un soldado desarmado!

—Dos...

Porta levanta también su pistola, pero apunta al coronel Moser. Si *Barcelona* no cede, habrá dentro de un momento una carnicería espantosa. Nadie duda de que el coronel está dispuesto a disparar, pero también él será hombre muerto.

—¿Qué decide, sargento?

—Si esto le divierte, ¡adelante!

Moser apoya el dedo en el gatillo. En el mismo instante, ¡suena un disparo! Alguien ha horadado el gorro de piel del coronel.

—Ven, dulce muerte, ven —canturrea *el Legionario*, sonriendo y jugando con su «MPI».

Sin decir palabra, *Barcelona* se echa las armas al hombro y empieza a andar con aire confuso. En cuanto a Moser, respira visiblemente aliviado.

—Vamos, ¡de prisa! —grita, sin mirar a *Barcelona*.

La compañía se pone lentamente en marcha; pero *Hermanito* vacila sobre sus piernas enfermas.

—¡Cuánto me duelen! Estaré contento cuando me hayan cortado las patas.

—Entonces, no podrás bailar en la Reperbahn.

—Jamás supe bailar. Lo único que sé hacer con mis pies es caminar; por consiguiente, ¡puedo pasar sin ellos! Mejor que andar con muletas.

—¿Te imaginas que las chicas se acostarán contigo, si no tienes pies?

—Inventaré una historia tan heroica que todas se quedarán pasmadas; y, a fin de cuentas, ¡no se hace el amor con los pies!

—Tienes razón —ríe *Porta*.

Empleamos más de dos horas en recorrer dos kilómetros. El propio Moser parece estar en las últimas y se derrumba como un saco vacío, junto a los otros. Yo saco mi pedazo de pan helado; pero apenas lo he roído cuando advierto que los otros me miran. Inmediatamente, doy el mendrugo a *Porta*,

que lo hace pasar por todo el grupo. Tocamos a un bocado por cabeza. ¿Hubiese tenido que comerlo a escondidas? No, ¡imposible! Nunca me habría atrevido a mirar a la cara a un camarada después de una acción semejante. Sólo nos queda en el mundo nuestra camaradería, nuestra única oportunidad de sobrevivir.

—¿Qué harías tú, *Porta*, si terminase la guerra? —pregunta *el Profesor*.

—No terminará. Durará mil años y un verano.

—¡No bromees! Te he preguntado, ¿qué harías si terminase?

—Buscaría una mujer rusa desmovilizada y la trataría de tal manera que se imaginaría que la guerra vuelve a empezar.

—¿De veras? —dice *el Profesor*, asombrado—. ¿Y nada más?

—¿Te parece poco? Te juro que este tratamiento haría hincar la rodilla a una negra gigante.

—¿Y tú, *Hermanito*?

—Haría lo mismo que *Porta* —responde *Hermanito*, chupando un pedazo de hielo—. Las putas son lo único que tiene importancia en este mundo.

—Yo —dice *Barcelona*, con ojos brillantes— alquilaría una *suite* real en el «Hotel Vier Jahreszeiten» (Gran Hotel de Munich), me atiborraría hasta más no poder, y me divertiría horrores observando la cara que ponen al darse cuenta de que no puedo pagar la factura.

—Yo me matricularía inmediatamente en la Academia de Guerra —dice Julius Heide.

—Nunca llevarás galones rojos sin hacer antes el bachillerato, amigo mío —dice *el Legionario*.

—Quiero los galones rojos y los tendré —dice, furioso, Heide—. Mi padre fue un estúpido que se pasó la mayor parte del tiempo en las cárceles prusianas; mi madre lavaba la ropa sucia de los otros y daba brillo a sus suelos. Yo juré encaramarme lo más alto posible en la escala social, para vengarme de los poderosos. Los aborrezco.

—Pero ¿dónde encontrarás la pasta para el bachillerato? —le pregunta *Porta*.

—Retiro el 75% de mi salario y lo invierto en el empréstito de guerra al 20%. Lo vengo haciendo desde 1937.

—Pero, en aquella época, no había empréstito de guerra...

—Teníamos el Plan quinquenal. Cuando me paguen, será una bonita cantidad. —Muestra con orgullo una libreta de la Caja de Ahorros—. Mira las cifras negras.

—¡Dios mío! —exclama *Porta*, estupefacto—. ¡Ni un solo número rojo en él debe! Si vieseis la mía, ¡tendríais que poner os gafas de sol para que deslumbrase tanto rojo!

—¿Y cómo sabes que serás capaz? —pregunta *Hermanito* a Julius.

—Lo sé —responde categóricamente Heide—. Cuando vuelvan a llamaros, diez años después de la guerra, seré jefe de Estado Mayor de una División.

—No cuentes conmigo para saludarte —ríe *Hermanito*—. Además, si llega a ocurrir esto, no nos conocerás.

—No podría —responde Heide, con altivez—. Perteneceré a una clase distinta de la vuestra. Llega un momento en la vida en que hay que olvidar todo lo pasado.

—¿Y te pondrías un monóculo como todos esos gatos con botas?

—Si disminuyese mi visión, cosa que dudo mucho, me pondría monóculo como todos los prusianos. No apruebo en absoluto a los oficiales que se ponen gafas. Esto es bueno para unos borregos como vosotros.

Cruzamos un pantano helado, y he aquí que nos damos de bruces con una sección de Infantería bajo el mando de un sargento de primera clase.

—¿De dónde vienen ustedes? —pregunta Moser, con asombro.

—Somos todo lo que queda del 37.º regimiento de Infantería 1.º Batallón —responde el sargento, con voz hosca y escupiendo en la nieve.

—Y usted..., ¿quién es usted? —insiste secamente Moser—. ¿Ha olvidado la manera en que deben darse los informes? Y, cuando hable con un oficial, tenga la bondad de cuadrarse.

El sargento mira a nuestro jefe sin decir palabra, pero la ira se trasluce claramente en su rostro brutal. Después, hace chocar los talones, endereza la cartuchera sobre su hombro y baja reglamentariamente la mano derecha sobre la costura del pantalón.

—Mi coronel —dice con voz cuartelera—. Se presenta el sargento de primera Klockdorf, con diecinueve hombres, resto del 37.º regimiento de Infantería, 1.º Batallón. A sus órdenes.

—Así está bien —dice el coronel—. Nosotros somos también restos. Por lo visto, están liquidando el Ejército alemán.

—¿Y qué esperabas? —murmura *Porta*—. Incluso un retrasado mental podía imaginar que esto terminaría así.

Moser, que lo ha oído todo, se vuelve a nuestro camarada.

—¿Sabe usted, por casualidad, lo que sucede?

—Me permito observar a mi coronel que lo único que sé con certeza es que Iván está en camino de zurrarnos la badana.

—Entonces, no sabe usted nada —replica irónicamente el coronel—. ¿No lee los boletines del Ejército? Sin embargo, debería hacerlo. Es una orden superior.

Todos sueltan una amarga carcajada, mientras el sargento de primera mira a Moser con asombro. ¿Está en presencia de un loco? Decididamente, no hay más que ver. Pero los soldados alemanes saben cómo hay que tratar a los locos. Por consiguiente, hace chocar de nuevo los tacones, cosa que siempre gusta a los oficiales prusianos.

—Mi coronel, hay en mi sección un suboficial de Estado Mayor de División que afirma que se está organizando un frente más hacia el Oeste.

—Sus noticias son realmente interesantes —dice irónicamente el coronel—. ¿Un nuevo frente más hacia el Oeste? ¿Acaso en Berlín?

—Es muy posible, mi coronel; a menos que se trate de París —dice el hombre, que nada ha comprendido.

Anochece cuando aparece ante nosotros una aldea que parece desierta. Las casuchas están medio enterradas en la nieve. Pero *Porta* es el primero en descubrir una ligera humareda que sale de una chimenea y se pierde en un cielo tan gris como el propio humo. Una señal de vida.

—También hay alguien que habla —murmura *Hermanito*, aguzando el oído.

—¿De veras? —pregunta Moser, con escepticismo.

—Cuando *Hermanito* dice que oye algo, puede darlo por seguro —responde *Porta*—. Es capaz de oír un colibrí en su nido, a 20 km y contra el viento.

—¿Hablan ruso, o alemán?

—Ruso. Un grupo de chicas que parlotean.

—¿Qué dicen?

—No comprendo el extranjero. Deberíamos arrojarlos sobre ellas para obligarlas a aprender el alemán. Eso de hablar extranjero es una estupidez.

—Bueno —dice el coronel—. Limpiaremos el lugar y pasaremos la noche en él.

¡Esta frase galvaniza a todo el mundo! ¡Pasar una noche en lugar abrigado y con algo de comer! Porque sin duda habrá comida en la aldea.

Empuñando las pistolas, entramos en la aldea y disparamos al menor ruido. Mataríamos hasta a los niños si nos sintiésemos amenazados; porque, en los bosques rusos, hasta los niños son peligrosos. Muchas veces ocurrió

que un niño de cinco años arrojó granadas contra una compañía dormida. También desde este punto de vista, hay poca diferencia entre los rusos y los alemanes.

—¡Atención! —grita Moser, cuando, precedidos por *el Viejo*, entramos en un tejear.

—Sí —dice *Porta*—. Esto está tan oscuro como el culo de un negro.

—¡Silencio! —murmura Hermanito—. Huele mal.

—Haces que me den ganas de cagar —dice *el Legionario*, arrodillándose detrás de un montón de tejas.

—Te digo que hay un asesino que acaba de cargar su pistola —insiste *Hermanito*.

—¿Seguro? —pregunta Heide, preparando una granada.

—Puedes ir a averiguarlo.

Con los sentidos alerta, nos tumbamos en el suelo.

—Cerrad los ojos —dice *el Viejo*—. Voy a lanzar una bengala.

Entornamos los párpados con precaución; la luz del fósforo es tan viva que puede lastimar mucho los ojos. *Porta* se incorpora a medias y dispara una ráfaga de tiros con el arma pegada a la cadera. Agudos gritos femeninos responden desde un rincón del tejear; unos gritos tan agudos que ahogan el ruido de la metralleta. Una granada de mano rueda a los pies de *Hermanito*, el cual la arroja al techo de un puntapié. Yo lanzo otra granada... Después, silencio.

Seis mujeres soldado yacen muertas en un rincón. Una de ellas tiene la cabeza cortada como por un cuchillo; nada en un mar de sangre, pero sus ojos nos miran fijamente, con una vivacidad extraordinaria.

—¡Bonita! —dice *Hermanito*, asiendo la cabeza y oliendo la cabellera—. Y huele a buen champú femenino. ¿No es una lástima matar a una chica tan bonita por la patria? ¡Qué cerdada!

Con precaución, coloca la cabeza debajo del brazo de la muerta.

—Antiguamente —dice Heide—, cuando se cortaba el cuello a la gente, les ponían la cabeza entre las piernas.

—En la isla del Diablo —explica *el Legionario*—, verdugo agarra la cabeza por las orejas y dice: «La justicia ha actuado en nombre del pueblo francés».

—¡Qué horror! —exclama *Porta*—. ¡Yo creía que los franceses eran un pueblo civilizado!

—Y lo son —responde *el Legionario*, que toma siempre el partido de Francia—; esto lo hacen solamente con los criminales.

—Los criminales... —dice *el Viejo*, con aire soñador—. En nuestros días, es difícil saber quién es un criminal y quién es un héroe. Son cosas que cambian de un día a otro.

—Es verdad; pero, en este momento, hay que ser criminal —susurra *Porta*, mirando de reajo a Julius—. Me alegro mucho de no ser del Partido.

—¿Qué quieres decir? —grita Heide de pronto, en tono amenazador.

—Lo que digo.

—¡Vamos! —grita el coronel—. Sargento Beier, ¡dese prisa!

—Ya lo hacemos —responde *el Viejo*—. Bueno, vosotros, no os imaginéis que esto es la paz.

En pocos minutos, limpiamos el pueblo. Salen paisanos de sus madrigueras, gimiendo, afirmando que odian a los comunistas y que nos adoran.

—Se diría, realmente, que eran ya nazis antes de que naciese Adolfo —dice *Porta*, que interroga a una mujer de edad indefinida—. Tú, *Mati* (Madre) —dice en ruso—, ¿no eres comunista? ¿Quieres a los nazis? Entonces, levanta la mano derecha y repite: *Heil Hitler, grosses Arschloch!*

Todos empiezan a chillar, con entusiasmo, sin comprender una palabra de lo que les hacen decir.

—¡Nunca vi nada más vergonzoso! —ruge Heide—. ¡Ya veréis lo que dirá el Führer!

—Dejadles en paz —interrumpe el coronel—. Decidles más bien que pongan a cocer patatas y que no economicen la leña.

El Viejo le echa una bronca a un artillero ha sido lo bastante estúpido para quitarse las botas y contempla ahora, con estupefacción, sus pies roídos por el frío. El enfermero Tafel hace un ademán de desesperada impotencia.

—Hay que amputar con urgencia. Traed agua hirviendo.

—¿Aquí? —dice Moser, aturdido.

—Es lo único que podemos hacer. No podemos dejarle aquí, no podemos matarle.

—¡Que nadie se quite las botas! —grita Moser—. Es una orden.

Atan al artillero sobre una mesa, con correas de fusil. Una mujer trae agua hirviendo y ayuda a Tafel lo mejor que puede. Una pobre mujer que tiene a su marido y a dos hijos en el Ejército Rojo. Al cabo de una hora, ha terminado la improvisada operación pero, al amanecer, el soldado muere sin haber recobrado el conocimiento. Le enterramos en un hoyo lleno de nieve; su casco sobre una estaca, y, en el bolsillo de *el Viejo*, una nueva placa de identidad.

Pronto olvidamos al muerto, ante las maravillosas patatas calientes. Un verdadero regalo. Todo el mundo se siente renacer, hasta el punto de que nadie protesta al ser designado para montar la guardia: una guardia doble en cada puesto, durante treinta minutos. Nadie aguantaría más tiempo este trío.

Moser ha dado la orden de partir antes de las siete, para que dispongamos de tres horas de oscuridad y podamos alejarnos un buen trecho, para el caso de que se les ocurriese a los aldeanos avisar a los partisanos. Tienen la obligación de hacerlo, si no quieren ser fusilados por colaboracionistas, y sabemos que están tan aterrorizados que el sargento de primera Klockdorf propone cínicamente que matemos a todos los paisanos antes de partir.

—Estás majareta —dice *Porta*—. No podemos matar a las viejas *maties* (madres).

—¿Por qué no? Se trata de ellos o nosotros. Aparte de que ya no sirven para nada. Cuando una persona pasa de los cincuenta años, hay que suprimirla. Lo dijo Heydrich.

—Me alegro de saberlo. Iré a buscarte cuando tenga cincuenta años. Me gustará ver lo que piensa entonces.

Poco después de medianoche, nos toca a nosotros la guardia. Hace un frío espantoso, empieza a nevar y no se ve nada a dos metros de distancia. *Porta* y yo nos quedamos de centinelas al norte de la aldea; *Hermanito* se libra de la guardia, debido a sus pies enfermos. Orden del enfermero. Ha transcurrido casi la mitad de nuestro período de guardia cuando surge de las sombras el sargento de primera Klockdorf, acompañado de dos hombres que traen presa a una joven.

—¿Has descubierto un burdel? —pregunta *Porta*, mirando a la mujer con interés.

—Una partisana, ¡sí! —ríe Klockdorf, con aire sádico y pinchando el vientre de la mujer con su metralleta.

—¿Y vas a llevarla al jefe? —pregunta irónicamente *Porta*.

—¡Claro que no! ¿Te importa a ti? Vamos a matar a esta bruja inmediatamente.

—Es demasiado guapa para morir. Será mejor que me la des.

—Trata de tocarla y verás lo que te pasa. ¡Esa garza es puro vitriolo! —Se inclina sobre la muchacha, que tiene veinte años como máximo—. ¡Puerca! Vas o morir, pero despacio. Empezaremos por meterte una bala en la barriga.

—¡Perro nazi! —chilla la mujer, escupiéndole en la cara—. ¡No saldrás vivo de Rusia!

Klockdorf le larga un puñetazo debajo de la cintura, y ella se dobla por la mitad, gimiendo.

—¡Marrana! —grita el sargento, ciego de ira—. ¡Te arrepentirás de esto! ¡Romperé todos los huesos de tu esqueleto comunista antes de que revientes!

—Dale patadas en el vientre hasta que le salga por la boca lo que yo me sé —ríe un zapador libidinoso—. Conozco esa clase de ramera. En Minsk las atábamos con cuerdas y las arrastrábamos detrás de los coches.

Su vecino, un *Oberschutze*, se echa a reír.

—En Riga, las colgábamos por los pies, y cuando chillaban demasiado, ordenábamos al herrero que les tirase de la lengua con sus herramientas.

—¿Tiene alguien un alambre fino? —pregunta Klockdorf, con un brillo ruin en la mirada.

—Yo lo tengo —dice el zapador, mostrando un pedazo de hilo telefónico.

—Perfecto —ríe el sargento, pasando casi cariñosamente el hilo de cobre alrededor del cuello la joven.

—Allá abajo hay una viga —declara su camarada, muy satisfecho, señalando una choza próxima—. Apenas llegará al suelo con las puntas de los pies y bailará de lo lindo. Me gusta ver pernear a alguien a quien han puesto una corbata demasiado apretada.

—Bueno, vamos allá, hija mía —dice Klockdorf, sonriendo y empujando a su prisionera con la culata del fusil.

Acaba de pasar el hilo telefónico alrededor de la viga, cuando el coronel Moser, seguido de *el Viejo*, penetra en la choza.

—Quisiera saber, sargento, qué hacen ustedes aquí —dice el coronel, echando chispas por los ojos.

—Hemos cogido a una partisana —responde Klockdorf, con una risa forzada—. Una verdadera salvaje. Muerde.

El bruto no alcanza a comprender al coronel y le detesta. Jamás se ha tropezado con un oficial como él.

—¿De veras? —dice el coronel—. ¿Y qué es una salvaje? No he visto esta expresión en ningún texto militar. ¿No cree que ha llegado el momento de informar a su jefe de compañía?

A regañadientes, rezumando ira por todos sus poros, el sargento hace chocar los tacones de sus botas y casi escupe estas palabras:

—Mi coronel, el sargento de primera Klockdorf informa de que ha cogido una partisana.

—Bien —responde Moser, conteniendo su furor—. Y se erigía usted en juez y verdugo, contra todos los reglamentos, ¿eh? ¡Lárguese, cerdo! ¡No sea

que no pueda contenerme! Y en lo sucesivo, apártese de mi vista, si no quiere comparecer ante el consejo de guerra, con el sargento de primera Beier como testigo.

—Permítame liquidarle —insinúa *Porta*, satisfecho, empuñando su fusil ametrallador—. ¡Sería mi más bella acción de guerra!

—¡Ya ha oído lo que he dicho! —grita Moser, enfurecido—. Si no, ordenaré al cabo *Porta* que lo liquide, como a una bestia.

Mientras el hombre se aleja seguido de sus dos acólitos, *el Viejo* suelta a la chica, que observa a coronel con la boca abierta y sin comprender nada. Si se hubiesen invertido los papeles, ella habría actuado como Klockdorf.

—Beier —sigue diciendo Moser—, no pierda de vista a esos marranos. A la menor indisciplina, liquiden a Klockdorf.

—Será un placer —dice *el Viejo*—. Ya lo has oído, *Porta*. Tú y *Hermanito*, quedáis encargados de esto.

—Antes de veinticuatro horas, tendrás su pito en un estuche —ríe *Porta*—. Dentro de diez minutos, *Hermanito* estará sobre su pista, y ya sabes cómo terminan estas cosas.

—He dicho: si comete algún acto de indisciplina —ataja secamente el coronel.

—¿Y qué hacemos con ésa? —pregunta *el Viejo*, señalando a la chica, que sigue aún con el alambre al cuello.

—¡Fusiladla! —grita Heide—. Según las leyes internacionales de guerra, está permitido matar a los paisanos que llevan armas. Hay que combatir a los bolcheviques por todos los medios. El Führer lo ha dicho.

—¡Que lo zurzan! —dice *Porta*, sin concretar si se refiere a Heide o al Führer.

—Lamento lo ocurrido —dice el coronel a la muchacha, a quien hemos llevado a la casucha donde se aloja aquél—. Naturalmente, tendrá que comparecer ante un consejo de guerra; pero nada le ocurrirá mientras esté conmigo.

Porta traduce estas palabras a la lengua rusa de su uso particular; pero, por lo visto, la chica comprende alemán.

—Paso a informar a mi coronel —dice *Porta*, haciendo chocar los tacones—. La partisana pide que le den por el saco a mi coronel y añade que no saldrá vivo de Rusia.

Moser se encoge de hombros y se aleja con *el Viejo*. Nuestro jefe no comprende en absoluto a los fanáticos de la política y todavía se imagina que la guerra se hace entre caballeros. Arden grandes leños en la estufa, y el calor

se extiende por la casucha de techo bajo; *Porta* está tumbado, como es debido, detrás de la estufa y pegado a la chica; si ésta pretende huir, tendrá que pasar por encima del cadáver de su guardián. Pero he aquí que se entreabre a Puerta y aparece *el Legionario*, excitado a más no poder.

—¡*Porta*! —llama, en voz baja.

—Estoy en el horno.

—¡Ven enseguida, pedazo de idiota! ¡He encontrado un depósito de víveres!

—*Kraft durch Freude! Die strasse freí!* (La fuerza por la alegría. La calle libre) —murmura *Porta*, apartándose rápidamente de la estufa—. ¡Vamos a ver eso!

—Yo también voy —grita *Hermanito*, sin ser invitado y apartando la lona en la que se había envuelto.

Salimos de la choza sin hacer ruido y penetramos en una especie de almacén abierto.

—¿Qué os parece? —dice *el Legionario*, levantando unas tablas.

Con los ojos muy abiertos, contemplamos unas cajas con inscripciones inglesas en las tapas: «El pueblo americano saluda al pueblo ruso». Manipulamos las cajas con respeto.

—Conservas —dice *Hermanito*—. Carne de buey, plátanos, peras en almíbar. Demasiado hermoso para ser verdad.

Y de pronto, para sorpresa nuestra, arroja la caja que estrechaba con tanto amor, se aleja de un par de saltos y se deja caer en la nieve profunda.

—¡Huid! —grita—. ¡Hace tictac!

—¿Dónde? —pregunta *Porta*, sin dejar de contemplar las cajas—. ¿No será en tu cabeza?

—¡Una bomba de relojería! —vocifera el gigante.

Con rapidez indescriptible, *Porta* salta fuera del almacén y se entierra junto al silo de remolachas.

—¿Sigue haciendo tictac? —le grita a *Hermanito*—. ¿No lo habrás confundido con un gorrión que quería abrir la caja?

—¡Pedazo de atún! ¡Dentro de un instante volará todo!

—Eso sólo es peligroso cuando deja de hacer ruido —declara *Porta*—. ¡No renunciaré a mis peras!

En un segundo, se apodera de una caja. Pero apenas se ha resguardado detrás de un montón de nieve cuando parece que la tierra se abre. Una columna de fuego se eleva con fuerza inaudita, proyectando cajas reventadas en todas direcciones. Llueven frutas en almíbar, pedazos de carne de buey;

cajas de hierro de bordes cortantes como navajas vuelan como cascos de granada.

—¡Menudo espectáculo! —dice *Porta*, indignado—. ¡Nunca se lo perdonaré a Iván!

Hermanito agarra un pedazo de carne de buey que tiene un gusto horrible de salitre; pero, al abrir la caja de *Porta*, estamos a punto de desmayarnos de alegría al encontrar en ella una treintena de botes de fruta.

Y de pronto...

—¡Cuidado! —ruge el gigante—. ¡Eso vuelve a hacer tictac!

¡Qué imbéciles somos! Apenas hemos tenido tiempo de alejarnos cuando estalla el trueno. Mucho más fuerte que la primera vez. La barraca salta. Cócteles Molotov vuelan por los aires; estallan granadas de fósforo. Cuando cesa el ruido, corremos a reunirnos con la compañía, que está muerta de miedo. Y antes de que podamos explicarnos, gritan los centinelas:

—¡Alerta! ¡Partisanos!

Las armas crepitan en la noche; los gritos de los heridos desgarran nuestros oídos; saltan sombras de una choza a otra; explosiones; llamas. El incendio se propaga por toda la aldea.

—Ven, dulce muerte, ven —canturrea *el Legionario*, desplegando la cureña de su «LMG».

Sombras negras corren por la aldea en llamas, y el fusil ametrallador pesado de *Hermanito* derriba filas enteras. Pero son muchos, hormiguean en los vericuetos. Un comisario da voces, blandiendo una metralleta por encima de su cabeza. Apunto y, con todas mis fuerzas, lanzo una granada de mano que estalla a sus pies. El ruso, hecho trizas, va a parar al otro extremo de la aldea.

—¡Muy bien jugado! —me felicita *Porta*.

Avanzo con *el Profesor*, que lleva los sacos de granadas. Me las alarga, después de quitar el seguro; pero he puesto tanta fuerza en mi primer lanzamiento que me duelen los brazos y apenas si alcanzo los 70 metros. Lo cual no estaría mal para un granadero aficionado.

Los partisanos han huido. En Rusia, cuando desaparecen los comisarios, todo se hunde, ya se trate comandos, de partisanos o de soldados. Para más seguridad, *el Legionario* lanza una mina «T» contra una casucha intacta, que se abre por la mitad como una manzana madura. Vuelve a hacerse el silencio, oírnos correr en el bosque. Vemos que Klockdorf tumba a dos prisioneros de un balazo en la nuca y les aplasta la cabeza a culatazos.

—¿Qué le pasa ahora? —ruge Moser, iracundo.

—Debo decir a mi coronel que cumplo las órdenes del consejo de guerra. Acabo de sorprender a esos dos en el momento en que degollaban al estarosta (alcalde), por protestar de que los partisanos incendiasen su aldea.

—Le denunciaré por vulnerar las órdenes —gruñe Moser, tanto más furioso cuanto que el bruto recibe su amenaza con irónica sonrisa.

Hemos perdido doce hombres. Dos centinelas tienen el cráneo abierto; cinco hombres están gravemente heridos, uno de ellos por una descarga de metralleta en el vientre.

—Dispuestos para partir —ordena Moser—. Volverán después de reagruparse; por consiguiente, ¡en marcha!

Hace más de media hora que caminamos cuando el coronel se acuerda de pronto de la partisana.

—¿Dónde está? —pregunta a *Porta*.

—Volvió con los suyos, después de pedirme que la despidiese de usted —responde tranquilamente *Porta*.

—¡No iré a decirme que la ha dejado escapar! —exclama el jefe, estupefacto ante tanta desenvoltura.

—¡En absoluto! Incluso me gustaba y le di la dirección de mi futuro burdel en la Friedrichstrasse. Entonces se mostró grosera y quiso quitarme mi fusil; en vista de lo cual, le di una bofetada y salí en busca de una cuerda para atarla. Pero, mientras tanto, se escabulló y, cuando la encontré, me dio con una pala en la cabeza. Huyó al bosque. Le grité que volviera, para que usted no se enfadase; pero la muy zorra se cagó en mi llamada.

—¡Es usted todo un número! —dice Moser, estupefacto—. Confío en que pronto se separarán nuestros caminos, ¡porque estoy de ustedes hasta las narices!

—Esté tranquilo, mi coronel, pues esto ya no durará mucho. En nuestro país, los oficiales no suelen llegar a viejos; es una especie de tradición —dice *Porta*, sonriendo.

Tres días más tarde, nos hallamos en un pueblo en ruinas, donde sólo unas chimeneas siniestras apuntan al cielo.

—Allá abajo —dice *el Viejo*, señalando el horizonte—. Balas trazadoras rojas.

La noche es gris, sin estrellas; pesadas nubes se desplazan encima de nosotros. De vez en cuando, nieva. Durante unos minutos, admiramos los fuegos artificiales en la lejanía. ¡Qué bonito es, visto desde aquí! Los proyectiles trazan arcos luminosos en el crepúsculo y dejan detrás de ellos unas estelas que estallan en cascadas de todos los colores.

—Son los nuestros —declara Moser—. Tenemos que darnos prisa. Mañana por la mañana sería quizá demasiado tarde, pues parece que los rusos han desplegado todas sus fuerzas.

Es verdad. El horizonte se inflama, y, de pronto, un estruendo enorme llega hasta nosotros. Es indudable que llegamos en el momento en que se está desarrollando un gran combate de artillería.

—Me pregunto lo que debe pasar en el frente —dice Moser, con aire pensativo, después de contemplar un momento el incendio del cielo con sus gemelos.

—Tal vez disparan sus últimos cartuchos —murmura *Porta*, torciendo la boca en una especie de sonrisa.

—Que los jefes de sección vengan conmigo. Partiremos dentro de diez minutos. Y hemos de estar dispuestos para el combate —ordena Moser, ajustándose la correa del casco debajo de la barbilla.

—¿Ahora? ¿Con esta oscuridad? —pregunta estupefacto el sargento Kramm, que, hace once días, se unió a nosotros con once hombres—. ¡Los rusos hormigean por todos lados!

—¿Podría usted indicarme un lugar donde no haya rusos? —replica Moser, sarcástico—. He dicho que partiremos dentro de diez minutos. Y tenemos que pasar. Aunque tengamos que batirnos con palas y bayonetas.

Hemos aprovechado la breve parada para llenar los cargadores y las cintas de las ametralladoras. Todos se hacen los remolones. Se diría que, cuando el final está al alcance de la mano, se debilita la moral.

—Escúchenme —dice el coronel, cuando por fin ha formado todo el mundo—. Nos hemos convertido en una compañía muy heterogénea; se han incorporado a nosotros unidades diezmadas, desde personal de oficinas y de Intendencia, hasta expertos en cohetes y explosivos. Las líneas alemanas están a 5 o 6 km de aquí; un último esfuerzo, y estaremos con los nuestros. Ahora, pongámonos en marcha. Mañana por la mañana, el enemigo puede haber roto el frente, y los nuestros pueden haberse retirado. Nos espera una lucha encarnizada; pero es nuestra única oportunidad. Siempre que sea posible, cargaremos con nuestros heridos; pero esto no debe retrasar nuestra marcha. Y, sobre todo, ¡mantengan el contacto! La compañía avanzará en fila india. La 2.^a sección, en cabeza. Cuento con usted, sargento Beier.

—¿Y si no podemos cruzar? —pregunta Klockdorf.

—Será que habremos muerto, y nada más.

Hermanito ha encontrado un fusil ametrallador ruso completamente nuevo y lo acaricia amorosamente. *Porta* me lanza un bote de confitura de pera; me

lo zampo y me siento revitalizado. Empezamos cruzando una región menos boscosa, y no hemos llegado aún a mitad del camino cuando nos atacan de flanco desde una pequeña arboleda. *Porta* limpia el terreno y cubre a la sección, que avanza hacia el bosquecillo. Moser se adelanta con el grupo de comando. Fuego de granadas. *Hermanito* salta como un tanque delante de nosotros; su arma crepita. Desde el bosquecillo, llegan gritos y juramentos a nuestros oídos.

—*Yob Tvoiemady, Germanski, Germanski!*

La nieve cruje bajo unos pasos rápidos; una ráfaga derriba a dos zapadores, sobre los cuales se inclina el enfermero.

—¡Siga! —grita el coronel, empujando a Tafel delante de él.

La 2.^a sección tropieza con un grupo de rusos a los que liquidamos con arma blanca, y *Hermanito*, de un terrible puñetazo, desnuca a una capitana cuya cabeza se tuerce como si mirase hacia atrás. Jadeantes, corremos sobre la nieve en polvo; con frecuencia nos hundimos en ella hasta los hombros, y nuestros camaradas tienen que sacarnos a fuerza de brazos. Esta nieve parece un fangal sin fondo que nos absorbe hacia un abismo. Tres infantes rusos se han atascado en ella, y el sargento Klockdorf los mata de un balazo en la nuca.

Un breve alto. Faltan veintitrés hombres, además de un grupo de soldados de ametralladoras que ha desaparecido sin dejar rastro. El coronel Moser maldice enfurecido.

—Esto no habría ocurrido si hubiesen mantenido tal como ordené. ¿Quiénes son los que faltan?

Nadie lo sabe. Son unidades extrañas, que se nos unieron hace algunos días.

—Nada que hacer —decide Moser, en tono breve—. Imposible ir en su busca; pero, por amor de Dios, ¡mantengan el contacto! Es nuestra única oportunidad de llegar. ¡La muerte acecha en todas partes!

Hermanito cae en la nieve profunda cuatro veces seguidas, y sacarle de allí es como sacar a un caballo. La cuarta vez, casi se vuelve loco de rabia y de fatiga; dispara en la nieve y aparta dos cadáveres a patadas.

—¡Salid de aquí, malditos muertos! ¡No cerréis el camino dónde hago la guerra!

El Profesor, extenuado, se rezaga y acaba por derrumbarse sollozando. *El Legionario* le agarra para levantarlo. Pero, de pronto, se da cuenta de que ha perdido los sacos de las municiones. ¡Y es él quien carga las armas de *Hermanito*!

—¡Tengo que volver atrás! —lloriquea—. ¡*Hermanito* me matará si pierdo las municiones!

—¡Cierra el pico! —grita *el Legionario*, agarrándole con mano firme—. Encontrarás sacos llenos en casa del vecino... ¡dentro de poco!

Apenas se ha calmado la ira de *Hermanito* contra la nieve cuando se da cuenta de la desaparición de sus preciosas municiones.

—¡Al menos, no habrás tirado la pólvora! —jadea, apuntando a *el Profesor* con un dedo mugriento.

—¡La he perdido! —gime el desgraciado.

—¡Perdido! —ruge el gigante, levantando ecos en el bosque—. ¡Perdido! ¡Y en plena guerra! ¡Estás loco! Sin pólvora, no hay guerra. ¡Vuelve atrás... —grita— y trae el plomo! ¿Cómo puedo matar al vecino sin municiones? ¡Ved de lo que sirve tener extranjeros en las tropas prusianas! ¡Vuelve atrás, te digo, y que sea pronto!

—No —dice *el Legionario*—. Se quedará aquí.

—¿Cómo? —gruñe *Hermanito*, estupefacto—. ¿Qué estás diciendo, soldado de los arenales? ¡Te atreves a sabotear la Segunda Guerra Mundial! ¡Habrás visto...! Hubieses debido quedarte en tu Sahara...

—No olvides que soy suboficial, Creutzfeld. Ordeno que se quede aquí. ¿Comprendido?

—¡Por mil diablos! —vocifera el gigante, lleno de cólera—. ¿Quién va a cargar mis armas? Está bien; quédate con tu extranjero y pégalo a tu culo africano. ¡Estoy harto de los noruegos! ¡Preferiría un cuantos zapadores y una carretera que me llevase Rusia!

Se adentra en el bosque, con el fusil bajo el brazo como una pala, y, durante largo rato, se le oye vociferar contra Noruega, Marruecos y la Legión, como si todos éstos fuesen responsables de la pérdida de sus municiones.

—¿Quién es ese que arma tanto alboroto? —pregunta Moser.

—Es *Hermanito* —responde *Porta*—. Tal vez se dio de bruces con un comisario.

—¿Otra vez su sección, Beier? Decididamente, ¡harán que me vuelva loco! O desaparece usted con ella de la 5.^a compañía, o tendré que saltarme la tapa de los sesos. ¡No puedo más!

—¡Los comunistas amarillos están a un kilómetro de aquí, al otro lado de la mina de carbón! —Es la voz de *Hermanito*, que vuelve a sonar, mientras le vemos salir de entre los abetos—. Han cagado una carga de coque, cuando les he sacado el plomo de debajo del culo —grita, levantando un par de mochilas bien repletas de municiones—. ¡Propongo que vayamos a matarlos enseguida!

No son más que milicianos y tienen una sola ametralladora. Podemos aplastarlos como ranas.

—¡Váyase al diablo! —ruge Moser—. ¡Es el colmo!

—El colmo, ¿de qué? —pregunta el gigante, que no sale de su asombro—. Si encontramos aguardiente por el camino, ¡tengo derecho a doble ración!

—Escuche —dice Moser, irritado, avanzando un paso en su dirección—, si vuelve a abrir la boca, ¡será la última palabra que pronuncie en su vida!

Hermanito se refugia junto a *Porta*.

—Esta guerra se hace cada vez más imposible —dice, ofendido—. Ni siquiera se puede hablar. Y pronto, ni cagar podremos.

El fuego de artillería se ha convertido en un trueno continuo. Las posiciones rusas no están lejos. Continuamente surgen llamaradas encima de los árboles. De pronto, *Porta* levanta una mano sin decir una palabra. Señal de alerta. La compañía echa cuerpo a tierra. Una explosión terrible: es un cañón ruso que dispara a pocos metros de nosotros. El fogonazo ilumina el paisaje como si estuviésemos en pleno día, y vemos a los artilleros que preparan el siguiente disparo.

—¡Diablos! —dice *el Legionario*—. Es un 38 cm. Se necesita un cuarto de hora para cargarlo. Podemos matarlos antes de que disparen, y ni siquiera se darán cuenta de que están muertos. ¡Viva la muerte!

Se oye ruido de acero contra acero, ordenes breves y chirridos, cuando izan el enorme proyectil para el disparo.

—¿Listos? —murmura *el Viejo*, sacando un machete de la caña de su bota.

—Como un osezno hambriento —dice *Porta*, preparando su «LMG».

En el preciso instante en que dispara el cañón, una granada lanzada por Moser cae en medio de los artilleros y todas nuestras armas crepitan al mismo tiempo. Nos lanzamos adelante. Yo tropiezo con un cadáver, vuelvo a levantarme y ruedo hasta el pie de una ligera cuesta. Las zarzas arrancan piel de mis manos y mi rostro. *Porta* me pisa los talones. Como una serpiente, rueda y dispara al mismo tiempo sobre unos bultos que suben la pendiente y se derrumban. *Hermanito* baja como un alud, después de agarrar a un oficial ruso cuya cabeza estrella contra una roca. ¡Adelante! ¡Adelante! Una ametralladora dispara contra nosotros desde una trinchera. Lluvia de granadas, que destruye el nido de ametralladoras. ¡Más de prisa! ¡Más de prisa! Nuestra salvación depende de esta carrera contra la muerte.

El sargento telegrafista es herido en el cuello, y me salpica un chorro de sangre. El desgraciado grita y se aplica nieve a la herida; pero es inútil,

porque tiene seccionada la arteria. Dos ss caen en una zanja Stalin y quedan ensartados en bayonetas verticales. Sus gritos son desgarradores. Tampoco podemos hacer nada por ellos. Jadeando, corremos hacia unas barracas que sirven de abrigo a pastores y ganados.

Hermanito va en cabeza. Lanza una granada de mano por una puerta entreabierta, y se aparta a un lado. La granada estalla con un ruido sordo.

—¿Oyes algo? —dice *Porta*.

—Ni una mosca.

—Es extraño —dice *Porta*, receloso.

—No hay nadie. Ya sabes que, si hubiese alguien, le oiría respirar.

Lanzo una bengala, que cae lentamente, iluminando un lugar donde no hay nada que ver. El coronel y *el Viejo* llegan corriendo.

—¿Qué diablos esperan? —dice Moser—. ¡Limpiesen el terreno! No hay minuto que perder.

Hermanito se planta de un salto junto a él y le agarra de un brazo.

—Espere un poco, mi coronel, o mucho me terna que no volveremos a vernos. Un gato negro ha salido de una de las barracas.

—¿Qué quiere decir ahora?

—No lo sé; pero ha salido un gato negro.

Llegan también corriendo unos soldados del Cuerpo de tren que ni siquiera sabemos cómo se llaman y a los que recogimos hace tres días en un bunker, medio muertos de miedo.

—¡Deténganse! —grita el coronel.

Pero esos hombres extenuados han perdido visiblemente el juicio y no oyen nada; ni siquiera saben dónde están. Ahora empiezan a gritar:

Tovarich, nicht schiessen! (¡Camaradas, no disparéis!). ¿Acaso nos toman por rusos?

Levantando los brazos, corren hacia las barracas.

—¡Alto! ¡Alto! —grita Moser, agitando ambos brazos.

—*Nicht schiessen, nicht schiessen, tovarich!* —es la única respuesta que recibe.

Han llegado delante de una de las barracas y se disponen a hundir la puerta a patadas.

—¡Cuerpo a tierra! —grita *Porta*, con voz angustiada.

En el mismo instante, explota un volcán. Todo vuela por los aires. Las explosiones se suceden en cadena. De los soldados del Cuerpo de tren, no queda nada.

—¡Señor! —murmura Moser, estupefacto—. ¿Qué ha sido eso?

—Un obsequio de Stalin —ríe *Porta*—. Cuando uno se bate en retirada, no debe tocar las puertas.

—¿Lo ves? —dice *Hermanito*, en tono triunfal—. ¿No hice bien en fiarme el gato negro? Los principiantes se hacen matar a la primera ocasión. Es una estupidez meterse en un sitio como ése. Era evidente que Iván nos gastaría una broma.

—Un momento, mi coronel —dice *Porta*— El vecino viene a ver quién ha recibido el regalo de Stalin.

—¡A ellos! —grita *Hermanito*, disparando, y un grupo de rusos cae bajo su fuego.

—Ahora podemos marcharnos —grita *Porta*.

Reunimos nuestras fuerzas, corriendo sobre la nieve. Los rusos forman un montón sangriento, y uno de ellos gime, contemplando, sin comprender, sus miembros arrancados. El coronel Moser pasa lista: faltan catorce hombres. Ahora, sólo somos setenta y tres. Hemos perdido más de trescientos hombres. La desolación de nuestro jefe salta a la vista: juega, con aire sombrío, con su pistola. *Hermanito* trata de liar algo que parece un cigarrillo; aspira profundamente, guarda largo tiempo el humo en su boca, y tiende el cigarrillo a *Porta*. Una chupada para cada uno de los que formamos la 2.^a sección.

Truena la artillería; zumban las granadas. En el Oeste, todo el cielo es un mar de fuego.

—¿Quién dijo que el ejército de Iván había sido derrotado? —pregunta *Porta*.

—¡Cállate! —responde *el Viejo*—. Con sólo pensarlo, me dan ganas de vomitar.

—Si esto continúa así, podrás borrar el nombre de José *Porta* del gran Ejército alemán, antes de que hayamos cruzado las líneas.

El Profesor no puede más y llora a cada paso.

—Vamos —dice *Porta*—, no tienes mucha suerte, por ser extranjero; pero tápate la boca y pégate a mí durante el resto de la guerra, si quieres salir de ella con vida. Pronto volverás a tus alturas. —Le introduce media pera en almíbar en la boca—. Máscala despacio y trágate el jugo; es como pimienta en el culo de un caballo.

Yo me hundo varias veces en la nieve y sólo puedo salir con la ayuda de los otros. Esta nieve blanda es un infierno. Estoy tan fatigado que suplico que me abandonen, y lloro también, como *el Profesor* hace un momento. Casi todos hemos llegado al límite de nuestra resistencia.

Después de cruzar un soto que desgarrar los uniformes y la piel, y mezcla sangre con el sudor, deja poco a poco de nevar. La luna asoma entre las nubes, y su luz sobre la nieve es tan maravillosa que olvidamos nuestros sufrimientos.

Pero esta atmósfera fantástica hace también que los rusos puedan vernos mejor. Nuestros pasos suenan a hueco; nos detenemos a menudo para escuchar este ruido siniestro, y parece que andemos sobre una caverna.

—¡Pronto! —repite *el Viejo*—. No os meáis de miedo en los calzones; estamos sobre un pantano sin fondo, ¡y dad gracias a Dios de que esté helado!

Unas cañas de la altura de un hombre nos dan al menos cierta impresión de seguridad; pero el pantano termina pronto, y nos encontramos ante una pequeña aglomeración de casas pegadas a unas barracas.

—*Stoi kto!* —oímos en la noche.

Un arma escupe una llamarada; una ráfaga hace añicos la cara del soldado Bohle.

—¡Adelante! —grita Moser—. ¡Fuego a discreción!

Todo cruje. Derribamos a los centinelas; la compañía pasa al ataque, arroja granadas por los ventanucos, abre las puertas a patadas y descarga sus armas sobre soldados dormidos. Un depósito de municiones... Sin reflexionar, ¡*Porta* lanza una granada en medio de las cajas! Una explosión fantástica que nos arroja materialmente fuera de la aldea. Todo arde en un apocalipsis de fuego y de color.

—¡Es usted el mayor cretino que haya visto jamás! —grita Moser, levantándose lleno de sangre.

—Ha hecho bastante ruido —responde *Porta*, con indiferencia—. Los vecinos se habrán cagado de miedo sobre sus comisarios.

Durante un tiempo, caminamos por una carretera estrecha donde la nieve aparece surcada de huellas de cadenas. Nada tranquilizador.

—¡Tanques! —murmura de pronto *Hermanito*, echándose al suelo.

Allá abajo, entre los abetos, se ve una larga hilera de «T 34».

—Llegó el momento del capellán —dice *Porta*, inquieto—. Siempre fui un buen hijo de la Virgen María.

—Es posible; pero él no tuvo nunca la desgracia de encontrarse en la Segunda Guerra Mundial.

Damos un gran rodeo para evitar los «T 34»; cruzamos un plantel de abetos y desembocamos en un claro. Delante de nosotros, una cresta poco elevada que indudablemente tendremos que pasar. En una carretera, vemos camiones rusos, con los faros pintados de azul, que se dirigen lentamente hacia el Oeste;

balas trazadoras vuelan en todas direcciones. Klorckdorf y *el Viejo* trepan hasta la cresta, mientras la compañía espera, ocultándose lo mejor que puede.

—Hay que cruzar una posición rusa justo al otro lado de la cresta —explica *el Viejo*, al regresar.

—¡En marcha! —ordena Moser, cargando su «MPI».

La compañía se despliega, y corremos agachados cuesta arriba. Hay fósforo flotando sobre el terreno, que lo ilumina con una luz cadavérica. Esta vez distinguimos muy bien las trincheras y los bunkers. Las balas trazadoras forman collares sobre el suelo labrado. Un breve alto para reagruparnos. El teniente coronel Moser apoya una mano sobre el hombro de *el Viejo*.

—El último obstáculo. Esta vez entraremos en casa; pero, una vez más, ¡mantengan el contacto!

—¿Y los heridos?

—Hagan lo que puedan —responde evasivamente Moser.

En saltos sucesivos, avanzamos hacia las posiciones. Si nos descubren antes de alcanzar nuestras líneas, podemos darnos por muertos.

—¿Dónde diablos está Iván? —murmura *Porta*, muy sorprendido, cuando, agazapados cerca de las líneas rusas, no vemos en las trincheras la sombra de un soldado.

—Sin embargo, alguien debe de defender la posición —murmura Klockdorf, muy nervioso y apretando una granada en su mano.

—Justamente allá abajo, en la esquina del bosque, están las avanzadillas alemanas —dice Moser, en voz baja.

—Entonces, los otros no pueden estar lejos —susurra *Hermanito*—. Siempre van pegados al culo de los alemanes.

—¿Todos presentes?

—Sí. Si alguien se ha retrasado, le pondremos una multa —declara *Hermanito*.

Sin hacer el menor ruido, nos arrastramos hacia las trincheras.

—¡Ah! ¡Ahí está Iván! Mi viejo querido. Tenía miedo de que se hubiese desanimado y vuelto a casa —dice de pronto *Porta*.

Ahora podemos verles. Están contra el parapeto de la trinchera, pero disimulados con ropa blanca. Es increíble que no nos hayan visto...

—Granadas de mano —murmura Moser—. Todos a una. ¡Va!

Da realmente la impresión de un ataque de artillería contra la estrecha trinchera. Sorpresa total Pánico. Limpiamos el lugar con las bayonetas y echamos a correr, a toda velocidad, por la tierra de nadie. Estallan minas; cuerpos humanos son lanzados al aire. ¿Quiénes? No lo sabemos. No tenemos

tiempo de averiguarlo. El fuego quema los ojos; hay cráneos que se rompen como cáscaras de huevo. *Porta* y *Barcelona* cortan alambradas, y he aquí que nos damos de bruces con un centinela avanzado ruso, el cual dispara. *Porta* se lanza sobre él y lo estrangula; pero nos ha costado cinco hombres, y *Stege* está herido. Lo arrastramos sobre una lona, insensibles a sus gemidos, a través de las alambradas. Es uno de los pocos heridos a los que hemos podido salvar; todos los demás se han quedado en el camino.

Pero los rusos han dominado su pánico. Restallan las órdenes, silban las granadas, crepitan las ametralladoras, cientos de bengalas se elevan en el cielo. Nos enterramos lo más que podemos en la nieve. Seguir adelante con esta iluminación, sería la muerte segura.

¿Cuánto tiempo hemos estado así? ¿Meses? ¿Días? ¿Horas? No lo creeríamos si nos dijese que sólo han sido unos minutos. Febrilmente, nos hundimos más aún. Me vuelvo a mi vecino para ayudarlo, pero todo lo que queda de él es un guiñapo ensangrentado. Estaba aquí, y, hace un momento, todavía bromeaba. Yo oí venir la granada de mortero de 80 mm; ¡pero le dieron a él! Ahora disparan con «katuschkas», y la tierra se levanta como un muro, delante y detrás de mí.

Moser se lanza hacia delante; *el Legionario* le sigue, pero es rechazado por una lengua de fuego. Grita, se lleva las manos a los ojos, y veo que la sangre se filtra entre sus dedos. Me arrojo sobre él, le agarro por los pies y lo arrastro a un agujero. Le falta la mitad de la cara.

—¡No veo nada! —gime—. Estoy ciego. Dame mi pistola.

—¡Tonterías! No tienes nada en los ojos; el vendaje que te he puesto no te deja ver. Te han arrancado la mejilla izquierda, y esto significa dos meses de hospital. ¡Tienes más suerte que un cornudo!

No me cree. Tengo que levantar un poco el vendaje improvisado para que se convenza de que puede ver; pero, por prudencia, escamoteo su pistola. Los heridos de la cabeza tienen a veces ideas muy estúpidas.

—¡Adelante! —grita Moser.

Agarro a *el Legionario* de la mano para correr; cerca de mí, galopa también *el Profesor*, que ha perdido su fusil ametrallador y teme el consejo de guerra. Entonces oigo llegar el silbido mortal... Tengo el tiempo justo de arrojarme con *el Legionario* en un hoyo profundo; en cambio, *el Profesor* está tan preocupado por la pérdida de su arma que, cuando oye llegar la granada, es ya tarde. Su brazo es lanzado al aire y cae a su lado. Lo recoge, estupefacto, sin comprender que es suya la sangre que brota de su hombro. Le hago un torniquete con la correa de su máscara antigás y espolvoreo la herida

con sulfamidas. No siente nada, me dice, mientras yo llamo a los otros; pero nadie puede oírme. Ahora tengo que cargar con dos. Confiemos en que no me tropezaré con rusos, pues, antes de poder empuñar mi arma, estaría cien veces muerto.

De pronto, *el Profesor* empieza a gritar de un modo atroz; se ha disipado la anestesia del impacto, y el desgraciado sufre como un condenado. ¡Menos mal que ya no tiene preocupaciones disciplinarias! Si le preguntan dónde está su fusil, podrá decir que se ha ido con su brazo. Ni el consejo de guerra más severo podría demostrar lo contrario. Sin embargo, ¿no llegará pronto el día en que exigirán que uno cargue con el brazo y el fusil? *Porta* afirma que, a no tardar, la pérdida de un brazo será considerada como un acto de sabotaje. Es posible que sea así. Si uno pierde un brazo, ya no sirve para nada; en cambio, con las dos piernas amputadas, todavía puede servir en el Cuerpo de tren, mediante las prótesis adecuadas. Los prusianos tienen sargentos instructores que hacen maravillas con sus inválidos.

El zumbido de los 105 suena precisamente encima de nosotros. Parece el ruido de miles de tambores de metal redoblando en una cueva profunda. Un grupo que corría delante de mí, desaparece en medio de una llamarada fulgurante. Surtidores de nieve y de tierra negruzca brotan del suelo. *Porta* se desengancha de una alambrada, tirando siempre de *Stege*, y, de repente, ¡lanza un grito! Suelta su automática, se aprieta el vientre con ambas manos y cae de bruces. Me arrojo sobre él, sollozando convulsivamente. ¡*Porta*! ¡Camarada! Debe de estar muerto, pues ha caído haciendo una rara contorsión, con una pierna doblada hacia atrás. *El Viejo* y *Hermanito* corren a nuestro encuentro. ¡Gracias, Dios mío! *Porta* abre los ojos.

—He debido de tropezar con un casco. ¿Dónde me han dado?

—En la pierna —dice *el Viejo*, a media voz.

—¿La pierna? —dice *Porta*, con asombro—. Me duele el pecho y el vientre. Sin duda cientos de trozos de metralla.

El Viejo, inquieto, le rasga el uniforme. No tiene nada en el pecho ni en el vientre.

—No me hagas cosquillas. ¡No las aguanto! —dice *Porta*, sonriendo.

Los dedos ágiles de *el Viejo* recorren el cuerpo de nuestro amigo. Me mira, y mira la cadera de *Porta*. Tiene muy mal aspecto. Le aplicamos todos nuestros apósitos.

—¿Cómo va eso?

Es el coronel, que se introduce en nuestro hoyo y mira a *Porta*. Calla, le tiemblan los labios, advierto que está al borde del ataque de nervios; arroja su

fusil para acariciar los enmarañados pelos rojos del herido.

—No es muy grave, camarada. Significa el hospital y un puesto de guarnición para el resto de la guerra. En cuanto estemos de regreso, te propondré para la EK. I (la cruz), y, si quieres ser oficial, lo serás.

—Gracias, mi coronel —dice *Porta*, sonriendo—. Conforme con la EK. I, pero la guarnición es muy poco para mí. ¿Qué sería de la 2.^a sección, si no estuviese yo con ella?

Voy a buscar a *el Legionario* y a *el Profesor*.

—¡También ellos! —gime Moser—. ¿Llegará alguno vivo de nosotros?

Reemprendemos la marcha. *Hermanito* se ha cargado a *Porta* sobre el hombro; *el Viejo* tira de Stege; Moser se encarga de *el Profesor*, y yo, de *el Legionario*.

Hemos caminado ya un buen trecho cuando advierto, horrorizado, ¡qué me he dejado el fusil ametrallador en el hoyo! Imposible volver sin armas. ¡Demasiado peligroso! Si uno pierde un miembro, se lo perdonan; pero perder el automático puede costarle la cabeza... Confío *el Legionario* a *Barcelona* y retrocedo arrastrándome entre las aberturas de las alambradas.

De pronto, me pregunto dónde estoy. No es ésta la buena dirección... Debí de equivocarme el camino. Me echo a temblar; mis nervios se rizan como los de un recluta. ¡Estoy en un campo minado! Veo los hilos precisamente delante de mí... Si estalla una, explotarán a docenas... Me quedo helado de espanto. Si toco uno de esos hilos, nada quedará de mí. Y, a pesar mío, elevo un ruego a Dios. Poco a poco, retrocedo; mi capote se ha enganchado en una alambrada; tiro de él, y me dispongo a descansar un poco en un hoyo... ¡cuándo me doy súbita cuenta de que es un regalo de Stalin! Un brillo de acero... En el fondo del hoyo, unas bayonetas clavadas... Si me hubiese dejado caer, me habrían atravesado.

Sigo retrocediendo y, al poco rato, me pierdo en un laberinto de alambradas. Otro truco. Quien se mete aquí, no puede ya salir. Gracias a Dios y a *Porta*, tengo unos alicates; pero ¿no estarán electrificados los alambres? En caso afirmativo, desapareceré en un relámpago cegador... Cierro los ojos y corto el alambre, que produce un chasquido y me araña el rostro. Pero todavía no sé dónde estoy. ¿Dónde está el famoso hoyo? ¿Dónde encontrar un punto de referencia? Miro a mi alrededor. Descanso un minuto para calmar mis nervios y saber lo que hace la artillería; pero es muy difícil orientarse.

De pronto, un «Maxim» empieza a escupir a pocos metros de mí. Un poco más, y me habría metido en un nido ruso, como les ha ocurrido muchas veces a los soldados perdidos en la tierra de nadie. No puedo más... ¡Estoy a punto

de renunciar! Y, de improviso, ante mis ojos, ¡un fusil automático! Aunque no sea el mío, será al menos un arma que se le parece; pero, para mayor seguridad, lo palpo para ver si mi 08 está en su estuche. ¿Será posible que me haya salvado?

Una hora más tarde, ya de regreso, me increpa Moser:

—¡Dios mío! ¿Dónde se había metido? ¡Estaba a punto de darle por desaparecido!

Aguanto la reprimenda con absoluta calma. ¿Acaso no estaremos en casa dentro de unos minutos? Ya se distinguen las líneas alemanas en la orilla del bosque. No está lejos; pero *Porta* ha perdido el conocimiento; a modo de tablillas, hemos atado un fusil a su pierna y su cadera; *el Legionario*, que se muere de sed, pide algo de beber, y yo le hago chupar un poco de nieve.

—¡Vamos! —dice Moser—. Esto es el fin.

Klockdorf se levanta el primero. Corre al mismo tiempo que su camarada, el que tanto disfrutaba viendo ahorcar a la gente. Vuelan... Están a punto de llegar. Pero Klockdorf no alcanzará jamás la trinchera alemana. Su carrera le ha llevado en derechura a un campo de minas. ¡Una erupción volcánica! Su cuerpo salta en el aire, cae, hace estallar otras minas; su camarada, que ha perdido las dos piernas, muere desangrado antes de que podamos acercarnos a él.

Y ahora, he aquí que los alemanes empiezan también a disparar. Sus ametralladoras y sus granadas nos cuestan otra docena de hombres.

Yo me dispongo a saltar por encima de un hoyo, cuando recibo una especie de puñetazo en mitad del vientre, giro sobre mí mismo como una peonza, y me derrumbo. ¿Qué ha pasado? No me he dado cuenta de nada. Lo único que siento es una rabia loca contra el imbécil que me ha disparado. Y de pronto, un dolor agudo, una cuchillada en el pecho...

—¿Qué tienes? —dice *el Viejo*, inclinándose sobre mí—. ¿Por qué te interpones precisamente en mi camino?

—Me parece que estoy herido —digo, con asombro.

—Debes sentirte satisfecho de que te haya herido un proyectil alemán. Quédate quieto aquí. No tengas miedo. Vendremos a buscarte en cuanto haya establecido contacto con los nuestros.

Media tonelada de nieve y tierra está a punto de cubrirme; llueven granadas no lejos de mí.

—¿Dónde me han dado esos cerdos? ¡Dios mío, qué cansado estoy!

—Ha sido una suerte para ti que fuese una bala alemana. Te has librado de las explosivas; no es más que una bala de fusil. No vale la pena.

—Esto es fácil de decir, pero duele horriblemente. ¿Estás seguro de que no hay algo más? Siento que me arde toda la espalda.

—Tal vez se ha alojado en algún hueso. Sobre todo, no comas nieve. Sabes muy bien que, con una bala en el vientre, no hay que comer ni beber en absoluto.

Y veo que se apodera disimuladamente de mi pistola.

—No. ¡Devuélvemela! —le digo, en tono suplicante—. Si vienen los rusos, ¡no quiero que me pillen!

El Viejo reflexiona un momento, me devuelve la pistola y me incorpora un poco, apoyado en la pared y en lo más hondo del cráter. Una buena posición, para el caso de que alguien salte aquí dentro. Los fusiles no descansan; todo el frente está en plena actividad. Ambos bandos piensan que se está preparando un ataque. Y yo me quedo solo, completamente solo en la tierra de nadie, entre las posiciones rusas y las alemanas. ¿Dónde estarán *Porta*, *Hermanito* y *Stege*, *el Legionario* y los otros heridos? *El Viejo* ha dicho que nos dejaba aquí y que vendrían a buscarnos enseguida, lo cual me parece razonable. Las «SMG» alemanas podrán protegernos, y, sobre todo, no correremos el peligro de que nos liquiden los nuestros.

Un dolor ardiente me atraviesa de parte a parte; el miedo me hace divagar, y me doy cuenta de que aprieto febrilmente la pistola con la mano.

—*Yob Tvoiemady!* —dice alguien, no lejos del lugar donde me encuentro.

¡Alguien ríe! Trato de cubrirme con la nieve, pero ¡qué difícil es! El menor movimiento me produce un dolor atroz. Me palpo el vientre y retiro la mano llena de sangre. Fingiré que estoy muerto... A través de los párpados entornados, veo un gorro de piel y unos ojos oblicuos que me miran. Cae más nieve sobre mi cuerpo. Si el hoyo no fuese tan profundo, el mogol me clavaría su bayoneta, ¡sólo por divertirse! Oigo que se arrastra allá arriba.

—*Niet germanski.*

—*Yob Tvoiemady* —dice otro.

—*Piestre, piestre;* (de prisa, de prisa) —grita voz de mando.

Poco después, alguien lanza un grito largo quejumbroso. Parece también un balazo en el vientre. ¿Será un ruso? Una «MG» alemana tabletea y ladra en breves ráfagas.

Y, de pronto, he aquí que *el Viejo* se desliza el cráter, me agarra por la nuca y me tumba hacia delante como un saco de harina.

Veo botas pardas que corren; después, botas negras alemanas, mientras se desencadena un fuego de barrera a lo largo del frente. Una granada me arroja tierra encima; una bala agujerea mi casco. ¿Dónde estoy ahora? En la

trincheras alemanas. Como en sueños, veo un soldado de Infantería que acerca una cantimplora a mis labios, y me dispongo a beber cuando la mano de *el Viejo* aparta la cantimplora.

—Una bala en el vientre —dice simplemente al sargento de Estado Mayor.

—¡Ah, ya! —dice el veterano, que conoció ya la Primera Guerra Mundial y la derrota.

Nos llevan en camilla al bunker, donde el comandante del regimiento de Infantería nos estrecha la mano uno a uno y distribuye cigarrillos «Juno».

—Les tomamos por Iván —dice a Moser un teniente bastante viejo y que está consternado.

—¡No importa! —responde Moser, en un tono de cansancio inmenso—. Todavía no comprendo cómo estamos aquí. Salimos del infierno.

En el puesto de socorro, *el Viejo* y *Barcelona* se despiden calurosamente de nosotros, antes de que seamos evacuados. En el mismo momento, el coronel Moser echaba un vistazo por encima del parapeto de la trinchera y seguía con ojos fatigados el curso de un cohete luminoso. Empezaba a salir el sol detrás de las líneas rusas, y el hielo crujiente centelleaba en la bella mañana de invierno. El coronel, que estaba encendiendo un cigarrillo, no oyó el seco chasquido, ni sintió el casco de granada que le arrancaba la cara. Sus manos soltaron el «MPI» y su cuerpo se derrumbó lentamente. Una nueva granada le cubrió de nieve.

—Justamente antes de partir, vi morir al jefe —dice *Hermanito*, en el tren hospital—. No quería vernos más y su deseo se ha cumplido.

—Es la guerra, amigo mío —responde *el Legionario*.

—Me había prometido la cruz —dice *Porta*, cuya pierna en extensión sigue el movimiento del tren—. ¡Qué se le va a hacer!

—El *tubib* no quiere cortarme las patas —dice *Hermanito*, mostrando un vendaje colosal—. Tendré que seguir andando toda mi vida. ¡Tampoco yo he tenido suerte!

—Y yo tengo una serpiente en las tripas —digo yo señalando el drenaje que sale de mi herida.

En cuanto a *el Profesor*, está llorando. Volver manco a Noruega le pone enfermo, y, aunque el jefe médico le ha prometido el cuartel de reclutamiento, no se lo acaba de creer. Nos desembarcan en la estación de Lemberg, para componernos un poco en Polonia antes de enviarnos a Alemania.

—¿De dónde venís? —pregunta una enfermera que tiene unos dientes enormes.

—De Moscú —ríe *Porta*, con insolencia—, ¡pero teníamos que venir aquí para ver a la más fea trabajadora de bata blanca!

—¡Enviaré una queja! —declara la fea, ofendida.

—¡Y yo te prestaré el miembro para escribirla! —añade *Porta*, echándose a reír.

Y suelta un pedo sonoro que pone fin a nuestra campaña de Rusia.